

FLORECER

Y VIVIR



SILVIA CRUZ

Florecer
- y vivir –

1

Sally

Estoy en la puerta del hospital, salgo del coche de Peter corriendo y casi no me da tiempo a despedirme de él. Ha sido una cita divertida, pero ahora mismo solo pienso en que mi sobrina Maya va a abrir sus ojitos por primera vez a este mundo y yo quiero formar parte de ello.

—¡Lláname! —Le oigo gritar a mi espalda y yo me giro rápidamente para ofrecerle una sonrisa.

No sé si lo llamaré o no. En cierta forma ha sido un alivio tener una excusa para no tener que terminar la cita con un beso o quién sabe qué otra cosa esperaría de mí.

Entro a la velocidad del rayo en el hospital. En el mostrador pregunto por Alice Donovan.

—¿Eres familiar? —Me pregunta una señora mayor mirándome por encima de sus gafas.

—Soy... su cuñada. —Digo sin saber qué otra cosa decir.

—La pequeña Maya está en la sala de neonatos recibiendo las primeras atenciones. Quinta planta, al fondo a la izquierda. Pero...

—¡Gracias! —Grito ilusionada y me adentro en el hospital a toda prisa.

El ascensor se abre en la quinta planta y salgo de él dando empujones a los que me encuentro por el camino.

Al fondo, se escuchan los llantos de varios bebés y mi corazón se encoje ante ese maravilloso sonido. Al entrar en la sala que versa “Familiares de neonatos” sobre su puerta la imagen que veo hace que mi corazón tiemble.

—¡Dave! ¿Ya ha nacido? —Pregunto cuando veo a mi hermano sentado en un sillón cargando una pequeña cosita entre sus brazos. —¡Déjame verla! —Reclamo con una sonrisa enorme en mi cara y me acerco hasta ellos. —¡Oh, es la cosita más bonita que he visto en mi vida! ¿Puedo cogerla? —No había reparado en la cara de mi hermano hasta este momento. Cuando levanta la vista y me mira veo como si estuviera cayendo en el más profundo de los

abismos. —¿Qué pasa, Dave? —Miro a la pequeña Maya y parece de lo más normal. Entonces siento un pellizco en el estómago. —¿Y Alice? ¿Por qué no está Maya con ella? —Mi hermano comienza a llorar como un niño y deposita a Maya en mis brazos. Yo la acuno con cuidado y me siento con ella en mis brazos en otro sillón. —Dave, tranquilízate y cuéntamelo. —Suplico más que preocupada.

—Alice está en coma diabético. —Dice mientras se frota la cara con las manos. Apoya sus codos en sus rodillas y agacha la cabeza. —No sabemos si saldrá de ésta. Su madre está hablando con los médicos y buscando más ayuda entre sus contactos para hacer lo posible. —Mi mente está asimilando la información que Dave me da y pestañeo unas cuantas veces para poner mi mente en orden.

—Saldrá de ésta, Dave. —Digo sin saber qué otra cosa decir, con un nudo cada vez más grande en mi garganta. Dave me mira y asiente con tristeza.

—Tiene que hacerlo. Tiene que saber todo lo que significa para mí antes de dejarme para siempre. —Miro a Maya y acaricio su carita mientras las lágrimas resbalan por mi rostro. —Quédate un momento con mi niña, por favor, Sally. Voy a ir a ver qué se sabe de Alice. —Me pide mi hermano y yo asiento.

—Ve, no te preocupes por nada. Está con su tía que la ama con locura. —Beso la frente de mi pequeña del alma. Huele como debe oler la gloria. Maya hace un ruidito encantador cuando siente mi beso.

—En esa mesa tiene el biberón preparado, por si tiene hambre. —Dice David y desaparece de la sala con los hombros hundidos. Yo me quedo sola en esa sala, con Maya en mis brazos y un agujero en el pecho.

—Hola preciosa. —Le digo y me pongo en pie con ella para caminar alrededor de la sala y tratar de disminuir mi ansiedad. —Mamá estará bien, es la mujer más fuerte del mundo. Qué bonita eres, mi niña. —Susurro en su frente y vuelvo a besarla. De pronto las palabras que una vez me dijo Nick acerca de Maya vuelan por mi cabeza. “¿Has pensado que esa niña tendrá nuestros genes?” Un dolor punzante y aniquilador me atraviesa el corazón. Ni siquiera está aquí para verla. Toco el anillo de compromiso que Nick me dio y que desde hoy llevo en una cadena en el cuello, pero ya no en el dedo y vuelvo a mirar a mi sobrina. —Eres la cosita más bonita del mundo, ¿sabes? Y tu tía Sally te va a dar todo lo que necesites. —Le digo a mi sobrina mientras paseo con ella por la sala sin parar de mirarla y adorarla. Maya comienza a llorar y

yo siseo una canción que mi madre me cantaba de niña para calmarla mientras me acerco a coger el biberón y se lo pongo en la boca. —¡Oh, mi niña del alma tenía hambre! —Digo sonriente al verla tragar con ganas.

—No se te da nada mal. —Una voz llama mi atención. Una voz que conozco bien.

Levanto la vista y ahí, en la mismísima puerta de la sala de “Familiares de neonatos” está Nick apoyado en el umbral, con las manos en los bolsillos y con sus hermosos ojos contemplándome emocionado mientras alimento a nuestra sobrina. Como si nada. Como si no llevase cuatro malditos meses desaparecido. Como si no me hubiera abandonado y destrozado el corazón con su ausencia envenenada. Casi me caigo al suelo al verlo, tan absolutamente precioso como siempre. ¿Cuánto tiempo lleva observándonos?

—Hola. —Digo nerviosa y vuelvo a mirar a Maya.

—Hola. —Su voz suena amable. Yo siento unas inmensas ganas de correr y huir, porque mi cuerpo me pide a gritos que me eche a llorar de alivio al verlo al fin después de cuatro meses, pero no quiero que me vea llorar por él. Sé por qué ha venido, y no es por mí. —Estás absolutamente encantadora con Maya en brazos. —Cuando escucho eso no puedo evitar mirarlo de nuevo para comprobar que ha dicho eso de verdad y, al hacerlo, lo veo tan cerca que se me corta la respiración.

—¿Quieres cogerla? —Le digo sin saber qué contestar a su cumplido. Nick suspira y asiente. Yo acoplo a Maya entre sus brazos y lo toco sin querer.

No debería estar tan sumamente nerviosa, ya han pasado cuatro meses. Debería haberme acostumbrado a no tenerlo. Nick me observa con detenimiento mientras se la coloco y cuando al fin la tiene bien sujeta me separo de él todo lo que puedo.

—No voy a comerte, Sally. —Me dice.

—Lo sé. Solo estás aquí por Maya. —Digo serena, pero sin esconder mi malestar con él.

—¿Me odias? —Pregunta y se acerca de nuevo a mí con Maya en sus brazos. ¿Lo odio? Casi estoy convencida de que sí, lo odio. Odio su abandono sin verdaderos motivos y su silencio por tanto tiempo. Odio que me haya hecho llorarle cada noche durante cuatro malditos meses, teniendo hasta ataques de ansiedad durante el primer mes. Odio que me haya hecho sentirme culpable por querer sentirme tan viva a su lado, cuando estábamos juntos, cuando deseaba experimentar toda clase de sensaciones a su lado. Pero a la

misma vez siento todavía cosas por él que me hacen suspirar, temblar y acalorarme. Y no debería... Levanto la mirada y trato de mostrarme segura de mí misma ante su cercanía. —¿Te han dicho algo de mí que no te haya gustado? Si es así deberías dejar que me explique. —¡Qué! ¡¿A qué juega?! Y lo dice así, tan frío. ¡¿Qué se supone que me tienen que decir de él, que está con unas y otras?! ¡Maldito imbécil! ¡Intento no leer la prensa por lo mismo! ¡Sé quién es Nick Donovan! ¡Lo conozco bien! No podría soportar verlo en las revistas besuqueándose por las calles con cualquier estúpida encaprichada de su reciente fama y su dinero.

—¡No tengo ni idea de qué estás hablando, Nick! ¡Nadie me dice nada de ti porque nadie sabe absolutamente nada de ti! ¡Querías librarte de mí y te felicito, lo conseguiste de un día para otro! —Digo enervada y me giro para intentar controlar las ganas de llorar.

—No quería librarme de ti, Sally, solo que...

—¿Qué Nick? ¿Que soy demasiado niña para ti? ¿Que no te gusta que me divierta o que sea demasiado impetuosa? ¿Quieres alguien con quien hacer una familia sólida no una niña problemática e inmadura? ¿O es que simplemente el inmaduro eres tú y te arrepentiste enseguida de tu estúpida proposición? Pero deberías haberlo pensado antes de... pedirme que me casara contigo. —Nick abre la boca y luego la cierra. —De verdad que le he dado vueltas a lo que pasó esa noche una y otra vez y no veo cuál fue mi gran delito para que desaparecieras así. Yo no fui a ese maldito lugar por voluntad propia, Nick. Te lo dije y no me quisiste creer. Creíste a esa zorra que sólo intentaba alejarme de ti por algún motivo que no entiendo. La creíste antes que a mí, que era la persona a la que decías amar. —Los ojos se me llenan de lágrimas y los aprieto con fuerza para no dejarlas salir.

—Te debo una explicación, lo sé. Y tienes que escucharme porque será la única vez que abra la caja de los truenos. Yo...

—Ahora no. —Atajo de golpe. Él me mira con incredulidad.

—¿Cómo? ¿Es que no quieres oír mis motivos? —Su gesto se endurece y yo me obligo a mostrarme firme, negándole con la cabeza. —¿Es que ya te olvidaste de mí? ¿Estás enamorada del tipo ese que te trajo al hospital en plena noche, es eso? —¿Qué? ¿Me ha visto con Peter?

—Nick, no tienes ningún derecho a recriminarme nada. ¡Te he llamado mil veces y has cambiado hasta de teléfono para no tener que explicarme nada! —Maya empieza a llorar en los brazos de Nick y él no hace nada para calmarla.

—Sally, dudé mucho de que lo nuestro saliera adelante, aún lo dudo porque...

—¡Calla! —Sus palabras hieren como espadas. Después de cuatro meses de silencio y abandono lo único que tiene que decirme es que siempre dudó de lo nuestro. ¡Lo odio! Y... lo amo. Verlo aquí, tan cerca, me está debilitando. Pero No. No estoy dispuesta a oír por qué nunca ha creído en nosotros. No estoy dispuesta a escuchar que sólo fui algo pasajero. —¡De verdad que éste no es nuestro momento! —Le corto quitándole a Maya de los brazos y tratando de calmarla. —Nuestro momento de las explicaciones ya pasó. —Me duele en el alma decir esto mientras mezo a Maya y siento la mirada llena de rabia de Nick clavada en mí. ¡Cómo puede tener tan poquísima vergüenza de hacerme sentir culpable a mí cuando fue él quien desapareció! ¡¿Qué pretende?! ¿Quiere hundirme del todo cuando ya había comenzado a pasar página de alguna manera? ¡Ja! ¡Lo odio!

—Lo es. Estamos aquí, ¿no? Tendrás que verme alrededor de nuevo y yo a ti. He vuelto y voy a quedarme, Sally y vas a tener que escuchar algunas cosas. Tenemos que...

—No tenemos que nada, Nick. No voy a olvidar estos cuatro malditos meses de abandono por tu parte. Y no quiero oír tus malditas hirientes palabras culpándome a mí de todo. Te fuiste como el maldito cobarde que eres. Te fuiste sin tener el valor de decirme que lo que realmente fui para ti es un maldito juego y que te habías arrepentido de llegar tan lejos. —Le digo encolerizada. —¿Dudabas de lo nuestro? Pues espero que regodearte en tus dudas y haberme apartado tan drásticamente de ti haya merecido la pena, porque ya no tienes nada que temer conmigo. No voy a exigirte nada más que simplemente me dejes continuar mi camino, pues yo no me interpondré en el tuyo. Así que no hay nada que hablar entre nosotros dos. Solo vamos a ser tíos de la misma niña, nada más. —Nick levanta el mentón mientras me mira desafiante.

—Cómo quieras. Quizá te apetezca más hablar con el tipo ese que te trajo. ¿Dónde lo conociste? ¿En el “Club Pecado”? —¡Esto es el colmo! Le abofetearía si no tuviera a Maya en brazos.

—¡Eres un gilipollas! —Grito encolerizada y Maya vuelve a llorar. Vuelvo a cantarle la maldita canción para que se calme, pero mi voz no suena tan dulce.

—Sigues llamándome de la misma forma. ¿Ves? Sigues intentando

aparentar que eres inmune a mí, pero tú y yo sabemos que eso no te va a servir por mucho tiempo, Sally. Sé que lo hice mal, pero tú y tu cambio de actitud conmigo y con el sexo me hizo dudar mucho Sally. Además...

—¡He dicho que no es el momento de hablar, Nick! —Le freno de nuevo.

—¿De verdad no quieres saber mis motivos? ¿De verdad te da igual que me fuera así?

—Nick, tu hermana Alice está en coma. De verdad no es el momento para esto. —Vomito y me maldigo inmediatamente al ver su reacción. El rostro de Nick palidece y sus ojos se abren asustados.

—¿Cómo?

2

Nick

El corazón casi se me sale por la boca cuando la veo con nuestra sobrina en brazos. Una niña que lleva su sangre y la mía. Una niña como la que yo he soñado tantas veces con tener con ella. La imagen de Sally cuchicheándole maravillas, canturreándole y dándole de comer a Maya se me clava en la retina y solo quiero tirarme de rodillas a sus pies para suplicarle que me perdone por haber sido un maldito cobarde y rogarle otra oportunidad. Pero sé que todavía tengo cosas que afrontar antes de hacerlo.

Cuando me ve su rostro casi se desencaja, pero enseguida retira la mirada de mí. Me odia. Lo sabe. Sabe todo lo que he hecho en mi pasado y la he perdido para siempre.

Sin embargo, ella niega haber tenido noticias mías. No sé si eso me alivia o no. Son ya dos los artículos que pululan sobre mí y mi relación con las mujeres antes de Sally. Si ella no los ha leído es porque ni siquiera ha buscado sobre mí.

Es culpa mía. Fui muy duro con las palabras que usé con ella en nuestra despedida. Estaba desquiciado, fuera de control. La situación se me descontroló y sentí peligrar lo único importante que he tenido en mi vida: mi relación con Sally.

Pero ahora que la veo y veo su dolor, me arrepiento de haber sido tan cobarde y no haber luchado un poco más por ella. Haberle hablado de todo y haberle rogado que me perdonara. Si algo la ha separado verdaderamente de mí he sido yo mismo.

Voy a tragarme mi orgullo. Voy a explicarle mis verdaderos motivos para irme como me fui. Sí.

—Nick, Alice está en coma. De verdad no es el momento. —Dicen sus labios de repente. No...

—¿Cómo? —Pestaño incrédulo. —Sally, ¿de qué hablas?

—No sé nada. Es lo único que sé. —Estoy perplejo. Alice... no... me siento en uno de los sillones de la sala y me tapo la cara con las manos. —

Tranquilo, los médicos están haciendo lo que pueden. —La dulce voz de Sally trata de calmarme ahora, pero esta vez no lo conseguirá. Me fui y dejé a Sally sola con mis mierdas y a Alice con su embarazo. No pensé en nadie, solo en mi tortura emocional. —Tu madre está hablando con los médicos para ver qué se puede hacer por ella.

—¿Dónde está? —Me levanto del sillón medio mareado por la situación.

—Acabo de llegar. No tengo ni idea. —Dice Sally que me mira con lástima. Al menos sé que su odio por mí no es tan profundo. Al menos parece que quiere apoyarme si algo pasa. No... Alice no...

—Tengo que ir a verla. —Digo paseándome nervioso por la habitación. —Tengo que saber cómo está.

—Los médicos vendrán a decirnos algo en cuanto lo sepan. No podemos dejar a Maya sola. —Dice Sally mientras deposita un tierno beso en la frente de mi sobrina. Las miro a las dos y siento que los ojos me pican. Me acerco hasta ellas y observo por primera vez a mi sobrina. La presencia de Sally me había distraído demasiado. Cuatro meses extrañándola han sido agotadores para mí.

—Es preciosa. —Digo y por fin Sally me sonrío. Vuelve a poner a esa cosita en mis brazos y yo le doy el primer beso a mi sobrina. —Hola enana. Soy tu tío Nick. —Pero Maya está ahora mismo dormidita y me ignora. —Qué bien huele. —Digo y miro a Sally. Ella parece tan orgullosa de la pequeña Maya que no puedo evitar imaginármela cómo se sentiría con un hijo suyo, nuestro. —¿Qué tal una tregua? —Le sugiero. Su sonrisa se esfuma y me mira.

—¿Una tregua?

—Nada de odio y resentimientos ahora mismo. No hasta que Alice esté bien y podamos estar tranquilos.

—Me parece bien. Y nada de acercamientos, por favor. —Suplica ella. Eso no puedo prometérselo. No a ella. Con todo lo que la he extrañado.

—¡Nick! —Una voz femenina me llama desde la puerta obligándome a apartar la vista de Sally que por primera vez desde que me ha visto me está dedicando una mirada cargada de emoción positiva y, al girarme, veo a mi madre envuelta en llanto. ¡Mierda! Vuelvo a darle la pequeña a Sally y me vuelvo en dirección a esa mujer.

—¡Dime que está bien!

—¡Nick! —Mi madre no dice nada, solo llora y llora y se me tira a los brazos. Yo la abrazo con serias dudas. Creo que hace años que mi madre no

me abraza así.

—¡Yo ni siquiera sabía que estaba embarazada! —Dice humedeciéndome el hombro con su llanto. —Si lo hubiese sabido habría ido con ella a las revisiones. La habría cuidado. ¡Pero ese amigo tuyo del diablo la embarazó y la alejó de mí! ¡Como tú! —Esta mujer no va a cambiar nunca.

—¡Mamá, esto no es culpa de Dave! ¡Y dime ahora mismo cómo está mi hermana!

—Eso, díganoslo. —Suplica Sally también colocándose a mi lado.

—Sigue en coma. —Dice al fin separándose de mí y limpiándose las lágrimas con el antebrazo. —¡Tu hermano le ha desgraciado la vida a la única hija con buen corazón que me quedaba! —Grita mi madre a Sally y mi corazón se rompe una vez más al oír a la mujer que me dio la vida hablar así de mí, haciendo alusión a que yo no poseo buen corazón.

—¡Mi hermano no ha hecho que su hija entre en coma! —Se defiende Sally. Después me mira y yo agacho la mirada. Si ni mi propia madre me quiere, ¿qué puedo esperar de alguien como Sally? —Y Alice no es la única persona con buen corazón de su familia. Sin duda, ni Nick ni Alice salieron a usted, que sí que no lo tiene. —Miro de reojo a Sally impactado por las palabras que le dedica a mi madre.

—¡Ni se te ocurra defender a Nick! ¡Es mi hijo y por eso lo quiero, pero él solito es capaz de destrozarse la vida de todo aquel que se acerque a él! —Quisiera gritarle algo a mi madre, pero simplemente me quedo paralizado ante sus palabras.

—¡Nick es una grandísima persona con mucho corazón! —Ahora sí que miro directamente a los ojos de Sally. ¿De verdad ha dicho eso de mí? —¡Usted no lo conoce en absoluto!

—¡¿Y tú sí?! ¡Querida, deberías leer los artículos que se han escrito de mi hijo! —Mierda. —Es la vergüenza de mi familia. Él también ha sido culpable del hundimiento de Alice, como tu hermano. Si de verdad te quieres un poquito, huye de esos dos, porque por si no lo sabes, mi hijo Nick era...

—¡Ya basta, mamá! —La corto en seco y tiro de su brazo hacia fuera de la sala de neonatos. —Ni se te ocurra hacerme esto, ¿me oyes? —Le amenazo e intento que Sally no me oiga. Por suerte, ella se ha quedado dentro intentando que Maya se vuelva a dormir, porque la hemos despertado.

—Nick, te quiero hijo, pero no voy a cubrir tus mierdas después de saber lo que le has hecho a todas esas mujeres. ¡Eres un maldito estafador

emocional! ¡Como tu maldito padre! —Miro hacia atrás para comprobar que Sally no ha oído nada y cuando me asevero que no lo ha hecho vuelvo a encarar a mi madre.

—No estoy nada orgulloso de esa parte de mi vida, créeme, y por Sally cambiaré lo que haga falta cambiar en mí. Intentaré que funcione lo que tengo roto en mi cabeza —digo apuntándome la sien —pero tú eres lo primero que está mal en mi vida y en la de Alice. Así que te sugiero que te vayas de aquí ahora mismo y no vuelvas a cruzarte en nuestro camino.

—¡Estás loco! ¡Esa de ahí es mi nieta! —Me grita apuntando a Maya que está en los brazos de Sally.

—Y ni siquiera te importa que la estés desquiciando con tus putos gritos. ¡No te lo voy a repetir! ¡No te acerques ni a Alice ni a Maya si es para torturarlas! De mí, por supuesto, olvídate que existo. —Me giro y vuelvo a entrar en la sala dejándola en el exterior. Por fortuna no vuelve a entrar y creo que se ha ido. —Gracias. —Le digo a Sally y me siento a su lado. Ella me mira brevemente y me hace un amago de sonrisa mientras mece en sus brazos a Maya.

—Es una gilipollas. —Sonrío.

—No tanto como yo, ¿no es así? —Ella le hace carantoñas a Maya sin mirarme y se encoge de hombros.

—Tu eres gilipollas de otra forma. No te pareces a ella en nada.

—Te equivocas. Yo también acabo jodiéndola con las personas que me importan. Como ella. —Consigo que vuelva a mirarme tras esta declaración y me pierdo en su oscura e intensa mirada. —Sally, perdóname.

—¿Familiares de Alice Donovan? —Un médico hace irrupción en la sala y Sally y yo nos ponemos en pie a la vez.

—¡Dígame! —Bramo.

—Alice está estable. Sigue en coma, pero sus constantes van a buen ritmo. Esperemos que pueda salir pronto de él. —Sally y yo suspiramos de alivio a la vez. —Aunque, después habrá que descartar daños cerebrales.

—Joder. ¿Puedo verla? —Suplico.

—Sí, puede pasar un momento.

—¿Y yo? —Pregunta Sally.

—Solo está permitido a familiares directos, señorita.

—Quédate con nuestra pequeña, yo te informaré. —Le pido a Sally agarrando sus hombros. Ella asiente. Aguanto las ganas de besarla y abrazarla

como puedo, aunque finalmente deposito un beso casto en su frente y salgo en dirección a donde me dirige el médico.

Le sigo por los pasillos del blanco hospital y me voy intentando secar las palmas de las manos a restregones contra el pantalón. Estoy más que nervioso. No puedo perder a Alice. No quiero perderla, ni a Sally tampoco. No debería haberme ido así. Tendría que haber confesado mis crímenes y lidiar como fuera con el odio de esas dos, hasta que me perdonaran y vieran que ya no soy ese monstruo que solía ser. Que ya no soy una persona incapaz de querer ni siquiera a mí mismo.

—Tiene diez minutos. —Me dice el médico abriéndome la puerta de la habitación en la que está mi hermana. Asiento y miro al interior.

El bip de una máquina lo inunda todo. Sobre una camilla, vestida de blanco, mi pequeña hermanita se debate entre la vida y la muerte y David está a su lado con la cabeza hincada sobre las piernas de mi hermana, aferrado a su mano y llorando como nunca lo había visto llorar. Ni siquiera se ha dado cuenta de mi presencia.

—Hola. —Digo sin saber qué más decir. Dave levanta la vista y su mirada perdida me destroza. Me imagino cómo debe sentirse. Cómo me sentiría yo si Sally estuviera al borde de la muerte.

—Has venido. —Susurra. —Espero que no intentes separarme tú también de ella. No voy a moverme de aquí. No hasta que despierte. —Dice a la defensiva. Supongo que se referirá a mi madre, que habrá hecho lo posible para que Dave se fuera.

—Jamás haría algo así. —Le digo a mi amigo y parece que se relaja. Vuelve a mirar a Alice y yo también lo hago. Me acerco poco a poco a ella y verla así, tan ausente, me trae muy malos y angustiosos recuerdos. Mike estuvo varios días en coma antes de dejarme, de dejarnos. —Sé lo mucho que la quieres. —Confieso y acaricio el pelo de mi hermana. No puedo evitar que se me empapen los ojos. —Enana, tienes que volver. Tienes que ver esa cosita tan bonita que has hecho gracias a este capullo. Maya es la maravilla más grande que he visto en mucho tiempo. Te necesita. Y este pringado de David también. Todos te necesitamos. —Beso la frente de mi hermana y aprieto los ojos con fuerza para no dejar salir las lágrimas.

—No responde, Nick. No se ha movido lo más mínimo. Estoy desesperado. Tiene que despertar. ¡Alice, despierta, joder! ¡Me apartaré de tu vida si es lo que quieres, pero despiértate de una maldita vez! —Barrunta

David visiblemente desquiciado. Lo miro y pongo mi mano en su hombro.

—Relájate. Volverá. Lo sé. Ella no nos va a abandonar, y mucho menos abandonará a Maya. ¿Verdad que no, Alice?

—¡Eso es! ¡Tenemos que traerle a Maya! ¡Así despertará! —Grita David y se pone en pie. Medito sus palabras.

—Puede funcionar.

—¡Voy a hablar con los médicos! —Dice David y asiento, pero antes de salir se gira y me mira serio. —Lo vas a tener jodido para que estas dos te perdonen esta vez, lo sabes, ¿verdad?

—Asumiré las consecuencias de mis actos. —Digo resignado. —Sé que tu hermana me odia y que piensa que me arrepentí de pedirle matrimonio, pero eso no es así y se lo voy a demostrar.

—¿¡Matrimonio?! —David me mira como quien ve un fantasma. Yo me encojo de hombros.

—¿Qué tiene de raro? Es la mujer de mi vida, y la vida está para vivirla. —Supongo que Sally no ha hablado de ello con nadie porque pensó que no iba en serio por mi parte, pero no es así. Vale, le pedí matrimonio precipitadamente por miedo cuando vi ese reportaje, pero siempre quise a Sally para siempre en mi vida.

—Ya me contarás eso. ¡Vengo en seguida! —David sale a toda prisa y me quedo a solas con el cuerpo inconsciente de mi hermana. Me siento a su lado y tomo su mano.

—¿Tú también piensas que no me importas? Siempre consigo que la gente piense así de mí. Que me veáis como un monstruo sin sentimientos y destructivo. Esta vez no fue por eso, sino por miedo, Alice. Tienes que despertar y ayudarme a recuperar el amor y la fe en mí y en mi vida. Y yo también quiero ayudarte a ello. Tienes que dejarme volver a ser tu hermano mayor. Tenemos que darle la familia que tú y yo no tuvimos a Maya. Alice, por dios, despierta. No volveré a ser alguien de quien os sintáis avergonzados nunca más. Lo juro.

3

David

Es la segunda noche que paso a los pies de la camilla en la que Alice está sumida en un profundo sueño. Rogándole que despierte desesperadamente. Ni siquiera el llanto de nuestra pequeña Maya lo ha conseguido. Estoy comenzando a volverme loco. Si Alice no despierta no sé qué haré. Nada bueno seguro.

Su madre ha vuelto hoy de nuevo al hospital y ha pretendido montar otro numerito al verme aquí, gracias al cielo Nick no le ha permitido echarme y le ha gritado como un poseso hasta que la mujer no ha tenido más remedio que irse por donde ha venido. Le agradezco en el alma a Nick que se haya encargado de esa zorra, porque yo la habría asesinado seguro. Estoy demasiado desquiciado para hacerme caso de esa arpía del infierno. Pero Nick la ha puesto bien en su lugar.

Él también está nervioso de cojones. Ahora mismo está dormido en el sillón para invitados de esta habitación. Yo sigo prefiriendo estar sentado en esta camilla, junto a Alice, y no consigo dormir más que unos míseros minutos, porque las pesadillas con el peor de los desenlaces me despiertan sin cesar.

Menos mal que Sally se está haciendo cargo de mi pequeña. Me siento muy culpable por no hacerme más cargo yo mismo de mi propia hija, pero la cabeza no me da para otra cosa que no sea esperar aquí a que Alice despierte.

Son las cinco y media de la madrugada y contemplo desde la camilla los primeros rayos de sol queriendo entrar por la ventana de esta habitación. Alice todavía sigue aquí, un día más. Jamás pensé que me arrepentiría tantísimo de no haber aprovechado más el tiempo a su lado cuando la tenía. Me levanto y me acerco a ella para acariciar su pelo y depositar un pequeño beso en sus labios.

—Nena, tu venganza está siendo terrible. —Sonrío con tristeza en sus labios. —Pero Maya no tiene por qué pagar por mis errores. Y tú mucho menos. No te puedes perder a nuestra hija, no es justo. Yo me apartaré de vosotras si lo deseas. Al fin y al cabo, lo merezco. No he cuidado de ti ni de tu

embarazo. No he estado a tu lado para acompañarte en tus citas médicas, ¡oh, por el amor de dios, ni siquiera sé si has ido a alguna! Si hubiera sido así esto no estaría pasando. —La puerta de la habitación se abre rompiendo mi soliloquio hacia la mujer de mi vida.

—Señor Morrison, tengo noticias. —Me dice el médico. Yo miro a Alice. No puede ser sobre ella si está igual que como la traje, hace ya cuarenta horas.

—¿De qué habla? —Le digo más que nervioso.

—Hablo de su hija, Maya Morrison. —Un nudo se me hace en la boca del estómago y no me deja ni tragar.

—¿Qué cojones pasa ahora con mi hija!

—¡Relájese! Maya está bien. —Suspiro hasta quedarme sin aire dentro. —Pero vamos a darle el alta. Su hija necesita salir de este hospital e ir a su hogar. Necesita por fin establecerse en un lugar menos hostil que éste y su madre ahora mismo no está en circunstancias de darle atenciones. —Dice señalando al cuerpo inconsciente de la madre de mi hija. —No veo nada de positivo para Maya que se quede ahora mismo en el hospital. Ella está bien y estará mejor en un hogar cálido y acogedor, lejos del constante estrés de un hospital. Con su familia.

—¿No ve que su madre está aquí?! ¡Alice la necesita para despertar!

—Señor Morrison, Alice está estable. Somos optimistas con su estado y seguramente despierte en las próximas cuarenta y ocho horas. —Miro en dirección al cielo y siento que me acabo de quitar un peso enorme de los hombros. —Despertará si todo sigue así, pero de verdad no es necesario tener al bebé cerca de ella para que eso ocurra. Confíe en su médico que soy yo. Estamos haciendo todo lo posible para recuperar a la señorita Donovan. También tiene que confiar en ella. Es fuerte y tiene motivos más que de sobra para luchar.

—Cuarenta y ocho horas... es mucho... me volveré loco antes.

—Seamos optimistas. Y usted tiene que hacerse cargo de su hija también. ¿Puede hacerlo? —La pregunta me deja más que pensativo. ¿Puedo hacerlo? ¿Me querrá asesinar Alice si me llevo a Maya conmigo? Miro a la mujer que me está dando la lección más dolorosa de mi vida y no sé qué contestarle al dichoso médico.

—No lo sé...

—¡Sí, podemos hacernos cargo de Maya! —Contesta de repente Nick que no sé cuándo se ha despertado. Se pone en pie y se acerca al médico. —Dave

y yo la cuidaremos. En mi apartamento. —Esto último lo dice mirándome a mí.

Creo que mi viejo amigo me está haciendo una invitación para que vuelva de nuevo a su apartamento a vivir con él.

Quizá no sea tan mala idea. El boquete en el que yo estoy viviendo solo no es el mejor lugar para un bebé ni mucho menos. Creo que no he limpiado en serio nunca y jamás llegué a sacar todas mis pertenencias de las cajas donde las guardo. Además, tengo botellas vacías de alcohol regadas por todas las estancias.

Miro a Nick y asiento, aceptando su invitación. Seguramente sea lo mejor. Yo no soy un buen padre para Maya ahora mismo, pero lo seré.

—Bien, su hermana, la señorita Morrison, se ha ofrecido a vivir con la pequeña también mientras que su madre esté hospitalizada. —Dice el médico.

Nick y yo nos miramos sin decir nada. No hace falta. Ambos sabemos que meter a Sally y a Nick en la misma residencia ahora mismo es de todo menos estable para ninguno de nosotros. ¡Es una jodida bomba a punto de explosión!

Los ojos de Nick me gritan que está viendo su oportunidad para arreglar sus cagadas con mi hermana, me suplican que no obstaculice su propósito de volver con ella. ¿Quiere un nuevo acercamiento con Sally? Está loco. Va a volver a destrozarla y él lo sabe. Pero no seré yo quien se interponga esta vez. Igual que Nick no me ha intentado apartar de Alice a pesar de que solo soy un borracho que no ha sabido cuidar de su hermana embarazada de mí.

Esta vez no ayudaré a mi hermana en la tarea de huir de Nick, como sé que intentará hacer y quizá sea lo mejor para ambos. Esta vez se lo debo a Nick por ayudarme con esto. No obstante, me debe una conversación con respecto a Sally y él lo sabe. Aunque no tengo potestad para ponerme muy protector con mi hermanita. Nadie la ha cagado más en el mundo que yo con la de Nick.

—Estupendo. —Dice Nick al cabo de un rato de silencio. El médico asiente y se va.

—No sabes dónde te estás metiendo. —Le advierto a mi amigo. Nick agacha la mirada.

—Voy a intentar recuperarla Dave, es justo que lo sepas. Entenderé que te opongas y que me odies por lo que le hice a Sally, pero tuve mis motivos, aunque no lo creas, aún los tengo. Pero lo que siento por ella no se borrará por más que huya, ya lo he comprobado.

—No me pienso oponer. —Confieso y Nick me mira intrigado. —Pero lo vas a tener más que jodido. No sabes cómo es Sally cuando está cabreada.

Lleva meses triste y depresiva, pero últimamente ya no está así, sino más bien cabreada de la hostia.

—Podré manejarla. —Aguanto una sonrisa mordiéndome los labios. Creo que es la primera vez que tengo ganas de soltar una carcajada como un demonio en mucho tiempo. —¿No me crees? ¡Ahora mismo voy a hablar con ella y a decirle que se viene a vivir conmigo!

—Con nosotros. —Le corrijo.

—Eso. —Dice ofuscado.

—Me debes una conversación con respecto a Sally, Nick. Quiero que sepas que el hecho de que no me oponga a que te acerques a ella no significa que no piense que es lo mejor para mi hermana. Ella es una buena chica y se merece algo más que un tarado cargado de traumas que no sabe ni siquiera valorarla.

—¿Crees que yo no valoro a Sally? ¡He hecho todo lo que he hecho por ella!

—¿Como irte y abandonarla sin una maldita explicación? —Mi voz se vuelve dura e intento controlarme. —No sabes lo que ha sufrido. Yo sí. La he visto hundida como nunca. Ni siquiera cuando lo de mis padres estaba así de mal. Te quería, Nick, mucho. Confió en ti.

—Y aún me quiere. ¡No me ha olvidado! —Ahora es mi amigo el que se pone nervioso. —Y voy a recuperarla.

—¿Por qué te fuiste, Nick? ¿Qué te hizo ella para querer abandonarla sin más durante meses si tanto la querías?

—¿Tú tampoco lo has visto? —Me pregunta sorprendido y yo niego con la cabeza. —Rachel Banks y Molly Evans, en la prensa. —Me dice y yo sigo mirándolo con cara de confusión.

—¿Quiénes son?

—Son dos de las chicas que desplumé cuando tú y yo nos dedicábamos a... —Miro en dirección al cuerpo inconsciente de Alice y, acojonado, silencio a Nick inmediatamente poniendo mi mano sobre su boca.

—¡Calla, joder!

—A eso mismo temía yo. —Me dice Nick quitándose mi mano de encima. —Ahora me entiendes, ¿no? —Lo miro más que asustado y asiento. —Eso mismo quería evitar. Que ella se enterase y no hubiera forma humana de hacer que Sally dejara de odiarme por ello. —Cierro los ojos y suspiro.

—Tenemos que evitar que ambas lo sepan, Nick.

—Créeme que me gustaría tener el poder de hacerlo. Pero mucho me temo que esto no ha hecho más que empezar. Este es el precio de la fama y mi nombre ahora mismo está en todos lados, Dave.

—Joder... ¡maldita sea! —Me paso la mano por el pelo, muy nervioso. — Bueno, no perdamos los nervios. Tú y yo ya no somos así. Eso se nota, ¿verdad?

—¿En serio crees que Alice y Sally pensarán lo mejor de ti y de mí cuando todo se sepa? —Pregunta y yo le hago un gesto para que baje la voz. —Ellas dos tienen la peor imagen de nosotros que podrían tener, Dave. Las hemos engañado, traicionado y abandonado cuando más nos necesitaban. Eso hemos hecho y no será fácil. Pero yo no pienso rendirme y creo que tú tampoco. Por eso estás aquí, a los pies de la camilla de Alice día y noche. Sé que no soy el mejor hombre para Sally. Tú tampoco lo eres para Alice, desde luego. Pero ninguno de los dos piensa rendirse con ellas así que creo que deberíamos trabajar en equipo, Dave. Nadie más que nosotros mismos podemos ayudarnos en esta tarea. —Lo miro evaluando su propuesta y me quedo pensativo. —Voy a hablar con Sally para que se lleve sus pertenencias en mi apartamento. Te veo por allí, hermano. —Nick se acerca, me da un apretón y se va.

Al fin puedo liberar todo el aire que guardo en los pulmones cuando se va y vuelvo a mirar a Alice.

—No sabes en el lío que nos estás metiendo a todos por no querer despertar, nena. Más te vale que abras esos ojitos de una vez y pongas orden en esta mierda.

4

Sally

—Vamos a proceder a darle el alta a Maya, señorita Morrison. —Me dice el doctor mientras yo cargo a mi sobrina en brazos y le doy su biberón. Es la tercera vez en la noche que se despierta y creo que no siempre lo hace por hambre. Mi sobrina se siente sola, o... algo así. Seguro echa de menos el vínculo con su mamá que sentía en su barriguita. Miro al doctor y asiento.

—Hablaré con mi hermano y me haré cargo de ella junto a él mientras Alice esté en este estado. —Digo con voz cansada.

Necesito dormir. Este pequeño regalito no me ha dado tregua desde que vino al mundo. La madre de Alice y Nick ha aparecido en contadas ocasiones por el hospital para ayudar con ella y, cuando lo ha hecho, Nick y ella siempre han acabado discutiendo, provocando que la mujer se fuera.

Mi hermano no quiere salir de la habitación en la que está Alice. No quiere separarse de ella por nada del mundo. Eso sí es amor, no lo que Nick me prometía a mí.

Nick... ese malnacido sin corazón no ha hecho más que insistir en que quiere hablar conmigo, pero cada vez que me ha rondado para hacerlo, he depositado a Maya en sus brazos y he desaparecido de su vista. No tengo nada que hablar con él. Verlo de nuevo ha abierto la caja del odio y resentimiento en mi pecho, hasta me he quitado el anillo de compromiso que me dio y que siempre llevaba al cuello, aunque sigo llevándolo conmigo en el bolso donde quiera que voy.

No hay motivo alguno para que se fuera durante cuatro jodidos meses, sin comunicarse, cambiando incluso su número de teléfono para que no contactara con él, dejándome hecha un mar de lágrimas y dudas sin comprender qué hice para que se fuera así.

—Sí, ya he hablado con él. —Me indica el doctor y yo asiento mientras continúo alimentando a Maya y le tarareo una canción. —Y con el señor Donovan también. —De repente miro al doctor asustada. —Es su tío también, a Maya le vendrá bien tener todo el calor familiar posible en estos difíciles

momentos.

—Nick no vive aquí. —Le digo al doctor para evitar que interceda a favor de que Nick se haga cargo de Maya. Sé que el informe médico será decisivo para que las autoridades tomen las decisiones oportunas con respecto a la custodia de Maya mientras Alice no pueda hacerse cargo, si es que alguna vez pueda...

—Vivo aquí. He vuelto para quedarme. —La voz de Nick explota en mis oídos y me giro a mirarlo horrorizada. ¿Piensa alejarme de Maya? ¡No estoy dispuesta a permitirlo! —Yo me haré cargo también, Sally.

—Maya se vendrá conmigo, Nick. Podrás venir a visitarla cuando quieras, pero vivirá conmigo mientras Alice se recupera. Ni Dave ni tú sabréis hacerlo. Soy yo quien ha pasado cada minuto de su corta vida cuidándola. —Afirmo y me giro para no tener que mirarlo a los ojos mientras digo esto, meciendo a Maya que está tranquilita en mis brazos, pero mecerla me sirve de distracción para mantener los nervios a raya.

—Maya se viene a mi casa, Sally. —El corazón se me para. —Y tú también. —Trago saliva y saco fuerzas de donde no las tengo para encararlo.

—Ni hablar. —Le digo girándome y sosteniéndole la mirada, tratando de mostrarme todo lo firme que puedo, aunque las piernas me tiemblen como nunca. —Ni Maya ni yo somos mascotas para tu entretenimiento. Yo me haré cargo de ella mejor que tú. David es su padre, no tú, y él y yo nos encargaremos de la pequeña.

—Ah, pero Dave se viene a vivir conmigo, ¿no lo sabías? —Me reta. No puede ser... Mi hermano no me ha traicionado de esa manera... Miro a Maya dormir en mis brazos y trato de buscar una salida digna a todo esto.

—No podéis encargarnos de ella. No sabréis hacerlo. David no está en condiciones...

—Por eso necesitamos que te vengas, Sally. —Trago saliva y lo miro confundida. —Maya te necesita. —Su voz suena suave y tierna. Se acerca hasta mí y mi cuerpo se bloquea. Quiero apartarme, pero no lo hago. No muevo un músculo mientras Nick coge a Maya y la aparta de mí. No sé si son cosas mías, pero siento la caricia de sus dedos en mi mano cuando lo hace. —Maya te necesita y David y yo también, ¿verdad enana? —Dice mirando a nuestra sobrina. Siento el vacío del calor del cuerpecito de mi sobrina me proporcionaba en mis brazos ahora vacíos. Miro a Nick y quiero decirle mil cosas, gritarle mis frustraciones, mis infiernos vividos por su ausencia, pero

sé que delante del doctor no es lo mejor para mi situación.

—Señorita Morrison, será una circunstancia pasajera si todo sale bien. —Dice el médico y me obligo a mirarlo a él y no a Nick. —La señorita Donovan está estable ahora mismo y somos optimistas con su estado, pero usted no puede hacerse cargo de Maya sola. Tiene dieciocho años, un trabajo que le ocupa mucho tiempo y creo que además está asistiendo a un curso de alta cocina, según el señor Donovan me ha informado. —Miro a Nick ahora con rabia. ¿Ha usado eso en mi contra para que no pueda hacerme cargo de Maya? Él ni me mira. Solo tiene ojos para Maya. Tomo aire y me cuadro los hombros. —Lo ideal es que la pequeña esté en manos familiares y no que tengan que recurrir a manos externas para ello. Para un recién nacido el contacto con su madre es muy importante y, a falta del mismo, necesitará paliarlo con sus familiares.

—Yo tengo todo el tiempo del mundo para dedicárselo a ella. —Dice Nick mirando a Maya y yo quiero asesinarlo. Es un golpe bajo. Pero no me quitará también esto.

—Me iré con vosotros. —Afirmo y veo en sus labios dibujarse una sonrisa. ¿Qué pretendes, Nick? ¿Divertirte de nuevo conmigo? ¿Ya te has cansado de nuevo de estar de un lado a otro y quieres volver a marear a esta estúpida niñata que se muere por ti? ¡Olvídalo! ¡No podrás conmigo esta vez!

—¿Nos vamos a casa? —Me pregunta Nick sonriente tras firmar los papeles que nos otorgan la custodia preventiva de Maya temporalmente. Lo miro y resoplo.

—Ve tú. Yo tengo que pasar por mi ático primero a recoger algunas cosas. —Le digo con hastío.

—Podemos ir juntos. Yo te acompaño. —Se ofrece intentando parecer amable.

—No hace falta. He llamado a Peter para que venga a ayudarme. —Le digo con una falsa sonrisa que pretende más mostrarle los dientes en actitud desafiante que tratar de allanar las cosas. El gesto de Nick se ensombrece en cuestión de segundos. —Me llevaré a Maya conmigo por si necesita algo mientras.

—Ni hablar. Maya se viene conmigo. —No me deja replicar. Nick tira los

papeles literalmente a la cara de la enfermera que nos atiende en el mostrador de muy mala gana y se vuelve a introducir en el hospital para ir en busca de nuestra sobrina y que yo no tenga opción a llevármela.

No voy a ir detrás de él para rogarle, sé que busca eso. Así que suspiro y me dirijo hacia el exterior del hospital donde me está esperando Peter.

Al verlo sonrío. Su sonrisa es limpia y contagiosa. Es un buen chico y ha sido todo un encanto conmigo.

—Hola, preciosa. —Me saluda cuando abro la puerta de su coche y me introduzco en él. Debería sentirme incómoda escuchándole llamarme así, pero no. Me siento cómoda, tranquila, en paz.

—Hola. Gracias por venir. —Digo de corazón mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

—Es un placer servir de ayuda, jefa. —Me dice en tono burlón y me hace reír.

—Entonces solo has venido para ganarte un ascenso...

—Quizá. —Dice encogiéndose de hombros y poniendo el coche en marcha. Creo que por primera vez desde que volví a ver a Nick me siento en paz, tranquila, serena. Y es gracias a él. —Aunque puede que lo que quiera sea otra cosa. —Dice tratando de sonar despreocupado, aunque a mí el corazón se me acelera. No estoy preparada para esto ahora mismo y no quiero decirle los motivos. Estamos conociéndonos, es muy pronto para asustarlo con una historia tan tórrida como la mía con Nick. —Tranquila, no hablo de matrimonio. —Bromea pues creo que ha visto mi cara de terror. —Solo quería tener una excusa para pasar más tiempo a solas contigo. Me lo paso bien contigo, jefa. —Suspiro aliviada y le regalo una sonrisa.

—Y yo contigo.

En mi ático reina el silencio y la soledad. Está todo en penumbra, a pesar de que aún no se ha ido el sol. Peter entra y admira mi pequeño reino con cara de sorprendido.

Sí... económicamente me ha ido bien con la empresa de catering de la que soy dueña junto con Mathew y en la que Peter a veces ha trabajado cuando hemos necesitado camareros extras y hemos tenido que tirar de los trabajadores del “Meat me” para ello. No puedo quejarme a ese nivel. Pero mi vida estos cuatro últimos meses no ha sido nada bonita. Sin nadie a quien mirar a los ojos de verdad, sin besos que me despierten por la mañana, sin duchas matutinas regadas de sexo, sin alguien con quien compartir un

almuerzo, una cena, una película, una caricia...

—Vaya jefa...

—Voy a mi habitación a recoger algunas de mis pertenencias para estos días. Sírvete lo que quieras. —Le digo y le dejo en la cocina mientras entro en mi habitación.

La cama está sin deshacer, no he dormido en ella desde hace semanas. Siempre me recordaba mucho a Nick y a nuestras noches entrelazados uno en el cuerpo del otro. Así que de esa habitación solo cojo pijamas caros y sexis que me compré hace tiempo y que nunca usé, porque he dormido cada noche con las camisetas que Nick se dejó olvidadas en algún rincón de mi ático. Pero no pienso dormir con ellas si voy a tener que pasar unos días con él.

Después me dirijo a la habitación de invitados, en la que he hecho mi vida estos últimos cuatro meses, y cojo el resto de mis pertenencias más preciadas. Pocas, porque espero y deseo que no tenga que pasar con Nick mucho tiempo.

Al llegar al salón, deposito mi mochila junto al sofá en el que Peter está sentado, bebiendo una cerveza y echándole un vistazo al CD de “Birdy” que no he parado de escuchar desde que Nick me abandonó. Me doy cuenta de que es la primera persona con la que comparto mi espacio en mucho tiempo y me gusta verlo ahí, en mi salón, conmigo. Suspiro y me pongo recta.

—Ya lo tengo todo. ¿Te importa esperar a que me dé una ducha y nos vamos? —Peter me mira y se pone en pie.

—Te esperaré lo que haga falta. —Me dice y pone un mechón de mi pelo tras mi oreja. No sé si es la necesidad de no sentirme de nuevo a punto de caer en el abismo de Nicholas Donovan, o tanta soledad sufrida durante tantos días, lo cierto es que sin pensarlo mucho acabo besando a Peter en los labios y aferrándome a él como si fuese un bote salvavidas y estuviese a punto de ahogarme. Cuando su respiración se hace ruidosa y siento sus manos en mi cintura es cuando soy consciente de lo que estoy haciendo y de que él lo está secundando. Mierda... no puedo. La imagen de Nick golpea mis sienes y miles de recuerdos al lado del hombre al que amo me martillean la frente. Pero Peter se ha desatado por mi culpa y no soy capaz de pararlo. Así que me dejo llevar un poco más, por si se me pasa el alboroto mental y dejo que me recueste en el sofá y que se coloque sobre mí. Creo que puedo hacerlo. Sí... lo estoy disfrutando... sí, creo que sí. Un momento, ¿me está cogiendo una teta? ¡Mierda, no, no vayas tan rápido! El sonido de mi teléfono móvil nos interrumpe como por obra celestial cuando yo estaba a punto de apartar a

Peter a patadas y empujones de mí porque la ansiedad me está consumiendo.

—¡Me llaman! —Digo apartándolo rápidamente de mí y levantándome del sofá. Voy en dirección a mi móvil y cuando veo en la pantalla las letras “Número oculto” suspiro porque sé quién es. —Qué. —Digo con mala gana.

—Sally, por lo que más quieras, no tardes. No sé cómo callar a Maya. ¡Ven de una vez! —Me grita la voz de Nick y escucho el llanto inconfundible de Maya de fondo. Esa niña va a ser cantante de ópera por lo menos.

—¡Ya voy, joder! ¡Dale de comer y mécela, no es tan difícil! —Miro a Peter que se pasea nervioso por mi salón y me arrepiento de haber hecho lo que he hecho con él ahora mismo si no estaba preparada para ello. Voy a confundirlo y no quiero. No quiero hacer sentir a nadie como Nick me ha hecho sentir a mí.

—¡Eso hago, pero algo le pasa! ¡¡Haz el maldito favor de venir ya!! —Resoplo.

—Estaré allí en diez minutos. —Cuelgo y maldigo al mundo. Ahora tengo que ir a enfrentarme al motivo de todos mis males y no voy a poder ni darme una maldita ducha. —Tenemos que irnos. —Le informo a Peter y cojo mi mochila.

Por el camino ambos estamos en silencio. No me pregunta adónde me voy a hospedar, no me dice nada al respecto de lo que ha pasado en mi ático, y lo agradezco. Ahora mismo la llamada de Nick y volver a escucharlo dándome órdenes y dirigiendo mi vida a su antojo ha vuelto a envenenarme y no creo que nada de lo que pudiera decir sonase agradable en estos momentos.

Al llegar a aquel barrio donde viví los momentos más emocionantes de mi vida suelto todo el aire que tengo en los pulmones y le doy las buenas noches a Peter apresuradamente y sin mirarlo mientras salgo de su coche y me refugio en el portal del edificio en el que vive Nick sin mirar atrás. Por suerte aún tengo la llave y no tengo que esperar a que me abra. Entro y me escondo en la penumbra. Me quedo ahí durante unos minutos hasta que creo que mi respiración vuelve a ser normal y después entro en el ascensor.

Justo al salir de él, cuando estoy frente a la puerta del apartamento en el que viví con Nick y David, mi teléfono vibra en mi pantalón. Sé que es él y lo ignoro. Simplemente introduzco la llave en la cerradura y abro.

5

Nick

Si Sally tarda solo cinco minutos más me voy a volver loco. Solo hago imaginármela con ese pamplinas en su cama, en esa cama en la que tantas veces la hice mía.

Maya no para de llorar y eso me desquicia más todavía. Desde que me la traje del hospital no ha dejado de hacerlo. En el taxi en el que ambos veníamos en dirección a mi apartamento parecía que le iba a dar un parraque. ¡Hasta se puso morada! Le he metido en la boca todo lo que he tenido a mi alcance: biberón, chupete, ¡hasta mi dedo! ¡Nada! ¡Esta cría es otra desquiciadora más de hombres que ha venido al mundo! Pero es tan mona... al menos cuando está tranquilita. Es preciosa joder.

Llamo a Sally desesperado cuando ya he dado el paseo número treinta y tres por mi apartamento con Maya en mis brazos para calmarla y ruego al cielo por que Sally no esté intimando con ese tipo. Eso me mataría...

Contesta. Bien... Dice que viene de camino. Bien... bien... tranquilo Nick... Vuelvo a dar paseos con la criatura gritona en mis brazos.

—Ya, ya, Maya, ya viene la tía Sally de camino. —Le digo al diminuto desquiciante ser que tengo en brazos que no para de llorar. ¡Me va a volver loco ella también! —Shhh, vamos, no llores más. ¡Te prometo que también sé hacer que las mujeres se rían a veces! ¡Vamos, dame una oportunidad! Al menos tú tienes que dármele. De verdad que puedo ser guay si me dejas, enana. ¡Pregúntale a tu tía Sally! Bueno... ella ahora mismo te diría que se lo pasaría mejor con un bibliotecario que conmigo... pero si vieras cómo solía reírse cuando estábamos juntos...

—Ejem. —Un carraspeo interrumpe mi soliloquio con mi sobrina y me giro avergonzado para comprobar que es Sally la que está frente a mí.

Ella también parece avergonzada y casi no me mira. Lleva una pequeña mochila. No tiene intención de quedarse mucho tiempo. Pero al menos conserva la llave del apartamento. Eso es algo.

—¡Hey! —Digo tratando de mostrar cordialidad.

—Dámela anda. —Me dice y coge a Maya (que no deja de gritar entre mis brazos) con mucho cuidado. —Ehhh, ya está mi niña preciosa, ya está tía Sally aquí. Shhh, shhh. —Susurra y besa su frente con dulzura. Después comienza a canturrearle una canción de mierda y la pequeña pasa del color azul al rosado en décimas de segundo. Su llanto baja de decibelios como por obra de magia y finalmente se calla y se duerme.

—¿Y ya está?! —Pregunto frustrado cuando veo con la facilidad que ha conseguido acallar la sirena de bomberos que mi sobrina tiene en su interior. Sally sonrío y se da la vuelta para que yo no vea que se está partiendo la caja a mi costa. —¿Os habéis puesto en complot las dos contra mí?! —Le acuso con voz bastante infantil. Veo que la espalda de Sally se mueve a causa de la risa. —¡No tiene gracia! ¡Pensé que se estaba muriendo y que iba a entrar en parada cardiorrespiratoria en cualquier momento y la jodida no tenía nada! ¡Solo ganas de desquiciarme!

—¡No llames así a mi sobrina! —Me dice seria.

—También es MI sobrina.

—Por desgracia. —Dice y yo agacho la mirada hasta clavarla en el suelo. Es la típica reacción que tengo cuando mi madre suelta algún comentario hiriente sobre mí y no puedo evitar sentirme igual de mal al escucharlo de los labios de Sally. —Tienes que tener más paciencia, Nick. Maya necesita a su mamá y nosotros ahora mismo somos lo más cercano a una mamá que tiene.

—¡Lo siento, pero lo he intentado todo para calmarla y ese arma de destrucción masiva con aspecto de bebé no viene con instrucciones! —Sally ahora me sonrío abiertamente y eso hace que me relaje un poco. —¿Por qué has tardado tanto? No puedes dejarla sola tanto rato. —Digo usando a Maya como excusa para retener a Sally junto a mí el máximo tiempo posible. Aunque sea rastrero, tengo que usar todos mis cartuchos con ella.

—No la he dejado sola, la he dejado con el tío Nick. Por cierto, ¿dónde has pensado que dormiremos Maya y yo? —Me pregunta y caigo en que no he pensado en ningún momento en dónde dormirá Maya, sino más bien he pensado en todo momento simplemente en que Sally volverá a dormir cerca de mí.

—Pues... eh... —me rasco la cabeza.

—¿No has comprado una cuna? —Me pregunta más bien acusándome.

—Nop. —Me encojo de hombros. —Tampoco es que haya salido mucho de ese hospital. Ni hemos tenido tiempo para ello.

—Bueno, dormiremos las dos en mi cama. —Dice y se la lleva en dirección a la que una vez fue su habitación. Sin pensarlo. Como por inercia.

Yo me quedo en pie en mitad de la casa observando a Sally moverse por mi apartamento de nuevo. Algo que pensé que nunca más volvería a suceder. De hecho, pensaba que a estas alturas ya habría averiguado por qué me fui y la abandoné y me odiaría más que nunca. No ha sido así. Sally aún no sabe nada y no me odia, está simplemente decepcionada conmigo y mi estúpida forma de hacer las cosas y no sé si eso me duele todavía más. Si me odiara significaría que todavía siente algo fuerte por mí. Pero la decepción puede aniquilar todo sentimiento positivo en cuestión de poco tiempo.

Cuando vuelve a salir de la que fue su habitación se acerca de nuevo a donde estoy para coger su mochila del suelo.

—¿Tienes hambre? —Pregunto estúpidamente. Como si un inútil en la cocina como yo pudiera ofrecerle algo decente de comer a una increíble chef como ella. Me mira y niega con la cabeza.

—No, pero necesito una ducha. —Dice y se vuelve a alejar, en dirección al baño de David.

—¡Eh! ¡Mi baño sigue siendo tuyo! —Le grito.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. —Dice sin mirarme y se introduce en el baño.

Mis pies la siguen sin pensar y se paran justo frente a la puerta del baño en el que Sally está recluida. ¿Se habrá desnudado ya? Joder, cómo echo de menos su cuerpo. Tengo que verla, besarla, sentirla. ¡Vamos Nick, aprovecha el poco tiempo que tienes a su lado! Tiro del pomo, pero está cerrado a cal y canto. Así que finalmente apoyo mi cabeza en la puerta y suspiro una y otra vez con los ojos cerrados, tratando de recrear su cuerpo desnudo una vez más en mi cerebro, como llevo haciendo cada maldita noche de estos últimos cuatro jodidos meses.

Cuando la puerta al fin se abre yo sigo allí, en pie, con la mirada clavada en la puerta del baño. Aunque ahora la clavo en ella y en su cuerpo envuelto en una de mis toallas. Ella se sorprende al verme ahí clavado, pero acto seguido hace como si fuera lo más normal del mundo que yo estuviera ahí como un lelo y pasa por mi lado como si nada, en dirección a su antigua habitación.

El perfume a jabón mezclado con Sally inunda mis fosas nasales cuando pasa por mi lado y mi cuerpo se estremece de pies a cabeza. Hace que

recuerde instintivamente las veces que Sally y yo nos duchamos juntos en el pasado.

—¡Sally! —Al fin reacciono y la cojo del brazo para evitar que se separe más de mí. Ella me observa con precaución. —Tenemos que hablar. —Digo en un hilo de voz.

—Si vas a darme una excusa barata para convencerme de que no tenías más remedio que irte y abandonarme de esa manera tan cruel y traidora, guárdatela. —Gruño de frustración ante su comentario.

—Tienes que escucharme. Por favor.

—¿Por qué?! ¿Por qué ahora y no hace cuatro malditos meses? ¿Qué ha cambiado para que ahora te acuerdes de que me debes una jodida explicación? —Me dice alterada. Mierda. Así no puedo contarle nada. Si se pone así antes de que le cuente qué me pasa de verdad, no quiero ni imaginar cómo se pondrá cuando sepa lo que hice. Tengo que calmarla.

—Yo... estaba mal, Sally. No sabía cómo contarte ciertas cosas...

—¿Mal?! ¡Ja! Mal... no me lo puedo creer. —Dice pensando en voz alta y girándose para darme la espalda. Suspiro y miro al cielo. Sally se gira de nuevo para encararme y tengo que esforzarme en mirarla a los ojos y parecer sereno. —¿Cómo crees que he estado yo, Nick? ¿Cómo piensas que me quedé después de que me pidieras matrimonio, prácticamente te vinieses a vivir conmigo y me dejases tirada de la noche a la mañana por una estupidez de la cual ni siquiera yo fui responsable? ¡No voy a escuchar nada de lo que tengas que decirme esta vez! —Mierda. —No voy a darte el maldito placer de dejarte de nuevo hacer de mí tu distracción ni tu juego! ¡Llegaste muy lejos la última vez y no...! —Sally flaquea un momento y yo me quedo callado y expectante, esperando a que termine su frase. —Ya no siento lo mismo, Nick. Ya te olvidé. —Sus palabras me atraviesan como espadas y no soy capaz de moverme, pestañear o tan siquiera respirar.

—¿Qué? —Casi no me sale la voz del cuerpo, pero necesito que vuelva a repetirlo. Sus ojos me miran aterrorizados, cómo si no se creyesen lo que acaba de decir. —Repíteme eso, Sally. —Le pido. No es una amenaza. No. Pero no permitiré que se vaya, se encierre en su habitación y me deje aquí solo y desamparado con semejante bomba. No dice nada y me esfuerzo en hablar más alto. —Sally. Repítelo. —Pido dando un paso en su dirección. Ella agacha la mirada y la clava en el suelo. —Mírame. —Le pido con mirada vidriosa y con cientos de agujas perforándome desde el interior. Sally me mira asustada. —

Dilo Sally. Di que ya no sientes nada por mí.

—Ya lo he hecho. —Dice, se gira y se va. Dejándome más solo que en toda mi maldita existencia. Mucho más que cuando Mike se fue. Más que cuando mi padre se suicidó e incluso más que todas las veces que mi madre me ha acusado de ser su mayor decepción. Sally ha sido más para mí que todos ellos y, no lo he visto, maldita sea. Nunca lo he visto tan claro como ahora.

—Sal... —Intento llamarla una vez más, pero ella cierra la puerta de su habitación dejando su nombre atrapado en mis labios.

Joder... ¡joder, joder! Qué voy a hacer ahora... ¿Cómo se arregla algo que tú mismo has roto a conciencia para que no fuese recompuesto nunca más? ¿En qué endemoniada hora pensé que lo mejor para mí sería alejarme de ella para no tener que afrontar su odio por mí? Si me hubiera quedado... si hubiera tenido las agallas de contarle a qué me dedicaba antes de conocerla... entonces Sally posiblemente me habría odiado, sí, pero me habría querido a la misma vez. Y si hay amor hay esperanza. Habría luchado por ella y le habría demostrado que ya no soy el mismo. Que ya no soy la persona que se burlaba y despreciaba el amor porque pensaba que era algo dañino, porque mi amor por Sally es precisamente lo que me ha hecho cambiar y ser alguien mejor.

Pero lo he destruido todo.

Paso las horas de esa endemoniada noche en el sofá, mirando sin mirar la tele, maldiciéndome por no ser capaz de controlar alguna lágrima que se me escapa por culpa de esta soledad tan asfixiante que tengo en el pecho. Escucho a Maya llorar un par de ocasiones y no me atrevo siquiera a acercarme a la habitación de Sally para preguntarle si puedo ayudar en algo. Ella no me quiere ni Maya tampoco, está claro. Seguro que están mejor sin mí.

Mi teléfono suena y doy un salto, pues no esperaba que alguien llamase a la una y media de la madrugada. Es David y eso hace que me alarme. Él se ha quedado de nuevo en el hospital, junto a Alice, y le he pedido que me avise ante cualquier noticia.

—¡Dave! ¡Qué pasa! —pregunto asustado.

—Nada... todo está igual. —Su voz suena cansada. Está hecho mierda. Suspiro aliviado.

—Tienes que descansar, hermano. Vente a casa y me quedo yo esta noche con Alice.

—No, estoy bien. Quédate tú con Maya y Sally, podrás ayudarlas más que

yo.

—Lo dudo... Bueno, pero mañana por la mañana haremos un cambio de turno. Yo me quedo en el hospital y tú vienes a casa a descansar y estar con tu hija.

—Está bien... ¿Cómo está Maya?

—Lista para dar un recital de ópera. —Bromeo y creo que David ríe un poco. —Está bien. Tu hermana está haciendo una magnífica labor de mami. —David suspira.

—¿Qué tal te ha ido a ti con Sally? —Me pregunta y yo aguardo silencio.

—Sally no... ella ya no... Joder, no soy capaz ni de decirlo.

—Podemos demostrarnos y demostrarles que somos dignos de su amor. —Dice David y sus palabras hacen que mis ojos se me humedezcan y me piquen. Asiento incapaz de hablar.

—Sí. Alice se pondrá bien y tú y yo arreglaremos este desastre, Dave.

—Lo haremos. Duerme algo, hermano. Mañana hablamos.

—Adiós, hermano. —Cuelgo y me incorporo del sofá en el que estaba tumbado hasta sentarme y apoyar mis codos sobre mis muslos. Hundo la cabeza entre mis manos y me froto la cara varias veces, intentando encontrar algo de sentido a mi vida ahora mismo.

—¿Alguna novedad? —La dulce voz de Sally capta mi atención. Miro hacia arriba y la veo en pie, frente a mí. Me mira con cara de preocupación y... ¡oh, mierda! ¿qué lleva puesto? ¡Un jodido camisón de seda rosa claro y corto, demasiado corto, que se adhiere a su piel como si estuviera desnuda! Bajo la mirada con mucho esfuerzo para no incomodarla o me la comería con los ojos, trago saliva y asiento.

—Sí, bueno, todo está igual. Deberías descansar. Llevas dos días en ese hospital y debes estar destruida.

—Tú también tienes que descansar, Nick. —Dice y parece hasta preocupada por mí. Si no supiera que ya me ha olvidado me abalanzaría sobre ella para besarla. Mierda, cómo duele haberla perdido y tenerla justo enfrente.

—Estoy bien, Sally. Ve a dormir.

—No, no estás bien y no voy a irme a la cama si tú no vas también. —Esa afirmación provoca que la mire sin poder creer lo que acabo de escuchar. La observo con la cabeza ladeada para que me aclare a qué se refiere. —Sé que estás sufriendo por tu hermana, Nick. Lo veo. —Claro que estoy sufriendo por Alice, pero por ella también. Porque he perdido el amor de mi vida. —Pero

debes confiar que todo saldrá bien. Alice es fuerte y tiene un motivo de peso para despertar del coma y seguir viviendo: Maya.

—Confiaré en que eso suceda. —Digo tratando de calmarla y de esconder la desesperación que siento por volver a tenerla, aunque solo sea una vez más, entre mis brazos. Le lanzo una especie de sonrisa para indicarle que estoy bien, a pesar de que estoy de todo menos bien.

—Vete a la cama y descansa, Nick. —No quiero decirle que no he logrado dormir una sola noche en una cama desde que la dejé. Siempre duermo en el sofá, porque en una cama su ausencia a mi lado es mucho más sofocante.

—Prefiero dormir aquí. —Le indico recostándome de nuevo en el sofá. —Además, están echando Titanic. —Intento bromear señalando la tele. Sally mira a la tele y sonrío al ver que es cierto. —Ya sabes lo que me gustan los dramones. —Sally se ríe y sacude la cabeza. Yo me quedo mirando su sonrisa embobado y cuando ella se da cuenta se da la vuelta avergonzada.

—Entonces me recostaré yo en el otro sofá y esperaré hasta que te duermas. —Me dice y toma posesión del sofá blanco de piel que está junto al que yo estoy. —Al fin y al cabo, yo soy la culpable de que te gusten estos dramones. —Casi no soy capaz de escuchar lo que dice. Ese camisón suyo me está matando y la forma en la que se le sube al recostarse y deja a la vista sus muslos me está martirizando.

Pero guardo silencio y la observo de reojo desde mi sofá. La antigua sensación de calidez que sentía cada vez que Sally estaba conmigo en el pasado vuelve. Siento paz sabiendo que está ahí, relajada y de algún modo disfrutando de mi compañía.

Sally se esfuerza en ver el dramón entre Leonardo Di Caprio y Kate Winslet, pero se queda dormida en décimas de segundo. Lo que yo decía, está muerta del cansancio. Yo me levanto y busco algo para taparla. Sobre todo, porque no voy a poder pegar ojo con esas piernas gritándome que las lama de arriba abajo. Y menos con esas bragas de encaje burdeos asomando y tentándome a morderlas. ¿Qué habrá hecho con sus braguitas de conejitos y corazoncitos? ¡Ay, Sally...!

Después de taparla beso su frente y me recuesto sobre el sofá. No tardo en dormirme. Sentirla cerca me calma al fin.

Pero mis sueños son algo convulsos y no dejo de soñar que algo malo le pasa a Sally o a Alice y me despierto varias veces de golpe. Tras la tercera de mis pesadillas escucho un quejido extraño y tardo unos segundos en darme

cuenta de que es mi sobrina que está sola durmiendo en la habitación de Sally. ¡Coño, la niña!

Me levanto corriendo y voy hacia la habitación de Sally todo lo rápido que puedo para atender a Maya y tratar de no despertar a Sally.

—¡Eh, renacuaja, ¿qué pasa?! —Le digo a mi sobrina que está comenzando a ponerse morada a causa del llanto. La cargo en brazos y recurro a lo que vi hacer a Sally antes con este monstruito: le canturreo una canción de los Beatles para calmarla, porque no tengo ni puta idea de canciones de cuna ni de niños. —Shhh, shhh, eso es. —Maya se relaja en cuanto me oye cantar. —¿Así que te gustan los Beatles? Bien, ya me caes mejor. —Sonrío al verla tan tranquilita por fin en mis brazos. —¿Sabes que cuando estás tranquilita eres preciosa? —Beso su frente y Maya ronronea. —Al menos sigo teniendo poder de seducción con algunas féminas.

Me recuesto sobre la cama de Sally con Maya en brazos y decido esperar aquí a que se duerma, para no molestar a Sally en su descanso.

Aunque estar aquí, en esta habitación de nuevo, hace que recuerde muchas cosas vividas con esa mujer, como por ejemplo, la vez que Sally me entregó su virginidad. ¡Auch! ¡Eso sí que escuece!

6

Sally

Me despierto aturdida y me entra el pánico al ver que me quedé dormida anoche en el sofá, por culpa de mi agobiante sensación de responsabilidad al descargar contra Nick todas mis frustraciones en el peor de los momentos, y dejé a Maya sola en la habitación. ¡Mierda! ¡Son las nueve de la mañana! ¡Maya ha debido despertarse para la toma del biberón al menos una vez más! ¡Y yo tan estúpida que solo pensé en consolar a Nick porque no podía soportar verlo tan abatido!

Corro hasta la que fue mi habitación en este apartamento y me quedo de piedra al ver a Nick dormido en la cama, con el biberón de Maya en la mano y a mi sobrina dormidita también junto a él. Es la imagen más tierna que he visto en mi vida, y no es posible que la palabra “Nick” y “tierno” puedan ir en la misma frase, pero así es.

No puedo dejar de mirar esa bendita estampa. Algo en la imagen del tipo duro que un día conocí y odié por insensible junto a la personita más vulnerable y adorable que hay ahora mismo en mi vida me hace suspirar constantemente. Es como si el cielo y el infierno se hubieran unido frente a mí y, la imagen es gloriosa. A pesar de que esté convencida de que Nick es el infierno en persona, al menos el mío propio, no deja de ser la persona más intensa de mi vida. Todo en mí cambió cuando lo conocí a él. Toda mi esencia se impregnó de él. A sabiendas de que iba a doler como la propia muerte en vida, no tuve elección y le dejé entrar en mi corazón, hasta el punto de que se adueñó de él y lo desangró poco a poco hasta hacerme renegar de su amor.

No puedo amarlo. Ya no más. No puedo darle de nuevo la licencia para que acabe conmigo. No después de esta pesadilla que me ha hecho vivir durante cuatro meses sin saber qué hice, dónde estaba, con cuántas mujeres habría intentado olvidarme... eso, quizá, sea la parte más dolorosa de todo. No dejo de imaginarme a Nick durante estos cuatro meses de su ausencia acostándose con mujeres de verdad, no estúpidas niñas enamoradizas como yo, dándoles los mejores orgasmos de su vida, sus besos, sus caricias...

¡Basta Sally! Me froto la mente y de repente escucho un teléfono sonar proveniente del salón. Cierro con cuidado la puerta de mi habitación y me dirijo al salón de nuevo.

Sobre la mesita de cristal veo el teléfono de Nick brillar y sonar y me debato entre ir a contestar o no. Finalmente lo hago y me alivia ver que es David quien lo llama.

—¡Dave!

—¡Eh, Sally! ¿Has dormido algo? ¿Cómo está Maya? —La voz de mi hermano suena cansada.

—Estamos todos bien y sí, hemos descansado. ¿Y tú? Deberías venir a casa a descansar. Llevas muchas horas allí metido en el hospital y te vendrá bien airearte un poco. Además, tu hija te necesita.

—Sí, lo sé. Hablé anoche con Nick para que me hiciera el cambio de turno. Por eso lo llamo. Está aquí su madre y no me hace nada de ilusión dejar a Alice sola con ella porque si despierta justo cuando la deje con ella, le envenenará en mi contra. —Miro hacia mi habitación y siento una lástima tremenda de tener que despertar a Nick. Sé que necesita descansar también.

—Yo puedo ir y quedarme con Alice... he pedido unos días libres en el curso de cocina y Mathew se está encargando de la empresa de catering sin mí mientras Maya y vosotros me necesitéis.

—Sally, no te van a dejar entrar en cuidados intensivos. Solo los familiares directos pueden. Y a mí me dejan porque soy el padre de su hija y porque Nick a sobornado a medio hospital para que me dejen. —En ese momento veo salir a Nick de la habitación con el pelo todo alborotado, los ojos hinchados y Maya en sus brazos.

—Se ha cagado, te toca. —Me dice y me la suelta en brazos. Yo frunzo los labios ante el olor que mi niñita del alma desprende.

—¡Puag, Maya! Toma, es David. —Le paso el teléfono y me voy hacia la habitación para cambiar a Maya de pañales. Cuando estoy en mitad de la tarea escucho el carraspeo de Nick a mi espalda.

—Tengo que irme al hospital, pero David vendrá para descansar un rato, ¿estaréis bien?

—Sí, voy a ver si compro una cuna y una bañerita para Maya por internet. —Le digo y le sonrío. Nick no me sonrío de vuelta. Está más serio que nunca.

—Estupendo. Te dejaré algo de dinero sobre la mesa de la cocina. —Dice y se gira para irse.

—¡No es necesario! —Le grito y se detiene, pero no se gira para mirarme.
—Puedo pagarlo yo.

—Sé que no quieres nada mío, pero se lo estoy dando a Maya, no a ti. —
Dice y comienza a andar de nuevo para salir.

—¡Nick! —Al fin se gira y me mira con cierta distancia. —Somos un
equipo en esto. No me veas como tu enemiga, por favor.

—No es así como te veo y tú lo sabes. Dame tiempo. Me va a costar un
tiempo verte solo como la tía de mi sobrina, solo es eso. —Al fin se acerca de
nuevo y yo me quedo paralizada viéndolo hacerlo. No sé si quiero besarlo o
abofetearlo por habérselo cargado todo. A veces me gustaría volver atrás en el
tiempo y tener lo que tenía a su lado de nuevo, pues dudo mucho que vuelva a
sentir algo tan intenso por alguien alguna vez. Pero otras veces solo quiero que
se vaya y se aleje de mí. Que no me torture más. Que me deje olvidarlo. —
Cuidaos. Os quiero. —Dice y me quedo sin aire en los pulmones mientras me
besa en la frente, besa después a Maya y sale de la habitación y del
apartamento sin mirar atrás.

Os quiero... ¿me quiere? ¡Qué estupidez! ¡Por supuesto que no! ¡¿Qué
clase de amor sería si me abandona durante meses y hace lo posible para que
no lo encuentre ni sepa de él?! ¡Eso no es amor! ¡NO! Para Nick yo solo he
sido un reto, una distracción y una tentación. Él no está acostumbrado a tener a
una mujer tanto tiempo a su alrededor y eso es lo que le ha confundido
conmigo. Puede que alguna vez haya creído que me quería, puede que ahora
mismo lo crea así, pero yo sé bien que eso no es amor.

Yo jamás lo habría dejado a él.

(Pero lo dejaste...)

¡Calla estúpida conciencia!

(Dos veces...)

¡¿Te quieres callar?! ¡Claro que lo dejé, porque me hirió, me hizo un daño
terrible! Y, aun así, no pude estar lejos de él mucho tiempo. ¡Él sí! ¡Yo no hice
nada para que se fuera así!

(Fuiste una imprudente... le hiciste creer que te estabas volviendo una
adicta al sexo y una salvaje cuando él solo te pedía estabilidad, algo real y
sólido)

¡No pienso escucharte, maldita conciencia! ¡Además, ya nada puede
hacerse para recomponer lo que está roto en añicos!

Los días pasan y Alice sigue igual. Mi hermano parece un fantasma y apenas se hace cargo de Maya. Solo cuando es estrictamente necesario y eso me preocupa. Si Alice no vuelve tendrá que hacerse cargo de su hija. ¡Es su deber! Maya lo necesita y él no lo sabe, pero también la necesitará a ella para recomponerse de su pérdida.

Nunca pensé que David amaría alguna vez a una mujer de la forma en la que ama a Alice. Me duele verlo así hasta lo más profundo. Tampoco me atrevo a pensar en que puede que pierda a mi única y verdadera amiga. Alice ha sido mi gran apoyo desde que llegué a Dallas y no sabría cómo decirle adiós para siempre.

Nick apenas me habla. Y puede que sea mejor así. Se ha cansado de su juego de seducción conmigo o simplemente está tan triste con toda esta situación que no tiene ánimos para jugar. Y yo... creí que eso era precisamente lo que quería, lo que necesitaba. Pensé que sería bueno para mí que Nick dejase de intentar marearme, pero no. Verlo así me mata y tengo esa asquerosa sensación a todas horas de querer acercarme a él y consolarlo. Besarle, abrazarlo. Decirle que estoy aquí, para él. Para siempre. Por siempre. Que no importa el daño que me haga ni cuánto jugueteo con mis sentimientos, pues simplemente no soy nada sin él. Pero me niego a hacerlo. No quiero ser como mi madre y es algo que siempre tuve muy claro. Nick me ha sustituido por otra mujer: Maya. Lo único que hace es comprarle cosas a nuestra sobrina, intentar acapararla cuando llega su hora de comer, de bañarla o de dormirla. En una semana se ha hecho todo un experto con ella. Tanto que me siento prescindible por completo. Nick me ha arrebatado la única razón a la que me aferraba para poder quedarme a su lado, que es precisamente cuidar de Maya.

Estoy cansada de ponerme modelitos de lencería atrevida y pasear por el apartamento para captar su atención, porque siento dentro de mí una fuerte necesidad de vengarme de él por su abandono. No sirve de nada. Nick solo está embobado con Maya. Tampoco es que yo haga nada por iniciar un acercamiento con él, pero no lo haría por nada del mundo, porque eso le corresponde a él. Él fue quién me dejó y me hizo pensar que no me quería. Y, aunque yo le haya dicho que ya lo he olvidado no puede ser tan estúpido para creérselo. Sabe todo lo que le he dado. Sabe lo mucho que aún significa para mí. Debe saberlo.

Estoy preparando la cena cuando mi hermano sale de su habitación con su

mochila a cuestas.

—¿Vas para el hospital? —Le pregunto. David me mira de arriba abajo, pero no dice nada de mi modelito de encaje negro. Solo sonrío y sacude la cabeza.

—Sí. La jodida madre de mi criatura debe estar extrañándose. Aunque se empeñe en no despertar para no demostrarlo. —David se acerca hasta mí y me besa la frente. —Deja de torturar a Nick. —Me susurra en el oído y yo me hago la inocente.

—No sé de qué hablas. —Digo fingiendo concentración en la comida.

—Lo sabes perfectamente. Vas a matarlo de un infarto cuando te vea vestida así. ¿Por qué no hablas con él y...?

—¡No tengo nada que hablar con Nick! ¡Deja de repetirme que hable con él, Dave! ¡Por muy buen amigo que lo creas solo es un egoísta, engreído y abusador de mujeres! —Respondo enervada.

—Igual que yo, y heme aquí. Suplicando día y noche tener una mísera oportunidad más con Alice para arreglarlo todo. —Lo miro y medito su comentario.

—Nick me dejó. Desapareció durante cuatro meses. ¡Seguro que ha vuelto cuando se ha aburrido de estar con unas y otras!

—No. Seguro que ha vuelto cuando se ha dado cuenta de que no puede existir sin ti. —Las palabras de mi hermano me dan ganas de llorar. Sin embargo, consigo retener el llanto en mi garganta.

—Tonterías. Solo ha vuelto por el nacimiento de Maya. Volverá a desaparecer y se olvidará de la niñita estúpida con la que otra vez está condenado a convivir. Seguramente ahora mismo esté con Maya jugueteando o inventando cualquier excusa para no pasar tiempo conmigo.

—Está dándole su baño. No seas celosa, Sally, el amor que le tiene a Maya no está reñido con el que te tiene a ti. —Fulmino a David con la mirada.

—¡Si vuelves a insinuar una vez más que Nick me quiere dejaré de hablarte para siempre! —Le amenazo con la cuchara de madera con la que estoy moviendo la salsa. David pone los brazos en alto haciéndose el inocente.

—¡Tranquila leona! Solo digo lo evidente. Y no dejaré de decirlo, aunque me amenaces. Ojalá yo tuviera la oportunidad que tenéis vosotros de daros vuestro amor y luchar por él. —Me quedo mirándolo sin saber qué decir. —Me voy, pequeña torturadora de hombres. Sé buena. —David vuelve a besarme y se va.

Yo termino de preparar la cena para Nick y para mí mientras medito en las palabras de David. Preparo el biberón para Maya y después voy en busca de mi sobrina para dárselo. Aunque dudo que Nick me ceda el honor. Entro a mi habitación y para acceder al baño desde allí mientras que escucho a Nick decirle tonterías a nuestra sobrina.

—¿Otra vez vas a llorar? —Maya lloriquea y yo sonrío mientras cojo una muda de ropa para ella y voy hacia el baño. —Mira lo morada que te pones. ¡Tienes un trastorno de personalidad! ¡Gollum! —Aguanto la risa ante el apodo que le ha puesto Nick a nuestra sobrina. Siempre la llama así cuando llora.

Ni siquiera llamo a la puerta del baño para entrar, porque no se me pasa por la cabeza que sea necesario. Pero al entrar en el baño, me quedo de piedra al ver a Nick desnudo en el jacuzzi con Maya en sus brazos.

—¡Lo siento! —Digo avergonzada y me giro para no mirarlo. Dejo la ropita de Maya y su pañal sobre el cambiador y sin mirarlo le hablo. —La cena ya está hecha y Maya tiene el biberón preparado.

—Genial. ¿Puedes cogerla tú? Necesito secarme y vestirme. —Me dice.

—Sí, claro. —Cuando me giro veo que estaba mirándome el culo y que... joder, que está de pie enseñándome todos sus atributos y encantos sujetando a Maya hacia adelante para que la tome en mis brazos. Me pongo más que nerviosa y trato infructuosamente no mirarle a su entrepierna.

—Menudo modelito... ¿desde cuándo usas cosas así? —Pregunta y yo tomo a Maya en mis brazos y comienzo a secarla sobre el cambiador.

—Es un regalo y me apetecía usarlo. —Digo la verdad. Es uno de los muchos modelitos que me regaló Alice cuando su hermano me dejó. Ella decía que si me sentía mejor conmigo misma superaría mejor la ruptura.

—¿Y puedo saber quién cojones se ha atrevido a regalarte algo así? —Siento su voz en mi cuello y sé que está de pie justo detrás de mí, desnudo. Me tiembla todo el cuerpo.

—No es asunto tuyo. —Intento sonar segura, pero no lo consigo.

—¿Ha sido el idiota ese del otro día? —Dice irritado.

—Peter no es ningún idiota. Y ya te he dicho que no es asunto tuyo. —Pruebo a ponerle a Maya el pañal por tercera vez porque lo estoy haciendo de puta pena por culpa de los nervios. Es la primera vez en una semana que Nick y yo tenemos una conversación que se sale de lo meramente formal.

—Eso lo decidiré yo. Sigues siendo asunto mío, lo quieras tú o no. —Me

giro para encararlo y le dedico una mirada envenenada.

—Lo siento, pero perdiste el derecho a entrometerte en mi vida privada cuando desapareciste de mi vida sin una despedida si quiera.

—Ya te he dicho que lo sentía. —Dice el muy estúpido lleno de ira y rabia.

—¡No tienes ningún derecho a enfadarte conmigo porque haya hecho mi vida sin ti! ¡Es lo que querías, ¿no?! Y que me digas que lo sientes no cambia nada. No tienes derechos sobre mí y punto. —Vuelvo a girarme para terminar de vestir a Maya.

—No vas a librarte de mí. Al igual que yo no he conseguido quitarte de mi puta cabeza ni un solo instante durante esos cuatro meses que desaparecí. Y sabes bien que no podrás, Sally.

—Puede, pero tengo el mismo derecho que tú a intentarlo. —Digo con Maya ya vestidita en mis brazos y encarándolo de nuevo. Me pone muy nerviosa que esté desnudo mientras discutimos nuestras desavenencias amorosas, aunque no pienso mostrarle debilidad ninguna. —Si no lo consigo, volveré para buscarte dentro de cuatro meses cuando me haya cansado de divertido de verdad, ¿te parece? —Nick gruñe en respuesta y yo salgo del baño con Maya en mis brazos, dispuesta a darle de comer para distraer la situación, sobre todo. Pero Nick vuelve a aparecer por el salón, con la ropa interior puesta esta vez, y se queda de pie frente a mí, mientras le doy el biberón a Maya.

—Todavía no sabes ni mis motivos, Sally. Te he dado tiempo, ¡una maldita semana! para que te relajes y decidas escucharme de una jodida vez. ¡¿Es que ni siquiera te importa el porqué de mi estúpida y endemoniada decisión de irme y dejar lo único con valor que he tenido en mi vida?! —Me increpa y vuelvo a sentir la cólera en mi interior. Por suerte, Maya se ha quedado dormida a mitad de su toma y la dejo sobre su carrito, que está justo a mi lado. Me pongo en pie y las manos en jarra.

—¡Escúchame bien! ¡Deja de creerte con el poder de marearme! ¡Ya no soy la niña estúpida que una vez conociste y no me creo nada tus asquerosas mentiras! ¡Si me hubieras valorado algo, solo un poco, jamás me habrías hecho lo que me hiciste! ¡Jamás me habrías abandonado así! Te reíste de mí y estuve hasta dispuesta a ser tu esposa, maldita sea.

—¿Dispuesta a ser mi esposa? ¡Sally, joder, me impusiste una espera de dos años y medio! ¿Eso era lo dispuesta que estabas?

—¡Necesitaba poner toda mi vida en orden para hacerlo! Pero, ¿qué más da? Tú ni siquiera hablabas en serio cuando me pediste esa estupidez. — Intento salir de su vista, pero Nick adivina mis intenciones y me impide irme sujetándome del brazo.

—¡No vas a volver a huir! ¡Tenemos una jodida conversación pendiente! ¡Joder, Sally! —Sus nervios solo consiguen que yo también me enerve más.

—¿Y qué quieres contarme, a ver? —Pregunto desafiante. Nick me mira de arriba abajo y no habla. —¡Vamos Nick, suéltalo! ¿No es lo que querías?

—Dime primero que todavía sientes algo por mí. —Su petición me deja sin palabras.

—Déjate de juegos, Nick. Si quieres hablar hazlo de una maldita vez.

—Dímelo, Sally. Te lo ruego, dime qué sientes por mí. —Nick se acerca peligrosamente y me quedo atrapada en su mirada del color del mar. —No sabes lo que eres tú para mí. —Sus palabras activan una parte de mi cerebro que estaba dormida y que me pide que lo crea. Pero no quiero creerlo. Sus manos acunan mi rostro y sus pulgares acarician mis mejillas. Siento un calor explotar en mi interior muy intenso. —Sally...

Y de pronto sus labios están sobre los míos, y los míos... devoran los suyos, como por instinto. Su lengua y la mía conectan después de siglos de tortura y dolor por la ausencia y no puedo más que responder a su beso de forma agresiva y desesperada. Agarro su pelo en mis manos y Nick aprieta mi trasero para pegarme todo lo posible a él. No sé lo que estoy haciendo. Sí, lo sé, estoy quitándole la ropa interior. Pero no lo hago voluntariamente. No. No puedo hacerme esto. Pero lo hago. Lo desnudo y él a mí y mis manos dibujan su cuerpo con necesidad y anhelo. Nick también me desprende de mi atuendo y noto sus manos por todo mi cuerpo. Lo he extrañado tanto que moriría de dolor físico si lo detuviera ahora mismo.

—Nick... dios. —Gimo cuando sus labios descienden por mi mandíbula y mi cuello y una de sus manos se cuela por mi sexo.

—Sally... eres mía. Soy tuyo. Te necesito tanto. —Vuelve a besar mis labios y lo agradezco, porque no quiero decirle nada sentimental ahora mismo.

Solo necesito una pequeña dosis de él y podré seguir interpretando mi papel de mujer indiferente que ya ha pasado página. Nick me levanta del suelo hasta sentarme en el respaldo del sofá. Sus manos recorren mi cuerpo y hacen que mi piel arda y lo necesite más que nunca. Sin mencionar palabra, agarro su miembro y lo conduzco hasta mi interior, liberando un quejido de placer y

alivio inmenso al sentir como me colma.

—Ahhh...

—Dios... Sally... Te... —Ahora soy yo quien acallo sus labios besándolo con poca delicadeza. Mis piernas se enroscan a su cintura y con mis talones presiono sus nalgas, suplicando más profundidad en sus embistes. Nick entiende mi mensaje y me levanta con sus brazos hasta aprisionarme contra la pared con su cuerpo. Allí me penetra sin piedad mientras nuestros aullidos de placer envuelven todo el apartamento. Esto es demasiado intenso.

—Nick, creo... voy a...

—Córrete nena. —Suplica y vuelve a besarme. Yo me dejo llevar por un ansiado y tórrido orgasmo. Gritando su nombre y arañando su musculosa espalda. Segundos después él me sigue con un gruñido gutural. —Joder, Sally... cómo me hacías falta. —Dice apoyando su frente en la mía con la respiración ruidosa. Yo sigo sin aliento, pero comienzo a percatarme de lo que acabo de hacer. He vuelto a darle poder sobre mí y no quiero. Me aterra la idea de volver a caer en sus redes. —¿Estás bien? —Pregunta depositándome de nuevo en el suelo al ver mi expresión. Asiento sin saber qué decir. —Oye, no voy a fallarte esta vez. Te lo juro. —Me dice agarrando mi rostro para obligarme a mirarlo.

Mis ojos conectan con su preciosa mirada de color incierto y hace que mi cuerpo recuerde la deliciosa sensación que solía sentir cuando éramos uno y pensábamos que nada ni nadie nos separaría. Pero, segundos después, vuelvo a recordar el vacío que dejó en mí su injusta ausencia, lo que habrá hecho con otras mujeres durante esos meses y una bofetada de dolor y decepción por ser tan débil con él me empaña. Me aparto de Nick drásticamente. Él me mira confundido.

—No tienes que jurarme nada. Esto solo ha sido sexo, nada más. —Digo con voz neutra y me dirijo rápidamente hacia mi habitación, donde me encierro para no tener que mirarlo más o volvería a caer en el abismo de Nick.

Me quedo recostada sobre la puerta y ahogo mi llanto con mi mano en la boca. El sexo con Nick siempre es maravilloso, me hace volar y sentirme alguien especial, ¡la mujer más especial del mundo! Pero sé qué viene tras esto y no es nada agradable. Si volviera a dejarle que se colara en mi corazón, la próxima vez que me aplastara no quedaría nada de mí que salvar, como pasó con mi madre. Yo no quiero acabar como un cascarón vacío y sin vida. Solo tengo dieciocho años y quiero vivir y sentirme viva.

El timbre de la puerta suena con insistencia y, al ver que Nick no hace nada por abrir la puerta, finalmente me coloco unas bragas y un vestido de flores y salgo de la habitación para abrir antes de que quien sea despierte a Maya.

No veo a Nick por ninguna parte y eso me relaja un poco. Maya sigue durmiendo en su carrito en medio del salón. El timbre sigue sonando y me apresuro a abrir la puerta.

La zorra de Christina, la manager de Nick y la calientabraguetas de su sobrinita Madison están al otro lado de la puerta y se quedan sorprendidas al verme ahí.

—¿Sally? —Pregunta Christina extrañada.

—La misma. ¿Qué quieres?

—Vengo a ver a Nick. —Miro a Madison que parece que está viendo a un muerto viviente. —No sabía que tú... que Nick y tú...

—Hola, ¿qué haces aquí, Christina? —La voz de Nick suena a mis espaldas y yo me giro a mirarlo y le dedico una sonrisa fingida. Está vestido con unos vaqueros negros y una camiseta oscura. Guapo a rabiarse, como él es. Nick me mira con cara de enterrador. Sé que debe estar enfadado porque he herido su orgullo masculino. Porque no le he suplicado que se quede conmigo como hacen todas las mujeres que caen en sus redes.

—He oído que estabas por Dallas y venía a comentarte cómo van algunas de las exposiciones, porque tengo algunos informes ya. Madison ha querido también venir a verte. —Dice la estúpida de la manager y Nick ni la mira. Sigue mirándome a mí, evaluando cómo me afecta esa información. No voy a demostrar que bañaría a golpes a la entrometida de Madison, que siempre ha babeado por Nick sin ningún tacto, incluso cuando su amor me pertenecía a mí y era mi novio. Pero, algo me dice que es posible que estos dos hayan tenido algo durante la ausencia de Nick y que probablemente sea ahora yo la entrometida.

—¡Mira qué bien, Nick! —Digo con falsa alegría. —Visita femenina que se muere por verte. ¿Qué más puedes pedir? —Le digo y vuelvo a dirigirme a mi habitación para hacer lo que seguramente mucha gente crea que es una estupidez, pero necesito hacerlo.

En mi habitación cojo mi teléfono móvil y mando un mensaje. Menos de un minuto después obtengo la respuesta que necesitaba y me afano en arreglarme y ponerme todo lo guapa que pueda. Sé que Nick sigue en el salón atendiendo

a su estúpida visita, oigo sus voces desde aquí. Pero no voy a salir hasta tener la señal que necesito. Porque si salgo mataré a esas dos hijas de puta con mis propias manos.

Cuando el sonido del portero electrónico me da la señal es cuando salgo al fin de la habitación. Enfundada en unos pantalones de cuero ceñidos negros, un top minúsculo negro de cuero también, unos taconazos rojos y los labios rojos. Mi melena suelta y mis andares más ensayados. Al salir veo a Nick atendiendo al portero, mirándome con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¿Peter? ¿Qué Pe... ter? —Al verme comprende bien de qué Peter se trata y su rostro palidece. —¡No, no está! —Grita y cuelga el portero de un golpe. Yo me dirijo hasta el artefacto y vuelvo a descolgarlo, bajo la mirada asesina de Nick.

—Sí estoy y ya bajo. Ahora te veo. —Le digo a Peter amablemente y cuelgo. Nick está a punto de ebullición, pero lo ignoro y voy a la cocina a coger mis llaves de casa para salir.

—¿Adónde cojones te crees que vas? —Me sigue. Siento también la mirada asustada de Christina y Madison que siguen sentadas en el salón y no se atreven a decir nada mientras que Nick esté así. Cuando pierde los nervios da realmente miedo. Aunque a mí ya no. A mí lo que me da miedo es dejarle otra vez que me aniquile.

—Tengo una cita. —Le informo mirándolo de frente con las llaves ya en la mano.

—No, no tienes ninguna cita. —Levanto las cejas.

—Ah, ¿no?

—¡No, maldita sea! —Brama, pero no me impresiona.

—¿Me lo prohibes tú? —Nick expulsa fuego por sus fosas nasales. —¿Y quién eres tú para prohibirme nada? Voy a salir con ese tipo que es guapo, divertido y se desvive por hacerme sentir bien y tú no tienes nada que decir. A no ser que prefieras que me vuelva a mi ático para poder hacer mi vida de adulta como a mí me dé la gana. —Le amenazo. Nick cambia drásticamente su mirada asesina por la de cachorro abandonado.

—Sally, no me hagas esto, por favor. —Su súplica y su desesperación casi consiguen convencerme, pero se lo debo.

Le debo a Nick que sufra y viva, aunque sea, una mínima parte de lo que me hizo sufrir a mí. Si alguna vez la vida decide que ha llegado el momento de perdonarle, necesito que sepa realmente cuán injusto ha sido conmigo, como

se siente al ser reemplazado y olvidado tan fácilmente.

—Yo no te estoy haciendo nada a ti, Nick. Solo estoy haciendo mi vida, sin ti, como tú me obligaste que hiciera.

Digo y lo dejo ahí, en pie, mirando cómo me voy con otro, aunque él no sabe las pocas intenciones que tengo de hacer nada ahora mismo con nadie que no sea él. Pero eso jamás se lo diré.

Intento controlar mi llanto en el ascensor y convencerme de que esto lo estoy haciendo por el bien de Nick y el mío. Que lo nuestro está muerto y la vida sigue. Y tiene que seguir. Nadie ha muerto de amor, aunque yo me sienta ahora mismo así, muriendo por dentro.

Antes de salir del portal, rebusco en mi bolso hasta dar con el anillo de compromiso que Nick me dio, hace lo que me parece ya una eternidad. Lo miro y muchos recuerdos en sus brazos vuelven a mi mente como flashes. Momentos muy parecidos al que he vivido hace escasos minutos en sus brazos y que no deben repetirse, y este anillo debería recordarme el porqué de mi decisión. Debería recordarme el dolor que he vivido y su terrible ausencia. No sé por qué lo hago, pero vuelvo a colocármelo en el cuello como si fuera un talismán, como si no pudiese respirar si no lo hiciera. Quizá lo haga para eso, para recordarlo todo cuando vuelva a tener a Nick de frente. Al sentirlo de nuevo sobre mi pecho al fin me relajo. Es una estupidez, lo sé, pero así es mi vida en estos momentos, nada tiene sentido.

David

—Otra noche más a tu lado, nena. Aunque no es así como me gustaría pasar las noches contigo. —Le digo al cuerpo durmiente de la madre de mi hija. Antes de sentarme de nuevo a los pies de su cama echo un vistazo por la ventana. Una luna llena ilumina toda la ciudad desde el cielo. Suspiro y vuelvo a mirar a mi chica. Parece una princesa encantada de esas de los cuentos. A pesar de la sombra que se ha instalado bajo sus bonitos ojos que se niegan a abrirse, sigue siendo la cosa más bonita que jamás he visto. —Alice, pequeña, tienes que despertar ya. Por favor, te lo suplico. No lo hagas por mí, hazlo por Maya. Yo apenas me estoy haciendo cargo de nuestra hija porque no soy capaz de irme y dejarte, así. Ella te necesita mi amor. Por favor. —Acaricio su pelo y, por primera vez en muchos días, parece que Alice hace un pequeño movimiento. Uno muy leve y casi imperceptible con sus pestañas, pero lo he visto. —¡Eh! ¡Me oyes, ¿verdad?! —Siento la presión de la euforia en la boca de mi estómago y comienzo a sudar de los nervios. —Joder, Alice. Sé que me has oído hablar de Maya. Es ella lo que te mantiene aquí, ¿no es así? Seguro que quieres verla y abrazarla. —Sus párpados vuelven a moverse y yo libero una carcajada nerviosa. —¡Ja! ¡Sí, nena, sí! —Me doy cuenta de que hablarle de Maya es lo que la está haciendo reaccionar y decido seguir. —Es tan preciosa... si la vieras. Es una niña muy despierta y muy embaucadora. Si vieras cómo tiene a Nick de tonto... Alice, escucha. Maya está bien. Más que bien. Es una niña preciosa y sana. Midió cincuentaún centímetros al nacer. Pesó tres kilos trescientos. Creo que va a tener los ojos azules y... ¡Oh, joder! —Casi me atraganto con las palabras al ver que Alice está al fin respondiendo a lo que le digo. No deja de mover los párpados y esa estupidez me está haciendo tan feliz que quiero llorar y gritar de felicidad —¡Oh, Alice! Te quiero, te quiero tanto, mi amor. —Beso su frente y aprieto los ojos con fuerza —Vuelve nena. Dame una oportunidad. Te juro que... —De repente unos pitidos estridentes envuelven la habitación y miro a todos lados extrañado. —Qué cojones... ¡Alice! —Cuando vuelvo a mirarla Alice está teniendo una

especie de crisis y convulsiona sin parar. —¡Alice, joder Alice, no me hagas esto! —Trato de sujetarla y lloro como un condenado. —¡Ayuda! ¡Por favor, ayuda! —Grito desesperado y una legión de médicos comienzan a entrar en la habitación y a atender a Alice.

—Señor, debe irse. —Me dice una enfermera mientras yo observo cómo la mujer de mi vida sigue convulsionando y el sonido estridente no cesa.

—¿Qué le pasa? ¡No voy a irme a ningún lado! ¡QUÉ COJONES LE PASA!

—Señor Donovan, está sufriendo una parada cardiorespiratoria. —Me dice la enfermera compungida.

—No... ¡No, no, no! —Comienzo a llorar como un condenado y trato de acercarme a Alice otra vez. Consigo cogerle la mano. —Nena, no te vayas, no me dejes, por lo que más quieras. —Siento unos brazos fuertes que me separan de ella y me arrastran fuera de la habitación. —¡No, Alice!

—Tranquílcese señor. Todavía está aquí. —Me dice la enfermera sujetándome la cara para que la mire cuando ya estoy fuera de la habitación. —Vamos a hacer lo que podamos para salvarla. —Asiento con la cabeza porque el llanto no me deja. —Eso es. Espere en la sala de esperas y le informaré de todo en cuanto pueda.

—Sálvela. Se lo suplico. Traígamela de vuelta. —Le pido y la mujer vuelve a entrar en la habitación de Alice, dejándome solo y muerto de miedo.

Apoyo la cabeza en la puerta de su habitación, como queriendo transferirle mis fuerzas a ella, aunque ya no tenga de eso. No sé qué voy a hacer si Alice no sale de ésta. Y mi pequeña Maya... joder, esto no puede estar pasando.

La soledad en esta fría noche de invierno en los pasillos de este angustioso hospital se está haciendo atronadora.

La madre de Alice se marchó hace una hora y veinte minutos, porque dice que las noches en los hospitales son muy duras... ¡no te jode! ¡a mí me lo vas a contar! Esa mujer no se merece a ninguno de sus dos hijos. Ni Nick ni Alice han tenido una madre de verdad. En estos momentos me acuerdo de la mía. Estaba apagada por culpa de los malos tratos a los que le sometía mi padre, pero siempre nos trató con cariño a Sally y a mí, a pesar de todo. Estoy seguro de que si siguiera viva ahora mismo estaría aquí, junto a mí, ayudándome a superar esta mierda. Incluso trato de imaginar cuáles serían sus palabras exactas: “Hijo, si la quieres de verdad, demuéstreselo amándola y respetándola. No permitas que su luz se apague, como hizo tu padre conmigo.

El amor debe servir para hacerte más fuerte, no más débil...” O algo así, no sé. Seguramente trataría de hacer que mis noches aquí, en este hospital, fueran menos desquiciantes.

Y ésta especialmente está siendo una noche especialmente terrible. No sé los minutos que llevo aquí esperando, pues no me he atrevido a ir a la sala de esperas y, mientras no venga nadie a echarme, aquí me quedaré.

Debería hablar con Nick. Él debe estar al tanto. Y también necesito que venga y se quede conmigo y no estar tan jodidamente solo, pero no sé cómo decirle esta mierda. No quiero llamarlo para decirle que su hermana está a punto de abandonarnos a ambos.

Finalmente, un médico que deambula por los pasillos me ve junto a la puerta de Alice y me obliga a irme a la sala de esperas.

Una vez en la sala de esperas comienzo a dar vueltas con el teléfono en la mano, sin poder reunir las fuerzas suficientes para marcar el número de Nick. Esperaré unos minutos más. Sí. Alguien tiene que estar a punto de aparecer para decirme que Alice ya está bien y ha salido del peligro.

Me acerco a una de esas máquinas expendedoras y pulso la tecla de café spresso. Necesitaré una buena dosis de cafeína esta noche. Normalmente puedo dormir algo cuando estoy en la habitación de Alice, pero sé que eso hoy no va a ser posible. Además, no quiero hacerlo. Sólo quiero que esta tortura acabe ya y me digan que Alice ya ha salido de peligro, que está bien y que ya ha despertado. Sé que estaba luchando para hacerlo. Lo he visto con mis propios ojos. Sus párpados se movían, me estaba escuchando.

Me siento con mi café en la mano y al fin encuentro las fuerzas suficientes para sacar el teléfono de mi bolsillo y llamar a Nick.

No sé cómo contarle lo que está pasando, ni siquiera sé lo que está pasando, pero él debe saberlo. Si fuera Sally la que estuviera en esa tesitura yo le exigiría que me lo contara.

Pulso su número y varios tonos después contesta.

—¡Dime! —Suenan cabreado de cojones. De fondo escucho a Sally llamándole gilipollas. Estos dos son un verdadero martirio.

—Es Alice... tienes que venir.

8

Nick

Sally se ha ido con otro tipo... ¡la muy hija de puta! ¡Acaba de salir gritándome en toda mi jeta que tiene una cita con otro! ¡CON OTRO! ¡Maldita sea el demonio y esa bruja del infierno! ¡¿Qué cojones quiere?! ¡¿Que me vuelva loco de celos?! ¡Maldita sea, está con otro! ¡Joder!

—Nick, ¿estás bien? —Me pregunta Christina y caigo en la cuenta de que está aquí, en mi apartamento, con Madison. La miro y sé que debo de parecer a punto de soltar espuma por la boca. —Esa chica no te conviene, Nick. No sabía que hubierais vuelto, pero sabes que te desquicia demasiado.

—¡¿Que si me desquicia?! ¡Tengo ganas de asesinar a alguien, joder! —Le doy un manotazo a un cenicero y se estrella contra el suelo volando en miles de cristalitos.

—Pues mándala al infierno, Nick. Deja que haga su vida con otro y ya está. —Vuelvo a mirar a Christina con la respiración acelerada.

—¡Cállate! ¡Cállate, joder! ¡Tú no tienes ni puta idea!

—Sé que te fuiste y no querías ni regresar por miedo a encontrártela. Por algo será. Seguro te hizo algo muy feo. Estará mejor con otro que sea igual de mierda que ella.

—¡HE DICHO QUE TE CALLES! —Le amenazo.

—No la pagues conmigo. Solo quiero ayudarte.

—¡Pues no necesito la ayuda de nadie! ¡Yo solito manejaré a esa fiera! ¡¡Por mis muertos que la manejaré!! —Comienzo a dar vueltas de un lado a otro sintiendo la mirada de Christina y sobre todo de Madison sobre mí. Me tienen lástima por cómo piensan que me trata Sally, cuando no tienen ni idea de las cosas horribles que yo le he hecho a ella.

—Nick, no estés así. —Me dice Madison. No la miro. Sigo dando vueltas como el histérico que estoy hecho pensando en qué estará haciendo Sally con ese tipo. —Ella no te merece, te mereces a alguien que te quiera de verdad. — ¡Ja! ¡Esa sí que es buena!

—Maddie, Sally me quiere de verdad. Aunque se empeñe en lo contrario.

—Trato de convencernos a todos, incluido yo, de esa afirmación.

—Pues no lo parece...

—¡Me da igual lo que parezca! ¡Esa va a ser mi mujer, la madre de mis hijos, mi puta alma gemela! ¡¿me oís las dos?! —Las amenazo con el dedo. — Y puede que tarde años o décadas en hacerle entrar en razón, pero Sally me quiere a mí y yo no querré nunca a otra que no sea ella. —Christina mira a Madison, que parece destrozada con mis palabras. Me da igual, la verdad sea dicha, me importa una mierda. Si esa niñita se ha hecho ilusiones conmigo no es por mi culpa, sino por la de su tía que se empeña en que nos conozcamos y salgamos juntos. No pasará.

—Creo que deberíamos irnos. Ya hablaremos de tus exposiciones en otra ocasión. —Dice Christina levantándose y tomando a su sobrina de la mano. Madison me mira a mí, como esperando a que le pida que se quede.

—Bien. —Digo con sequedad. —Ya te llamaré yo cuando esté en condiciones de hablar.

—Nick, no jodas tu carrera por una... mujer que no te valora. —Me tenso más todavía. ¿Cómo pensaba llamar a Sally?

—De mi vida privada me encargo yo, Chris. Te agradezco lo que estás haciendo por mi carrera profesional, pero no voy a dejar que vuelvas a insultar a Sally delante de mí. Si alguno de los dos no merece al otro, ese soy yo. Ella es una mujer increíble que está hecha un lío por mi culpa. Y he venido a arreglarlo definitivamente con ella, porque estoy cansado de esconderme y mentirle. Si no lo consigo no será por no haberlo intentado todo. Os acompaño a la puerta. —Digo y sin mediar más palabras esas dos mujeres salen de mi apartamento. Cuando salen doy un portazo atronador. ¿Qué cojones estás haciendo, Sally? Un lamento extraño llama mi atención. —Mierda, Maya. — Voy corriendo a por mi sobrina que está empezando a ponerse morada otra vez en el carrito, donde Sally la dejó dormidita. —Eh, ya está, perdona. Te he despertado con mi desesperación. Ven aquí. —La cojo en brazos y le canturreo su canción preferida, “Let it be” de los Beatles.

Mientras le canto, me acerco a la cocina para prepararle un biberón y se lo doy. Maya consigue calmarse, pero yo no. Estoy más que tensa y me están entrando hasta náuseas. Mientras le doy el biberón a Maya con una mano, con la otra llamo a Sally una y otra vez, pero no coge el maldito teléfono. ¡No voy a parar hasta que lo haga! Cuarenta minutos después al fin lo hace.

—¡Qué cojones quieres, Nick!

—¡Vuelve aquí ahora mismo!

—¡Por qué!

—¡Porque no voy a permitir que me hagas esto, por eso!

—¡Yo no te estoy haciendo nada y deja de atosigarme!

—¡Sally, si no vienes ahora mismo, saldré con Maya a buscarte! ¡No te miento!

—¡Estás loco! ¡Hace mucho frío para salir con Maya y es muy tarde!

—¡¿Piensas follarte a ese capullo?!

—¡No es asunto tuyo! ¡Yo no te he preguntado a cuántas te has follado durante estos cuatro meses! —¿Cómo? ¿Es eso lo que le hace joderme de esta manera?

—¡Idiota, yo no me he follado a nadie! ¡Te quiero a ti!

—¡MENTIROSO!

—¡NO TE MIENTO! —Grito tan fuerte que Maya comienza a llorar otra vez. —Shhh, Maya, ya... ¡Mira Sally, no sé por quién me tomas, pero no me fui por las razones que te has montado en tu cabeza! Pero si no me escuchas, te montarás películas que nada tienen que ver con la realidad.

—¡No me monto películas! ¡Ya me das igual! ¡¿Es que no lo has entendido?!

—Esta maldita sabe cómo hacer daño de verdad. Intento ignorar el dolor de mi pecho.

—Si te diera igual no te habrías acostado conmigo. No te habrías puesto así por ver a Madison en mi apartamento, sé que siempre te ha sentado mal que me rondara. Yo no quiero nada con ella ni con nadie que no seas tú.

—¡Calla!

—¡No me callo! ¡Vuelve a casa y hablemos, joder! ¡Pero deja de torturarme de una vez! —De repente se corta la llamada. ¡Me ha colgado! Vuelvo a llamarla y tengo que hacerlo unas diez veces más hasta que me vuelve a contestar.

—¡Maldito acosador, ya voy para el apartamento! ¡Así que deja de llamarme!

—Te estaré esperando, nena. —Refunfuña una maldición y vuelve a colgarme.

Casi una endemoniada hora más tarde, mientras estoy en el sofá haciendo zapping como un imbécil para tratar de calmarme, la puerta de mi apartamento se abre y mi diabólica mirada se encuentra con la de Sally. Por suerte he conseguido que Maya se duerma y la he dejado en su cunita, en la habitación

de Sally.

Sally tampoco parece muy contenta de verme de nuevo. Tira sus llaves de mala gana sobre la encimera de la cocina y viene hasta donde yo estoy, con los brazos cruzados.

—¡Ya estoy aquí, papá! —Grita.

—Baja la voz o despertarás a Maya. —Le advierto poniéndome en pie. —
¿Dónde narices has estado?

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que no es asunto tuyo? ¡Nick, tú y yo ya no somos nada, no puedes entrometerte en mi vida de esta manera!

—¿Estás con ese tipo, Sally? —Las palabras se me atragantan en la garganta, pero necesito saberlo. Necesito saber hasta qué punto he jodido lo que había entre Sally y yo.

—Nick...

—¡No me digas que no es asunto mío, maldita sea! ¡No cuando lo único que me preocupa de verdad en este mundo es recuperarte! —Casi estallo en llanto. Siento los ojos colmados de lágrimas. Ella me mira evaluando mis intenciones. —Sally, lo siento. Siento cómo me fui y, si me dejaras explicarte, tal vez entenderías todo. Siempre has sido tú, la única, solo tú. —Su silencio se intensifica y se hace más siniestro que nunca. Sus preciosos y enormes ojos negros me miran con desconfianza.

—¿De verdad crees que lo que vas a decirme sanará el daño causado? —
Agacho la cabeza. Definitivamente no. Hará que me odie más. —¿Hará que me arrepienta de querer olvidarte?

—No...

—Entonces, ¿lo empeorará todo? —Sally parece más serena, parece querer entenderme.

—Muy probablemente lo empeorará, sí. —Contesto con sinceridad y obligándome a mirarla.

—Pero, según tú, has venido a recuperarme, no a dañarme más. No entiendo nada, Nick. Me estás volviendo loca. ¿Qué estúpido juego es éste?

—Solo quiero ser sincero por una vez en mi vida. No quiero mentirte más. No a ti.

—No a mí... Nick, ¿a qué estás jugando? Llevas mintiéndome desde que nos conocimos prácticamente. Lo tuyo con Claire, lo de Mike... y ahora, después de haberme hecho sufrir un infierno has decidido por fin ser sincero conmigo. Cuando ya he aceptado el hecho de que tú y yo no estamos hechos el

uno para el otro. Cuando ya por fin he aprendido que nos hacemos daño, que no nos hacemos ningún bien. Déjalo ya, Nick. Deja el maldito juego de una vez.

—No estoy jugando, Sally. Te quiero. —Me acerco a ella y aferro su rostro, acariciando sus mejillas. —Te quiero demasiado.

—Me abandonaste.

—Tenía miedo.

—¿También lo tenías cuando me pediste matrimonio? —Asiento. —Y, ¿por qué lo hiciste si tenías la intención de huir a la primera de cambio?

—Pensé que... si te casabas conmigo, no me dejarías cuando supieras todo. Pero decidiste esperar dos malditos años a que eso sucediera y, mis miedos se intensificaron.

—¿Me pediste matrimonio solo para obligarme a quedarme a tu lado cuando al fin te dignaras a ser sincero conmigo?! —Sally me grita encolerizada. Joder, soy un desastre. —¿Nick, se supone que primero tendría que saber todo antes de tomar una decisión así!

—¿No quería perderte! —Vuelvo a repetirle. —Joder, Sally, entiéndeme. Eres lo único que he tenido de verdad en mi estúpida existencia. Y sabía que iba a perderte cuando todo saliera a la luz. Cuando supieras... —No soy capaz de terminar la frase.

—¿Qué, Nick? ¿Qué tendría que haber sabido? ¡Habla!

—Dime primero que aún me quieres. —Le imploro. Ella abre los ojos espantada ante mi petición. —Dímelo, pequeña y prometo no esconderte nunca nada más. —Le suplico apoyando mi frente en la suya.

—Nick, esto no funciona así. —Se separa de mí y yo ya comienzo a desesperarme de verdad. Una ansiedad gigante se está replegando en mi interior. Ya no sé qué más hacer para acercarme a ella. Nunca había sido tan difícil para mí comunicarme con una mujer. —No puedes ser sincero solo cuando el resto de las circunstancias te sean favorables. ¡Eso es egoísta!

—¿Joder, Sally, pónmelo un poco más fácil! —Exclamo cansado de tanto rechazo por su parte. —Solo dime si algún día podrás ablandarte un poco conmigo. Solo eso. Y esperaré el tiempo que haga falta hasta que eso suceda.

—No lo sé, Nick. No estoy nada segura de poder fiarme de ti nunca más. Ni siquiera ahora creo nada de lo que dices. Te gusta jugar con las mujeres, eres perverso. —Mis ojos se abren hasta casi salirse de las órbitas. Lo sabe. Lo sabe todo.

—Yo... ¿por qué dices eso?

—¿Es que acaso no tengo motivos para decirlo? Me sedujiste solo para arrebatarme mi virginidad. ¡Tú mismo me lo dijiste! Que era el juego más emocionante que habías tenido entre manos.

—¡Tú también lo tomaste como un juego, Sally, no puedes culparme a mí solo de eso! Me dijiste que solo querías experimentar en el sexo. ¿Acaso no lo recuerdas? —Me defiendo.

—Sí, claro que lo recuerdo. Te dije eso porque tú no parabas de insistirme que tú no eras bueno para mí. Que no me encariñara contigo. ¡¿Qué se supone que debía hacer si ya estaba enamorada hasta la médula de ti?! Tú y David me lo advertisteis. Me dijisteis que me arrepentiría de meterme entre las sábanas de alguien como tú. ¡Y eso es precisamente lo que ha pasado! —Sus ojos se colman de lágrimas y su voz sueña llena de dolor. Dios mío, no tengo nada que hacer con ella. No... no puedo perderla. Sally es todo para mí. —Después me dijiste que me querías, cuando seguías viéndote con Claire...

—Sally ya sabes que ella me chantajeó. —Me acerco un paso más a ella.

—¡Pero podrías habérmelo contado! Aun así, te perdoné. Volví a tu lado y te entregué de nuevo mi dañado corazón. ¡Te lo di todo, Nick! Y lo único que tú hiciste fue hacerme sentir culpable de amarte de la manera que lo hacía y de mi comportamiento. Cuando la verdad era que el problema ha sido siempre el tuyo y tus mentiras. ¡Me pediste que me casara contigo solo para obligarme a perdonar todas tus mierdas! Y deben ser unas mierdas bastante jodidas para que huyeras así, como un maldito bastardo cobarde, sin dignarte siquiera a responder una sola de mis llamadas. Sin dejarme saber qué hice para merecer algo así. —Sus lágrimas resbalan por su bello rostro y me siento morir ante sus palabras y sus heridas.

—No llores. —Suplico limpiando sus lágrimas con mis pulgares. Me doy cuenta de que yo también estoy llorando, pero no me importa. Al menos, ella no se aparta de mi tacto. —Lo siento. Lo siento mucho. Por favor, perdóname. —Suplico de nuevo apretando los ojos y apoyando mi frente sobre la suya. Sally no dice nada, lo que me hace volver a abrir los ojos para mirarla. Tiene los ojos clavados en mí y sé que quiere decirme algo que su terquedad no le permite pronunciar. —Me quieres, ¿verdad? Aunque también me odies, sé que algo queda, Sally. —Ella reacciona y sacude la cabeza para decir que no. Ya que sus labios no se atreven a pronunciar tal negativa. De pronto veo algo en su pecho. Algo que le vuelve a dar sentido a todo mi dolor. —¿No? —Susurro

suavemente. Ella me mira y aparta la mirada justo antes de responder.

—No. —Sonríe ante lo que veo y lo cojo con mis dedos.

—Ya veo. —Digo sosteniendo el anillo de compromiso que una vez le regalé y que ella lleva al cuello, como si fuera un amuleto. Sally abre los ojos cuando se percata de que lo he visto y se aparta de mí rápidamente.

—¡Esto no significa nada! —Grita furiosa, creo que consigo misma, mientras sostiene el anillo.

—Sí que significa. Significo, Sally. Lo quieras admitir o no. —Doy otro paso en su dirección y ella tarda en retroceder de nuevo.

—No, ni siquiera me acordaba de que lo llevaba al cuello.

—Sally, si quieres engañarte, adelante. Pero no voy a renunciar a ti. No después de saber que sigo siendo algo para ti. —Vuelvo a dar un paso en su dirección. Mi teléfono comienza a sonar en mi bolsillo, pero lo ignoro.

—Deberías contestar a la que te esté llamando. Seguro que sea quien sea estará más dispuesta que yo a creer tus mentiras. —Jamás pensé que Sally podría ser tan hiriente como lo es, pero eso es culpa mía, solo mía.

—No me importa quién sea. Sally, quiero estar contigo y voy a recuperarte. Cueste lo que cueste. —Esta vez me deja acercarme a ella y no retrocede. Sus ojos me miran con miedo. Sé que le aterra creer en mí una vez más. Así que tendré que armarme de paciencia con ella esta vez. —Te quiero y tú a mí también. —Vuelvo a coger el anillo que cuelga de una cadenita de plata de su cuello, a la vez que acaricio la piel de su cuello. Sally comienza a temblar y hace que me asuste.

—No eres ya nadie para mí. —Dice con dureza mirándome fijamente a los ojos y atravesándome con sus palabras. Mis manos se caen como si pesaran toneladas y no puedo dejar de mirarla, confundido, atemorizado. —Y puedes darle esto a tu siguiente víctima. Yo no lo quiero. —Acto seguido se arranca el anillo del cuello de un tirón y lo deposita en mi mano. Se va. Desaparece de mi vista dejándome de nuevo en caída libre al abismo del olvido de Sally. He perdido. ¿La he perdido? ¿Para siempre? Mi teléfono vuelve a sonar, pero lo ignoro y me giro en su dirección.

—¡Sally, deja de engañarte! ¡Solo dices eso para herirme! —Ella se vuelve justo antes de entrar en su habitación con la mirada llena de ira y rencor. Decido contestar el teléfono antes de escuchar su siguiente dardo envenenado. —¿Quién es?

—¡Eres un gilipollas, eso es lo que eres! —Me grita Sally, pero dejo de

prestarle atención cuando escucho el sollozo de David al otro lado del teléfono.

—¿Dave? ¡Eh, qué pasa! —Pregunto más que aterrado.

—Es Alice, ella... ella...

—¡Qué pasa, joder! ¡Habla, maldita sea!

—No lo sé. Comenzó a convulsionar y... joder, no sé lo que pasa, Nick. No sé si está viva o... no sé. Por favor, ven. No me dejes solo, ven. —David llora amargamente y a mí me tiembla todo el cuerpo.

—¡Voy para allá! ¡No tardo! —Digo y cuelgo. Acto seguido voy a la entrada, cojo mi chaqueta de cuero negra y las llaves de mi apartamento.

—¡Nick, contéstame, joder! —La voz de Sally entra en mis oídos y apenas soy capaz de enfocar mis ojos en ella. Me está agarrando del brazo, creo. Cuando consigo enfocar la vista, la veo y parece más que asustada de lo que ve en mí. —¿Qué pasa? ¿Qué quería David? —No soy capaz de hablar e intento soltarme. —¡Nick, Nick! —Me grita saliendo del apartamento detrás de mí.

—¡Entra ahora mismo ahí, joder! ¡Ni se te ocurra dejar a mi sobrina sola! —Le grito.

—Está bien, pero dime qué pasa. —Parece aterrada.

—Alice ha convulsionado. No sé nada más. Voy al hospital. Te mantendré informada. —Digo sacando las fuerzas de no sé dónde para no descomponerme y caerme al suelo después de toda esta pesadilla de día. Sally asiente.

Entro en el ascensor sintiendo su mirada sobre mí, pero no puedo mirarla. No después de todo lo que me ha dicho. Lo único que miro es el anillo de compromiso que una vez le di y que ahora refulge entre mis dedos dejándome claro que no hay roca más dura en estos momentos que el corazón de la mujer de mi vida.

David

Cuando veo aparecer a Nick en la sala de esperas me abalanzo sobre él y lo abrazo con todas mis fuerzas. Creo que es la primera vez en mi vida que estoy llorando como un niño pequeño. Ni siquiera de niño lloré jamás así. Siempre quise evitar que mi hermana se desmoronara con toda nuestra mierda alrededor y la única forma que tuve de hacerlo fue haciéndome el fuerte. Pero toda la fortaleza que una vez construí alrededor de mi corazón como una coraza se ha descompuesto y desmoronado ahora mismo.

Nick me abraza con todas sus fuerzas y me promete que todo irá bien. Que Alice saldrá de ésta. Que volveremos a verla llena de vida y salud.

Tengo miedo a creerlo, pero necesito hacerlo. Así que asiento y, cuando ya estoy un poco más calmado, mi amigo y yo nos sentamos en los sillones y esperamos, con la mirada perdida en la nada, a que nos den noticias de lo que le ha sucedido a Alice.

—Recuerdo cuando Alice solía despertarnos a Mike y a mí cantando a pleno pulmón la canción de Pocahontas cada mañana desde su ventana, que estaba junto a la de nuestra habitación. —Dice Nick rompiendo el incómodo silencio entre los dos. Lo miro y está sonriendo. Yo hago algo parecido al imaginarme a esa intrépida chica de niña haciendo tal cosa. —Bueno, despertaba a todo el vecindario, para ser sincero. —Ahora sí que me río.

—¿Pocahontas? Le pega...

—O la sirenita. Cualquier ñoñada de esas. Mike y yo luego nos vengábamos cubriéndola a cojinazos para que callara. Hasta que mi madre llegaba, nos daba unos azotes a cada uno y nos castigaba a limpiar y podar el césped de casa y de los vecinos para compensarles por el numerito. ¡Tenía un torrente de voz!

—Como Maya. —Digo sonriendo pensando en mi hijita. Esa hija que apenas he podido disfrutar.

—Sí, como Maya. —Nick vuelve a sonreír. En ese momento un médico entra en la sala de espera y Nick y yo nos ponemos de pie de golpe.

—¡Cómo está! —Gritamos los dos al unísono.

—Tranquilícense. Siéntense y les explicaré todo.

—¡No me diga que me tranquilice ni me siente! ¡Hable de una puta vez! Esa mierda de tranquilícense no suena para nada tranquilizadora. ¡Cómo está Alice! ¡Dígame que ha salido de esta o yo...

—Por favor, relájese. Hemos intervenido lo más rápido que hemos podido y... bueno...

El putito médico me está poniendo de los putitos nervios. O habla ya o me va a dar un jodido ataque. Aunque no soy capaz de decirle que continúe.

—¡Qué! —Nick le apremia, también nervioso.

—La hemos estabilizado.

—¡Oh, gracias al cielo! —Clamo mirando al techo.

—Hay más. —Dice el médico y mi corazón se detiene. —Alice ha despertado. —No doy crédito a lo que oigo. Miro a Nick y parece tan sorprendido como yo. Vuelvo a mirar al médico con la boca abierta, para que me vuelva a repetir lo que ha dicho y asegurarme que no son alucinaciones más. —La señorita Donovan ha despertado y pregunta por su hija insistentemente.

—Oh, joder... —no puedo decir nada más. Me froto mi cansado rostro y restriego lo que creo que son lágrimas de alivio y felicidad por todo mi rostro. —Joder, joder, joder, gracias. —Gimoteo cayendo de rodillas al suelo.

—¡Quiero verla! ¡Exijo verla ahora mismo! —Oigo la voz suplicante de Nick. Yo apenas tengo fuerzas para sostenerme. Me quedo unos segundos en el suelo, arrodillado y llorando como un condenado con la cara escondida en las manos.

—Está bien, les concederé unos minutos. —Levanto el rostro para mirar al médico. ¿Ha dicho “nos” concederá? ¿Podré ver a Alice? —Pero deben saber que la señorita Donovan aún se encuentra débil y es muy importante que no la alteren y que descanse bien. Tendremos que evaluar si existen daños mentales, pero eso será mañana, cuando vayamos viendo cómo reacciona a los estímulos.

—¡Vamos Dave! ¡Levanta! —Me apremia Nick tirando de mi brazo. Me levanto con esfuerzo. Aún estoy mareado con la información. —Venga tío. Esto era lo que querías, ¿no? —Me pregunta Nick confundido al ver mi cara de terror.

—Tu hermana me odia, tío. No sé si yo... si debería...

—¡No seas imbécil y ve a esa puta habitación! ¡Tienes que decirle lo que sientes por ella! ¡Eres el padre de su hija! Has pasado cada maldita noche desde que Alice entró en coma en este apestoso hospital esperando a que se despertara. —Lo sé, Nick tiene razón, pero ahora me aterra encontrarme con Alice de frente y provocarle una recaída.

Sé que Alice me odia y maldice cada minuto que ha pasado a mi lado. Aunque para mí esa relación fuera la mayor bendición de mi vida y me abriera los ojos ante lo equivocado que toda mi vida he estado sobre el amor, para ella soy lo que mi padre fue para mi madre.

—Ve tú. Será mejor que te vea a ti primero. —Digo.

Nick no es fácil de convencer, nunca lo ha sido. Es un terco y acaba tirando de mi brazo en dirección a la habitación de Alice.

Cuando llegamos a la puerta, le convengo con mucho esfuerzo para que entre él primero y le comente a Alice que yo estoy aquí también, por si no quiere verme.

Después de discutir como estúpidos durante minutos, Nick me hace caso y entra por esa puerta, cerrándola tras de sí. Yo me quedo ahí, de pie, contemplando la blanca puerta que es la única barrera que ahora mismo me separa de la madre de mi hija, de la mujer de mi vida, esa que he estado tan a punto de perder para siempre.

Me parecen siglos los que pasan y sigo en la misma posición. Con mis manos en los bolsillos y mis cansados ojos pegados a esa puerta. Supongo que debo tener un aspecto horrible y, cuando lo pienso, al fin mi cuerpo reacciona y me dirijo al baño más cercano.

¡Mierda! ¡Qué cara es esa! Parezco salido del videoclip de Thriller de Michael Jackson. ¡Qué digo! ¡Un zombi tiene mejor cara que yo! Uff, respira David.

Me echo agua fría por la cara y por el pelo también. Después vuelvo a mirarme en el espejo y a dar otra bocanada bien fuerte de aire y salgo del baño.

Al llegar a la puerta de la habitación de Alice comienzo a pasear de un lado al otro mientras pienso en cuáles son las mejores palabras para comenzar una conversación con ella después de todo lo ocurrido.

“Alice, lo siento, tienes que perdonarme” No, eso suena muy desesperado.

“Eh, nena, al fin despiertas” No, eso suena demasiado impersonal.

“Tenemos una hija preciosa, nena” A lo mejor no debería nombrarle a

Maya si no puede verla todavía. Eso la pondría peor. La pondría triste y no puedo ni pensar en otra recaída por su parte.

Entonces, ¿qué coño le digo?

La puerta se abre y me paro en seco. Nick me sonrío tras ella. Tiene los ojos rojos de haber llorado. Me señala con la cabeza el interior de la habitación para que entre. Maldita sea, se me va a salir el corazón por la boca.

Vuelvo a inflar de aire mis pulmones y me cuadro los hombros para entrar en esa habitación y hacer frente de una vez a lo más importante de mi vida.

10

Alice

Me pican los ojos, pero quiero abrirlos. Alguien ha dicho algo de Maya. No sé qué ha dicho ni quién era. Pero esa voz...

Solo quiero abrir los ojos. Quiero ver a mi pequeña. ¿Está bien? ¿Dónde está? ¿Por qué no está conmigo?

—Alice, ¿me oyes? —Oigo la voz de un hombre. Una mano me abre un ojo y una luz cegadora me atraviesa la pupila. —Está despertando. ¡Está despertando! Escucha Alice, soy tu doctor, el Doctor Travis. Sé que me oyes. Mueve los ojos si es así. —Le hago caso, creo. —¡Eso es, muy bien! Ahora voy a cogerte la mano, si notas mi mano aprieta mi dedo. —Intento hacer lo que me dice. —Así es, un poco más fuerte. ¡Muy bien! Ahora abre los ojos, Alice. Estás lista para volver. —Hago lo que me dice, aunque mis ojos sienten molestia ante tal cantidad de luz. Abro y cierro los ojos. —Es normal que sientas molestia ante la luz. ¿Puedes verme? —Algo parecido a un rostro borroso se interpone en mi campo de visión y asiento como puedo. —Bien. Trata de hablar. ¿Cómo te sientes? —Busco mi voz de algún lado perdido de mi cuerpo y me las arreglo para decir una palabra.

—Ma... ya.

—Maya está bien. Mejor que bien. Está deseando ver a su mamá. —Una sensación cálida se apodera de mi pecho y vuelven a picarme los ojos. —No llores. Ella no está aquí, pero podrás verla en cuanto te hayamos hecho todas las pruebas y veamos que estás bien. —¿No está aquí? ¿Dónde está mi hija!

—Maya. —Vuelvo a decir y esta vez mi voz suena más nítida. —Dónde está. —Trato de incorporarme y miro a mi alrededor desesperada.

—¡Eh, tranquila! Está en casa, con su papá y sus tíos. La están cuidando de maravilla. —Mi corazón se detiene. ¿David está con Maya? ¡Él no tiene ni idea! ¡No sabe nada de ella! ¡No ha estado nueve meses conectado a su corazoncito como yo! Ni siquiera ha visto una ecografía de su hija. Solo ha bebido como el borracho en el que se ha convertido.

—Quiero ver a mi hija. —Exijo alterada.

—Si prometes relajarte. Has estado en coma durante muchos días, Alice. Si de verdad quieres a tu hija tienes que recuperarte para poder dedicarte a ella. —¿En coma? ¿Cómo? ¿Por qué? —Parece ser que no has llevado todo el control que deberías durante el embarazo y el azúcar te subió muchísimo. Tuviste un coma diabético. —Me informa el doctor. Parpadeo intentando procesar la información. —He de ir a informarles a David y a Nicholas sobre tu estado. Si quieres, puedo decirles que pasen y te cuenten sobre Maya. —Me pregunta tratando de parecer agradable. Seguramente porque no querrá que yo me altere. Pero es inevitable sabiendo que David está aquí. Asiento a su propuesta. Necesito saber cómo está Maya mucho más de lo que necesito alejarme de David. —Bien, espera aquí. —Me sonrío y lo veo salir de la habitación. Joder, no estoy mentalmente preparada para esta situación.

¿Llevo muchos días en coma? ¿Cuántos días me he perdido de Maya en el mundo de los vivos? Maldita sea. ¿Qué habrá sentido David al verla? ¿Se parecerá a él o a mí?

Una enfermera me ayuda a incorporarme un poco elevando el respaldo de mi camilla y a adecentar mi aspecto en la medida de lo posible. Aunque debo de estar más que horrible.

Al cabo de unos minutos la puerta de mi habitación se abre y casi sufro un infarto. Es Nick. Me mira cómo si estuviera viendo un milagro. Tiene los ojos rojos y corre hacia mi camilla para darme un abrazo como nunca antes me ha dado en su vida. Nick dando abrazos. Eso sí que es raro.

—Joder enana, al fin despiertas. —Me abraza con fuerza y llora en mi hombro. Yo le masajeo la espalda para calmarlo. —Pensé que te perdía a ti también. Pensé que la vida volvería a castigarme por todas mis mierdas arrebatándome a mi hermanita. —Llora y sus palabras me llegan hondo. Creo que soy la única persona en la tierra que conoce de verdad todo lo que mi hermano ha sufrido en la vida y el peso de su culpa por la pérdida de Mike y la de mi padre.

—Estoy bien. No te vas a librar de mí. —Digo con lágrimas en los ojos también. Nick se separa al fin de mí para contemplarme y examinarme de arriba abajo. Sonrío feliz y aliviado y yo le devuelvo el gesto.

—Te quiero con locura, lo sabes, ¿verdad? —Asiento y se me hace un nudo en la garganta. Hace años que Nick no me dice algo así.

—Yo a ti también. —Nick besa mi frente con fuerza.

—Lo sé. Por eso te has quedado.

—¿Dónde está Maya? ¿Cómo está? Si David y tú estáis aquí, ¿con quién está ella?

—Tranquila. Está con Sally, en mi apartamento. Entre los tres la cuidamos de maravilla. Es una niña preciosa, Alice ¡Vas a alucinar! Le gustan los Beatles y de todos los chupetes que le hemos comprado ella solo quiere el más grande, que casi le tapa la cara. —Nick se ríe y comienza a narrarme detalles de mi hijita haciendo que el pecho se me infle de felicidad. —También come como una condenada y ¡no sabes cómo grita! Cuando se enfada parece un demonio y cuando está tranquila un ángel. Yo la llamo Gollum por ese trastorno de la personalidad que tiene. —Me hace reír y le golpeo el hombro con las pocas fuerzas que tengo ahora mismo.

—¡No llames así a mi hija, Idiota! —Nick se ríe y sé que esa risa la provoca el amor que siente por mi pequeña. —Quién lo iba a decir... Nicholas Donovan hecho todo un padrazo. —Mi hermano me decida una tímida sonrisa. Le avergüenza un poco esa vena paternalista que le ha salido, lo sé, lo conozco bien, pero eso hace que me alegre aún más.

—Es mucho más guay de lo que te cuento. Es una embaucadora. Por eso no he tenido más opción que rendirme a sus encantos. Mañana la traeré un rato para que la veas. —Me promete Nick y yo asiento feliz. —Dave también quiere verte. —Dice de repente y a ambos se nos esfuma la sonrisa del rostro. —Ha estado aquí cada noche, a tu lado, sufriendo como un condenado. No tienes ni idea de el calvario que ha sido para él. Déjale pasar, Alice. Déjale al menos quedarse en paz consigo mismo. Yo también he sido un capullo con Sally y si la hubiera visto como Dave te ha visto a ti todos estos días me habría muerto. —Agacho la mirada sin saber qué decir. No sé si quiero verlo o no. David ha sido lo mejor y a la vez lo peor que me ha pasado en la vida.

—Nick, no sé. Yo... aún no he conseguido olvidarlo. Le quiero todavía demasiado para soportarlo.

—¿Y? ¿Entonces qué hay de malo en dejarle pasar? Él también te quiere, Alice. Mucho. —Miro a mi hermano y sacudo la cabeza.

—No. Si me quisiera la mitad de lo que yo lo quiero no me habría hecho tanto daño. No se merece nada de mí. —Digo con lágrimas en los ojos. —No voy a quitarle su derecho a ver a Maya porque el Doctor Travis me ha dicho que se ha encargado de nuestra hija durante mi... ausencia. Pero nada más. —Nick suspira.

—Yo también le he hecho mucho daño a Sally. Y tú sabes cuánto significa

ella para mí, Alice. —Suspiro al comprender su alegato. —No sabemos hacerlo mejor, ni David ni yo. Pero la vida os ha concedido otra oportunidad para arreglar lo estropeado, Alice. Mientras hay vida hay esperanza. Y... tú has sobrevivido al mayor de los sustos. Créeme cuando te digo que Dave ha aprendido la lección. Déjale hablar al menos. —Trago saliva y sigo sin saber qué decidir al respecto.

Sin darme cuenta estoy asintiendo y mi hermano se acerca emocionado a la puerta de mi habitación. La abre y mi pulso se acelera.

Cuando lo veo aparecer tras la puerta me cuesta reconocerlo. Está bastante más delgado y tiene unas enormes manchas oscuras bajo sus bonitos ojos azules. David me mira y se muerde los labios. Entra solo lo justo para que Nick pueda salir y cerrar la puerta tras él. David está frente a mí, o más bien su fantasma, porque no tiene para nada buen aspecto. Aunque supongo que el mío es aún peor. Sin embargo, sigue siendo el hombre más guapo que he visto en mi vida.

—Hola. —Digo y le dedico media sonrisa.

—Hola. —Dice en un hilo de voz. Da un paso más hacia mí y aguarda unos segundos para dar el siguiente, por si le pido que no se acerque más.

Poco a poco acorta la distancia entre los dos hasta que lo tengo de frente. Parecen siglos desde que lo vi por última vez, desde que lo besé por última vez.

—Siento el susto que os he dado. —Digo para romper el silencio. Su mirada está vidriosa y clavada en la mía.

—Pensé que no volvería a ver esos preciosos ojos nunca más. —Agacho la mirada ante la intensidad de sus palabras. No estoy preparada para oír algo así, pero supongo que tras un susto como el que les he dado, es lo mínimo que puedo hacer. Dejarle descargar su culpa. —Lo siento, Alice. Siento no haber sido el hombre que tú y Maya merecáis. No he sabido estar a la altura y me culparé eternamente por ello. Mírame. —Me pide y con mucho esfuerzo lo hago. —No volveré a fallarte. No volveré a fallaros. Aunque... no me quieras más a tu lado, yo siempre estaré esperando tu perdón y lucharé por ser el padre que Maya se merece. Te quiero. —Rompo a llorar al escuchar sus palabras y David me sigue. —Perdóname. —Suplica abrazándome. Lloramos uno sobre el hombro del otro.

—Ha sido horrible, David. Vivir este embarazo sola, viéndote como primero me engañabas con unas y otras y después te autodestruías con el

alcohol. No sé si pueda... yo... no quiero una vida así para Maya.

—Lo sé, mi amor. Lo sé. Y entenderé que me eches a un lado. No os merezco. Pero haré lo que sea para demostrarte que he cambiado. Lo único que necesitaba era volver a verte así, despierta, viva. Es todo cuanto quería. Si no quieres darme otra oportunidad lo entenderé, pero no me rendiré. Nunca. Te quiero tanto... —David llora con fuerza sobre mi hombro y me aprieta con fuerza y a mí se me desgarran el alma al ver su dolor. De verdad me quiere. Eso creo. —Voy a esperar tu perdón hasta el último día de mi vida, Alice. Eres lo único que quiero. Bueno, Maya y tú.

—Dave, mírame. —Le pido, pero le cuesta soltar el abrazo. —Por favor. —Al fin lo hace y comienzo a secar sus lágrimas con mis pulgares. —¿Puedo confiar en ti de verdad? —Él abre mucho los ojos y asiente con fuerza.

—Nunca más te fallaré.

—¿Me quieres, Dave?

—Alice, te quiero más que a mi vida. —Su mirada azul y sincera me traspasa y una enorme paz inunda mi maltrecho corazón. Me da miedo creerle tan fácil. Pero sé que no ha sido fácil en absoluto.

—Yo también te quiero, no sabes cuánto. —De sus labios sale una especie de gemido de alivio y comienza a llorar de nuevo. —No llores. Estamos aquí. Los dos. —Beso sus ojos para calmarlo. Nunca pensé ver a David tan tocado. Eso es porque de verdad me quiere. Debe ser así.

—Te quiero. Te quiero. —Sus labios buscan los míos con desesperación y nuestras lenguas se encuentran después de siglos de anhelo. —Te quiero. Te quiero. Perdóname.

—Te perdono.

Y tras estas palabras consigo al fin quitarme una enorme carga de los hombros. David va a luchar por lo nuestro, por mí, por Maya. Y yo voy a luchar también por volver a ser la persona que era, junto a él.

No va a ser fácil, lo sé. Pero quizá ambos necesitábamos todo este caos y comprender lo fácil que la vida nos puede arrebatar la oportunidad del perdón y el amor en cuestión de segundos.

Si yo no hubiese sobrevivido al coma, jamás habría sabido cómo de grande es el amor que David me tiene, nunca lo habría vuelto a mirar a los ojos, a besar, a sentir. Nos habríamos despedido para siempre llenos de resentimiento y dolor.

11

Sally

Sigo dando vueltas de un lado para el otro en el apartamento de Nick esperando las ansiadas noticias cuando, al fin, mi teléfono suena y corro hacia él, ansiosa por saber.

—¡Nick! ¡Qué ha pasado!

—Alice ha... despertado. ¡Sally, mi hermana ha despertado! —Nick me dice riendo y llorando a la vez y grito del alivio.

—¡Oh, gracias al cielo! —Comienzo a llorar yo también de alegría. —Te lo dije. Te dije que mantuvieras la esperanza.

—¡Oh, nena, estoy tan jodidamente feliz! —Mi corazón se arruga cuando me llama nena.

No quiero volver a retroceder en mi misión de olvidarme y alejarme de Nick. No puedo volver a confiar en él. Y él lo sabe. Sabe que el daño que ha creado esta vez es irreparable. Aun así, su forma de llamarme hace que traicione mis instintos autoprotectores por unos segundos.

—¿Puedo hablar con ella? ¿Puedo ir a verla?

—Tu hermano y Alice están hablando ahora mismo. Será mejor que no interrumpamos. Pero mañana traeré a Maya para que la vea, si quieres, te vienes tú también con nosotros. —Su voz suena cargada de alivio y no quiero ser yo quien rompa su paz y su alegría en estos momentos.

—Genial. Deberíais venir a descansar, David y tú. Alice tendrá que descansar también. Mañana iremos los cuatro a verla. ¿Te parece?

—Sí, nena. ¡Joder, qué puta felicidad! La vida nos da oportunidades todos los días y tiene que pasar algo así para que aprendamos a verlo. —Dice y yo aguardo silencio sin comprender. —Sé que estás enfadada conmigo. Muy enfadada. Y sé que lo merezco. Pero también sé que seguimos habitando el mismo mundo Sally, tú y yo, y eso significa que puedo arreglarlo todavía.

—Nick...

—Calla. No me digas nada esta noche que estropee mi estado de felicidad. El día se estaba volviendo una mierda hasta que Alice ha despertado. Y tú...

mierda, Sally, tienes que perdonarme alguna vez.

—Me voy a la cama. No tardéis en volver. Tenéis que dormir. —Le digo cambiando de tema.

—Sí, nena. Te quiero.

—¡Para ya, maldito loco! —Al final hará que vuelva a creerlo.

—No pienso parar. ¡Te quiero! —Le cuelgo justo cuando termina de decirlo y refunfuño una maldición. Después me río. Y otra vez vuelvo a maldecirlo. No sé a qué juega, pero no quiero volver a caer en su juego.

Me recuesto sobre el sofá y me envuelvo en una manta mientras espero a que mi hermano y Nick vuelvan a casa. ¡Estoy tan contenta de saber que volveré a recuperar a mi mejor amiga! Sin embargo, la sombra de Nick siempre está detrás de mi felicidad, recordándome que debo mantenerme alerta y no volver a caer en sus estúpidos juegos.

Lo quiero. Aunque le diga una y otra vez lo contrario, cada vez que le digo que ya lo he olvidado para herirle, solo consigo abrir más mi herida e incrustarlo un poco más en mi maltrecho corazón. No sé por cuánto tiempo podré mantener esta farsa, pero necesito que Nick se dé de una vez por vencido conmigo y me deje avanzar.

Tengo el negocio descuidado y no he asistido a clases desde hace días. Y todo ha sido por Maya y por la situación de Alice, pero necesito volver a mi rutina y sobre todo necesito salir del apartamento de Nick y de su cercanía si quiero estar realmente protegida.

Sin darme cuenta me quedo dormida, recordando ese fatídico momento durante la mañana en la que sucumbí a sus besos y su acercamiento y le dejé colarse de nuevo entre mis piernas. Me engaño a mí misma pensando que solo buscaba sexo, cuando lo que necesitaba era sentirlo desesperadamente, y en mis sueños recreo sus besos y sus caricias una y otra vez.

Unos fuertes brazos me sostienen y me levantan de donde estoy durmiendo. No tardo en reconocer la voz de Nick y mi hermano y el olor y calor que desprende el cuerpo de Nick me paraliza. Es él. Me lleva entre sus brazos a la que fue una vez mi habitación en este apartamento y continúo haciéndome la dormida para no arruinar este momento y su cercanía gritándole que me suelte, como verdaderamente me exige mi cerebro que haga.

—Voy a llevarme a la mocosa ésta a su habitación, Dave. Tú deberías

darte una ducha y dormir algo. Mañana volveremos al hospital los cuatro. — Escucho la voz de Nick vibrando en su pecho mientras me carga y pido al cielo que no se dé cuenta de que mi pulso se ha disparado al sentirlo tan cerca y sepa que no estoy verdaderamente dormida.

—Vale. Gracias tío. Gracias por todo. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí. —La voz emocionada de mi hermano me sobrecoge. ¿Qué ha hecho Nick por él?

—No tienes nada que agradecer. Ojalá esta terca me dejara entrar de nuevo en ella también. —¿También? ¿Quiere decir que Alice ha perdonado a David? Si es así la envidio. Yo no puedo. Si tuviera un hijo con Nick tal vez sería diferente. Pero la verdad es que mi cerebro no me deja abrirle las puertas de mi corazón de nuevo. —Voy a dejarla en su cama antes de que despierte e intente descuartizarme por haberla cogido en brazos. —Nick trata de bromear, pero noto la tristeza en sus palabras.

—Te perdonará. Dale tiempo. —Dice mi hermano y lo odio por decir algo así. No lo perdonaré. No puedo. No voy a ser como mi madre. Eso no pasará.

—Le daría todo lo que me pidiera, Dave. —Dice Nick y comienza a andar conmigo en sus brazos. Cuando me suelta en la cama siento el vacío más intenso al no sentir de nuevo su calor ni su adorado aroma masculino. — Descansa, fierecilla. —Su mano acaricia mi rostro y siento la humedad de sus labios posándose en mi frente.

Siento unas inmensas ganas de llorar, abrir los ojos y suplicarle que se quede en mi cama y me haga olvidar todas las mierdas pasadas. Y, sin darme cuenta tengo los ojos abiertos. Pero Nick ya no está.

Las lágrimas salen solas por mis ojos y me quedo observando el techo de mi habitación durante un buen rato. Ahora mismo no sé qué estoy haciendo con mi vida ni si insistir en apartarme de Nick es realmente lo correcto o no. Pero no puedo evitarlo. No quiero volver a sufrir. No quiero anularme y convertirme en la sombra de Sally que solo se alimenta de las migajas de amor que Nicholas Donovan decida darle según él sienta oportuno dada la ocasión.

Me despierta el zumbido de la cafetera y el olor indiscutible a café inunda mis fosas nasales. Necesito uno de esos...

Me doy cuenta de que Maya no se ha despertado ni una vez en toda la noche y voy con rapidez hasta su cuna, que está cerca de mi cama, para comprobar que esté bien. Pero Maya no está en su cuna.

Miro hacia la puerta de mi habitación extrañada y salgo en dirección a la cocina. Allí veo a David preparándose un café, pero ni rastro de Maya.

—Buenos días, hermanita. ¿Un café? —Jamás había visto a mi hermano tan sonriente en toda la vida.

—¿Dónde está Maya? No está en su cuna.

—Anoche se despertó una vez y como tú estabas en estado de inconsciencia Nick y yo nos encargamos de ella. Pero se le da mejor a él que a mí dormirla, así que se la llevó a su habitación. ¿Puedes encargarte tú de despertarlos? Yo tengo que ducharme y ponerme presentable para cuando lleguemos al hospital. —Me pide mi hermano y asiento confusa.

Acto seguido me dirijo a la puerta de la habitación de Nick, intento abrirla, pero está cerrada. Así que me dirijo a mi habitación para acceder a la habitación de Nick por el baño. Entro sigilosamente.

Todo está oscuro y apenas puedo ver por donde piso. Entre la penumbra vislumbro el carrito de Maya, me acerco y la veo allí, dormidita, parece un ángel. Sonrío y me giro hacia la cama de Nick. Sin darme cuenta me quedo embobada viéndolo dormir. Hacía mucho que no lo veía así y me hace recordar todas esas noches que lo contemplaba ensimismada durmiendo junto a mí.

Al levantar la vista veo que sigue pendiendo de la pared de su cabecera aquel maravilloso cuadro que me hizo desnuda, junto a la ventana de mi habitación. Me cuesta respirar al recordar aquellos primeros días de nuestra extraña relación. Sacudo la cabeza, aprieto los ojos y trato de alejarlos así de mi mente. Después me armo de valor para despertarlo con toda la frialdad que pueda mostrar. Pero, al abrir los ojos, me encuentro con los suyos, bien abiertos y su mano apretándome de la muñeca. Emito un grito por el susto y él tira de mí y me tapona la boca con su otra mano, haciéndome caer sobre él. Sigo gritando en su mano.

—Shhh, calla, mocosa, vas a despertar a Gollum. —Me dice y yo entrecierro los ojos en desaprobación ante su apelativo para nuestra sobrina. —¿Vienes a aprovecharte de mí? —Dice con una sonrisa pícaro y

asquerosamente adorable. Con su pelo enmarañado, como a mí me gusta. Intento zafarme, pero es mucho más fuerte que yo. —Pareces una culebra. — Se burla del modo en el que trato de escabullirme de sus brazos. Al fin consigo quitar su mano de mi boca.

—Eres un gilipollas, ¿lo sabías? ¡Suéltame!

—Mmmm buenos días para ti también. ¿No me das un besito? —Pone la boca en forma cómica para que le bese. Intento abofetearlo, pero intercepta mi brazo. —Ehh, sabes que no me va el sado. Puedo darte unos azotitos cariñosos si quieres mientras te follo...

—¡Calla pervertido! —Refunfuño.

—A cuatro patas... —Sigue provocándome.

—¡Deja que me levante! —Me retuerzo y sin saber cómo, acabo atrapada sobre el colchón de Nick y él sobre mí, inmovilizando mis muñecas con sus manos sobre el colchón. —¡Nick, para! —Imploro cuando siento sus labios sobre mi cuello. Me siento mareada y... muy acelerada.

—No tardaría mucho, si me dejases. —Insiste apretando su creciente erección sobre mi muslo. Estoy sin aliento. Tengo que frenarlo, pero... no puedo. Mi cuerpo me traiciona y me odio a mí misma cuando escucho el gemido que emiten mis labios cuando siento sus dientes morder uno de mis pezones sobre la tela de mi camión. —Tú tampoco tardarías demasiado por lo que veo. —Siento su aliento sobre mi pecho y su nariz jugueteando con mi pezón erguido traicionero. Me retuerzo, aunque no sé si es de desesperación por sentirlo o por huir de él.

—Para... —casi no me sale la voz del cuerpo.

—Bésame. —Me pide, aunque es él quién lo hace.

Me besa y yo respondo salvajemente a sus besos. No tengo el control. Acabo de cedérselo a este gilipollas una vez más. Y lo peor de todo es que no puedo hacer nada para recuperarlo. Me besa y contonea sus caderas contra las mías y yo no hago más que responderle con el mismo gesto. Además, mis manos se recrean en los músculos de su espalda y comienzo a arañarla, desesperada por sentirlo dentro de mí.

—Nick...

—Sally... mi Sally.

El llanto estridente de nuestra sobrina nos hace salir del trance a ambos de golpe.

—Vamos, tenemos que levantarnos y llevar a Maya al hospital. —Le digo

incorporándome y tratando de recuperar el aliento. —Yo me encargaré de Maya, ve preparándote tú mientras. —Digo y cojo a mi sobrina en brazos para mecerla y calmarla. Maya es el mejor antídoto contra Nick. Le doy las gracias en un susurro a mi sobrina mientras me alejo de Nick saliendo por la puerta del baño con ella en brazos.

—Recuérdame que no tengamos hijos hasta que no me haya aburrido de follarte como es debido. —Oigo su comentario chulesco y despótico a mi espalda y me giro para dedicarle una mirada asesina. Él me dedica una sonrisa altanera.

—Eso díselo a la estúpida que piense que contigo sería verdaderamente feliz. —Creo que me arrepiento de lo que digo antes incluso de terminar de decirlo. Pero, como ya he dicho antes, no puedo evitar estar tan a la defensiva con este imbécil.

12

Nick

Estoy enamorado de una arpía venenosa del infierno, ya lo tengo más que claro. Sally es una auténtica hija de puta conmigo cuando quiere.

Pensé que llevarla al hospital y que viera así cómo mi hermana y David le han dado una nueva oportunidad a su relación le ablandaría un poco, pero nada.

Sigue hecha una furia conmigo y yo ya no sé qué hacer para que me perdone.

Mi hermana ha mejorado mucho, pero hay ciertas cosas que los médicos no ven del todo normal en ella, por eso la mantienen ingresada en el hospital. Pero se la ve bien. Sobre todo, cuando tiene a Maya en brazos. Es una maravilla verla así, hecha toda una mamá.

Dave y ella hablan de irse juntos a vivir a una casa nueva que David quiere comprar. Me alegro por ellos tanto... pero... se llevarán a Maya de mi lado. Y, cuando todos se hayan ido, Sally también se irá.

Sally no me ha perdonado ni tiene intención alguna de hacerlo en el futuro. ¿Podré hacerla cambiar de opinión? ¿Qué debería hacer para no perderla? La necesito tanto a mi lado. Después de estas semanas en mi apartamento con ella, con Maya y con David a mi lado, me aterra la idea de volver a quedarme solo. Completamente solo.

Los meses que he pasado alejado de Sally no he sentido tanto el peso de la soledad porque yo mismo la había buscado. Necesitaba estar solo para meditar, para recapacitar y... estúpidamente pensé que así Sally y yo nos olvidaríamos y podríamos hacer nuestras vidas como lo hacíamos antes de conocernos. Pero sin duda hay un antes y un después en mi vida después de ella. Ya no quiero estar solo, no quiero vivir con este agujero en el pecho. El mismo agujero que dejó la muerte de Mike. Porque, tengo que admitirlo, Sally se ha convertido en mi otra alma gemela. Mi otra mitad. Como lo fue Mike en su momento. Aunque supongo que Mike, si siguiera vivo, habría hecho ya su familia y su vida por separado de mí, y eso me lleva de nuevo a la afirmación

de que “necesito a Sally para ser feliz”. La necesito hasta para respirar.

Esos cuatro meses sin ella, viajando de un país a otro, siempre pensaba en la cara que pondría ella si estuviera a mi lado al conocer Londres, París, Roma o Nueva York. Pero era mucho más llevadero porque no estaba en un lugar fijo, un lugar al que llamar “casa”. Y lo cierto es que no podré llamar a ningún lugar “casa” si ella no está esperándome allí. Si no comparto sus sueños, sus baños, sus comidas, sus ñoñas películas, sus braguitas de conejitos esparcidas por nuestra cama después de hacerle el amor.

¿Por qué tuve que irme así?

¿Por qué dejé que me venciera el miedo?

¿Cómo pude llegar a creer alguna vez que la olvidaría?

Ni en un millón de años podrá llegar la mujer que me haga sentir una milésima parte de lo que ella me hace sentir.

Y ahora estoy pagando los platos rotos de mis estupideces con ella. Nunca pensé que me costaría tanto recuperarla. Siempre ha sido una mujer complicada, sí, pero estaba convencido del poder de atracción que tenía sobre ella, como con el resto de mujeres que he seducido a lo largo de mi vida. Con ella estaba todavía más seguro. Pensaba que sería inevitable para ella (como lo es para mí con ella) que cayera en mis redes, porque estoy convencido de que estamos hechos el uno para el otro. Somos almas gemelas.

Ahora parece que Sally lo ha olvidado.

Casi no me dirige la palabra. Tan solo me habla para informarme de que la comida está lista, o para preguntarme dónde está el biberón de Maya, o para saber qué hora es. No es que yo hable demasiado con ella. Demonios, no sé qué decirle. Está tan rara, tan distante, tan fría, que me siento empequeñecer ante su presencia cada vez que intento hablar con ella.

No quiero presionarla, pero se me agota el tiempo y sé que cuando no la tenga en casa será mucho más complicado. Llevo días intentando buscar una excusa convincente para persuadirla de que se quede más en casa y, solo se me ocurre una. Una estúpida y descabellada excusa que sé que la hará enfurecer, pero que puede que sea mi única baza con ella.

Por el momento me reservo mi baza para mí, y agotaré el tiempo a su lado disfrutando de su presencia como pueda.

—Buenos días. —Le digo cuando la veo aparecer con el pelo todo enmarañado y como único atuendo una camiseta antigua de su hermano. Echaba de menos verla así. Seguro que no se da ni cuenta lo apetecible que

está con esas piernas al desnudo.

—Mmmmnos días. —Farfulla con los ojos adormilados y yo la miro de reojo, repasando cada detalle de su cuerpo que me deja como regalo esta mañana.

—¿Una noche dura? —Le pregunto, aunque sé la respuesta. Anoche le tocaba a ella cuidar de Gollum y la pequeña tuvo una noche ajetreada.

—Madre mía, esa niña va para cantante de ópera. —Sonrío y sacudo la cabeza mientras me preparo un sándwich de atún y ella se sirve una taza de café. —¡Ah, joder! —Grita dando un salto cuando se quema por haberse vertido el café hirviendo sobre su propia mano y me acerco rápidamente a ella. —Joder, joder. —Sacude la mano en el aire. La mete bajo el agua fría y sigue maldiciendo. Yo le tomo la mano y la examino.

—Déjame ver. Uff, eso debe doler. —Le digo y acaricio su mano que está roja con la yema de mis dedos con mucho cuidado. —Tengo una pomada para quemaduras en algún lado. Déjame que vaya a buscarla y te pongo un poco — la miro y siento su mirada clavada en mí.

—Estoy bien. —Miente.

—No voy a morderte, Sally. Solo quiero curarte esto. —Me defiendo. Ella al fin suspira y asiente. Yo voy en busca de la pomada a mi cuarto de baño y cuando vuelvo ella sigue en la misma posición, mirando cómo me acerco a ella más que tensa. —Dame la mano. —Le pido con mi mano tendida y ella evalúa mi mano antes de decidir si va a dármela o no. —¿Me la das por las buenas o por las malas? —Bramo perdiendo los nervios. Ella suspira y la deposita sobre mi palma finalmente. Siento una corriente eléctrica ante su tacto. Se me había olvidado lo que Sally me hace sentir con solo tocarla. Esparzo con sumo cuidado la pomada sobre la zona dañada y, sin darme cuenta (o puede que conscientemente) sigo trazando círculos poco a poco por el resto de su mano, hasta llegar a la muñeca.

—Ahí no me duele. —Dice y noto como su voz se vuelve ronca.

—Lo sé. —Afirmo mirándola con intensidad. Su respiración se corta. — Pero a mí sí.

—¿A ti sí? —Pregunta sin entender.

—Me duele mucho llevar tanto tiempo sin tocarte.

—Ah. —Dice sin saber qué más decir y agachando la mirada. Pero sin separar su mano de la mía.

—¿Sabes dónde más me duele? Aquí. —Susurro poniendo su mano sobre

mi corazón. Estoy seguro de que puede sentir el galope atronador del mismo por cómo me mira. —Tu castigo está siendo tan duro, nena... No sé qué decirte, qué hacerte, para que vuelvas a ser la misma conmigo.

—Ya no soy la niña ingenua que conociste una vez. —Dice apartando la mano rápidamente de mi pecho.

—Un año. —Digo y le muestro el tatuaje de mi muñeca que me recuerda el día en que mi vida cambió y volví a la vida; el día en que la conocí. Ella lo mira perpleja. Sabe de qué hablo. —No me lo habría tatuado si fueras para mí solo un juego, Sally. —Trato de que no me tiemble la voz. ella mira mi mano y aprieta los labios, no sé si para impedir que tiemblen o para sellarlos y no decirme lo que piensa, como de costumbre. —Vuelve a mí. —Le vuelvo a suplicar.

—Tengo que ir a bañar a Maya. Pronto os iréis al hospital a ver a Alice y tiene que estar lista. —Me ignora y trata de salir de mi vista, pero la aferro de la muñeca antes de que lo haga para impedirselo.

—Sally...

—¡Ya basta, Nick! —Me grita y empieza a llorar. —¡Deja de hacérmelo tan difícil!

—¿De verdad que ya no me quieres? —Gimo.

—¡No puedes hacerme esto! ¡No es justo! ¡No tengo la culpa de esto, del desastre de tu vida, de que no seas capaz de querer a nadie de verdad! ¡No tengo la culpa de la muerte de Mike, ni de esa chica, ni de que tu madre sea una zorra que nunca haya sabido quererte y comprenderte! —Me suelta de repente y me siento empequeñecer tanto que casi desaparezco.

—No, mi amor, tú no tienes la culpa. No he querido decir...

—¡No me llames mi amor! ¡Para de una vez! —Grita y llora a la vez. Trago saliva. —Ya se acabó, Nick. Te fuiste. ¡Cuatro malditos meses! Deberías haberlo pensado mejor si no querías que lo nuestro se rompiera definitivamente.

—No digas eso, Sally. Sé que me quieres. No puedes haber olvidado todo.

—¡No! ¡No he olvidado nada! Todas las veces que te ibas con Claire y me dejabas aquí, vuelta loca pensando en qué harías con ella. Tampoco la vez que te llevaste a la tipa esa en mi cumpleaños al club y casi te la follas en el baño. Ni cuando me ocultaste el embarazo de Claire. Ni las veces que me pedías que no me encariñara de ti. Ni...

—¡Todo eso fue antes! ¡Lo superamos, Sally! ¡Te pedí perdón e hicimos

una relación, una vida, juntos! ¡Te pedí que te casaras conmigo!

—¡Sí! ¡Y me has confesado recientemente que solo lo hiciste porque hay algo que me ocultas y temías que huyera de ti cuando lo averiguara! ¿Me equivoco? —Bajo la mirada, derrotado. —No, no me equivoco. Y aún sigo esperando a que me cuentes de qué demonios se trata. Pero a ti solo te importa que primero te prometa que estaré aquí, pase lo que pase. Y no voy a hacer eso, Nick. No voy a estar aquí pase lo que pase, porque por mucho que te quiera me quiero más a mí. ¡Debo quererme más a mí! —La miro de nuevo.

—Eso quiere decir que aún sientes algo por mí. —Me acerco a ella y le tomo el rostro en mis manos. Lo veo en sus ojos. Me quiere.

—Eso no importa. ¿No me has oído?

—Perfectamente. Y, me quieres, Sally. Y yo a ti también. Con toda mi alma. Créeme, por favor.

—No puedo. —Aprieto los ojos cansado de seguir intentando convencerla. —No puedes quererme como yo necesito que lo hagas si... —intento hablar y decirle que se equivoca, que nadie en el mundo la querrá como yo la quiero, pero me silencia con un dedo —no puedes querer a nadie de verdad si no sabes quererte a ti mismo. —Termina su alegato y me deja sin palabras. —El amor por los demás debe empezar por el amor a uno mismo, Nick. Si no eres ni capaz de quererte a ti mismo, ¿cómo vas a querer a nadie más?

—Me creas o no te quiero con mi vida. Y a Alice, y a Maya, y al capullo de tu hermano. —Digo con ojos llorosos y me obligo a apartarme de ella para que no me vea llorar. Estoy cansado de ser el tipo llorón que se la pasa rogando perdón y un poquito de amor por las esquinas. —Pero si no quieres verlo, será que es inútil que siga intentándolo. —Digo y desaparezco para meterme en mi habitación.

No salgo de allí hasta que escucho la puerta de casa señalándome que Sally ha salido y se ha ido a las clases, que ya ha retomado desde que Alice despertó. No quiero que me vea con los ojos rojos de haber llorado por su falta de amor por mí.

Me mata. Me hieren y me desangran agónicamente por dentro sus palabras y sus gestos hacia mí. Aunque sepa que lo tengo merecido no lo hace menos doloroso.

Un año. Un inolvidable año amando y luchando por olvidar con todas mis fuerzas a esta arpía del infierno. Ahora sé lo que sentían todas esas mujeres que me rogaban una última oportunidad entre mis brazos, prometiéndome amor

eterno, mientras yo las despreciaba y me las quitaba de encima sin el mínimo tacto. ¿Tanto dolor he causado?

Soy un monstruo...

Si he hecho sentir a alguien este angustioso dolor que siento ahora mismo en el pecho es que no me merezco seguir viviendo.

Tengo que enmendar lo que he hecho. Y, si en algo tengo que darle la razón a Sally, es en que tengo que hacerlo primero por mí, y después pensaré en lo demás. No puedo prometerle amor eterno si tengo las manos manchadas de sangre de tantos corazones desangrados por mis propios azotes.

Esta mañana no iré a ver a Alice. Tengo otras cosas que debo hacer primero, antes de nada. Tengo que convertirme en la persona que yo necesito ser para poder llevar las riendas de mi vida como deseo llevar.

Así que cuando veo que el salón está despejado y Sally no está, me ducho primero, baño a Maya, le doy su biberón, la visto y despierto a David que sigue durmiendo a pierna suelta en su habitación.

Le envidio porque él ha conseguido encauzar su vida.

—Despierta Dave. Tienes que ir al hospital con Maya. —Le digo. Mi amigo se despereza y me mira preocupado.

—¿Estás bien? —Asiento. Lo estoy. No tan bien como quisiera, pero lo estaré si hago lo que tengo que hacer. —¿No vienes a ver a Alice?

—No, he decidido arreglar el daño causado, antes de nada. Seguro que estaréis bien sin mí. —Sonrío para animarlo.

—¿A qué te refieres? —Le cuento a David mi plan y me escucha detenidamente sin perder detalle. —¿Tiene eso que ver con Sally?

—Ella es la razón por la que abrí los ojos, así que sí. Pero sobre todo tiene que ver conmigo.

—Te ayudaré. —Me dice David convencido y me sorprende.

—No tienes por qué hacerlo. Tú tienes una familia de la que ocuparte y todo eso.

—Precisamente por eso. Ahora soy padre de una niña. Se lo debo a Alice y sobre todo a Maya. —Dice David convencido y me alegra que lo vea así.

—Vale, pero ve tú al hospital. Yo me encargaré del papeleo y de contactar con las personas oportunas.

13

Alice

Aguardo impaciente a mi visita diaria. Estoy deseando salir de este frío hospital y poder estar todo el tiempo con mi pequeña Maya.

Cuando la vi por primera vez no me lo podía creer. La examiné de arriba abajo. Es la cosa más perfecta que he visto en mi vida y estoy impresionada con la labor que está haciendo David y mi hermano con la pequeña. Porque sé que Sally también ayuda, pero ya ha vuelto a sus clases del curso ese tan caro que está haciendo de cocina. Si ella deja a mi pequeña con esos dos es porque sabe que está en buenas manos con ellos.

Aún no sé si me arrepentiré de haberle dado una nueva oportunidad a mi relación con David, pero no tuve otra opción. Ambos hemos cometido muchos errores y esto de la paternidad nos ha cogido a los dos por sorpresa y sin mucho tiempo de preparación mental para ello. Pero él está dando todo de su parte. Mucho más de lo que esperaba de él y, estoy muy orgullosa.

Recuerdo que Sally me contaba maravillas de David de cuando eran niños, me contó como la protegió y la cuidó durante sus horribles años de niñez. Pensaba que lo decía solo para convencerme de que David no sería un padre desastroso, y la verdad es que es todo lo contrario.

—¿Ya está despierta la mujer más hermosa del planeta? —David hace aparición en la habitación en la que estoy hospitalizada y viene con mi pequeña en uno de sus brazos y un ramo de flores gigante en el otro. Sonrío como una tonta cuando veo a mis dos amores entrar y me recoloco como puedo mi pelo para que no esté muy desordenado.

—Os estaba esperando. —Digo con los brazos abiertos reclamando a mi pequeña. —Oh, pero, ¿qué te han puesto? —Digo con el pecho lleno de amor al ver a Maya enfundada en un traje enterizo que es como un disfraz de osito de peluche blanco.

—Es cosa de tu hermano. Se empeña en vestir a la niña como si fuera un juguete. —Farfulla David entregándome a mi pequeña y besándome con fuerza.

—Pues este traje me encanta. Mi prechocho ochito de peluchito. —Le digo a Maya con una voz estúpida y que no puedo evitar ponerle y acariciando su nariz con la mía. —Estás para comerte enterita. ¡Qué te como! ¡Qué te como!

—Creo que me voy a pillar yo un traje de esos también. —Refunfuña David y no puedo evitar mirarlo y soltar una carcajada.

—¿No estarás celoso de tu hija? —Se encoge de hombros y me resulta encantador. —Ven aquí, papi. —Le digo haciéndole hueco en la camilla para que se siente.

—Me pone muy cachondo que me llames así. —Me dice el muy imbécil sentándose a mi lado. Yo sacudo la cabeza. No tiene remedio. —En serio, estoy desesperado ya porque salgas de aquí y meterte un día entero en la cama, conmigo. Tengo un calentón de campeonato y...

—¡David! —Le regaño horrorizada y le señalo a Maya que balbucea algo incomprensible en mis brazos.

—¡Qué! ¡Ni que se fuera a enterar! ¡Solo tiene unas semanas! —Se queja.

—Yo también te echo de menos. —Digo para suavizar mi tono y le beso en los labios. Es un beso largo y profundo y cuando siento sus manos perderse en mi pelo me separo. —Para, David. Aquí no. Cuando salga de aquí recuperaremos el tiempo.

—Jrrrrr —se queja —Por cierto, voy a irme hoy un poco antes. —Me dice David y yo le pongo cara de pena.

Odio todo el tiempo que paso sola en este apestoso hospital. Mi madre apenas viene a verme. Siempre me llama primero y, si coincide que Nick o David están conmigo, dice que vendrá en otra ocasión. Aunque tampoco es que me apasione la idea de verla. Siempre que viene me habla mierdas de mi hermano o del padre de mi hija y dice convencida que lo mejor será que vuelva a casa con ella y que con su ayuda criaré a Maya como es debido. No sabe lo equivocada que está.

—No quiero que te vayas pronto. No quiero que te lleves a Maya pronto. Es mi hija y casi no la veo. Pasa más tiempo con Sally o con Nick que conmigo, que soy su madre.

—Mi amor, voy a ir a ver un par de casas, para nosotros. —Me informa David y me besa cariñosamente. Sus ojos me miran llenos de ternura. —Qué preciosa eres. —Me dice y se me infla el pecho. Nunca le oí hablarme así antes. —No te preocupes, dejaré a Maya aquí contigo. He hablado con Sally y vendrá luego de las clases para verte y la recogerá.

—Te quiero. —Le digo apoyando mi cabeza en su hombro. Besa mi frente y nos abraza a Maya y a mí.

—Yo te quiero más. Os adoro, a las dos.

—¡No te vas a ir a vivir con ese malnacido, Alice, ni lo sueñes! —Grita mi madre y Maya llora en mis brazos.

Esta mujer es lo peor. Hace apenas una hora estaba aquí acurrucada en los brazos de David feliz escuchando sus promesas de amor y ahora estoy escuchando a la esposa de Satanás.

—Mamá, déjalo ya. Yo decido mi vida. Soy mayorcita.

—¿¿Mayorcita?! Tienes diecinueve años. ¿¿Te crees que porque te hayas dejado preñar del primer capullo que se te haya metido entre las piernas eres mayor?! ¡Todo esto es culpa de Nick! ¡Siempre supe que no era buena idea que volviera a nuestras vidas! ¡Destruye todo cuánto toca!

—¡Mamá, por el amor de dios, deja de hablar así de tu hijo! ¡Maldita sea!

—¿Mi hijo? Mi hijo lo mató él y no sabes la de cosas que dice la prensa que ha hecho a...

—¡Vete! —Le grito con todas mis fuerzas y Maya vuelve a llorar. Mi madre me mira sin creerse lo que acaba de oír. Pero se lo repito señalando la puerta de la habitación y con los ojos llenos de lágrimas de rabia. —¡Fuera!

—Está bien. Me iré porque estás débil. Pero algún día te contaré cosas de tu hermanito y de ese amiguito suyo que te harán abrir los ojos, hija mía. Ese día volverá mi dulce Alice. —Dice tratando de hacerme chantaje emocional y haciendo pucheros. Pero yo solo quiero que se vaya.

En ese momento entra Sally por la puerta y respiro aliviada de no tener que estar más a solas con esta bruja. Sally me mira y mira a mi madre y creo que comprende que estamos a punto de ebullición.

—Señora Donovan. —Saluda Sally por cortesía sin siquiera mirar a mi madre. Sally tampoco piensa que mi madre sea un ángel, al parecer.

—Hola, Sally. Me alegro de verte. No te dejes preñar tú también por el cretino de mi hijo o lo lamentarás. —Suelta mi madre antes de salir de la habitación y cierra con un portazo.

Sally y yo nos quedamos atónitas ante tal descaro por parte de mi madre y aguardo unos segundos en silencio para comprobar que no sigue gritando sus

burradas por los pasillos del hospital.

—¿Te he estropeado la diversión? —Se burla Sally y en ese momento suelto el aire que contenía en los pulmones con una risa de alivio.

—Es una zorra. —Digo.

—No tanto, solo está amargada. —Sally disimula bien su antipatía por mi madre y no sé por qué lo hace. Mi madre no se merece que la defienda ahora mismo. —¿Cómo está mi bichito? —Le dice a mi Maya y la coge en sus brazos. —¡Pero si eres un osito de peluche! —Se burla Sally. —Oh, que mona...

—Son cosas de Nick, al parecer. —Digo y noto como Sally se tensa. —¿Qué te ha hecho ya? —Pregunto. Sally se niega a mirarme mientras responde.

—Tu hermano está obsesionado con poseer a toda mujer a su alcance, ya lo conoces. Y ahora, como vivo provisionalmente en su apartamento, le ha dado por mí.

—Nick te quiere, Sally. Es normal que intente recomponer lo que rompió. —Sally me dedica una mirada envenenada.

—¡Nick no sabe qué es el amor, Alice! ¡No te pongas tú también de su parte!

—Es mi hermano. —Digo encogiéndome de hombros. —Y te quiere. Lo sé.

—No como yo lo quise a él. —Dice haciéndole carantoñas a Maya y evitando así mirarme. —Yo jamás le podría haber abandonado de esa forma y sin motivos durante cuatro meses. —Asiento comprendiendo su postura.

—Quizá sí existan esos motivos. ¿Has hablado con él de ello?

—Lo he intentado. Bueno, él lo ha intentado. Pero siempre acabamos discutiendo. Me niego a creerlo esta vez, Alice, no puedo permitírmelo. —Parece cansada cuando lo dice y acaba sentándose y devolviéndome a Maya. Sus ojos pasean por la habitación. Miran a todos lados menos a mí.

—¿No lo quieres ya? —Me dolería por Nick que así fuera. Pero si ya lo ha olvidado, mi mejor amiga dejaría de sufrir por ese hombre que está hecho un lío desde hace mucho tiempo.

—No... bueno, no como antes.

—Sally, mírame. —Le cuesta mucho hacerlo, pero al final me mira. En sus ojos veo miedo y preocupación. —¿No amas a Nick?

—No quiero hacerlo. —Confiesa al fin y le tiembla el labio. —Tu hermano solo me ha convertido en una mujer dependiente y débil, exactamente

de lo que vine huyendo de San Andrés y de mi vida allí.

—Nick no es tu padre y tú no eres tu madre.

—Es complicado que entiendas lo que siento. —Dice mirando de nuevo a otro lado.

—¿Crees que no lo sé? —Sally vuelve a mirarme.

—¿Cómo has podido perdonar tú a David? Después de todo lo que te ha hecho. Después de las humillaciones, de su falta de compromiso, de todo el daño que te ha causado.

—Porque así es el amor, Sally. A veces haces daño a quién más quieres por miedo.

—¿Por miedo? ¿Miedo a qué? ¿Al amor? ¿Acaso no da más miedo perderlo que acariciarlo? Porque eso es lo que yo temía siempre, cuando Nick y yo estábamos juntos. Tanto que me sentía morir si alguna vez me dejaba. Y casi muero. ¿No recuerdas lo mucho que he llorado su abandono? ¿Cómo puede decir que me quiere si ha estado cuatro malditos meses lejos de mí sin dejarme verlo, acariciarlo, sentirlo? Sin una maldita excusa más que un supuesto comportamiento inadecuado por mi parte... Qué ironía...

—Sé que Nick se arrepiente enormemente de haberte dejado y no sabe cómo arreglarlo. Nick está acostumbrado a que las personas más valiosas de su vida se vayan y lo dejen. Y sé que se fue por eso mismo. Porque no podría soportar que tú también lo hicieras.

—¿Acaso di alguna vez muestras de querer abandonarlo?! —Sally rompe a llorar y dejo que descargue un poco su rabia. —¿Acaso no he permanecido siempre a su lado pese a todo? ¡No soy la culpable de sus mierdas, Alice! ¡Debería saberlo! ¡Así que no es justo que yo sea la que cargue con todo su pasado! —Sally llora y esconde su cabeza en sus manos. Yo me levanto de la camilla y me acerco a ella para acariciar su espalda y mostrarle mi comprensión.

—Tienes razón. Y si no quieres volver con él yo te apoyaré. Pero si me preguntas mi opinión te diré la verdad. y la verdad es que Nick te quiere. Más de lo que ha querido nunca a nadie. Por eso actúa así. —Sally levanta la vista y veo el dolor más profundo en sus ojos negros. —Pero haz lo que tú consideres oportuno. Sea lo que sea, seguro que será lo que Nick se merece. —Sally se levanta y asiente.

—Tengo que irme ya. Peter me está esperando.

—¿Peter?

—Es un... un amigo. Me lo he encontrado a la salida del curso por casualidad y se ha ofrecido a traerme al hospital y llevarnos a Maya y a mí al apartamento de Nick. Por eso he llegado más temprano.

—Un amigo... —repito. —¿Solo un amigo? —Sally se pone nerviosa. — Ya veo.

—Solo nos hemos besado una vez y el chico está muy interesado en mí.

—Pero no te lo has encontrado por casualidad, ¿no?

—No... bueno... averigué dónde doy las clases y vino a buscarme porque llevo días sin contestar sus mensajes. ¡Estoy hecha un lío, Alice! El chico me gusta y me siento cómoda con él, pero tu hermano se aparece por mi mente constantemente y no me deja avanzar con él ni con nadie.

—Quizá es porque aún lo amas.

—¡Eso ya lo sé! ¡Pero no debería ser así después de todo lo que me ha hecho!

—Bueno, al menos al fin lo admites. —Sally me vuelve a fulminar con la mirada. —Toma a mi pequeña. Nos vemos pronto, cuñada. —Le beso la mejilla y Sally toma a Maya entre sus brazos.

—Vuelve pronto. Necesito escapar de ese apartamento. —Dice con tristeza y se va con mi hija.

Está hecha un lío... No la culpo. Nick es un torbellino, una bola de demolición. Aunque no lo pretenda lo es. Es tan intenso y tan enigmático que te contamina con su intensidad. Y después de que acaba contigo, no eres capaz de reconocerte ni tú misma.

14

Sally

Peter me deja cerca del apartamento de Nick, pero no en la puerta. Soy una estúpida, pero no quiero que Nick me vea con él.

Por un lado, quiero darle una oportunidad a Peter, por otro, no quiero perder definitivamente a Nick. Sé que está casi convencido de que ya no siento nada por él y, si me viera con otro, eso le daría los motivos perfectos para olvidarse de seguir persiguiéndome y mareándome y, francamente, no sé si estoy preparada para que eso suceda. Todavía no. Aunque lo desee con todas mis fuerzas. Deseo ser capaz de pasar página y dejar a Nick en mi pasado. Sin embargo, mientras tenga que seguir compartiendo vivienda con él será complicado. Estoy hecha un lío, lo sé. No creo que nadie pueda entender mis pensamientos en estos momentos. Ni yo misma lo hago. Nada tiene sentido. Nada. Ni perdonarlo, ni olvidarlo, ni apartarlo definitivamente de mí, y mucho menos permitir otro acercamiento como el del otro día.

De lo único que estoy segura es de que me arrepiento de haberle devuelto el anillo de compromiso que me dio una vez, aunque fuera un *fake*, una farsa para mantenerme prisionera a su lado. Pero era lo único que me hacía creer que lo que una vez tuvimos Nick y yo fue real.

—Gracias por traerme. —Le digo a Peter con una sonrisa en los labios y besando su mejilla. Pero él hace un movimiento inesperado y acabo besando sus labios.

Son fríos y no tan tiernos como los gruesos labios de Nick. Y mi cuerpo trata de separarse como acto reflejo.

—Lo siento. Me apetecía mucho besarte. No quería incomodarte. —Se disculpa él. Algo a lo que no estoy nada acostumbrada.

Ni Nick ni David se disculparían nunca por algo así, más bien irían a por más. Así son los hombres de mi vida. Hasta ahora...

—No pidas perdón. —Le digo y beso de nuevo sus labios. Su lengua atrapa la mía con torpeza y maldigo su falta de experiencia en estos momentos para besar. La sensación no se parece para nada a lo que Nick me tiene acostumbrada. Así que vuelvo a separarme de él, pero esta vez más pausadamente.

—¿Quieres que te recoja mañana para llevarte al curso? —Se ofrece y yo sonrío.

—No quiero abusar de ti, Peter.

—No lo haces. Me encanta estar contigo. Por cierto, ¿cuándo vas a volver por el restaurante? He oído noticias de que vamos a abrir franquicias por más sitios. —Suspiro.

—Sí, yo no me estoy encargando de la negociación por mis problemas familiares, pero espero que Mathew esté haciendo una buena labor en ello. ¡Vamos a ser internacionales! —Digo tratando de mostrar el entusiasmo que debería sentir. Peter me sonrío.

—Es increíble. Con solo dieciocho años lo que has conseguido... Te admiro.

—En menos de dos semanas cumpliré ya diecinueve. Casi no puedo creer que lleve un año ya aquí. —Digo recordando mi vida en Dallas un año atrás, cuando apenas estaba conociendo a Nick.

—Me alegro mucho que el destino te haya traído aquí y... te haya cruzado en mi camino. —Las palabras de Peter me sorprenden. No estoy acostumbrada a palabras tan tiernas, ni a miradas tan cálidas e inocentes tampoco.

—He de irme. —Digo sin saber qué más responder. Salgo del coche y cojo a mi sobrina que duerme en su sillita en la parte trasera del coche de Peter. Él me ayuda a sacar su carrito y a montarlo. Después, antes de introducirse de nuevo en su coche, me da un rápido y tímido beso en los labios.

—Mañana te recogeré a las ocho. —Me informa y yo asiento.

—Hasta mañana. —Peter arranca y sale de mi vista con una gran sonrisa en su rostro. Yo me quedo mirando su coche desaparecer en el horizonte y suspiro. Ojalá me enamore de él. Ojalá me haga olvidar. El frío hace que reaccione y me ponga en marcha hacia el apartamento de Nick, pues hace demasiado fresco para Maya.

—¿Estás con él? —Esa voz... La oigo a mi espalda y me recorre un escalofrío por toda la columna vertebral. Me giro y efectivamente veo a Nick con cara de enterrador.

—Nick...

—¡Vaya! ¡Recuerdas al menos mi nombre! —Está enfadado. Mierda...

—Peter solo nos traía a casa. —Digo y me giro para no tener que mirarlo.

—El apartamento está a dos calles de aquí. —Dice con una voz que asusta,

situándose a mi lado y caminando junto a mí y Maya.

—Sí, quería comprar algo de camino a casa.

—Más bien no querías que te viera con él. ¡Dime la verdad, maldita sea! ¿Estás con él? —Nick me agarra del brazo con fuerza y me obliga a detenerme y a mirarlo de nuevo.

—No es asunto tuyo.

—¡Sally, no me toques los cojones, todo lo que respecta a ti es asunto mío! ¡¿Por qué cojones crees que he vuelto?! ¡He vuelto para recuperarte, maldita sea, y sabía que no me lo ibas a poner fácil, pero esto! ¡¿Qué demonios quieres de mí?!

—Primero: no has vuelto por mí, Nick, has vuelto por el nacimiento de tu sobrina y la enfermedad de tu hermana ha hecho que te quedes. Segundo: si no me hubieras abandonado no tendrías que tratar de convencerme que esta vez será diferente a todas las veces que has acabado haciéndome daño, que han sido muchas. Y tercero: no sé cómo decirte que tú y yo ya no somos nada y que no tengo que darte explicaciones de lo que hago con mi vida. —Nick me mira con rabia y parece como si expulsara humo por los orificios nasales.

—Le has besado... ¡Tú le has besado, joder! No me lo puedo creer. —Dice y comienza a pasarse las manos por el pelo. Como no sé qué más decir, reanudo el paso hacia el apartamento. El corazón me traiciona y golpea mi pecho con fuerza. —Sally, por favor. Esta vez no la cagaré... te lo suplico. —vuelve a estar a mi lado, pero me niego a mirarlo. —Sally, di algo... Estoy cambiando. Estoy... remendando todo el daño que hice. —No comprendo nada de lo que dice, y me niego a seguir escuchándolo. Así que lo ignoro y aprieto el paso en dirección al apartamento. Por desgracia, me toca compartir el minúsculo habitáculo del ascensor con él cuando llegamos al edificio. —Sally, mírame... ¡Joder, eres una cabezota testaruda del demonio! ¿De verdad tengo que olvidarte para siempre? —Aprieto los labios para seguir en silencio.

Nada de lo que diga será beneficioso para mí ahora mismo. Ya sea si le dijera que sí, que me olvide para siempre, o que no lo haga y me quiera por siempre, aunque sea de esa forma tan tóxica y venenosa que tiene de quererme.

Cuando el ascensor al fin se abre salgo con el carrito de Maya y espero a que él abra la puerta del apartamento. Tarda una eternidad. Se pasa largos segundos observándome y esperando a que diga algo que no diré. Al final suspira y maldice entre dientes mientras abre la puerta.

Al abrirla, Nick y yo nos quedamos de piedra al ver un montón de cajas y maletas por el salón y a David empaquetando cosas.

Mi hermano nos sonríe con el rostro lleno de ilusión.

— Te vas? —Pregunto asustada.

—S , ya he encontrado casa para Alice, Maya y para mí. —Nos informa. —Me han llamado del hospital. Van a darle el alta en una semana.  Por fin! Lleva más de un puto mes ese hospital y juro que estoy volvi ndome loco. — Nick y yo nos miramos con miedo.  Eso significa que mi tiempo aquí se ha agotado? —Me voy a mudar ya, chicos, para ir preparando la casa antes de que ella llegue. Tengo que dejar lista la habitación de Maya y todo lo que Alice y el bebé necesitan.  No os importa haceros cargo de mi hija una semana más mientras yo preparo todo? Por supuesto, vendr  a diario a verla y a llevarla al hospital para que Alice la vea.

—Eh, no, tranquilo. Sally y yo la cuidaremos. —Responde Nick por los dos. Yo no puedo más que asentir, con una extraña sensación oprimi ndome el pecho. Me quedo sola con Nick...

— Genial! Pues me voy ya, chicos. Tengo mucho trabajo que hacer. Nick, ayúdame a bajar las cajas y las maletas, por favor.

Nick asiente y ayuda a mi hermano a sacar todas sus pertenencias del apartamento. Mientras tanto yo acuesto a Maya, me doy una ducha y preparo algo de cenar para Nick y para mí. Cuando Nick vuelve al apartamento el silencio reina y ni siquiera nos miramos. Nick adivina que estoy haciendo empanada y decide ponerse a ayudarme mientras tanto. En silencio. En un incómodo silencio.

Veinte minutos después estamos cenando en el salón con la televisión encendida de fondo. Es raro ver a Nick así. Tan silencioso.  Qu  estar  pensando? Seguro que cree que estoy enamorada de Peter y que me ha perdido. Ojalá fuera cierto. Pero no lo es.

Terminamos de comer y Nick se recuesta en el sofá. Yo hago lo mismo, junto a él, pero sin tocarlo. Siento su calor, aunque no me atrevo a mirarlo. Pero es como si cada célula de su cuerpo me estuviera llamando y tratando de conectar conmigo.

En la tele están dando Los Juegos del Hambre, pero no puedo prestarle la más mínima atención. Me queda una semana aquí, junto a él, y mi cabeza sigue hecha un maldito lío.

Al cabo de un buen rato, me permito por unos segundos mirarlo. Est  con

la cabeza echada hacia atrás en el respaldo, mirando al techo, parece exasperado. Me mira y, a pesar de que mando órdenes a mi cerebro para dejar de mirarlo, mi cuerpo no responde y me quedo observando su bello rostro.

—Vas a acabar conmigo. —Susurra mirándome a los labios.

Yo también observo cómo se mueven los suyos y recuerdo su tacto caliente sobre los míos. La forma mágica en la que solían encajar en mi boca. La sensación de saciedad de esa sed que siempre siento de él cuando me besaba. Y, sin pensarlo mucho, me acerco a él y le beso para recordarlo mejor.

No sé qué estoy haciendo, otra vez. Solo sé que ahora mismo estoy sentada a horcajadas sobre Nick, besándolo con desesperación, aferrada a su pelo, tragándome sus gemidos y sintiendo su tacto por toda la piel de mi espalda. Se me eriza el vello de todo el cuerpo. Lo necesitaba...

—Sally... qué estás haciendo...

—Calla. —Le ordeno mientras le quito la camiseta. Nick levanta los brazos para facilitarme la tarea y después me quita él a mí el camisón que llevo puesto.

—Mierda... esas braguitas... las he echado de menos. —Dice tirando del elástico de mis braguitas de algodón con corazoncitos rojos.

—Quítate la ropa.

—Pero...

—¡No hables, Nick, quítate la ropa! —Ordeno mientras siento que la paciencia comienza a flaquear en mí.

Si lo pienso mucho, sé que me detendré a mitad de camino. Pero Nick me conoce, es listo y sabe que lo peor que puede hacer ahora mismo es distraerme. Así que me hace caso y se desnuda. Yo me levanto para facilitarle la tarea y, mientras tanto me desprendo de mis braguitas.

Me vuelvo a colocar sobre él y, aferrando su miembro, me lo introduzco hasta el fondo mientras ambos gemimos fuerte de absoluto placer.

—Dios... me vas a matar, Sally. —Susurra con voz grave en mis labios mientras me aprieta fuerte de las nalgas para introducirse todo lo posible en mí.

Echo la cabeza hacia atrás ante su increíble intromisión y me muevo en círculos sobre él. ¡Esto es la gloria!

—Joder, nunca te había sentido tan profundo. —Digo y Nick gruñe.

Apoya su cabeza en mi hombro y vuelve a apretarse contra mí. Maldice una y otra vez, pero para consuelo de mi cuerpo, no deja de moverse en mi

interior. Me levanta y se vuelve a hundir en mí, cada vez con más fuerza y más contundencia y yo estoy a punto de romperme a causa de un fuerte orgasmo.

—Quiero hacértelo así todos los días de mi vida, Sally. —Sus palabras me alientan por un lado y me entristecen por otro, porque sé que no hay un futuro para nosotros.

No puede haberlo siendo Nick como es. No es lo que yo necesito. Aunque sea lo que más quiero del mundo, del universo. Aunque Nick sea el único hombre que, como acabo de decirle, se pueda colar tan profundamente en mí en todos los sentidos.

—Fóllame Nick. —Le digo para dejarle claro que eso es lo único que estamos haciendo.

Si quiere parar lo entenderé. Pero no voy a ofrecerle más que este breve momento en mi cuerpo. No puedo darle otra vez todo para quedarme de nuevo sin nada.

Pero Nick no hace lo que le pido. Me está haciendo el amor. Lo sé por la forma en la que me mira mientras se introduce en mí. A pesar de que está siendo implacable y salvaje en sus movimientos, sus ojos me suplican amor y cariño, algo que ya no puedo darle. Bueno, puede que pueda dárselo ahora mismo, en este pequeño momento de flaqueza y debilidad en su cuerpo. Así que solo por eso, me permito mirarlo y adorarlo con los ojos como solía hacer antes. Hasta que estallo en un potente orgasmo y mis ojos se vuelven hacia atrás mientras arqueo mi espalda y Nick me da las últimas estocadas finales hasta verterse completamente en mí.

Cuando ruge mi nombre me dejo caer sobre su hombro hasta que mi respiración se normaliza. Ha sido impresionante. ¿Volveré a sentir algo así en el futuro con otro hombre?

—Te quiero, Sally. No quiero que estés con él. Te necesito. Te quiero solo para mí. —Susurra en mi oído y me tenso. Me levanto rápidamente poniendo separación entre Nick y yo. Él me mira preocupado por mi repentina distancia.

—Me voy a dormir. —Le digo mientras siento cómo sus fluidos resbalan por mis piernas.

Esa mirada me atraviesa el corazón. Así que me voy antes de que me tire a sus brazos y le diga que yo también lo quiero con todo mi ser.

En el baño lloro un poco y me limpio antes de ir a la cama. Pero no me pongo ropa esta vez. Me gusta sentir su olor en mi piel. Aprieto los ojos y me imagino que Nick está aquí, durmiendo a mi lado y que todos esos tortuosos

meses sin él nunca existieron.

De repente, la puerta de mi habitación se abre y me siento de un movimiento. Me tapo con las sábanas al verlo, completamente desnudo, acercándose a mí.

—No he terminado contigo. Si solo tengo esta noche de tregua, déjame aprovecharla como es debido. —Dice mientras se echa sobre mí, haciendo que me quede tumbada boca arriba y colocándose entre mis piernas.

No voy a negarle nada, no esta noche.

15

Nick

Sally es la única persona de esta tierra capaz de matarme y revivirme en cuestión de segundos. Sé que se me está escapando de los dedos y que no hay nada más que pueda hacer para retenerla. Ya le he suplicado perdón de todas las formas, prometido hasta lo imposible y me he entregado en cuerpo y alma a la causa de recuperarla, pero no hay nada que hacer. Sally está ya a miles de kilómetros de mí, y por dios, cómo me duele eso.

Cuando la vi con ese tipo hace unas horas, besándose como lo hacía conmigo, sentí que me desangraba por dentro. Pero ahora, por algún milagro, los planetas se han alineado y me ha permitido cumplir mis sueños por una noche. Pero el hechizo aún no ha desaparecido. Cuando he entrado en su habitación tras haber echado el polvo más salvaje y emocionante en mucho tiempo, no me ha echado a patadas, como creí que haría.

Por el contrario, Sally está recostada sobre su cama, con las piernas abiertas y con esa mirada oscura tan preciosa en llamas. Suplicando en silencio que vuelva a entrar en ella. Quiero sentirla como jamás había querido sentir a alguien. Quiero clavarme en el fondo de su alma. Y eso es lo que imagino que hago mientras me entierro en ella una y otra vez y la beso como nunca antes he besado a nadie.

Mi pequeña Sally. La mujer de mis sueños y de mis pesadillas me quiere muy en el fondo de su ser. Aunque el rencor haya superado esos bonitos sentimientos que un día creí merecer de tal fémica. No podía estar más equivocado. Ella nunca podrá ser mía. No la merezco. Mi madre tenía razón.

Solo sé dañar.

Hoy pensé que había encontrado el camino de regreso a la luz. Pero ahora soy consciente de que el daño causado ha sido mayor del imaginado. Me merezco todo el dolor que siento, sobre todo, por no haberme parado a pensar nunca en las consecuencias de mis actos.

Todavía no he conseguido subsanar más que una mísera parte de todo lo que hecho. Y, al parecer, tengo una pequeña recompensa por mi cambio de

actitud esta noche. Pequeña por lo poco que sé que durará, pero es enorme la sensación de volver a sentirla de esta forma en mis brazos.

Sally gime mi nombre una y otra vez y estoy a punto de echarme a llorar al escucharla. Sin embargo, me controlo porque no quiero arruinar este precioso momento. Ya habrá tiempo para llorarla de nuevo.

Me muero por decirle de nuevo cuantísimo la quiero, no obstante, sé que no quiere escuchar eso. Solo quiere sentir lo que solo yo puedo darle, hasta ahora. Pero no me engaño. Si no consigo llegar a Sally, tarde o temprano pasará página con otro. Moriré de verdad cuando eso suceda.

—Nick, no pares. —Me suplica apretando mis bíceps con sus uñas y sé que está a punto de llegar al orgasmo.

—Pues mírame si no quieres que lo haga. —Le reto. Ahora mismo me hará caso por una vez, porque está perdida en nuestro arrebató pasional. Sally me mira con los ojos bien abiertos y sus hermosos labios entreabiertos. —Eso es. Quiero ver cómo te corres para mí. Córrete Sally. —Mis palabras detonan la bomba a punto de explosión que tengo bajo mi cuerpo y Sally estalla en un profundo orgasmo gritando mi nombre. Yo me vacío en ella de nuevo sin dejar de mirarla.

Acto seguido me desplomo a su lado, sobre la cama. Casi no me atrevo a mirarla, porque mucho me temo que sus siguientes palabras serán “vete de aquí”. Pero finalmente lo hago y la encuentro dormida y con una enorme sonrisa en los labios. Suspiro aliviado cuando veo que se mueve hasta enroscarse en mi cuerpo y una brutal paz se apodera de mi cuerpo hasta quedar profundamente dormido.

A media noche, Maya se despierta. Yo no me atrevo a hacerlo y me hago el dormido mientras escucho como Sally le da el biberón mientras canturrea una canción de los Beatles a nuestra sobrina. Sonríó a escondidas. Después Maya vuelve a dormirse y Sally vuelve a la cama, junto a mí. ¿Será posible que hayamos avanzado? ¿Puede ser que haya conseguido que Sally se ablande conmigo? Porque no estoy loco, Sally está abrazándome de nuevo, y esta vez lo está haciendo conscientemente.

El despertador suena como una taladradora en mi sien. Hacía demasiado que no dormía tan bien como lo he hecho esta noche y no quiero despertar. Pero no es mi despertador. Es el de Sally, que tiene que ir al curso ese.

Abro mis adormilados ojos y me encuentro con sus negros luceros que me miran asustados.

—Hola. —Digo tímidamente.

—Hola. —Minutos después de observarme como si yo fuera un alienígena continúa hablando. —Tengo que ducharme. Tengo que ir a clase. —Me informa.

—Vale. —Digo sin más. Sally se levanta dejando un frío enorme junto a mí por la ausencia de su cuerpo.

Maya lloriquea en su cunita y me levanto para atenderla. Mientras Sally se ducha le preparo el biberón y la visto. Después me visto yo y preparo el desayuno para Sally y para mí. Tarda un mundo en salir del baño y estoy a punto de llamarla varias veces a la puerta para indicarle que el desayuno está listo. Finalmente, me vuelvo a la cocina y espero mientras sirvo un café para cada uno. Maya está en su carrito y le hago carantoñas para que se ría. Su risita es de las pocas cosas que ha conseguido alegrar mis días un poco últimamente. Cuando levanto la cabeza me encuentro a Sally mirándome de nuevo como si yo fuera un bicho raro.

Está preciosa. Parece más... mujer. Ahora que lo recuerdo, en una semana cumplirá los diecinueve. ¿Debería regalarle algo especial?

—Tienes el desayuno preparado. —Le informo señalando las tortitas y el café que le he dejado preparado en la mesa de la cocina. Sally se muerde el labio.

—Gracias. —Me sonrío con timidez.

—No ha sido nada. —Se acerca hasta donde yo estoy y me quedo de hielo cuando siento su beso en mi mejilla. Después se sienta a desayunar y la contemplo hacerlo como un lelo.

—Mmmm. Está muy rico. —Dice y sonrío. —¿Le has dado el biberón a Maya? —Pregunta y yo asiento. Tomo asiento frente a ella. ¿Debería hablarle de lo de anoche? Quizá podría aclararme si me ha perdonado, aunque sea un poco, o si al menos se lo está planteando. —Hoy pasaré un rato por mi ático. Tengo que limpiar un poco para... cuando vuelva. —Me dice y yo aprieto los ojos.

—Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras, Sally.

—Cuando David, Alice y Maya se hayan establecido en su nuevo hogar no tendrá ningún sentido que me quede. —Dice sin siquiera mirarme. No la presiones, Nick. Has dado un paso adelante, no des ahora ninguno hacia atrás.

—¿Quieres que te lleve al curso? A Maya le vendrá bien un paseíto y así tú no tendrás que ir en autobús. —Le ofrezco. Sally al fin me mira y después

agacha la mirada. —¿Qué pasa? —Pregunto aferrando su mano en la mía. — No es tan malo que quiera ser cortés contigo, ¿no?

—Te lo agradezco mucho, pero... no es necesario.

—No he dicho que lo sea. Solo me apetece hacerlo. Sally, no voy a reclamarte nada a cambio.

—Lo sé, pero... otro día, ¿vale? —Ahora me ofrece una sonrisa que, conociéndola como la conozco, oculta algo.

—Bueno, pero dime por qué al menos. No creí que tendríamos que estar de nuevo como el ratón y el gato después de lo de anoche...

—No, no es eso, Nick.

—Entonces, ¿por qué no me dejas hacerte ese favor? Como amigos, Sally, nada más. —Me duele hasta lo más profundo decirle “como amigos” a la única mujer que alguna vez amaré en mi vida.

—Es que... bueno... Peter viene a recogerme. Se ofreció ayer y —dejo de oír por un momento todo lo demás que dice y vuelvo a sentir esa opresión en el pecho.

Va en serio con ese tipo. Más de lo que creía. Sally continúa hablando, pero no puedo escucharla ni un segundo más. Me levanto rápidamente, tiro lo que queda de café de mi taza en el fregadero y me voy hacia mi habitación.

No me doy cuenta de que Sally me sigue hasta que estoy llorando como un estúpido contra la puerta de mi habitación y escucho como ella aporrea la puerta.

—Abre, Nick. —Me pide y sigo sin querer oírla. Me dejo caer hasta el suelo y me abrazo las piernas. —Nick, por favor, abre. Oye, yo... Peter es solo un amigo. —Dice y pretende que la crea, cuando la vi besar a ese tipo por voluntad propia. —Oye, no hagas esto. No puedo irme y dejarte así, con Maya. —Le preocupa Maya, no el agujero que acaba de abrirme en el pecho.

De repente dejo de escucharla y sé que pretenderá entrar a mi habitación por el baño, así que me levanto y echo el pestillo de la puerta que conduce al baño rápidamente. Segundos después veo como el pomo se mueve y Sally vuelve a aporrear la puerta, esta vez la que conecta el baño con mi habitación.

—¡Vete de una vez! ¡Deja de acosarme! —Le grito envenenado. —Vas a llegar tarde y el tipo ese te estará esperando.

—Nick, oye... no me hagas esto... yo...

—Vete Sally. Estoy bien. Pero no quiero verte ahora mismo. Solo quiero que te vayas y ya me ocuparé de Maya, puedes estar tranquila.

—Por favor, abre...

—Vete. —Vuelvo a repetirle casi sin voz.

Paso varios minutos mirando la puerta como un gilipollas hasta que el llanto de Maya me indica que Sally ya se ha ido y tengo que atender a mi sobrina. Dejo caer todas las lágrimas que he contenido durante minutos inútilmente y decido llamar a David para que venga y me haga un poco de compañía. Pero, como no coge el puto teléfono, acabo llamando a Christina, mi manager, y le pido que venga a mi apartamento para hablar de ciertos asuntos económicos con ella. No me apetece una mierda hablar de eso, pero cualquier cosa será mejor que regodearme en mi tormento amoroso.

Christina llega a mi apartamento una hora después, cuando ya estoy a punto de un ataque de nervios y no lo hace sola. Madison, su sobrina, está con ella y me pone ojitos en cuanto me ve.

Hablamos de mis exposiciones que, al parecer van mejor de lo que esperábamos. Se han vendido más cuadros de lo que estimábamos y al parecer, mi cuenta bancaria no deja de subir y subir. Soy un puto genio para la sociedad. Para los que no me conocen de verdad.

Christina me comenta también que ha leído las entrevistas que dos de mis antiguas conquistas han hecho sobre mí, narrando cómo solía seducirlas para sacarles todo el dinero que podía, cuando me dedicaba a eso; a estafar sentimentalmente a mujeres ricas. De hecho las ha traído consigo para mi más profunda vergüenza.

Mi manager está preocupada por cómo afectará eso a mi reputación cuando salga a la luz, porque tarde o temprano se extenderá la noticia, sino salen incluso más declaraciones de ese tipo sobre mí.

Agacho la cabeza y le explico a Christina y a Madison lo avergonzado que estoy de lo que hice en el pasado y les comento mi plan para enmendar mis errores. No espero que me perdonen todas esas mujeres, pero sí que al menos dejen de odiarme. O por lo menos, pueda dejar de hacerlo yo conmigo mismo.

Christina piensa que mi plan es bueno y Madison no deja de decir que no soy un mal hombre, que solo he estado equivocado mucho tiempo. Me gusta oírla hablar de mí así, por eso no silencio su estúpida teoría de que soy un buen hombre e incluso le animo a que siga diciéndome cosas así. Lo necesito. Necesito escuchar por una puta vez algo bueno de mí. Aunque sea de la persona equivocada.

16

Sally

Nick lleva tres días ignorándome. Sé que está enfadado porque cree que tengo algo con Peter, a quien no he vuelto a ver desde que aquella mañana, después de acostarme con Nick, me fuera con él hacia el curso.

No quiero seguir dándole esperanzas a Peter si no voy a poder darle lo que él desea que le dé. No puedo olvidar a Nick y aún no estoy preparada para estar con alguien que no sea él.

Pero no quiero decirle a Nick que le he dicho a Peter que no estoy preparada para ver a un hombre aún. Peter no sabe que Nick es mi ex, pero sí sabe de la existencia de un ex que me ha dejado más que tocada.

Y, como Nick me ignora, y a pesar de que vivimos juntos a penas nos cruzamos por su apartamento, aprovecho el tiempo para analizar la propuesta de negocio que nos han ofrecido a Mathew y a mí para hacer de nuestro negocio franquicias. Las propuestas más interesantes son las de un empresario de Roma, otro de Nueva York y dos de París.

Roma... siempre me atrajo la idea de ir a ese remoto lugar. La cocina, la cultura, el clima, la gente... me han hablado tantas maravillas de allí que me despertaron las ganas de ir a visitarla.

Nick se pasa el tiempo en su estudio, creo que pintando. Por eso, cuando lo veo salir recién duchado y arreglado de su habitación me sorprende.

—¿Vas a salir? —La pregunta sale de mis labios antes de que pueda pensarla.

—Sí, tengo varios asuntos de los que ocuparme. —Responde deteniéndose antes de llegar a la puerta, como si mi pregunta le hubiera cogido por sorpresa, como a mí.

—Ah... ¿vas a cenar fuera? —Pregunto curiosa.

—¿Tú no? —Esta vez se gira para mirarme.

—Eh, no, yo no.

—Vaya, espero que el tal Peter no te haya plantado. —Dice como si le diera igual. Lo miro con la cabeza alta, para demostrarle que no puede

dañarme.

—Le he plantado yo. —Nick abre los ojos y parece que quiere decir algo, pero cierra la vuelta y se gira hacia la puerta otra vez. —¿Qué ibas a decir? Adelante, dime que soy una arpía o algo así.

—No, no iba a decir eso. —Responde sin mirarme todavía.

—¿Vas a estar enfadado conmigo eternamente? —Al fin consigo que vuelva a mirarme y parece más que sorprendido por mi pregunta.

—Si no recuerdo mal, aquí el maldito soy yo. El que no merece el perdón de ningún tipo soy yo, no tú. Tú me has dejado muy claro que por más que quiera saber de ti y entrar de nuevo en tu vida no puedo hacerlo. Ahora, si me disculpas, tengo una vida que arreglar. —Abre la puerta de casa y yo me pongo en pie de un salto.

—¿Has quedado con una mujer? —Me tapo la boca con la mano cuando me doy cuenta la estupidez que estoy diciendo.

—No, Sally. Bueno, sí, pero no para lo que tú crees. —Dice y se va.

¿No para lo que yo creo? ¡Y para qué otra cosa iba a querer quedar Nicholas Donovan con una mujer! Mierda... ¿cómo puede hacerme esto ahora cuando había decidido que podía darle una oportunidad tras nuestro acercamiento del otro día? Pero claro, él no sabe eso. No llegué a decírselo y está claro que cuando supo que al día siguiente había quedado con Peter se imaginó totalmente lo contrario.

Me paseo por el apartamento nerviosa. No hago más que imaginarlo en brazos de otra mujer. ¿Con quién estará? ¿Habré conseguido al fin alejarlo de mí? Oh, dios... lo he hecho. Lo he alejado de mí. Lo he visto en sus ojos. Ni siquiera ha intentado continuar la conversación que yo había iniciado. No me ha implorado que lo perdone, que vuelva a creer en él. Y, ahora mismo me maldigo por no haberlo hecho cualquiera de las muchas veces que me ha rogado que lo perdone.

Una hora después, David viene a ver a Maya y le pregunto por si sabe algo de Nick, pero dice que no, aunque no sé si creerlo.

—Deberías dejar de marear a Nick, Sally. ¿Qué pasa? ¿Hoy lo echas de menos, pero mañana volverás a darle la patada? —Me dice el muy estúpido.

—¡Calla! ¡No tienes ni idea! —Me defiende.

—No eres la única que tiene una relación complicada, Sally, pero no puedes tensar tanto la cuerda. Nick no es ningún demonio. Solo es una persona con muchos problemas emocionales. Como yo. Y si yo he cambiado él también

puede. Sé lo mucho que te quiere y...

—¡Se ha ido con otra esta noche! —Ladro. —¡Así que no se te ocurra decirme lo mucho que me quiere!

—Tarde o temprano uno de los dos se cansará de este tira y afloja que mantenéis, Sally. Así que no lo culpes si quiere olvidarte tras todas las veces que le has dicho que no sientes ya nada por él. —Las palabras de mi hermano son como dardos envenenados y, si no fuera porque lleva a Maya en brazos, le golpearía con todas mis fuerzas.

—Vete, déjame sola. —Le pido herida.

—Ok, me iré. Pero me llevaré a Maya esta noche conmigo a la nueva casa. No creo que estés en situación de ocuparte de ella.

—¡Bueno, pues es tu hija! ¡Haz lo que quieras!

—Intenta relajarte, pequeña. Tanto rencor te está amargando el carácter. — Mi hermano me da un beso en la frente y se va.

De modo que, de un momento a otro, estoy completamente sola en el apartamento de Nick. Dando vueltas de un lugar a otro intentando buscar una solución a este enredo.

Por algún motivo, decido ir a su estudio y mirar qué está pintando últimamente, por si puedo ver, aunque sea en esos cuadros, el rostro de esa mujer que ahora mismo está saboreando los besos de Nick, pero está cerrada con llave.

De modo que continúo paseando como una estúpida por el salón, la cocina, mi habitación... intentando inútilmente pensar con claridad.

A mi mente acuden multitud de imágenes de nosotros juntos, en especial aquella escena tan impropia de mí en el “Club Pecado” que tanto me hizo disfrutar. ¿Estará allí con otra mujer? Seguro, si dice que no es lo que yo creo es porque no es una cita al uso.

¡No voy a quedarme aquí sola y encerrada sin averiguarlo!

Me ducho y me visto en menos de media hora. Ni siquiera he intentado hacer algo con mi larguísima melena negra, ni me he esmerado demasiado en mi maquillaje. No tengo tiempo que perder. Voy a ir a ese maldito club y, si lo veo allí con otra, entonces sí, Nick se habrá acabado para mí para siempre.

Por mucho que quiera a Maya y a mi hermano, se las tendrán que arreglar sin mí. Porque lo mataré y después tendré que huir del país.

Cuando salgo a la calle, el taxi que he llamado ya está esperándome. Le doy la dirección y me mira con recelo a través del espejo retrovisor. Yo le

devuelvo una mirada encolerizada y al fin aparta la mirada de mí.

El frío de esta noche me llega a los huesos. El “Club Pecado” hoy no me parece un lugar tan maravilloso como lo recordaba, pero aun así me cuadro los hombros y entro con la cabeza alta. El portero parece que me recuerda por el modo en que me saluda. Eso significa que si es amigo de Nick no tengo mucho tiempo hasta que le informe de que estoy aquí. Así que en cuanto entro, comienzo a barrer con la vista toda la pista de baile. No hay ni rastro de Nick y tengo que hacer un gran esfuerzo por quitarme algunos babosos de encima.

Abro las puertas que dan acceso a todas las salas del lugar y sigo sin verlo. ¿Habré llegado demasiado pronto? Es posible. Esperaré unos minutos más aquí y me tomaré una copa. Nada más. Si en ese transcurso de tiempo Nick no llega me iré.

Me dirijo a la barra a pedir algo fuerte. Una bomba estaría bien. Algo que me dé fuerzas.

—Hola. —Una voz masculina capta mi atención. Al girarme veo a un chico muy mono con una sonrisa muy cautivadora. —¿Estás sola?

—Estoy esperando a alguien. —Le informo para que no intente nada conmigo. A nuestro alrededor varias parejas están haciendo ya de las suyas en la pista de baile y me siento de lo más incómoda.

—Vale. ¿Puedo invitarte a una copa? —Bueno, no es tan mala idea, ¿no? —Al menos puedo hacerte compañía mientras esperas.

—Está bien. —Le digo. Si Nick aparece con otra estará bien que no me vea sola aquí como una loca obsesa.

El chico, que se llama Tom, me pide una copa mientras yo reviso mi móvil, por si Nick me ha escrito o algo. A lo mejor ya ha llegado a casa y yo estoy haciendo la tonta aquí.

—Aquí tienes. —Me tiende la copa y doy un largo trago de ella tras darle las gracias. —Eres una preciosidad. —Su afirmación me coge por sorpresa y casi me atraganto.

—Gracias. —Contesto con timidez.

—¿Tienes novio?

—Sí, es a é a quien espero. —Miento. Ojalá fuera verdad. Ojalá no se lo hubiera puesto tan difícil a Nick. Ojalá mi cabeza me dejara continuar con nuestra compleja relación en paz.

—Un hombre afortunado. —Su piel es casi tan oscura como sus ojos. Pero, de repente, parece que sus ojos se aclaran hasta ser de un azul verdoso que me

resulta muy familiar. ¿Qué me pasa? Sacudo la cabeza y sigo bebiendo. —Me gustaría bailar contigo un rato. —Me dice al oído y doy un paso atrás.

—Ya te he dicho que espero a alguien. —Comienzo a buscar de nuevo por toda la pista a Nick, pero las luces comienzan a ser cegadoras y todo está borroso. Oh, mierda, ¿ya estoy borracha? Si apenas he terminado mi primera copa. Un momento...

—¿Estás bien? —Me pregunta esa voz... Esa voz...

—¿Nick? Has venido...

—Sí, nena, estoy aquí. Bésame. —Nick me besa, pero su beso no sabe igual. Y, al abrir los ojos, unos ojos oscuros que no son los de Nick son los que me miran. Me aparto de golpe.

—¿Qué me pasa? Me siento mal, todo me da vueltas.

—Vamos a una habitación. Necesitas descansar. —Mi cabeza no puede pensar y estoy a punto de decirle que sí cuando algo en mi cerebro hace saltar las alarmas.

—¡No!

Grito y salgo corriendo hacia la puerta de salida. Al salir, me encuentro con el mastodonte encargado de controlar quién entra y sale y me mira raro. Creo. Yo solo veo un manchurrón oscuro y borroso.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No... llama a Nick... —consigo decir tendiéndole mi teléfono antes de caerme en redondo al suelo.

—No te preocupes, está conmigo. Solo está un poco borracha. Yo me encargo de ella. —Escucho la voz del cabrón que me ha drogado sin poder hacer nada por contradecirle o defenderme.

Mi cabeza es un caos. La fuerte música atormenta mis sentidos y noto como unas manos me desnudan y me recuestan sobre una superficie fría y dura. Intento mandar órdenes a mi cuerpo para que se resista, pero es inútil.

—Sally...

Otra vez estoy alucinando y escucho su voz. La voz de Nick. Tengo ganas de llorar y creo que unas lágrimas se desbordan de mis ojos que no pueden abrirse. Debería haberlo esperado en casa... debería haberle impedido que se fuera...

—¡Sally, por lo que más quieras, abre los ojos! —Otra vez su voz. Alguien me agarra de la cabeza y me la agita. —Sally, nena, por favor. Mírame, mírame. —Una corriente de agua fría me azota y consigue hacerme reaccionar.

Abro los ojos súbitamente y me encuentro con el rostro de Nick sobre mí, pero sé que no es él y trato de alejarlo con todas mis fuerzas.

—¡Déjame! ¡No me toques! ¡No quiero hacer nada contigo!

—¡Lo sé, lo sé! ¡Joder, créeme que lo sé! Solo quiero ayudarte, Sally. Mírame.

—¡No eres Nick! ¡Quiero que venga Nick! —Imploro entre lágrimas. Pero el gesto de sorpresa que veo en sus preciosos ojos me hace pensar que puede que sea él.

—Soy yo, Sally. Soy Nick. —El agua no deja de caer sobre mí y cuando al fin puedo ver lo que sucede a mi alrededor me doy cuenta de que estoy a salvo. Pero, no sé qué ha pasado antes de que despertara. Estoy en un baño, en una bañera que no conozco. En ropa interior. —Dime que estás bien, por lo que más quieras.

—¿Qué ha pasado? —Intento incorporarme y Nick al fin cierra el grifo del agua fría.

—Te han drogado. Sally, no quiero sonar agresivo, pero, ¿qué cojones haces aquí?

—¿Aquí? —Pregunto confusa y me pongo en pie en la bañera con la ayuda de Nick. Al hacerlo, veo al portero del “Club Pecado” tendiéndome una toalla y me tapo rápidamente con ella, avergonzada.

—Ya está mejor, Marcus. Puedes irte al trabajo. Gracias por avisarme. — Le dice Nick. El mastodonte asiente y se va.

—¿Dónde estamos? —Pregunto confusa.

—Es el baño de la zona de los trabajadores del “Club Pecado”. —Nick me mira de arriba abajo y sé que decepcionado. —Me gustaría que me dijeras qué narices hacías aquí, Sally. Sé que me odias y todo eso, pero esta no eres tú. Si quieres que me aleje de ti definitivamente lo haré, pero deja de hacerte esto. —Me dice con tristeza.

—Vine a buscarte. —Susurro con miedo a su reacción.

—¿A buscarte? No comprendo...

—Pensé que te habrías traído aquí a tu cita de hoy. —Confieso avergonzada mientras salgo de la bañera y me siento sobre el váter. Mis piernas se tambalean demasiado para mantenerme mucho rato en pie.

—¿De verdad me ves así? ¿Eso crees que estaba haciendo? —Suena herido. Nick se arrodilla frente a mí para que nuestros ojos se encuentren, pero me niega a mirarlo. No mientras no sepa cómo defender mi desastrosa

actuación de esta noche. —Sally, mírame. —Lo hago contra mi voluntad. — Casi te violan. Estabas inconsciente. Menos mal que Marcus se dio cuenta de que algo iba mal, echó a ese tipo y me llamó o no sé qué habría sucedido.

—Lo siento...

—No, yo soy quien lo siente. Si esto es lo que estoy consiguiendo con quererte, francamente, creo que tienes razón y debo alejarme de ti de una vez por todas. —Trago saliva.

—No...

—Es lo que quieres, ¿no?

—Ha sido una estupidez, solo eso. —Digo y vuelvo a agachar la cabeza. Pero Nick tira de mi barbilla para que lo mire de nuevo.

—Esta no es la vida que te mereces, Sally.

—Estoy bien, ya se me ha pasado el efecto de la droga. Ha sido mi culpa.

—Y, ¿para qué querías buscarme?

—Para matarte. —Confieso enfadada al recordar que Nick ha venido por mí, pero estaba con otra. Sin embargo, Nick se ríe con ganas ante mi comentario.

—¿Puedo saber por qué?

—Quiero irme a casa. —Digo sin más. Nick suspira y asiente.

—Quédate en mi apartamento, por unos días más no pasará nada. Prometo no abusar de ti. —Me dice con una sonrisa preciosa a la que respondo. — Pero, me gustaría tenerte controlada esta noche.

—Me refería ir a tu apartamento, Nick. —Sus ojos se alegran de mi confesión.

—¡Pues vamos! Déjame ayudarte a vestirte. —Nick recoge mi vestido del suelo y me ayuda a ponérmelo. Después salimos del baño y la música del club comienza a retumbar en mi cabeza. Me tapo las orejas con las manos y aprieto los ojos con fuerza. —¿Estás bien? —Sacudo la cabeza en una contundente negativa. —Ven, yo te llevo, saldremos más rápido. —Nick me levanta del suelo entre sus brazos y yo me abrazo a su cuello y hundo mi nariz en su cuello. Mientras salimos del club no dejo de pensar, ¿qué habrá hecho Nick con su cita de esta noche?

Nick me deposita en el asiento del copiloto de su coche y arranca. Yo lo miro y lo observo detenidamente mientras conduce y sé que él lo siente, pero no dice nada.

—Tú estabas aquí, ¿verdad? Por eso me encontraste. —Levanta una ceja

ante mi afirmación.

—No, Sally, ya te he dicho que Marcus me llamó para que viniera a por ti. Yo estaba en otro sitio.

—¿Dónde? ¿Con quién?

—Eh... hablaremos de ello cuando te sientas mejor, ¿vale?

—¿Vas a alejarte de mí? —Al fin Nick me mira, aunque por un breve instante, pues tiene que concentrarse en la carretera.

—¿No quieres que lo haga? Es lo que llevas pidiéndome durante casi dos meses.

—No lo sé. —Confieso. —A veces quiero olvidarte, a veces perdonarte. No tengo nada claro, Nick.

—Pues esperaré a que lo tengas claro, Sally. No voy a presionarte más. Cuando supe que te estabas viendo con el... con Peter, después de haberme hecho ilusiones tras pasar la noche contigo, supe que tenía que retirarme y dejarte actuar con libertad, porque quiero que estés segura de lo que haces y es lo que he hecho.

—¿Te gusta otra? —Nick vuelve a mirarme espantado ante mi pregunta. Abre la boca para responder y luego cierra la boca, dejándome más que intrigada. —Dímelo.

—No, pero si no vuelvo a recuperarte, tendré que asimilarlo, Sally. Tendré que seguir con mi vida, como estás haciendo tú.

—¡Yo no he vuelto a verme con Peter! —Me defiendo.

—Y yo ya te he dicho que lo de hoy no era una cita.

—Pues no te creo.

—Ya lo sé, pero no puedo hacer nada para que lo hagas. —Al fin llegamos a casa y aparca el coche. Nick me mira y suspira. —Te quiero, Sally, pero estoy empezando a comprender al fin que te he perdido para siempre. — Cuando estoy a punto de decirle que eso no es así, Nick continúa hablando y cierro la boca antes de decir cosas que luego me arrepienta de decir. Quizá la droga me está poniendo más bocona que de costumbre. —Dime por favor que te acuerdas de cómo era el tipo ese de esta noche y mañana mismo iremos a poner una denuncia por intento de violación.

—No me acuerdo Nick. —Digo la verdad. La verdad es que mi cabeza ha borrado todo lo sucedido desde que entré en el “Club Pecado”

—Maldita sea... hablaré con Marcus para que me enseñe las grabaciones de las cámaras de seguridad. —Asiento y abro la puerta del coche para salir.

Casi me doy de bruces contra el suelo, pero Nick aparece a mi lado rápidamente y me vuelve a coger en brazos.

En el ascensor, la tensión crece entre los dos, aunque ninguno nos atrevemos a dar el primer paso de acercarnos. Nick está tan diferente, que me da miedo a creerlo y que esto sea de nuevo una farsa y pronto vuelva otra vez a las andadas y me la juegue.

—Gracias por todo. —Le digo cuando al fin me baja al suelo para poder abrir la puerta.

—No tienes por qué darlas. Vete a la cama. Prepararé algo medio comestible para que cenes y te lo llevo. —Arrastro mis pies hasta mi habitación y me desvisto, observando los cuadros que penden de las paredes, sobre todos aquellos en los que la protagonista soy yo a manos del propio Nick. Echo de menos aquellos días. —Ejem. —Su voz suena y me giro para verlo. Está en la puerta de la habitación, con una bandeja en la mano. —Ponte algo, por favor. —Me pide nervioso y me doy cuenta de que estoy completamente desnuda.

No me preocupa, pero tampoco me apetece torturarlo. No sé cuánto tiempo me he quedado de pie mirando los cuadros, pero parece que lo suficiente para que a Nick le haya dado tiempo a hacerme un caldo y una tortilla. Me meto en la cama y me tapo con las sábanas y Nick me pone la bandeja sobre las piernas.

—Gracias, otra vez. —Estoy realmente conmovida con su nueva actitud.

—No hay de qué. No es empanada Sally, pero espero que te siente bien. — Me da un beso en la frente y se incorpora.

—¿Tú has cenado ya? —Nick me dice que sí con la cabeza y me mira con precaución, como si estuviera esperando a ver mi reacción al comprender que ha cenado con la otra. —Ah... ¿quieres quedarte?

—¿Quieres que me quede?

—Si te lo digo será por algo. Deja de preguntarme constantemente, Nick. Haces que dude de todo lo que digo.

—Bueno, es que últimamente no te entiendo nada. No quiero pelear más contigo, Sally.

—Quiero que te quedes, ¿contento? —Nick sonrío y se sienta en la cama, junto a mí. Me observa comer en silencio, parece tenso.

—¿Quieres ver una película? —Pregunta y yo me encojo de hombros.

—Vale, elígela tú. —Nick coge el mando a distancia de la pequeña

televisión que hay en mi habitación y de la que nunca hago uso, porque prefiero mil veces su enorme televisión del salón.

Comienza a pasar canales uno a uno, hasta que se decanta por dejar una película, “El ilusionista”. La he visto varias veces, pero no me canso de verla nunca. Cuando termino de comer, dejo la bandeja en el suelo y me recuesto junto a él apoyando mi cabeza en su hombro.

—¿Tienes sueño? —Gruño y me pongo cada vez más cómoda a su lado. — Te vas a quedar sopa antes del final...

—Ya la he visto. —Digo con los ojos cerrados. —Pero quédate y termina de verla tú. Te gustará.

—Vale, ¿te importa que me quede en calzoncillos? Estos pantalones se me están clavando por todos lados.

—No, haz lo que quieras. —Digo casi dormida.

—No me lo digas dos veces. —Sonrío y parpadeo un poco para ver el espectáculo de Nick desvistiéndose. —¿Qué miras, mirona?

—Estás muy bueno. —Le provoco porque sé que no me acosará. Estoy destrozada por el efecto de la maldita droga que me han dado.

—¡Hazme el favor de estarte calladita! —Vuelve a recostarse junto a mí, esta vez visiblemente más cómodo con mi cercanía, y yo me enrosco a él. —Será mejor que mañana no vayas a clase y descansas. Hablaré con David para que se haga cargo de Maya. Le diré que estás enferma.

—Mañana termina el curso. Pasado mañana dan los títulos. —Balbuceo.

—No creo que en un día cambie tu puntuación, Sally.

—Está bien. Pero déjame dormir de una vez.

Nick

Déjame dormir, dice... y se queda dormida en cuestión de segundos, abrazada a mí, como solía hacer cuando era mi chica, el centro de mi universo. Bueno, esto último no ha dejado de serlo nunca.

Yo no puedo pegar ojo prácticamente en toda la noche. La paso observándola dormir. Es tan preciosa que no puedo creer la suerte que tuve de que fuera mía durante ocho meses y me odio por no haberlo valorado en su momento. Hasta accedió a casarse conmigo... aunque no quisiera hacerlo de un día para otro. Quizá debería haber sido menos impulsivo y cobarde y haber valorado que realmente necesitaba ese tiempo. Yo estoy a punto de cumplir veintiséis años, pero ella apenas va a cumplir diecinueve. ¡Joder, es mañana! Mañana es su cumpleaños y no puedo creer que haya pasado ya un año desde que celebrásemos juntos su decimoctavo cumpleaños en el “Club Sixties”. Por aquel entonces ninguno de los dos podríamos imaginarnos todo lo que la vida nos depararía un año después. Espero que mi sorpresa le guste y ayude a ablandarla un poco más conmigo.

Cierro los ojos e intento dormir, pero una molesta luz y una vibración me hace abrir los ojos de nuevo. Es el móvil de Sally. Alguien le está escribiendo insistentemente a las tantas de la madrugada y no puedo evitar que la curiosidad me supere. ¿Quién cojones le escribe a estas horas?

Desenredo con cuidado sus brazos y sus piernas de mi cuerpo y me levanto con sigilo para coger su teléfono que está sobre su mesita de noche. Gracias al cielo Sally está tan derrotada que sigue profundamente dormida.

Tomo su teléfono y cojo la mano de Sally para introducir con cuidado su huella dactilar en el dispositivo para desbloquearlo. Lo hace al primer intento.

Cuando veo en la pantalla el nombre de Peter me quedo planchado. Sé que si Sally descubre que he espiado sus conversaciones me matará. Pero necesito saber si lo que ella ha dicho con respecto a que ha dejado de ver a Peter es verdad o no. Así que vuelvo a actuar con la impulsividad que me caracteriza y entro sin pensarlo mucho en su conversación.

“Sally, sé que estarás dormida, pero no puedo dejar de pensar en tus besos.” Escribe ese capullo y siento la bilis subir por mi garganta, abrasando mi pecho en su ascenso. **“Fuiste tú quien me buscó y, francamente, lamento haber actuado tan fríamente como lo hice. Me asusté. Eras la mujer más inalcanzable que he conocido en mi vida y no esperaba nunca que aquello sucedería.”** Inalcanzable... si ese tipo supiera... Por una vez tengo que darle la razón. **“¡Eh, estás despierta!”** Mierda. **“Sally, oye, solo quiero que sepas que entiendo que estás tratando de olvidar a ese tipo que te hizo tanto daño y respetaré tus tiempos. Pero no me echas a un lado.”** ¿Olvidarme? Jamás permitiré que eso suceda. Aprieto los ojos y vuelvo a bloquear el puto teléfono. No quiero ver nada más. No quiero saber cómo ella se ha tirado a los brazos de otro, ni cómo intenta olvidarme. Pero el teléfono de Sally comienza a sonar y me apresuro a colgar la llamada. ¡¿Qué le pasa a este imbécil?! ¡¿Por qué se arrastra tanto por una mujer que jamás podrá ser suya?! Vuelve a llamar y hago lo más estúpido que podría hacer mientras salgo de la habitación de Sally con su teléfono en las manos.

—¡Deja de llamarla de una puta vez, imbécil! —Le grito a media voz para no despertar a Sally.

—¿Quién... eres tú?

—¡Nick, su único y verdadero amor! ¡Déjala en paz de una maldita vez y para de intentar arrebatarme a mi chica, joder!

—¿Nick? ¿El hermano de Alice? ¿El mismo Nick con el que está viviendo?

—¡Ese mismo!

—No sabía que tú eras su ex... ¿Ha vuelto contigo? No me lo creo. Sally no es tan tonta.

—¡¿Y TÚ QUÉ COJONES SABES SOBRE LO NUESTRO?! ¡Métete en tus putos asuntos!

—Sé que le has destrozado. Que no quiere que ningún hombre se le

acerque porque no se fía de ninguno por tu culpa. ¡Tú eres quién debería dejarla en paz y si de verdad la quisieras lo harías!

—¡Pues olvídale! ¡Jamás dejaré que Sally me olvide! ¡Jamás me cruzaré de brazos mientras otro intenta arrebatarme lo único que me ha hecho feliz en la vida! ¡¿Me oyes?!

—¿Qué pasa? —La voz de Sally me saca de mi arretrato de ira, tornándolo en un miedo intenso al verla, cubierta por las sábanas de su cama, mirándome con esa carita cubierta de preocupación.

—Nada, vete a la cama. —Digo finalizando la llamada y escondiendo su móvil en mi espalda. Pero el puto teléfono vuelve a sonar y aprieto los ojos.

—¿Es mi teléfono? ¿Quién es? —Dice acercándose a mí. Le miro asustado. No le mientas o la apartarás más todavía.

—Solo quería que no te despertara. —Le digo tendiéndole el teléfono que no deja de sonar con ese estúpido nombre en la pantalla.

—Peter... ¿qué quiere? —Me pregunta confundida.

—A ti. —Me encojo de hombros y agacho la mirada. Sally no contesta la dichosa llamada y hace que vuelva a mirarla. Me mira de una forma que no sé muy bien qué significa.

—¿Qué le has dicho?

—Que no pienso rendirme contigo.

—Pero... antes dijiste que era lo mejor...

—No sé por qué dije eso. No puedo, simplemente no puedo vivir sin ti. Así que, aunque no merezca tenerte, pienso luchar por recuperarte, Sally. — Ella suspira y coge el teléfono, que vuelve a sonar en mi mano.

—Déjame hablar con él, por favor. —Finalmente contesta y yo no puedo irme demasiado lejos. Me voy hacia el salón y me siento en el sofá, hundiendo la cabeza en mis manos. Sally permanece en el pasillo, muy cerca, y puedo oírla hablando con ese tipo. —Hola, Peter. Sí, estoy con Nick, estoy viviendo con él mientras Alice se recupera, ya lo sabes. No, no te dije que Nick era mi ex porque quería evitar más enredos. Lo sé, sé que yo empecé esto, pero ya te lo dije el otro día. No estoy preparada para ir tan rápido. —¿Tan rápido? ¿Qué es lo que ha intentado hacerle el baboso ese? —Sí, claro que quiero seguir viéndote. Sí, el viernes iré a cenar contigo por mi cumpleaños. —Mierda. Mierda. Mierda. —No, Nick y yo no hemos vuelto, pero... es complicado. — Pero, ha dicho pero. Puede que haya una jodida esperanza para mí. —Vale, hablaremos de esto en persona. Gracias por preocuparte tanto de mí. —

¿Gracias por preocuparte? ¡Que se vaya a la mierda! Sally termina de hablar con ese imbécil y viene hacia el salón. Sé que está de pie frente a mí, pero me niego a mirarla. Sé lo que viene ahora y me va a putear de lo lindo por haber contestado su teléfono. —Siento que te haya despertado, Peter a veces es muy insistente. —Dice y alzo la vista sorprendido ante su comentario. ¿Se está disculpando? ¿No me está gritando e insultándome como una loca? —¿Vuelves a la cama conmigo? —Pregunta tendiéndome la mano. Observo su mano completamente extrañado. No entiendo nada.

—¿No vas a golpearme o insultarme?

—No, me has salvado la vida esta noche, así que dejaré pasar esta nueva estupidez por tu parte. —Contesta con una sonrisa en los labios. Tomo su mano y me pongo en pie. —Pero deja de apartar de mi lado a las únicas personas a las que le importo, Nick.

—No he hecho eso. Ese tipo ni te conoce. No sabe cómo hacerte sentir como yo sé hacerlo. No sabe lo que has vivido. No entiende por lo que has pasado.

—Puede que tengas razón. Peter no lo sabe. Pero Andrew sabía todo eso y lo apartaste de mí.

—¡Sally, quería follarse a mi novia!

—Pero ya no soy tu novia, Nick. Te fuiste. Hiciste todo eso para... yo que sé, protegerme de ti o algo así. Para no hacerme daño con tu presencia. Pero luego vuelves y haces todo lo contrario. Me prometes amor eterno por enésima vez y me dices que estaré mejor contigo que sin ti. Luego cambias de opinión y me dices que me hace mal estar contigo. Nick, vas a volverme loca, ¿no lo ves? —Asiento y suspiro profundamente. —Ven, vamos a la cama. Estoy muy cansada, no tengo fuerzas para discutir ni para nada que no sea dormir. —Sally tira de mi mano y me guía de nuevo hacia el interior de su habitación. ¿Qué es lo que busca de mí con esto?

Necesito hablar con ella y que me diga de una vez qué es lo que de verdad siente por mí. Esto de ahora te quiero y ahora no también me tiene de lo más confundido. Y, sobre todo, necesito contarle mis porqués. Ella debe saber qué hice antes de tomar cualquier decisión sobre lo nuestro. Si es que realmente se lo está planteando.

—¿Estás dormida? —Le pregunto ya en la cama. Sally tiene su cabeza apoyada sobre mi pecho y seguro que puede oír el galope de mi corazón.

—Mmmm. —Contesta.

—Quiero contarte todo, Sally. Tengo mucho miedo, pero estás más pacífica que nunca y necesito aprovecharlo.

—Mmmmmñana.

—¿Por qué no ahora? Solo será un momento y después de dejo que duermas plácidamente. —Sally abre un ojo y me mira con el ceño fruncido.

—Estoy agotada, Nick. Seguro que puede esperar a mañana.

—Está bien. ¿Sally?

—Mmmmm

—Prométeme que no me odiarás más de lo que ya lo haces.

—Mmmmm.

—En serio, necesito que comprendas que lo que hice antes de conocerte lo hice siendo una persona completamente diferente de la que soy ahora. Vivía jodido por la muerte de Mike y de mi padre, me culpaba de ambos. También me culpé de que mi madre no supiera quererme ni entenderme. Nunca pensé en las consecuencias del futuro, porque, simplemente, nunca pensé que tendría un futuro. Lo único que deseaba es que la vida acabase pronto y pudiera reunirme con las dos únicas personas que me quisieron de verdad: mi hermano gemelo y mi padre. Pero luego llegaste tú y... ¿Sally? —Sally no contesta y su ruidosa respiración me deja claro que se ha quedado completamente dormida. — Buenas noches, mi amor. —Beso su frente y finalmente consigo dormir algo pensando que, a pesar de lo desastrosa que ha sido esta noche, ha acabado mucho mejor de lo que esperaba; Sally durmiendo conmigo en su cama.

David

Me despierta el llanto atronador de Maya. Joder, ni siquiera sé cómo calmarla. Le preparo el biberón, pero se me cae al suelo por culpa de los nervios. Mi pequeña no deja de gritar como una jodida rata en la cuna, que está bastante lejos de la cocina y a pesar de ello la escucho como si me estuviera gritando en la puta oreja.

—¡Ya voy, deja de gritar, joder! —Vuelvo a empezar desde el principio, hirviendo el agua para poder echarle después la leche en polvo y de repente mi teléfono suena. Corro a contestarlo. ¿Alice? —Hola, cariño. —Intento no sonar lo desesperado que estoy ahora mismo.

—¿Por qué no estáis ya aquí Maya y tú? Me tenéis preocupada.

—Ya vamos, esto es más complicado de lo que creía para uno solo.

—¿Es Maya quien grita de esa manera?

—Sí, nena, tú hija tiene unos pulmones de titanio. —Digo poniendo los ojos en blanco.

—Dave, el doctor acaba de venir a mi habitación y me ha dado el alta. — La voz de Alice suena llena de alegría y mi corazón se detiene al oír eso.

—¡¿Ya?! ¡Oh, gracias al cielo!

—Tengo mis cosas preparadas. Ven en cuanto puedas por mí. Estoy impaciente por ver nuestra nueva casa.

—Y yo estoy impaciente por meterte en la cama, nena. —Alice se ríe y a mí su risa me acaba de alegrar la mañana. —No tardo. Le voy a dar de comer a nuestro monstruito y voy para allá.

—Vale, te quiero.

—Y yo, nena, más que a nada.

Finalmente consigo darle de comer a Maya, pero eso de vestirla tampoco es tan fácil como parecía viendo a Sally o Nick hacerlo.

Cuando al fin estamos listos salgo con mi hija en brazos corriendo hacia mi coche, pero cuando llego al coche me doy cuenta de que se me ha olvidado el dichoso carrito de Maya, así que tengo que volver corriendo hacia dentro y

salgo de nuevo con la niña en una mano y el carro en otra.

Al llegar al hospital no me puedo creer lo que veo. Alice está en la puerta del hospital de pie, viva, más viva que nunca. Vestida con un precioso vestido verde y una bolsa con sus pertenencias en la mano. Salgo del coche y me tiro a sus brazos para abrazarla y apretarla contra mí.

—Cómo me gusta verte así. —Le susurro en el oído.

—Lo sé. ¡Vámonos ya, por favor!

—¿Impaciente? —Alice mira hacia todos lados y parece nerviosa. Cuando miro yo también y veo a quién está acercándose al hospital entiendo el porqué.

—¿Qué estás haciendo, Alice? —Pregunta la mujer con su típica cara de chupar limones.

—Hola, suegra. Yo también me alegro de verte. —La bruja esa me mira mal de arriba abajo.

—Mamá, me han dado el alta. David y yo nos vamos a nuestra nueva casa. Te visitaremos Maya y yo cuando me haya establecido.

—¡Tú no vas a irte con este maldito! —Grita la bruja y yo pongo los ojos en blanco. —Os dejará tiradas a la primera de cambio, Alice, lo sabes. ¡Tienes una hija que criar, no puedes hacerle esto a tu hija! —Alice traga saliva. Esta maldita mujer va a hacer que Alice dude de mí otra vez.

—¡Usted no tiene ni idea de lo que va a pasar entre su hija y yo, así que cállese! —Le espeto. Maya, como no, comienza a llorar desde su sillita en el coche.

—¡Lo sé perfectamente! ¡Sé qué clase de hombre eres! ¡Eres un maldito con las mujeres, como mi hijo Nick!

—¡Mamá, para de una vez! —Alice comienza a llorar y yo la abrazo para calmarla. —Amo a David y quiero intentar ser feliz con el padre de mi hija. También adoro a mi hermano Nick y no voy a permitir que me sigas manipulando para alejarme de las personas que más quiero. Así que, me equivoque o no, me voy con él. —Al fin Alice se separa de mí y se mete en el coche. Yo hago lo propio ocupando el asiento del conductor y cerrando con el cierre de seguridad el coche.

—¿Lista? —Le pregunto a mi chica que asiente sin mirarme.

Menos mal que Maya llora a su volumen habitual y eso nos impide escuchar los improperios que esa bruja nos está gritando desde fuera del coche. Arranco y pongo rumbo a nuestro nuevo hogar.

Por el camino veo como Alice se va relajando y eso hace que yo también

lo haga. Cuando llegamos a casa saco a Maya y la siento en su carrito, después ayudo a Alice a salir del coche.

—Al fin en casa. —Dice con una sonrisa y sus ojos comienzan a examinar nuestro alrededor, nuestro nuevo hogar. —¡Dave, es preciosa! ¡Es mucho más bonita de lo que se veía en las fotos que me enseñaste!

—Aún no he terminado con los preparativos, porque pensé que tardarías un poco más en venir. Pero te encantará por dentro, nena. —Alice me sonrío de una forma que me hace estremecer. —Espérate aquí, no te muevas, ¿entendido? Voy a dejar a Maya dentro un momento y vuelvo enseguida. —Ella asiente obediente. Entro con rapidez y dejo a mi pequeña un momento en el salón. Como de costumbre, Maya comienza a llorar cuando ve que me voy y la dejo ahí. —Solo serán unos segundos, acaparadora. Hoy tenemos que atender a mamá. Shhhh. —No sirve de nada, así que salgo rápidamente, llego hasta Alice y la cargo en mis brazos para atravesar juntos el umbral de nuestro nuevo hogar.

—¿Qué haces, loco? —Se ríe con fuerza.

—Sí, ya sé que deberíamos estar casados antes de esto, y antes de tener hijos y toda esa historia, pero así somos tú y yo, ¿no? —Alice sonrío y me besa en los labios con fuerza mientras la introduzco en nuestro nuevo hogar. La dejo en el suelo y me regodeo en esa cara de asombro cuando ve lo que hay en el interior.

He decorado la casa con los mejores cuadros de Nick, que él me ha regalado para la causa. Cuadros o, mejor dicho, obras de arte que él ha hecho en los que aparece Alice, Maya y hasta yo salgo en uno de ellos. El mío es el más tétrico de todos. En él salgo sentado en la sala de esperas del hospital desesperado por saber si Alice sobreviviría o no al coma diabético. Pero me gusta, me recordará cada día lo cerca que estuve de perder a la mujer de mi vida, a mi familia.

—Esto es... es...

—Esa eres tú con cinco añitos. —Le señalo el cuadro que está mirando. Ella se vuelve hacia mí y me sonrío con el alma. —Maya se parece tanto a ti...

—Me encanta. Es mejor de lo que había imaginado. —Maya al fin parece que se ha cansado de llorar y se ha quedado dormida del esfuerzo. Así que tomo a Alice de la mano y la guío por el pasillo.

—Ven, te mostraré nuestra habitación. —Al entrar en ella Alice sigue sonriendo sin parar. —He dejado la cuna junto a nuestra cama por ahora, pero

la habitación de Maya está ahí, frente a esta.

—Dave, es una casa de ensueño. Tienes que ser muy bueno posando en calzoncillos para poder permitirte esto. —Bromea y me rodea la cintura con los brazos.

—Lo soy, pero soy mucho mejor sin calzoncillos. ¿Quieres que te lo demuestre? —Alice se muerde el labio inferior y es todo lo que necesito para abalanzarme sobre ella y llevarla directa a la cama. —Joder, qué ganas te tengo, nena. —Gruño besuqueando su cuello tumbado sobre ella con mucho cuidado de no hacerle daño. Ella tira de mi camiseta hasta quitármela y yo le levanto su bonito vestido verde hasta que queda enrollado sobre su cintura. —Te necesito, Alice. —Susurro en sus labios mientras introduzco una mano bajo sus braguitas. —Joder, estás tan mojada...

—Dave, un momento.

—¿No quieres? —Me separo un poco.

—¡Claro que quiero! Pero tienes que usar condón. Con Maya por ahora tenemos suficiente. —Me dice dulcemente y vuelve a colocar mi mano en su sexo. Yo le doy la razón, aliviado y alargo la mano hasta la mesita de noche para buscar un condón.

—Llevo soñando con este momento tantos meses. —susurro mientras la penetro lentamente. Iría mucho más rápido, pero Alice acaba de salir del hospital tras casi perder la vida, y me da miedo hacerle daño. Sin embargo, su cara de placer me indica que lo que siente es todo lo contrario.

—Yo también... Te quiero, David.

—Te quiero con locura, preciosa.

En la vida he hecho algo que resultara tan emotivo como hacerle el amor a Alice en este mismo instante, tras haberla traído a casa, a nuestra casa. Ella lo es todo para mí y nunca lo he tenido tan claro como ahora.

Ninguno de los dos tarda mucho en llegar al orgasmo, pero es comprensible. Ambos hemos esperado por este momento lo que parecen décadas. Justo cuando me tumbo en la cama junto a ella para recuperarme un poco, mi teléfono comienza a sonar y, tras él, el griterío inconfundible de mi preciosa y torturadora Maya.

—Yo me ocupo de Maya, atiende tú el teléfono. —Me dice Alice y me incorporo de la cama refunfuñando con todas mis ganas.

—Joder, quién cojones me llama ahora. —Llego al teléfono, que está en el salón, cerca del carrito de Maya y veo que es Nick quien me llama. Alice coge

a nuestra hija en brazos y canturrea una cursilada para calmarla. —¿Qué pasa, cuñado? —Contesto de mala gana.

—Eh, Dave, ¿estás en casa? Tengo que ir a hablar contigo.

—Eh, sí. Pero estoy con Alice y Maya. ¿pasa algo?

—¿Alice?

—Sí, le han dado el alta hoy y la he recogido temprano del hospital.

—Bueno, es que, he decidido contarle todo nuestro pasado hoy mismo a Sally. —Me pongo blanco como la pared e instintivamente mis ojos se desvían hacia Alice, que está más adorable que nunca con nuestra hija en brazos.

—¿Hoy? Oye, dame un poco más de tiempo para hablar con Alice. Apenas la tengo de vuelta a mi vida. —Susurro y salgo del salón en dirección a la habitación en busca de algo de privacidad.

—No me pidas eso, hermano. Mi hermana merece saberlo tanto como la tuya. Y Sally está más receptiva que nunca y creo que incluso se está planteando la posibilidad de perdonarme. Quiero... yo necesito contarle todo. No quiero que vuelva a sentir que le oculto nada más. No podré soportar que vuelva a perdonarme y luego me deje de nuevo si se entera después. — Suspiro.

—Está bien, pero se lo diremos primero a Alice. Ella y yo sí que estamos juntos, Nick, y no merece ser la última en saberlo. Además, necesito tu ayuda.

—Bueno, dame unos minutos y estaré allí para que hablemos los dos con ella.

—Ufff, vale.

Cuando cuelgo la llamada me quedo mirando a la nada durante un buen rato. Tengo miedo, mucho miedo. Pero, como dice Nick, nos merecemos lo malo que nos pase.

—¿Qué pasa, Dave? —La voz de Alice me saca de mi ensimismamiento y le sonrío al verla toda despeinada con Maya en sus brazos.

—Nada, era tu hermano. Viene a visitarnos. Quiere ver la casa.

—¡Genial! Me arreglaré un poco este desastre que me has hecho en el pelo. Toma, coge a Maya un segundo. —Cojo a mi hija, como ella me dice y comienzo a ponerle caras de lo más estúpidas.

—¡Eh, te estás riendo! ¡Mira, nena, Maya se está riendo! —Me levanto de la cama y voy en busca de Alice que está en el baño. —Mira, nena, mira. — Vuelvo a poner cara de gilipollas y Maya se ríe al verme. Alice comienza a reírse también y, ese insignificante hecho de ver a mi hija reír por primera vez

en su vida, lo convierte en el hecho más importante de la mía.

Nick está sentado en nuestro nuevo sofá en el salón, con una taza de café en las manos que le ha servido Alice, visiblemente nervioso. Aunque no más que yo.

—¿Y Sally? —Pregunta Alice y Nick carraspea.

—La he dejado durmiendo en mi apartamento. Anoche no se sentía bien.

—Ah, me hubiera gustado que viniera contigo y viera nuestra nueva casa. —Dice Alice y toma asiento junto a su hermano. —¿Qué ocurre, Nick? Estás muy raro. —Nick me mira a mí y yo no hago gesto alguno. Estoy más que nervioso. —¿Sigue sin perdonarte? Seguro que lo hará, hermano. Sally te quiere con toda su alma. —Alice posa su mano en el muslo de Nick para reconfortarlo.

—Creo que se lo está pensando. —Dice Nick al fin.

—¡Genial! Entonces, ¿qué tienes?

—David y yo queríamos confesaros algo, a las dos. —Alice me mira y yo trato de sonreír. No creo conseguirlo.

—¿Qué habéis hecho ahora? —Pregunta tensándose y levantándose.

—No, no, no es de ahora, nena. —Digo al fin. —Pero, deberías saberlo antes de que... bueno, siéntate otra vez.

—David y yo hemos estafado sentimentalmente a muchas mujeres antes de conoceros a Sally y a ti y... bueno, hemos abusado económicamente de ellas también. —Dice el imbécil de Nick sin más preámbulos. Sin rodeos, directo al grano.

Alice abre los ojos ante la bomba y, para colmo, Nick le pone una revista sobre las manos a Alice en la que una tipa da una entrevista hablando de ello con pelos y señales. Alice está en shock, puedo verlo. Así que me apresuro a hablar antes de que sea demasiado tarde.

—Pero eso terminó. De hecho, estamos arreglándolo, nena. —Le digo acercándome a ella y le cuento rápidamente y muy por encima lo que Nick y yo llevamos organizando desde hace días. Alice no cierra la boca en ningún

instante y, lo peor de todo, no dice nada. —Por favor, por favor, no me lo tengas en cuenta. —Pido arrodillado frente a ella. —Esa persona ya no existe, Alice. Tú y Maya lo sois todo para mí. Tú me has cambiado, mi amor. Me has hecho ver lo bonito del amor.

—Es verdad, hermanita. —Dice Nick apoyándome. Alice me mira, mira a su hermano y vuelve a mirarme.

—¿Cuándo vais a dejar vosotros dos de odiaros de esta manera y de castigar a todo aquel que os quiera? —Dice y yo comienzo a llorar sin poder evitarlo.

—Lo siento. Quería contártelo, pero... no quiero que me odies. No soporto cuando lo haces. No soporto estar lejos de ti ni de mi hija. Por favor, Alice, créeme cuando te digo que he cambiado.

—Yo no te odio, David. —Sus palabras me llegan al alma y la miro con ojos llorosos. —Pero está claro que tú sí. David, eso tiene que cambiar si quieres ser el padre que nuestra hija merece. —Alice se muestra más comprensiva de lo que me imaginaba de ella. Yo asiento sin parar.

—Estoy trabajando en ello.

—¡Y tú también, ¿me oyes?! —Le dice a su hermano con dedo acusador.

—Sí Alice. Lo haré por vosotros, mi única familia. Lo haré por Sally.

—¡No, lo harás por ti! ¡Porque espero que os hayáis dado cuenta de que os quedaréis solos toda la vida si continuáis así! —Esta vez Alice alza más la voz. Después me mira. Yo sigo arrodillado, sin atreverme a levantarme. —Te perdonaré y olvidaré todo esto con una condición. —La observo expectante. —Ambos iréis a un psicólogo a trataros de este odio enfermizo por vuestra vida. Os curareis de verdad de vuestro afán autodestructor.

—Está bien, lo que me pidas, nena. Lo haremos, ¿verdad Nick?

—Sí, hermana. Tengo muchas cosas que curar en esta apestosa mente. Pero, por favor, ayúdame con Sally. Ella me odiará cuando lo sepa.

—Sally solo necesita un tiempo para encontrarse de nuevo a sí misma y a los motivos que necesita para seguir adelante. Como me pasó a mí cuando me fui a Seattle. Tiene miedo de que le vuelvas a hacer daño, Nick, entiéndela.

—¡Claro que lo hago! Pero más miedo tengo yo a perderla.

Mi teléfono comienza a sonar de nuevo y pongo los ojos en blanco.

—¡Dave, coge el maldito teléfono! —Me ordena Alice y no puedo hacer más que obedecerla.

—Es Sally —digo, pero ninguno de los hermanos Donovan me escuchan.

Ambos están sumergidos en una tensa conversación acerca de las idioteces que Nick y yo hicimos en el pasado. —Hola hermanita. —Saludo al descolgar la llamada.

—Dave... ¿dónde está Nick? —Sally pregunta y por su voz sé que está llorando.

—Está aquí, ¿qué sucede, pequeña?

—Su madre... ha venido buscándolo y me ha... ella me ha dado unas revistas en las que varias mujeres cuentan cosas horribles de él. —Mierda. Esa puta bruja otra vez. Miro a Nick con los ojos muy abiertos y él se da cuenta de mi estupor en el acto. —¿Ha hecho de verdad esas cosas horribles?

—Sally, tranquila. Nick y yo te explicaremos todo. —Nick al fin me oye y se da cuenta de que algo va mal en su plan de contarle todo con calma a Sally.

—Dime que tú no has hecho eso también, David.

—Sally, pequeña, déjame que vaya al apartamento con Nick y te explicaremos...

Nick me arrebató el teléfono de las manos en ese momento.

—¡Nena, por favor, déjame explicarte en persona! Será lo último que te pida, de verdad.

Sally

Unos golpes me hacen despertar del maravilloso sueño que estaba teniendo. Soñaba con Nick y yo viviendo juntos en una preciosa casa junto al mar. Pero, al despertar, estoy completamente sola en la cama.

¿Dónde está Nick?

¿Por qué se ha ido sin decir nada?

En mi mesita de noche veo una nota manuscrita de su puño y letra.

“Mocosa, voy a ver a tu hermano, no tardaré. Por favor espérame, tenemos cosas que hablar. Tu Nick.”

Sonríó al leer “tu Nick”, pero los golpes no cesan y finalmente me levanto, me pongo la camiseta de Nick de la noche anterior y mis braguitas de corazones y salgo de la habitación.

Al abrir la puerta me encuentro con el rostro desencajado de la madre de Nick. ¿Qué quiere esta pesada ahora?

—Nick no está aquí. —Digo y trato de cerrar la puerta de nuevo, pero ella me lo impide con su mano.

—¡Mejor! ¡Así no podrá impedir que le desenmascare!

—¿De qué habla? Deje en paz a su hijo de una vez. Ya ha tenido suficiente con todo lo que ha sufrido en la vida. No es justo que también su propia madre se dedique a joderle.

—¿A joderle? ¡¿Y qué ha hecho ese desgraciado con mi vida?! ¡Con la vida de todas las mujeres con las que se cruza! —Frunzo el ceño. Quiero mandarla a la mierda y trato de buscar en mi mente resacosa las palabras más apropiadas para hacerlo. Pero no estoy rápida y ella prosigue. —Deberías leerlo tú misma, antes de que tú también te quedes embarazada de un hijo de puta estafador de mujeres. —Me dice depositando unas revistas en mis manos.

—No entiendo...

—Está todo ahí. Léelo y después decide quién es el malo de la película, si Nick o yo. ¿En serio cómo quieres que sea yo después de haber enterrado a un

hijo y a un marido por su egoísmo? Después de ver a mi pequeña Alice romper su futuro por culpa del delincuente de tu hermano.

—¡Señora, cállese de una vez! —Grito enervada.

—Léelo y ya me dirás. —Dice dándose media vuelta y dejándome sola en el apartamento de Nick con dos revistas en las manos.

... ”*Dices que Nicholas Donovan te decía que eras su musa, la única mujer para la que tenía ojos, ¿no es así? ¿Y cuál era la realidad?*

- *Eso me repetía sin cesar y después desaparecía durante días. Me enteré después que mientras me decía eso a mí, también se lo decía a dos mujeres más a la vez. Volvía a mi apartamento cuando decía tener problemas económicos, teníamos sexo y yo, como una estúpida, acababa siempre dejándole importantes cantidades de dinero.*

- *¿Cuánto tiempo sucedió eso?*

- *Durante meses. Pero al final un día por accidente lo encontré en una fiesta a la que me habían invitado y, claro está, él no lo sabía. Porque lo vi llegar de la mano de nada más y nada menos que la hija del dueño de la prestigiosa cadena hotelera “Milton”.*

- *¿Le dijo algo el señor Donovan cuando la vio en la fiesta?*

- *Nada. Me ignoró por completo y se dedicó a exhibirse con esa mujer, dándole muestras de afecto bastante comprometedoras delante de mis narices. Creí morirme, ¿sabe? Yo amaba a Nicholas Donovan con todas mis fuerzas y fui a increparle por su actitud.*

- *¿Cuál fue la reacción del señor Donovan cuando lo hizo?*

- *Me dijo que ya no le inspiraba, simplemente. Que había encontrado en otra mujer lo que yo solía darle y que le dejara en paz y no le arruinara la fiesta. ¡¿Puede creérselo?! ¡Después de haberle dado más de cincuenta mil dólares! ¡Después de que me prometiera que no habría otra!...”*

No puedo continuar leyendo la entrevista. Mis ojos se han llenado de lágrimas y me hacen muy complicada la tarea de seguir leyendo.

¿Es posible que esta persona de la que hablan sea la misma de la que yo estoy tan perdidamente enamorada? No lo reconozco...

Un momento. Si a eso se dedicaba Nick, entonces quiere decir que mi

hermano también.

No, no, no, no. No puede ser. No lo creo.

Cojo mi teléfono cuando empiezo a sentir que me va a dar un ataque de nervios.

—Hola hermanita.

—Dave... ¿dónde está Nick? —Pregunto con miedo. No quiero hablar con Nick hasta no haber hablado con mi hermano primero.

—Está aquí, ¿qué sucede, pequeña?

—Su madre... ha venido buscándolo y me ha... ella me ha dado unas revistas en las que varias mujeres cuentan cosas horribles de él. ¿Ha hecho de verdad esas cosas horribles? —Casi no puedo respirar. Mis pulmones están colapsados y me tiembla el pulso.

—Sally, tranquila. Nick y yo te explicaremos todo. —¿Explicar? ¿Qué explicación puede tener ser un monstruo?

—Dime que tú no has hecho eso también, David.

—Sally, pequeña, déjame que vaya al apartamento con Nick y te explicaremos...

—¡Nena, por favor, déjame explicarte en persona! Será lo último que te pida, de verdad. —Su voz me duele como nunca. He estado a punto de perdonar a este bastardo.

—¿Es verdad, Nick? ¿Has hecho esas cosas que dice esa mujer?

—Sally... yo... no pensé en las consecuencias. Nena, déjame que vaya a casa y te explicaré todo, en persona. Ya estoy saliendo de casa de David, tardaré media hora en llegar.

—Eres un monstruo. —Digo y cuelgo la llamada.

Automáticamente comienzo a meter mis pertenencias en bolsas a la desesperada. Me pongo unos pantalones y salgo a toda prisa del apartamento de Nick en dirección a mi ático.

El taxi me deja en la puerta de mi edificio y salgo corriendo de él. Solo quiero meterme en la cama y llorar como una estúpida. ¡Soy una estúpida! ¿Su musa? ¿A cuántas le ha ido con el mismo cuento? ¡¿Cómo demonios ha podido hacer algo tan horrible Nick?! Y... David...

No, esto no puede estar pasando. Son monstruos. Son lo peor.

La puerta de mi ático comienza a ser golpeada cuando llevo sumergida en un llanto desgarrador durante largos minutos y decido ignorarla. Sé quién es. Y no quiero volver a verlo en mi vida.

—¡Sally, ábreme, te lo imploro! ¡Debes escucharme, he cambiado! ¡Tengo que contarte lo que estoy haciendo para arreglarlo!

Es la voz de Nick, y creo que mi hermano también está con él, porque le he oído llamar mi nombre.

Pero esta vez no los escucharé. No tienen perdón.

Así que me encierro en mi habitación y me tapo los oídos con la almohada, para amortiguar sus voces y no escuchar nada de lo que tengan que decirme.

Se acabó.

Esta vez se acabó de verdad.

No quiero saber nada más de Nick ni de David. Me han hecho todo el daño que podrían hacerme. Su madre tenía razón. Solo se merecen desprecio y abandono. Los dos.

20

Nick

—Maldita sea, Sally, contesta la jodida llamada. —Es el décimo mensaje que dejo en el contestador de voz.

Sally tiene el teléfono apagado, está recluida en su ático y se ha llevado todas sus pertenencias de mi apartamento. Además, antes de irse, ha destrozado el cuadro que le hice junto a la ventana de su habitación, mi preferido, el mismo que tenía sobre la cabecera de mi cama.

También ha destrozado otro que le hice y que había puesto en su cuarto que me encantaba. En él salía muy sexi, la verdad, con esa sonrisita pícara suya que ponía cuando jugaba a seducirme y desquiciarme cuando nuestro pacto era que ella posaba para mí, pero yo no podía tocarla.

Por aquel entonces yo sabía que tarde o temprano la tendría entre mis brazos. Hoy, esa posibilidad está más lejana que nunca.

Sé cuánto me debe estar odiando en estos momentos. No ha querido abrirme la puerta de su casa, ni a David tampoco. Tiene el maldito teléfono apagado y, para colmo, su socio, el tal Mathew, me ha llamado muy nervioso porque quería intentar hablar con Sally. Al parecer ella le ha propuesto la venta de su parte del negocio y eso son pésimas noticias.

Significa que Sally se está desprendiendo de todo lo que le una a Dallas, de todo lo que le una a mí. Pero lo que ella no sabe es que no importa adónde vaya, yo la seguiré. Y si tengo que pasar el resto de mi vida arrodillándome y suplicándole perdón, lo haré.

Yo no tenía vida antes de Sally. Aquello no era vivir, era castigarme y castigar a los que me rodeaban constantemente. Y, mucho me temo que, después de Sally, tampoco habrá vida.

—Sally, nena, sé que lo que hice fue horrible, pero tanto David como yo hemos aprendido la lección —le hablo por enésima vez a su contestador — hemos cambiado. Si me dejaras explicarte, te contaría la de cosas maravillosas que estamos comenzando a hacer. Sé que haría que te sintieras

orgullosa de nosotros. De verdad. Llámame cuando oigas esto, por favor. Te quiero, Sally.

Después de dejarle grabado en varios mensajes todo lo que David y yo nos hemos propuesto hacer, me tiro en el sofá y paso las horas mirando al techo, esperando a que ella vuelva, o me llame, o lo que sea que me permita acercarme un poco a Sally.

Pero nada de eso ocurre.

La tarde pasa densa y desastrosa, y la noche mucho peor. Soy consciente de que mi tiempo para enmendar los errores se acaba y me niego a creer que no hay perdón en la tierra para alguien como yo.

Siento la tentación enorme de beber para olvidar, pero eso no sería justo. Cada herida que siento en mi pecho es el precio a pagar por todo. Y debo sentirlo.

Sentir... es algo muy nuevo para mí. Después del enorme dolor que supuso perder a mi hermano gemelo en aquel accidente y el suicidio de mi padre, me propuse no volver a sentir jamás en la vida.

Solo le había permitido a David el honor de acercarse a mí, porque él era como yo, porque pensé que me entendía y me apoyaría en mi lento suicidio emocional. Pero David estaba simplemente tan tocado como yo. Él también había vivido lo suyo y, como yo, culpó al enorme amor que sentía por su madre de su dolor.

Sally también había vivido esa tragedia familiar, solo que Sally nunca se ha rendido al amor. Ella siempre ha esperado lo mejor de cada cual, a pesar incluso de ser testigo del asesinato de su madre a manos de su padre. Nunca se rindió conmigo, a pesar de mis advertencias de que le haría daño, de que yo no sabría ser quién ella merecía. Pero no lo hizo.

Sally es mi referente hoy en día.

Quiero ser como ella. Quiero ser capaz de amar a pesar de haber perdido. Quiero ser capaz de ver lo positivo de las cosas, de las personas, del amor. Puede que la haya perdido para siempre, pero Sally me ha dado algo de valor incalculable: me ha devuelto a la vida. Me he recuperado a mí mismo gracias a ella y me ha dado un motivo de peso para cambiar mis tóxicos hábitos y mi horrible manía de herir a cuantos me quieran.

Paso toda la noche pensando en mi vida, en lo que he hecho de ella y en lo que pretendo que sea en un futuro. Y, cuando llega la mañana, decido hacer algo que nunca antes he hecho y debería haber hecho tiempo atrás: visitar la

tumba de Mike.

No llevo flores, ni cartas, solo una foto nuestra junto a nuestro padre que llevo años adorando y que siempre he tenido junto a mí, a un lado de mi cama.

El cementerio es enorme, pero no me cuesta dar con su lápida. Es como si una energía extraña me guiara hasta ella. Y no me sorprende ver que está muy bien cuidada y con flores frescas. Sabía que mi madre nunca pasaría página con él.

—Eh Mike, cuánto tiempo —le digo al trozo de piedra con su nombre — me ha costado años venir. Supongo que me avergonzaba la idea de hacerlo. Si por algún motivo, es cierto eso de que las personas que se mueren nos ven desde el más allá, seguro que estarás pensando que menudo desastre de hermano tienes. —Sonríó con tristeza y agacho la mirada. Después me arrodillo, como si así pudiera ponerme frente a frente con él. —Y tienes razón. No sabes cuánto la he cagado, en especial con ella. No tengo que decirte su nombre, seguro que sabes de quién hablo. Seguro también que tú no habrías arruinado las cosas como yo. Si Sally te hubiera conocido, entonces ella te habría elegido a ti, y no tendría que sufrir tanto por amar a un desgraciado que no ha sabido valorar lo que tenía. —Hablo con la piedra que tiene el nombre de mi hermano grabado de todas las cosas que siento, de todo lo que he hecho y de cómo estoy luchando para enmendar todo, y la verdad es que resulta bastante reparador. —Perdóname por aquella noche, Mike. No sé qué hacer o decir para enmendarlo —digo entre lágrimas y con bastante dificultad, por culpa del llanto que me asfixia en la garganta y que lucha por salir —supongo que simplemente no puedo. Ya no estás y no estarás nunca más. Pero una parte de ti vive en mí, y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para ser digno de ser el clon de alguien tan especial y magnífico como tú. Te quiero mucho, hermano. No sabes cuánta falta me has hecho estos años. Prometo no defraudarte nunca más.

Son mis últimas palabras. Tras ellas, beso la foto de mi hermano, la deposito junto a su lápida y me voy.

Me voy con la ilusión de poder cumplir lo que le he prometido a mi hermano.

Si no he venido antes es porque no habría podido dedicarle una despedida positiva desde el estado de ánimo en el que yo me encontraba durante largos años. Pero ahora, tras encontrar a “mi motivo”, he tenido al fin una excusa para hacerlo.

Después vuelvo a mi apartamento y decido esperara allí a que algo pase.

No tiene sentido volver a ir a buscar a Sally si ella no está dispuesta a verme. Debo respetar su momento. No es ahora, y seguramente el mejor momento sea cuando escuche todo lo que hubiera preferido decirle en persona, pero que me he tenido que conformar en decir en un contestador de voz.

Estoy seguro de que cuando oiga lo que tengo que decirle se calmará y aceptará escucharme. Entonces será cuando le vuelva a suplicar que me perdone, por última vez en la vida. Y, si acepta, le volveré a pedir matrimonio y aceptaré cualquier imposición suya de esperar el tiempo que sea oportuno.

Ojalá todo eso suceda hoy, que es su cumpleaños. Le había preparado una fiesta sorpresa en el “Club Sixties” que estoy seguro que le encantaría, pero no creo que pueda llevarla a cabo.

Para matar el tiempo, decido encerrarme durante todo el día en mi estudio y pintar todo lo que pueda mientras la inspiración de Sally continúe viva en mí. Porque, si finalmente no me perdonara, perdería esa inspiración para siempre también, no solo a ella.

Un ruido me despierta en mitad de la noche. No tengo ni idea de cuándo me he dormido y me cuesta hasta darme cuenta de dónde estoy. Estoy en el salón de mi apartamento, tumbado en el sofá, con la televisión puesta. Me froto los ojos y distingo una silueta oscura en la puerta de entrada a mi apartamento que, tambaleándose, se va aproximando poco a poco a mí.

Me tenso y me siento en el sofá de golpe. Y, de repente, la veo.

—¿Sally? —Parece y no parece ella. Está... distinta.

—Hola, Nick. —Me dice arrastrando las palabras y con una sonrisa de lado.

Está borrachísima. Espero que no haya ido al “Club Pecado” de nuevo. Me pone muy nervioso verla así, con ese... minúsculo y ceñido vestido rojo que deja poco a la imaginación.

Intento ponerme en pie, pero ella me lo impide sentándose a horcajadas sobre mí.

No entiendo nada.

—Sally, ¿estás bien? —Sonríe y roza mis labios con los suyos. Huele a alcohol y a Sally. Una mezcla explosiva. —¿Has escuchado mis mensajes? Me

gustaría explicarte que...

—Shhh, cállate. —Ordena aferrando mi pelo en sus manos e invadiendo mi boca con su suave lengua. Joder... me perdería en sus besos sin duda si no estuviera tan borracha y si no tuviera tantas cosas que aclarar con ella.

—Nena, déjame hablar, por favor.

—No. He venido por mi regalo de cumpleaños. Solo eso. —Dice dedicándome un cómico gesto infantil.

—Sally, por favor. Déjame hablar contigo de una vez. —Casi no me sale la voz del cuerpo. Ella me ignora y me besa con toda la sensualidad del mundo y restriega su sexo por mi entrepierna. Cierro los ojos en busca del autocontrol que no tengo, pero que debo encontrar como sea.

—¿Tú me quieres, Nick? —Pregunta en mi oído y luego lame el lóbulo de mi oreja. Eso proporciona un enorme escalofrío en mi cuerpo.

—Más que a nada, nena.

—Y yo a ti, maldito cabrón destroza mujeres. —Gruñe y vuelve a besarme. Yo me aferro a su larga melena y trato de separarla.

—Sally, he cambiado, de verdad. Déjame contarte y...

—No quiero escucharte. Quiero que me folles como tú solo sabes. —Abro la boca para replicar y no sé qué decir. Yo estoy deseando hacerlo, pero no debo ahora mismo.

—Yo también lo quiero, Sally, pero eso no solucionará las cosas entre los dos.

—¡Házmelo, maldita sea! —Sally comienza a llorar y yo me asusto más al verla así. ¿Qué debería hacer? —He intentado olvidarte, he intentado alejarme de ti, hasta he intentado follarme a Peter, pero nada funciona, joder. No mientras tú sigas aquí. —Dice señalándose el pecho.

—¿Has... tú has... te has acostado con él? —Pregunto con voz temblorosa. Yo también estoy a punto de echarme a llorar.

—Calla, hazme olvidar todo. —Vuelve a pedir besándome desafortadamente. Sus manos se cuelan por mis pantalones de chándal y comienza a bajármelos. ¡Joder, qué hago! Ahora mismo estoy en shock. Sally ha intentado o ha tenido sexo con otro. Para olvidarme. Mierda, no quiero que me olvide.

—Está bien. Tú ganas. —Digo finalmente con convicción. Ella y yo no estamos juntos y lo menos que puedo hacer ahora mismo es pedirle explicaciones. Está borracha y muy dolida. Y seguro que se ha emborrachado

para hacer esa gilipollez con el tal Peter. Pero sea como sea, ha acabado aquí, conmigo. Me duele el pecho al imaginármela con él en la cama. Pero no tengo más oportunidades que ésta para demostrarle cuantísimo la quiero y todo lo que yo solo puedo hacerle sentir. Así que me bajo los pantalones y la ropa interior de un solo movimiento y le arranco las minúsculas braguitas de encaje que lleva Sally puestas y que me hieren ver en lo más profundo. Pues se las ha puesto para él. Pero me obligo a no pensar en ello, no ahora, y la penetro con toda la fuerza que sé que ella puede soportar. Ambos rugimos de placer.

—¡Oh, dios, Nick, nadie me hará sentir nunca como tú! Te amo tanto, maldito loco...

—Sally, mi Sally, llevo tanto tiempo rogándole al cielo volverte a escuchar decirme que me quieres. Yo te amo con todo mi ser, lo sabes, ¿verdad? —La fiereza con la que Sally me monta casi no me deja hablar. Pero tengo que decírselo y ella necesita escucharlo.

—Eres... eres... te quiero.

Sus palabras son demasiado para mi pobre y maltratado corazón y rompo en un increíble orgasmo que me deja sin aliento. Sally me sigue segundos después y, sin apenas haberme dejado recuperarme, me guía de su mano hasta su habitación para volver a empezar.

No sé qué le pasa, nunca la había visto así, tan desesperada por el contacto de mi piel. Puede que las sensaciones que haya experimentado con el tal Peter hayan sido de lo más nefastas y necesite que yo le haga olvidar todo eso. Y, con placer lo haré.

Sé que la sombra de la imagen de Sally teniendo sexo con otro que no soy yo me va a acompañar por el resto de mi vida, pero, ahora mismo, recuperarla a ella es lo único que importa.

21

Sally

No dejo de recrearlo en mis sueños. Hace ocho meses que dejé mi país para empezar una vida nueva, pero parece que el pasado me persigue en mis sueños.

Al menos hace dos meses que ya no lloro cuando estoy despierta. Pero no dejo de hacerlo en sueños.

Siempre empieza igual. En mis sueños, llamo desesperada a Paul y le ruego que venga a visitarme a mi ático. Cuando Paul llega y le abro la puerta, veo su cara de sorpresa al encontrarme desnuda. No sé en qué pensaba para hacer algo así. Puede que quisiera dejar de ser una estúpida ingenua que cree en el amor incondicional y en las buenas intenciones de todo el mundo. La vida no ha dejado de demostrarme que eso no es así. Ni siquiera Paul, viéndome tan mal como estaba, se frenó a la hora de aprovecharse de la situación. Se abalanzó sobre mí y sacó provecho de la situación como pudo, llevándome a tener el peor sexo de toda mi vida sobre mi sofá.

Él sí sintió alivio de aquel encuentro, pero yo no pude sentirme peor de cómo lo hice. Especialmente cuando se quitó el preservativo lleno de las muestras de mi falta de cordura en esos momentos y el poco respeto que tuve por mis verdaderos sentimientos. Porque lo único que yo quería era sentir la piel, besos y el amor de Nick. Pero Nick es una persona podrida por dentro y yo no podía arreglarlo. Siempre lo supe, pero puede que mirase hacia otro lado durante mucho tiempo porque simplemente, no quería creerlo del todo.

Lo que les hizo a aquellas mujeres y lo que me había hecho a mí misma deberían haber sido motivos más que suficientes para alejarme de él. Y, sin embargo, hice todo lo contrario. Puede que porque supiera que sería la última vez y necesitase despedirme de ese intenso e insano amor de alguna manera. O puede que porque cuando eché a Paul al comprender la atrocidad que me había hecho a mí misma al acostarme con alguien a quien no deseo por despecho, me emborraché hasta casi perder el sentido, y no pensé con claridad cuando le pedí al taxista que me condujera directamente hasta el apartamento de Nick.

Lo necesitaba tanto que no podría haberme marchado sin haberlo sentido una vez más.

Fue una noche intensa y, a pesar del desgaste físico y de la cantidad de alcohol que había ingerido, no logré pegar ojo en toda la noche.

Lo contemplé dormir a mi lado como solía hacerlo en el pasado. Y lloré todas las lágrimas del mundo cada vez que pensaba que no volvería a ver nunca más ese bello y tortuoso rostro.

Me vestí antes de que el sol saliera y me marché. Mi único mensaje lo dejé en mi teléfono móvil, que se quedó en la mesita de noche de aquella habitación que un día fue mía y que no quería llevar conmigo para no sentir la tentación de llamarlo alguna vez. Lo habría hecho, lo sé. Y también sé que habría acabado perdonándolo si él hubiera seguido insistiendo. Pero eso no era lo mejor para ninguno de los dos.

Habíamos sido nuestro primer amor. Porque sé que Nick me amó. A su manera lo hizo. Pero él nunca fue consciente de que su amor me hacía feliz e infeliz a partes iguales. No era consciente de que me había desestabilizado hasta sentirme completamente perdida sin él. Y no es eso lo que yo deseo del amor. Nick no podrá amar nunca a una mujer de una forma sana porque no es capaz de hacerlo ni consigo mismo. No se ha perdonado por la muerte de su hermano Mike y de su padre y no sé si alguna vez lo hará. Pero yo no puedo ayudarlo.

Mi mensaje estaba en la canción que le dejé como despertador desde mi teléfono móvil. Lo programé para que sonara a las nueve de la mañana, la hora en la que mi avión estaría poniéndome ya rumbo a Italia, donde llevo ocho meses viajando de un lado a otro de la península. La canción no era otra que “You don’t know” de Katelyn Tarver. Y no dejo de oírla en mis sueños. Sus palabras me repiten una y otra vez el mensaje.

*“Sé que tienes las mejores intenciones,
solo estoy intentando encontrar las palabras adecuadas.
Prometo que ya he aprendido mi lección,
pero ahora mismo, quiero estar "no bien".
Estoy tan cansada, sentada aquí esperando.
Si oigo un "solo ten paciencia" más,
siempre va a ser lo mismo.
Así que solo déjame que renuncie,
deja que me vaya.
Si esto no es bueno para mí,
bueno, no lo quiero saber.
Déjame que pare de intentarlo,*

*permíteme que deje de luchar.
No quiero tu buen consejo,
ni oír las razones por las que estoy bien.
No sabes lo que es.
No sabes lo que es.”*

Mi mensaje... mis últimas palabras al amor de mi vida... Él no sabe lo que es sentirse enamorada de él. No poder hacer nada por cambiarlo. No saber cómo ayudarlo. Verlo caer y caer, y caer tú con él. No tener fuerzas para levantarte y dejarte llevar de nuevo de su mano a una nueva caída inevitable.

Mi vida aquí de todos modos es tranquila. Tengo el dinero suficiente para vivir en Italia durante meses sin necesidad de trabajar gracias a la venta que hice de mi parte del negocio a Mathew. Pero ha llegado el momento de volver a hacerlo. La cocina siempre ha sido una gran pasión para mí y, creo que por fin empiezo a sentirme motivada para seguir adelante y no volver a mirar más atrás y a lo que dejé en Dallas.

No me voy a permitir seguir pensando en Nick, en mi hermano, en mi preciosa y pequeña Maya del alma... no. Ahora que al fin estoy volviendo a recuperar mi autocontrol no. Pienso volver a ponerme en contacto con mi hermano, solo que todavía no puedo. Tampoco lo he perdonado del todo por haber sido otro cabrón insensible y, francamente, no entiendo cómo Alice pudo hacerlo. Puede que por los mismos motivos por los que mi madre perdonaba una y otra vez a mi padre: los hijos. Maya es una razón más que poderosa, sí.

Esta mañana me vuelvo a despertar de nuevo con la misma pesadilla. Primero Paul y esa sensación tan asquerosa embargándome cuando practicábamos sexo y después Nick, sus besos, sus caricias, su manera tan perfecta de hacerme el amor, para después tener que irme y abandonarlo para siempre.

Me despierto con los ojos húmedos a causa de la llorera y miro a mi alrededor. Por un momento no sé en qué lugar del mundo estoy, pues llevo ocho meses viajando por todos los pueblitos de Italia que me he encontrado por el camino. Ah, sí, estoy en Verona, el hogar de Romeo y Julieta... qué bien...

Me levanto, me aseo y me miro en el espejo después de haberme lavado la cara. Parezco mucho más mayor de lo que soy. Me siento tan cansada que me compadezco de mi aspecto. Si solo pudiera dormir una noche más de cinco

horas...

Me visto y voy a desayunar a un pequeño restaurante que está justo frente al motel en el que hospedo. Es un restaurante pequeñito, de piedra y bastante tradicional.

Me siento en una mesa en la terraza del restaurante y espero a ser atendida mientras releo algunos de los pasajes que tengo señalados en mi novela favorita.

—Bon giorno. —Escucho una voz masculina decirme. Al alzar la vista me encuentro a un modelo de Calvin Klein con una sonrisa arrebatadora mirándome fijamente. Sus ojos son del color del caramelo líquido y su pelo negro y revuelto me recuerda mucho al de Nick. Joder... me dice algo, pero no sé qué es. —¿Hablas italiano? —Me pregunta y sacudo la cabeza. —Bueno, pues hablaremos en el idioma universal, inglés. —Me dice sonriente y no puedo evitar sonreírle de vuelta. Creo que es la primera vez que sonrío en ocho meses, pero me siento de maravilla. —¿Qué quieres tomar?

—Oh, un café cappuccino. Gracias. —Hasta mi voz suena rara.

—¿Y algo de comer para la signorina bella? —Madre mía, qué acento. Sacudo la cabeza y me avergüenzo ante mis pensamientos cuando veo que le estoy mirando a los labios más tiempo de lo normal. —Te traeré algo de la casa, yo invito. No tengo clientas tan bonitas normalmente. —Dice y se va sin dejarme decir nada más. Aunque dudo que me hubieran salido las palabras del cuerpo.

El italiano sexi vuelve con mi café y un pastelito de almendras y miel que es la delicia más grande que he probado desde que pisé este país. Y eso que he probado muchas. La cocina italiana es sublime.

Cuando vuelve a aparecer para atender a otros clientes que se han sentado en la mesa que hay junto a mí, le pregunto la receta del pastelito y, para mi sorpresa, el italiano sexi se sienta en la mesa conmigo y comienza a narrarme la elaboración detallada del mismo. Me quedo absorta observándolo hablar. Me encanta su acento, su sonrisa, la forma en la que sus ojos me miran... “pero no es Nick” me advierte mi cerebro, aunque apenas lo oigo. Estoy distraída por primera vez en mi vida desde que conocí a Nick con otro hombre que no es él y voy a permitirme el lujo de hacerlo un ratito más. Solo esta mañana. Después me volveré a regodear en mi mala fortuna en el amor por la noche, cuando inevitablemente vuelva a soñar con Nick.

El chico se llama Paolo. Y acabo confesándole que yo era chef en Dallas,

donde viví un año de mi vida, el año más intenso de mi vida. Paolo se interesa por conocer algunos de mis platos y me propone una especie de “cita” para que vaya a su casa y le enseñe algunas de mis recetas. A cambio, él me enseñará a hacer sus pastelitos. Pero para mí, quedar con un hombre a solas en su casa, ahora mismo no es lo que necesito, y menos si no lo conozco de nada. Así que desestimo su oferta.

Sin embargo, a la mañana siguiente vuelvo a ir a su pequeño restaurante y conversamos de nuevo sobre platos típicos de nuestros lugares de origen. Es entretenido y bastante placentero escucharle hablar. Hace que de nuevo vuelva a olvidar la pesadilla que otra vez he vuelto a tener esta noche despidiéndome de Nick por enésima vez.

Es tan entretenido que, sin darme cuenta, llevo toda una semana en el mismo sitio. No me quiero ir de Verona y sé que el motivo es Paolo. Es la primera persona con la que de verdad he interactuado desde que me fui de mi país. Probablemente porque es el único que he conocido que domina bien mi idioma. Pero no, mejor no me engañe, no es solo por eso. Paolo es guapo, simpático y compartimos pasión por la cocina.

Puede que por ello y después de mucho insistir, he accedido finalmente a ir a su casa para compartir sabiduría culinaria.

Estoy un poco nerviosa. No lo voy a negar. Es raro quedar con un hombre después de todo lo vivido. Especialmente cuando me había negado a hacerlo una y otra vez. No quería dejar marchar del todo a Nick de mi corazón.

Dicen que la distancia es el olvido, pero no puedes olvidar quién eres, y yo soy en gran medida lo que Nick hizo de mí. Soy su reflejo en muchos aspectos y, en el campo de la seducción, soy todo lo que él hizo de mí.

Me decanto por un vestido normalito de tirantas con algunas florecillas estampadas en él. Me suelto la melena por primera vez en mucho tiempo y también por primera vez en lo que parecen siglos, empleo un poco de maquillaje en mi rostro. Un poco de máscara de pestañas y gloss labial. Pero la verdad es que parezco otra. El pequeño arreglo me hace darme cuenta el aspecto tan desastroso que llevo luciendo durante meses.

Cuando llego a la puerta de la casita en la que vive Paolo, siento que el corazón se me va a salir del pecho. Debo estar loca para hacer algo así. ¿Y si vuelve a salir mal? ¿Y si hace que eche más de menos aún a Nick? Entonces, tendría que volver irremediablemente a buscarlo y dejar de engañarme pensando que alguna vez lo olvidaré.

—¡Ciao, bella! —Me saluda Paolo al abrir la puerta antes incluso de que llamase a ella. He estado a punto de darme la vuelta y no hacerlo. Pero ahora que tengo su sonrisa de frente, hace que merezca la pena haber venido. — ¡Estás preciosa! —Parece sorprendido por mi aspecto. Yo me encojo de hombros tímidamente. —Pasa, bella. —Paolo abre la puerta de par en par y aquí mi diatriba: si entro, si pongo un solo pie dentro, significará que dejo atrás todo lo vivido con Nick y dejo al fin que una vida nueva me sorprenda.

—Gracie. —Digo en mi mal italiano y entro.

Tengo que admitir que me resulta más fácil pasar una buena velada con él de lo que pensaba. Preparo una deliciosa empanada “Sally” y Paolo prepara sus deliciosos pastelitos para el postre, aunque yo le ayudo porque quiero aprender. Al final acabamos teniendo una tonta guerra en la cocina y nos arrojamus harina el uno al otro hasta acabar con una imagen completamente arruinada y muy divertida.

Y así, cubiertos de harina, terminamos cenando en su pequeña terracita, bajo la luz de una intensa luna llena, bebiendo delicioso vino de la región y comiendo “Empanada Sally” y “Pastelitos Paolinno” como él ha decidido llamarlos.

Reímos mucho y comenzamos a hablar de nuestras infancias después de beber mucho vino y sentados en una hamaca colgante que Paolo tiene en su terraza.

—¡Mira, una estrella fugaz! —Grito más fuerte de lo normal por culpa del alcohol.

—Cierra los ojos y pide un deseo. —Dice y lo miro sonriente. Hago lo que me dice.

Aprieto los ojos y pido mi deseo: “Quiero olvidar a Nick”, me digo y casi en el acto me arrepiento. No estoy segura de querer dejar de sentir algo que, sin duda, no volveré a sentir nunca más. Y, al abrir los ojos, la mirada intensa de Paolo me atrapa y me hace olvidar mi debate interno.

Paolo me besa lentamente y con dulzura, y... me gusta. Me siento bien. Tengo miedo, pero el miedo es algo que me acompañará más tiempo, lo sé. Son las secuelas de haber amado con todo tu ser, toda tu alma y toda tu vida.

Estarás bien, Sally, vive. No tienes más vida que esta. Tienes que seguir sin... él.

Nick

—Nick, podríamos vernos alguna vez fuera del “Club Pecado” —dice la tipa cuando por fin consigo correrme. Con todo el trabajo que me ha costado rematar la faena estoy exhausto.

—Ajá. —Digo sin más con los ojos cerrados y tratando de concentrarme en mi respiración para no volver a recrear a Sally en mi mente.

Es triste que tenga que recurrir a su recuerdo cada vez que necesite correrme. No vengo mucho al club, una o dos veces al mes a lo sumo. Cuando mi cuerpo me dice que necesita acción y que no puedo seguir ignorándolo.

Desde que Sally se fue y desapareció del mapa ya no puedo ni hacerme una jodida paja sin verla a ella. La he buscado por cielo y tierra, pero parece ser que la tierra se la ha tragado. Diez meses, diez malditos meses sin ver esos ojitos. Una puta tortura.

¿Cuánto dura el amor? ¿Hasta cuándo estaré así de jodido? ¿Se acordará ella de mí? ¿Habrá encontrado el amor en brazos de otro? La idea me deprime y me sacudo a la tipa de encima como puedo para vestirme de nuevo y salir cagando leches de este sitio.

—¿Cuándo? ¿Nos vemos mañana? —La miro mal.

—Escucha Megan...

—Molly, me llamo Molly. —Aclara ofendida.

—Como sea. Yo vengo aquí para esto, nada más. Te fui muy claro desde que te traje a la habitación privada del club.

—Joder, no tienes que ser tan borde. —Se levanta y comienza a vestirse. —Pensé que como habías repetido conmigo un par de veces te gustaba, solo eso.

—He repetido porque me recuerdas a ella, solo por eso. Y créeme, si no necesitara de vez en cuando desahogarme no repetiría. No quiero estar con otra que no sea ella. Pero ella ya no está y tengo que seguir adelante. —Confieso.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—No es asunto tuyo. Perdóname, no volveré a confundirte con mis acciones. —Bufo y salgo de la sala privada. La chica me sigue y no es lo que pretendía.

—¡Eh, no te pongas así! Me da igual por qué lo hagas, pero quiero seguir viéndote. —Dice poniéndome ojitos.

—Maby, no...

—¡Molly!

—¡Maldita sea, como te llames! Déjalo, ¿vale? Estoy jodido y no soy una opción para ninguna mujer. —La chica pone cara de apenada, suspiro, le doy un beso en la mejilla y me despido de ella deseándole lo mejor.

En mi apartamento, me encierro en el estudio a pintar otra noche más. Tengo miedo a las noches y a la soledad que ha dejado Sally tras su partida. ¿Volverá alguna vez? Tiene que hacerlo. No soy lo único que ha dejado atrás. David está como loco desde que Sally se marchó y también está Maya. Yo sé lo mucho que Sally adora a nuestra sobrina. Se la está perdiendo... por mi culpa... Bueno, David también es responsable de todo.

Al menos, seguir manteniendo a Sally viva en mi imaginación mantiene mi inspiración intacta. En mi arte llevo mi condena. No dejo de pintarla. Algunos cuadros son manchurroneos oscuros y apenas se distingue su silueta, pero yo soy el único que la ve ahí, tras la bruma, tras la niebla que yo mismo he creado. Sigue ahí. En algún lugar de mi corazón malherido sigue vivo nuestro amor. Aunque ella me haya olvidado. Yo jamás lo haré. Ella sigue siéndolo todo para mí. Ella le dio sentido a mis días. Le dio luz a mi oscuridad. Y le dio la lección más dolorosa a mi corazón.

Amar a alguien que te aborrece es mucho peor que cualquier condena penal que pueda interponerme un juez.

Aún sigo intentando rehabilitarme de mi tendencia a destruir todo lo que toco. Thomas, mi psicólogo, dice que no soy un mal tipo, que solo estoy traumatizado por lo que viví en mi adolescencia y que tengo un sentimiento de desarraigo muy fuerte por culpa de mi madre y su actitud conmigo. Yo no creo ser un buen tipo, pero supongo que lo dice porque le pago una fortuna por tratarme. Thomas dice también que Sally fue la que me abrió la puerta al lado bonito de los sentimientos y que ella me habría ayudado mucho a salir de esta espiral de auto destrucción. En eso ese charlatán y yo estamos de acuerdo.

Ella era y es mi mundo. Aunque cada día está más lejos de mí. A veces tengo hasta la impresión de que todo lo que he vivido con Sally ha sido un

sueño. Un precioso y maravilloso sueño que ha vuelto mi vida en una pesadilla desde que se marchó llevándose todo con ella.

Me levanto a la mañana siguiente después de haber dormido tres o cuatro horas en el sofá. Siempre duermo aquí, mirando de vez en cuando hacia la puerta, por si vuelve. Se llevó las llaves, así que, si alguna vez vuelve, yo seguiré aquí, esperándola.

Mi teléfono suena. Es Christina, mi manager.

—Hola Chris.

—Hola Don Penas. ¿Recuerdas que esta noche volamos a Seattle para la gala de apertura de tu nueva exposición?

—Mierda, lo había olvidado. Haré la maleta en un momento.

—Genial. Oye, ¿tienes más cuadros de la tipa esa? Un galerista de Roma ha visto el folleto de tu colección “Florecer” y quiere que expongas algo allí, en Roma. —Suspiro. Siempre me costará dejar Dallas. Cada vez que me tengo que ir por motivo de trabajo me imagino que Sally vuelve y no me encuentra en casa. Que pierdo una y otra vez la oportunidad de volver a verla.

—Eso está muy lejos. —Resoplo.

—¡Es Roma, Nick! Bueno, ya hablaremos de todo esta noche. ¡Tienes que dejar de ser un alma en pena por esa niñita! Tienes mucho talento y estás en la cumbre de tu carrera.

—¿Olvidar a Sally? ¡Qué más quisiera...! Y tampoco sé si ella se olvidó de mí. ¿Y si vuelve, Chris? —Sueno tan desesperado que me doy pena de mí mismo.

—Nick, eres famoso en el mundo entero. En todos los lugares de la tierra saben de la labor que tu amigo y tú estáis haciendo con esa ONG que habéis creado. Sally sabe quién eres y no ha vuelto. Abre los ojos, te lo digo como amiga. —No deja de doler como el primer día cada vez que alguien me recuerda que la he perdido para siempre.

—Nos vemos luego en el aeropuerto. —Digo simplemente y cuelgo.

Después vuelvo a llorar como un condenado.

Sally... vuelve... te necesito. Te quiero tanto, nena. No me dejes. No te vayas para siempre...

—Esta mierda me aprieta el cuello. —Me quejo a Chris en la gala de apertura de mi exposición en Seattle. Madison, su sobrina que ha venido a acompañarnos, me mira y se ríe de mí. Chris me pone mala cara.

—¡Tienes que dejarte la corbata, Nick! Vas a cumplir veintisiete años y pareces un crío. —No sé por qué eso me recuerda a mi última celebración de cumpleaños. Cuando cumplí veintiséis. Sally se había ido relativamente hacia poco y yo pasé el día de mi cumpleaños en San Andrés con el tal Andrew, bebiendo hasta acabar borracho perdido en un bar, contándole mis penas al que una vez fue mi enemigo. Muy triste.

—Estás muy guapo con ella, déjatala. —Me dice Madison y yo le dedico algo parecido a una sonrisa y me rasco la cabeza.

—Deja de rascarte como si fueras un mono. —Me regaña Chris y se da la vuelta para atender a un cliente. Yo le saco la lengua cuando no me ve. Madison se carcajea de mi actitud.

—Tú tía necesita follar más a menudo. —Le digo a Madison que está llorando de la risa.

—No solo ella. —Su comentario me resulta de lo más raro viniendo de ella, que es de lo más ingenua. Me recuerda a la Sally que llegó a mi apartamento hace casi dos años. Mierda... dos años... casi uno sin verla.

—No, no solo ella. —Admito.

—¿Te gustaría... ir al cine conmigo mañana? —Por un momento me alarmo al creer que me iba a proponer otra cosa.

—¿Al cine? —Pregunto extrañado.

—Están echando la nueva de Tarantino en el cine. ¿No te gustaría verla? —No lo sé... ¿me gustaría? Nunca voy al cine. La última vez que fui fue con Sally, como no. Y me pasé la película riéndome de ella. Era de terror y lo estaba pasando realmente mal.

—Bueno. —Digo sin mucha convicción. Ya que voy a estar un fin de semana en Seattle estará bien hacer algo que no sea pensar en Sally en mi habitación.

Madison acaba siendo una compañía de lo más entretenida esta noche. Parece que ella también se compadece de mi estado, pero no me irrita como su tía, sino que intenta por todos los medios hacerme sonreír y hacerme sentir mejor.

¿Habrá alguien haciendo sentir mejor a Sally en estos momentos? ¿Dónde estás, nena?

Sally

Llevo dos meses saliendo con Paolo y nunca imaginé que sería tan fácil salir con otro hombre que no fuera Nick. Pero Paolo es especial. Tiene una paciencia infinita conmigo y es el mayor de los caballeros. He tenido mucha suerte de haberme fijado en alguien como él.

Llevamos dos meses trabajando juntos en su pequeño restaurante, que no es suyo verdaderamente. Es de un amigo suyo, Alessandro, que está viviendo temporalmente en Alemania con su novia, que está terminando sus estudios allí. Paolo se ofreció a mantener su pequeño restaurante en funcionamiento mientras que Alessandro estuviera fuera, y no podría haberlo hecho mejor. Paolo es un aventurero que lleva viajando de un lado para otro desde que cumplió los diecinueve años. Ahora tiene veinticinco y ha visitado medio mundo. Le envidio cuando me cuenta las cosas que ha visto y él siempre me promete que me llevará a esos sitios cuando Alessandro vuelva.

Si soy sincera, no me apetece visitar ninguna de las grandes capitales europeas porque siempre creí que lo haría de la mano de Nick y sé que lo extrañaría demasiado en esos lugares. En los diez meses que llevo en Italia todavía no he visitado Venecia, Florencia, Roma o Milán. Solo he ido de pueblito en pueblito.

Verona me encanta y me hace sentir más o menos como en casa. Puede que sea por Paolo, pero ahora mismo no me quiero mudar de sitio.

Paolo me ha convencido para que trabaje con él en el restaurante de Alessandro y lo he hecho con todo el placer. Hemos hecho un equipo increíble. Yo me encargo de la cocina y él de atender a las mesas. Así podemos atender a más clientes y, además, ofrecemos cosas muy distintas a las que se ofrecen por la región, gracias a que ambos somos más que creativos en cuestiones culinarias.

Por la noche acabamos tan agotados que apenas terminamos de cenar y nos quedamos dormidos en la hamaca colgante que Paolo tiene en la casita que ha alquilado.

No ha intentado ir conmigo más allá de besos y caricias y se lo agradezco eternamente. Le he hablado de Nick y de todo lo que viví a su lado y me ha comprendido. Él también vivió algo parecido con una tal Laura que lo destrozó de todas las maneras posibles. Le engañó incluso con uno de sus mejores amigos y, hablando con Paolo de Laura, me doy cuenta que Nick no era ni tan malo...

Paolo y yo somos como una especie de terapia el uno para el otro y eso nos une más que el amor. Porque no estoy enamorada. Al menos no como lo estuve de... él. Pero no pierdo las esperanzas de que eso suceda. Paolo es lo que yo siempre pensé que debía ser el hombre de mi vida y me gustaría sentir por él algo la mitad de intenso que sentí por Nick.

Hablo en pasado. Lo sé. Sé que me niego a admitir que todavía siento algo por él. Pero ha pasado mucho tiempo y al final es verdad que ojos que no ven corazón que no siente... bueno, no siempre. Cuando sueño con él y me despierto llorando tardo como dos o tres horas después en convencerme que Nick ya es pasado.

Esa es otra de las razones por las que me niego a pasar la noche con Paolo. Siempre me quedo dormida a su lado, sí, pero me despierto con el corazón acelerado al cabo de unos minutos y me despido siempre con bastante nerviosismo de él.

El motel en el que me hospedo es bastante barato y con el sueldo que saco del restaurante me da de sobra para pagarlo. Aún tengo algunos ahorros conmigo que quiero usar para invertirlos en algo importante, pero aún no me decido en qué.

Esta mañana me despierto más triste que de costumbre. He soñado con Nick, como siempre, pero también con David y Maya. Soñé que mecía a mi sobrinita mientras le cantaba una canción de los Beatles. Nick estaba a mi lado, sonriente. Nos acariciaba a Maya y a mí y nos decía lo preciosas que nos veíamos juntas. La carita de Maya se desvaneció de mi mente en cuanto abrí los ojos y eso me dolió.

Mi sobrina tiene más de un año ya y no sé cómo es. Pues seguro que ha cambiado muchísimo. Recuerdo cuando Nick solía decir lo perfecta que era y que era debido a que Maya tenía su sangre y la mía: “La mezcla perfecta” decía él.

No puedo parar de llorar. Tengo que dejar de hacerme esto. Quizá debería intentar ponerme en contacto con David y saber de él, de Alice y de mi sobrina

del alma. ¿Cómo estarán? ¿Seguirán juntos y siendo una familia feliz? ¿Será eso posible con alguien como mi hermano o como Nick?

No sé cómo he llegado aquí, pero estoy en la cocina del restaurante de Alessandro cuando me doy cuenta. Intento pensar en lo que he hecho esta mañana. Me he debido duchar, peinar, vestirme y he llegado a pie hasta el restaurante. Pero no lo recuerdo.

—¿Qué te pasa? —La voz de Paolo me saca de mi debate interno. Lo miro con mi fingido gesto de “no me pasa nada” y sonrío.

—Nada, ¿por?

—Te he dado la comanda de la mesa cuatro tres veces y no me has oído. —Vaya...

—Ah, perdón. Me pongo a ello. —Digo avergonzada y rebusco entre los papelititos que Paolo ha dejado en el tablón de comandas para ver a qué pedido se refiere.

—Es broma, Sally. Ya no quedan clientes. Son las cinco de la tarde. —Me dice con esa sonrisa de medio lado que tanto me gusta y me saca la lengua.

—¿Las cinco de la tarde?! ¡No puede ser! —Bramo.

—Sí, estás hoy de lo más rara. Oye, hoy es un día especial y he pensado que esta noche podríamos cerrar el restaurante y hacer algo juntos. ¿Qué te parece?

—¿Un día especial? —Pregunto e intento hacer memoria, pero no sé a qué se refiere.

—Hoy hace dos meses que entró en mi vida la mujer más bonita del mundo. —Sus palabras me ablandan y remueven algo en mi interior. No sé qué decir así que sonrío sin más. —Me gustaría llevarte a un lugar. ¿Qué dices?

—Vale. —Claro que voy a ir. Después de su alegato quién en su sano juicio se negaría.

—¡Genial! Pondré todo mi empeño en que te olvides de todas esas cosas que hacen que esa carita esté triste. —Suspiro.

Él sabe en qué estoy pensando, o más bien en quién, aunque hoy también pienso en Maya muchísimo. Paolo me conoce y yo apenas le he permitido conocerme. Pero se ha esforzado mucho en hacerlo.

—No puedes abrir los ojos hasta que yo te diga. —Me dice Paolo tapándome la vista con sus manos. Hemos llegado a algún lugar que solo él conoce en su motocicleta, pero, al ser de noche, no he podido ver dónde.

—¿Ya? —Pregunto nerviosa mientras intento andar por el campo sin caerme con los ojos tapados.

—Un segundo. ¡Ya! —Siento los ojos libres de sus manos y entonces parpadeo un par de veces. Frente a mí, la maravillosa vista de las luces de Verona de noche. ¡Increíble! —Puedes cerrar la boca. —Se burla Paolo de mí. Lo miro y sé que debo tener los ojos llenos de lágrimas. Tengo una mezcla extraña de sentimientos batallando en mi estómago que no sé cómo definir.

—Es precioso.

—Tú también lo eres. —Paolo me besa de esa forma tan tierna que él siempre lo hace. A mí me encantan sus besos y, normalmente, no suelo recrear a Nick en mi cerebro cuando me besa. Pero por algún motivo hoy sí lo hago, y lo hago más intensamente que nunca. Nick solía besarme con tanta pasión y desesperación que se sentía como si pudiera morirme de placer en ese instante. No me pasa eso con Paolo y creo saber el porqué.

—Bésame más fuerte. —Le pido aferrándome a su cuello y apretándolo contra mí.

Paolo gruñe ante mi repentina efusividad. No está acostumbrado a que lo bese así. Jamás antes lo besé así. Pero necesito que él me bese como Nick para dejar de compararlo de una maldita vez.

—Sally... eres tan bonita. —También necesitaría por una vez que dejase de ser tan políticamente correcto con todo lo que me dice, como era Nick.

¿Qué me pasa? ¿Tanto me ha influido Nick que me ha hecho a su imagen y semejanza para no poder disfrutar nunca más de un hombre que no sea como él?

—Quiero más. —Le suplico. Necesito un contacto más intenso para quitarme de la cabeza de una vez a ese cretino de Nick. Me gustaría ser capaz de decirle “Folláme, ya” pero mucho me temo que eso solo era capaz de sacármelo de la boca ese bastardo de Nick. Así me convirtió. En una maldita adicta a él. Una adicta que estará toda su vida en rehabilitación y podrá vivir sobria siempre y cuando no vuelva a cruzármelo nunca más.

—¿Quieres que...

—Sí. —Asiento.

—¿Estás segura? ¿No vas a pensar en él? —Otra vez siento la daga

clavarse un poquito más en mi pecho. Que Nick a miles de kilómetros de aquí sea capaz de arruinar este momento es del todo inadmisibile.

—Paolo, deja de recordarme a ese hombre. Él es el motivo por el que estoy aquí, contigo, a salvo.

—Está bien, perdona.

Está nervioso. Lo noto por cómo me mira. Paolo tampoco ha tenido muchas relaciones desde que Laura le dejó por última vez y sé que él también teme volver a encontrársela. Sé que teme volver a caer en sus redes y acabar en un psiquiátrico después, justo como yo.

De modo que tomo la iniciativa y comienzo a desabotonar su camisa. Es la primera vez que veo su torso y no puedo evitar de nuevo la maldita comparación. Paolo es delgado y, aunque bello, no puede compararse con Nick. Pero aun así no me negaré esto. Sé que es lo que necesito y estoy casi convencida que él también. Al quitarle la camisa veo una L tatuada sobre su pecho izquierdo. La rodeo con mis dedos y me compadezco de su sufrimiento. A él también lo han marcado, como a mí. Somos dos animales heridos en busca de una nueva oportunidad.

De repente su mano me coge de la muñeca para que no siga tocándole el tatuaje. Seguramente está incómodo con ello.

—Lo... lo siento. —Digo y lo miro a los ojos. Los suyos brillan bajo la luz de la luna de forma intensa.

—No, Sally, no lo sientas. Ese sitio ya no es de Laura, ahora es tuyo. Solo tuyo. —Dice y me quedo de piedra.

—¿Qué... quieres decir?

—Que te quiero. Me has sanado, Sally. Y quiero hacer lo mismo por ti. — Sus labios atrapan los míos justo para acallar un pequeño grito que iba a saltar. Me abraza con fuerza y no me permite alejarme de él.

Sus manos comienzan a hacer que mi vestido descienda hasta el suelo y me quedo en ropa interior y temblando, frente a él. Después me coge de la mano y me guía hasta una roca en la que Paolo se sienta y me hace sentarme sobre él. Lo estoy disfrutando, no puedo decir lo contrario. Estoy tan abrumada por las palabras que Paolo me ha dicho que no puedo pensar en todo lo demás.

Nos desnudamos y observo cómo Paolo se pone el preservativo sin todavía creerme lo que estoy a punto de hacer.

Cuando termina de ponérselo me mira y sonrío. Debo tener cara de lela. Pero su sonrisa es adorable y hace que no me tiemble el pulso a la hora de

volver a colocarme sobre él.

Lo siento entrar en mí y siento una punzada de dolor. No sé si físico o emocional. Pero a medida que Paolo me va haciendo el amor ese dolor desaparece abriendo paso a la esperanza. Hay vida después del amor. O, al menos, se le parece mucho.

Nick

Llevo dos meses quedando con Madison. Ha sido mucho más divertido y apaciguador de lo que esperaba. Pero llevo dos meses también sin tener sexo de ningún tipo.

Cuando empezamos a vernos los dos solos, me prometí a mí mismo que, a pesar de que no sintiera por ella nada más que un agradecimiento infinito por traerme de nuevo a la vida, dejaría de ser injusto con las mujeres y no vería a nadie más, mientras ella siguiera a mi lado.

Necesito de Madison para dejar de torturarme constantemente y mi terapeuta dice que es una muy buena opción para mí. Que puedo empezar a construir una relación positiva, basada en el respeto, la sinceridad y la comprensión.

Sin embargo, a pesar de los tercos intentos de Madison por iniciar un acercamiento físico conmigo, no puedo permitirselo. Le explico una y otra vez que no quiero acostarme con ella pensando en otra. No es justo para ella ni positivo para mí. No quiero dar pasos hacia atrás. Me ha costado demasiado avanzar un poco, para permitirme el lujo de retroceder.

Ella sabe lo que todavía siento por Sally y me promete una y otra vez que me esperará. Esperará a que esté listo para dar ese paso. No me merezco tanta comprensión por su parte, pero aceptaré todo sentimiento positivo que se me sea dado por primera vez en mi vida sin castigarme ni castigar a la persona que me lo ofrezca. Porque en eso se basa mi terapia.

Hoy vengo a casa de David y mi hermana para hacer de niñero de Maya, que ya ha empezado a decir sus primeras palabras y está para comérsela. Lo único malo es que la condenada es igualita que su tía Sally, pero con mis ojos. Es simplemente preciosa. Esos rizos oscuros, esa sonrisa que tanto echo de menos... es mi castigo y a la vez la única forma que tengo de tener algo de Sally todavía en mi vida.

—Bien, tienes la cena de Maya preparada en el frigorífico. Solo tienes que calentarla, pero no demasiado. —Me indica mi hermana mientras David la

imita a sus espaldas con ese gesto de mandona que tiene que tanto nos divierte a Dave y a mí. A veces es demasiado protectora con mi sobrina, pero es muy buena madre. —Ah, ¡y no se te ocurra darle pizza otra vez! Es demasiado pequeña para esas porquerías.

—Sí, señor. —Digo haciendo un gesto con la mano de obediencia.

—¡Lo digo en serio, Nick! —Alice se pone los brazos en jarra.

—¡Mandona! —Le grito sacándole la lengua.

—¡Nona! —Me imita Maya y nos carcajamos todos a la vez al oírla. La cargo en brazos y le doy un besazo en esos mofletes gordotes que tiene.

—Enana, mamá es un verdadero coñazo, ¿verdad? —Maya se ríe y vuelvo a ver la sonrisa de Sally. Creo que mi gesto se ensombrece por como veo que Alice y David me miran.

—¿Va a venir Maddie? Maya la adora. —Me dice mi hermana al comprender qué me pasa. Ojalá no fuera tan evidente mi dolor interno. Pero es que, según mi terapeuta, tengo que aprender a expresar todo lo que siento como parte de la terapia, y mucho me temo que se me está dando más que bien.

—Ajá. —Digo con tristeza. —Veremos alguna peli de risa, supongo. —Son las únicas películas que puedo ver desde que Sally no está. Esas o las de Disney.

—Maddie es un amor. —Dice mi hermana como siempre negándose a hablar de Sally. Está dolida también por cómo se fue, pero sé que es porque la echa mucho de menos y porque no ha querido saber ni siquiera de Maya. Yo sé que es por mi culpa. La cara de David también es un poema. Él también está en terapia y no puede evitar echarse a llorar cada vez que su hermana sale en la conversación, aunque sea de forma indirecta.

—Venga, idos ya, Justin Timberlake no va a esperaros a vosotros para empezar el concierto.

—Está bien, te quiero hermano. —Alice me besa y me abraza con fuerza.

—Te quiero, tonta.

Una hora después estamos Madison, Maya y yo comiendo palomitas y viendo la película del Rey León más que entretenidos. Cuando miro a Maya, veo que se ha quedado completamente dormida. Así que la cargo en brazos y la llevo a su habitación. La acuesto en su cunita y beso su frente, preguntándome cómo habría sido haber hecho una familia con la mujer de mis sueños. Seguro que habríamos hecho un hijo o una hija tan perfecta como Maya.

Vuelvo al salón con el alma en los pies. Madison se da cuenta en seguida y trata de animarme en cuanto me vuelvo a sentar junto a ella.

—Maya es preciosa.

—Sehh —suspiro. Maddie no lo sabe, pero hablar de Maya ahora mismo solo empeora las cosas para mí.

—Tú también. —Me dice y me distrae de mis pensamientos. La miro con una ceja alzada.

—Gracias. —Digo extrañado. Ella me sonríe y me besa con dulzura. Los besos de Madison son como un bálsamo.

Thomas, mi terapeuta dice que son besos curativos de todos los besos que mi madre nunca me dio. Y sí, porque no producen otra clase de placer en mí. Pero no pasa lo mismo con ella. Lo sé cuándo de repente la tengo sentada a horcajadas sobre mí. Mierda.

—Te necesito, Nick. Ábrete un poco. Déjame llegar a ti. —Dice colocando su mano sobre mi pecho y yo se la aparto instintivamente sin ningún tacto. Ella se muestra dolida ante mi gesto.

—Perdón. Es que me pilló por sorpresa. Yo...

—No importa. —Sonríe. —Bésame. —Me pide todavía sentada sobre mí y lo hago.

Le beso y trato de mostrarme apasionado. No sé si lo consigo. Ella, sin embargo, lo consigue. Su lengua acaricia la mía y esa carita de inocente llena de pequitas consigue distraerme por un momento cuando veo que sus azules ojos arden al mirarme. Creo que me estoy poniendo hasta cachondo.

—Maddie yo...

—Shh, deja de pensar todo tanto.

—No quiero hacerte daño. —Suplico. Es la verdad, no podría cargar con otra víctima del cabrón de Nicholas Donovan sobre mi conciencia. Ni tampoco quiero compararla con Sally. Madison no se lo merece, y sé que lo haré.

—Seguramente me lo hagas si piensas en ella mientras tienes sexo conmigo, pero no lo harás adrede. Tú nunca me harías daño conscientemente. Y seguramente, poco a poco será mejor y más fácil, Nick. —Tiene razón, ¿no? La cuestión es que sus palabras me paralizan por un momento que Madison aprovecha para quitarme la camiseta y seguir besándome desafortunadamente. Mi mente está espesa y no se decide acerca de qué hacer; si continuar lo empezado o atajarlo antes de que sea demasiado tarde y le haga daño a alguien

más. —Oh, ¿veinticinco de abril? ¡Qué curioso, hoy es veinticinco de abril! — Dice de repente y sus palabras accionan una parte de mi cerebro que llevo meses manteniendo a raya.

—¿Qué? —Digo y la separo de mí. Miro a sus ojos.

—Lo... lo tienes tatuado sobre el pecho. —Me dice a modo de disculpa y miro el tatuaje que me hice hace meses sobre mi pecho. Mierda. —¿Qué... significa? —Pregunta con miedo y la miro preguntándome si debería decírselo justo ahora.

Ya le he hablado de mis otros tres tatuajes que llevo sobre las muñecas: la fecha de nacimiento de Mike y mía, la fecha de la muerte de Mike y el día que conocí a Sally. Pero no le he dicho que tatué la fecha del cumpleaños de Sally sobre mi corazón, para recordarme para siempre la última vez que la tuve en mis brazos.

—¿De verdad quieres saberlo? —Le pregunto con precaución. Y, de un momento a otro, Madison rompe en un llanto amargo y desgarrador sobre mí. —Joder, Maddie, ¿qué te pasa? —Pregunto perturbado, pero ella apenas puede hablar. —Lo he hecho, ¿verdad? Te he jodido a ti también. Perdón, perdóname Maddie. —La abrazo con fuerza y acaricio su espalda. Me rompe el corazón verla así. —Shhh, ya, ya. —Se calma un poco y vuelve a mirarme, con esos ojitos azules llenos de lágrimas. —Soy un mierda, Maddie. No deberías perder el tiempo conmigo. Deberías darle tu cariño a alguien que de verdad pudiera ser el hombre contigo que te mereces.

—No hay mejor hombre que tú sobre la tierra, Nick. Lo demuestras a diario con todo lo que haces por esas mujeres, tu percepción de la belleza femenina a través de tus cuadros, la forma en la que cuidas de Maya. No quiero a otro. Te quiero a ti. Te quise desde que te conocí. Y, a pesar de que siempre supe que eras de ella, decidí esperarte, porque sé que merece la pena. Simplemente me duele verte así, por ella. Ella nunca ha sabido ver todo lo bonito que tienes, Nick y seguro que...

—Vale, vale, me has convencido. —Le sonrío para no ser tan grosero en la forma en la que la he acallado. Me encanta las cosas tan bonitas que Madison dice de mí a pesar de que a ella nunca le he escondido nada y sabe todo lo que he hecho. Pero me sigue doliendo como nada en el mundo escuchar que para Sally no soy nada y yo sigo marcado como si fuera de su propiedad eternamente. —Pero hoy no, por favor. —No puedo evitar que la herida de mi pecho se haya reabierto al darme cuenta de que hoy es el cumpleaños de Sally

y yo no estoy ahí para verla soplar su vela. Yo no soy su deseo de cumpleaños y puede que ni siquiera se acuerde de mí. —Dentro de unos días iré a Roma para la exposición. Cuando vuelva de allí prometo venir renovado. —Prometo con una sonrisa en los labios. Madison me sonrío de vuelta y asiente.

—¿No me vas a llevar a Roma? —Pregunta haciéndose la niña ingenua y me río ante su descaro.

—Será un viaje purgador. La próxima vez te llevaré, te lo prometo.

Poco después llegan Alice y David, por lo que Madison se despide de ellos y decide esperarme en mi coche al ver la cara que trae mi cuñado. David ni siquiera saluda al entrar, sino que se dirige directamente a su habitación y se encierra allí.

—¿Qué le pasa a éste? —Le pregunto a Alice que tampoco tiene buena cara. —¿Ha desafinado mucho Justin? —Bromeo, pero la cara de mi hermana se ensombrece todavía más. Mis alarmas se activan instintivamente. —¡Qué! ¡Habla Alice! —Zarandeo a mi hermana que se echa a llorar en mis brazos y me abraza con fuerza.

—Ha llamado. Hoy es su cumpleaños y ha llamado al fin, después de un año. —Sin darme cuenta rompo en un amargo y desolador llanto yo también. Abrazo a mi hermana con todas mis fuerzas. —Dice que... está bien. Está lejos y... joder, la echo tanto de menos a esa imbécil...

—Ella... está...

—No lo sé. —Mi hermana adivina mis intenciones de preguntarle si Sally ha encontrado el amor lejos de mí, pero simplemente no he sido capaz de poner en palabras ese horrible supuesto. —Dice que se acuerda de todos mucho. Que nos lleva en su corazón. Pero que es feliz y necesitaba serlo. No sé ni dónde está. No ha querido decirnos nada. No va a volver, Nick. —Sus ojos llorosos me miran y me vuelvo a sentir en caída libre sin paracaídas al oír de los labios de mi hermana todos mis miedos.

—Tiene que hacerlo. —Digo sacudiendo la cabeza. —La... la quiero demasiado... todavía. Tiene que volver. Tiene que saber todo lo que he hecho por ella. —Lloro y me tengo que sentar en el sofá para no desvanecerme.

—Nick, tú tienes a Madison. Ella es una buena chica.

—No puedo amarla, Alice. No puedo darle lo que le pertenece todavía a ella. —Mi llanto es cada vez más amargo.

—Voy a decirle a Madison que te quedas aquí esta noche. Será mejor que no te vea así. —Dice Alice y se va hacia la puerta de la casa, en dirección a

Madison.

Yo me quedo allí. Sintiendo como el agujero de mi pecho está más abierto que nunca y vuelvo a desangrarme por dentro.

Si solo pudiera verla una vez más...

25

Sally

Paolo no sabe qué me pasa hoy y no voy a contárselo. No es justo que siempre que pasa algo malo entre nosotros dos sea el nombre de Nick la causa. Paolo es tan perfecto que no se lo merece.

No sabe que hoy es mi cumpleaños y no voy a decírselo. Para colmo hoy acabamos de llegar a Roma, la ciudad natal de Paolo, y no dejo de pensar que me hubiera gustado visitar esta ciudad de la mano de Nick. Hemos venido porque un amigo suyo acaba de abrir una empresa de catering y ha contactado con Paolo porque necesita su ayuda. Paolo le habló de mí a su amigo y me ha contratado también como encargada de cocina.

Y no puedo sentirme contenta por el nuevo cambio. Hoy es uno de esos días de mierda e intento culpar a la regla de mi mal humor, aunque mi cabeza y yo sabemos quién es el verdadero culpable. Hoy hace un año que estuve con él por última vez y me doy cuenta de que me he cargado mi cumpleaños para siempre.

Pero nadie nunca sabrá lo que siento de verdad.

Solo le he dicho a Paolo que me encuentro mal. Que algo de lo que he comido por el viaje me ha sentado mal y que quiero estar sola en la habitación del hotel en el que nos hospedamos, hasta que encontremos un apartamento para los dos.

Estos dos últimos meses con él habían sido de lo mejor. Hemos tenido buen sexo, no perfecto, pero mejor de lo que me esperaba que sería tener sexo con otro hombre distinto a Nick. Hemos construido una bonita relación sentimental y me siento más o menos feliz.

Pero hoy, al llegar a Roma, todos mis muros han caído al recordar que es mi cumpleaños, que estoy en Roma y que Nick no está a mi lado. Tampoco Alice, Dave ni Maya.

Y, como no pude mantener mi estado anímico en anonimato por mucho tiempo, finalmente mentí a Paolo diciéndole que echaba de menos mucho a mi hermano mayor, que eso era todo lo que me pasaba. Él me animó a buscar su

número de teléfono y llamarlo. Y ahora me encuentro en la habitación del hotel con el teléfono en las manos e intentando encontrar las palabras adecuadas que decirle a David después de un año de ausencia.

Finalmente, y con el pulso tembloroso, decido llamar con número oculto y al tercer tono me responde.

—¿Hola? ¿Quién es? —La voz de mi hermanito me hace echarme a llorar en el acto.

—Hola, Dave. —Digo como puedo.

—¿Sally?! ¡Eh! ¡No cuelgues, espera! —Me dice y escucho un tremendo barullo de fondo. —¿Sally? ¿Estás ahí? —Pregunta cuando creo que está en un sitio menos ruidoso.

—Sí. Estoy aquí. —Sonrío y miro al cielo con lágrimas de alivio al escuchar a mi hermano regándome el rostro.

—¡Sally, joder, enana! —David comienza a llorar como un niño y me conmueve oírlo así. Él nunca ha demostrado sus sentimientos tan abiertamente. “¿Es ella?” Escucho la voz de Alice de fondo. —Sí, dios mío, sí. Oye, Sally, dime cómo estás. ¿Estás bien? ¿Vas a venir? Por favor, di que sí, me muero por verte...

—Yo, estoy bien, David. Iré a veros, pero no ahora. Estoy... ocupada con un nuevo trabajo y no puedo. —No puedo parar de sonreír y llorar mientras hablo con mi hermano. —¿Cómo está Maya? ¿Cómo estáis todos?

—Estamos bien. Te echamos todos de menos, mucho, pero estamos bien. —Ese “todos” remueve algo en mi estómago que hace que no pueda casi respirar. —Oye, vuelve, pequeña, no sabes lo que Nick y yo hemos cambiado. Hemos hecho una...

—No, por favor, Dave, no me nombres a Nick. No todavía. Solo quería saber cómo estáis y deciros que yo también os echo muchísimo de menos, a todos.

—Está bien, está bien.

—Cuando esté lista para hablar con él lo llamaré. Pero, por ahora, cuéntame de Maya, de Alice y de ti.

—Estamos muy felices, de verdad. Alice y yo somos unos padrazos y Maya está preciosa. Se parece tanto a ti...

—¡Dave, déjame hablar con ella! —Escucho a mi amiga del alma y río al oírla de felicidad.

—¡Espera, joder! —Grita mi hermano.

—Me muero por verla... debe estar enorme. Ya no se acordará de mí.

—Bueno, sí que se acuerda, Nick... quiero decir, le contamos cuentos sobre ti, ¿sabes? Porque eres parte de esta familia y lo serás siempre. — Comienzo a llorar amargamente y ya no puedo seguir hablando. —Fuiste su primera palabra hablada. Te queremos, pequeña.

—Y... yo...

—Eh, no llores y vuelve pronto, ¿vale? Tengo que ver esa cara de lela o me moriré de la tristeza. —Digo que sí como puedo y entonces oigo la voz de Alice.

—¡Oye! ¡Déjate de gilipollecas y vuelve de una vez! —Me grita también llorando.

—¡Alice!

—Sí, soy yo, estúpida. Tu supuesta amiga del alma.

—Te quiero, Alice. —Le digo completamente destrozada.

—Pues entonces vuelve para que pueda darte un achuchón como es debido. Y después una patada en ese culo respingón por habernos hecho sufrir tanto. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Sí. Ahora mejor que nunca. —Digo completamente convencida.

—Me alegro. Vuelve pronto o, por lo menos, llámanos más a menudo.

—Lo haré. —Prometo.

—Bueno, te paso con el pesado de tu hermano, que no me deja seguir hablando contigo.

—¡Eh! Te quiero, pequeña, te quiero infinito. No lo olvides, por favor.

—No lo haré. Yo también te quiero.

—Perdóname por todo lo que hice. Te prometo que ya no soy el mismo, Sally.

—Claro que te perdono. Hagas lo que hagas lo haré. Simplemente ya he aceptado que yo soy la perfecta de los dos. —Bromeo y me río.

—¡Ja, ja! ¡Eso ya lo veremos cara a cara!

—Lo haremos. Tengo que dejarte. —Digo y cuelgo antes de oírle decirme adiós.

Acto seguido me tiro a la cama de la habitación y lloro por una mezcla de sentimientos encontrados. Estoy feliz de saber que están bien, que sigo siendo parte de la vida de todos, incluida Maya y... creo que de él también. Porque a David se le ha escapado su nombre cuando ha dicho que le cuentan cuentos a Maya sobre mí como protagonista de ellos. ¡Es precioso! Y, por primera vez

en un año entero, hago algo que jamás había hecho antes: busco información sobre Nicholas Donovan en internet.

Lo que veo es algo que simplemente me cuesta creer. Por lo visto, desde hace algo más de un año, Nick y mi hermano han creado una ONG para ayudar a mujeres maltratadas y hoy en día cuentan con el reconocimiento internacional y de multitud de celebrities. ¿Es posible que el Nick que yo conocí haya hecho algo así de hermoso?

Sigo buscando y buscando sobre la ONG llamada “ni una lágrima más” y en todas las publicaciones veo la foto de Nick. Dios mío... Nick. Está distinto, casi siempre luce una barba de varios días que le da un aspecto todavía más seductor y maduro y... esos ojos... No, no, no, ¡para de una vez, Sally!

Apago el móvil y me meto en la cama. Poco después llega Paolo a la habitación, que había salido con sus amigos a cenar y a dejarme un poco de espacio. Lo escucho entrar y noto como se mete en la cama, conmigo, abrazándome desde la espalda, como a mí me gusta.

—Ciao, bella. —Susurra con voz seductora en mi oído y yo me hago la dormida. Si quiere algo más conmigo, hoy, desde luego, no podrá ser. No podré estar con él sin ver a Nick por todos lados. No debería haber indagado sobre él por internet si no tengo intención de dejar a Paolo. —Buenas noches, descansa. —Dice besando mi sien cuando ve que no doy signos de estar despierta.

Aunque no duermo en toda la noche. No puedo dejar de pensar en Nick de nuevo y me muero por llamarlo y escuchar su voz. Su manera de llamarme nena...

Hoy Fabio, el amigo de Paolo que nos ha contratado en su empresa de catering, nos informa de que vamos a cubrir un evento muy especial en uno de los mejores hoteles de Roma. Celebrarán una gala cultural a la que asistirán importantes nombres del mundo de la cultura y el arte y, por lo visto, han degustado nuestras especialidades entre las que se encuentran la “Empanada Sally” y los “Pastelitos Paolino” y se han enamorado de nuestros productos.

Sólo llevamos unos diez días trabajando para la empresa de Fabio, pero ya nos hemos hecho con el control de todo entre Paolo y yo. Yo cada vez controlo mejor el italiano y Fabio confía plenamente en nosotros para cubrir el

evento.

Como iremos como jefe de cocina Paolo y yo como jefa de sala, tendremos que vestirnos acorde con las circunstancias y decidimos ir juntos a comprarnos ropa de gala para ello, pues ni Paolo ni yo contamos con ropa así entre nuestras pertenencias.

Sin embargo, cuando llega el día de la gala, Paolo se levanta con muy mala cara y una fiebre altísima.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? —Me alarmo al abrir los ojos y verlo así.

—Mmmm, no lo sé, no me siento nada bien. Puede que sea porque llevas varios días huyéndome. —Bromea, aunque sé que no bromea del todo. Desde mi cumpleaños llevo poniendo toda clase de excusas para no tener sexo con él y se está empezando a dar cuenta.

—No digas tonterías. Déjame ponerte el termómetro. —Me levanto de la cama y me dirijo al baño de nuestro nuevo pequeño apartamento para buscarlo. Cuando vuelvo a la habitación, Paolo se ha vuelto a quedar dormido. Le pongo el termómetro y espero unos minutos. —¡Treinta y nueve! ¡Madre mía! Hay que cancelar lo de esta noche. Fabio tendrá que encontrar a alguien más.

—No, ve tú. No podemos hacerle esto. —Me dice. No estaba tan dormido, al parecer.

—No voy a dejarte solo así.

—Llamaré a mi madre. Ella vive aquí también, ¿recuerdas? —Asiento avergonzada. Me lo ha dicho muchas veces y me ha sugerido presentármela, pero yo he sido reacia a conocerla. No quiero ir tan serio tan pronto. Solo llevamos dos meses y no sabemos cómo va a salir todo esto. —No te preocupes por mí. Estaré bien con mi mami. —Me dice sonriente.

—Vale, pero alguien tendrá que cubrirte en cocinas. —Digo conforme finalmente.

—Que vaya Fabio. Él puede hacerlo. Seguro que tú le ayudas también.

—Está bien, intentaré hablar con él y explicarle. Llama tú a tu madre. —Le digo besando su frente, pero Paolo me sorprende besándome en los labios y me sonrío.

—No es nada. Seguro que mañana estoy mejor. Cambia esa cara. Lo harás de maravilla esta noche. Demuéstrales a todos lo que vales. —Sus palabras son tan reconfortantes que no puedo evitar abrazarlo con fuerza.

Dos horas después estoy en el Hotel Lombardi intentando aclararme con el

repcionista sobre hacia dónde debo dirigirme como encargada de la puesta en funcionamiento del catering del evento de esta noche.

Estoy nerviosa y eso se nota a la hora de intentar hablar italiano. Normalmente lo hago mejor de lo que lo estoy haciendo hoy, pero tener a Paolo a mi lado por si me lío siempre ha sido un gran apoyo. Además, haber conocido (aunque fuera brevemente) a su madre también me ha puesto de los nervios. La mujer parecía contenta de conocerme, pues Paolo le ha hablado maravillas de mí. Incluso aunque lleve más de una semana de lo más extraña con él. Pero Paolo es así, siempre ve lo positivo de las personas, me recuerda a como era yo antes de... no, hoy no voy a pensar en él.

Al fin llego a la zona de cocinas y doy las instrucciones oportunas a los cocineros y camareros sobre cómo debe ser servido el catering. Fabio asiente a todo lo que yo le digo, parece ser que él también confía mucho en mí, y eso es gracias a Paolo que no ha dejado de elogiar mi trabajo desde que hemos llegado a Roma con todo el mundo.

Cuando todo está listo, me meto en el baño para retocarme un poco el maquillaje. Hace mucho que no me maquillo tanto ni me visto así. Aunque creo que nunca me he vestido así. Parezco mucho más mayor. Llevo un traje de pantalón y chaqueta (sin nada debajo) de brillo y negro. Realza mi escote. El pelo recogido en un cuidadoso moño bajo y los labios pintados de rojo pasión. Verme así me da un poco más de confianza en mí misma. Menos mal que casi todos los invitados hablarán inglés o no sé qué acabaría diciendo.

Me estoy retocando los labios cuando escucho una voz que me resulta algo familiar.

—Sí, el hotel es una preciosidad. La próxima vez te vienes, se ponga Nick como se ponga. —El corazón se me detiene al ver a través del espejo a Christina, la manager de Nick. Mierda, mierda, ¿él está aquí? No puede ser... Guardo con mucho patosismo el pintalabios en el bolso y salgo del baño con la cabeza gacha y rogando al cielo para que no me reconozca. —Sí, Nick está bien. —La oigo decir cuando ya he alcanzado la puerta del baño. Suspiro y salgo del habitáculo a toda prisa sin saber a dónde me dirijo.

—¡Eh! La recepción es por allí. —Me dice Fabio cuando me lo encuentro por el pasillo. —Oye, ¿estás bien? Te ves pálida. ¡Por favor, por favor, no me digas que tú también enfermaste o me moriré si me dejas solo con esto! —Me dice y yo estoy a punto de desmayarme. Joder, ¿qué hago?

—Estoy bien, solo necesito tomar un poco el aire. ¿Tienes un cigarrillo?

—Le pido a Fabio que me mira extrañado.

—No sabía que fumaras. —Me dice mientras me tiende el cigarrillo que le he pedido y un encendedor.

—Y no fumo. Pero necesito algo ahora mismo que me serene y el alcohol no es lo mejor. —Sonrío e intento seguir caminando.

—La terraza está al otro lado. —Me dice Fabio y maldigo todo lo maldecible. ¡No me jodas que voy a tener que cruzar el maldito salón de eventos!

—Gracias. —Digo sin más y me dirijo hacia el salón.

Por suerte está atestado de gente. Los invitados ya están aquí esperando a que se les sirva el catering. Procuero pasar con la cabeza gacha hasta conseguir llegar al otro extremo para poder tomar un poco de aire fresco y fumarme el dichoso cigarrillo.

De repente, mis ojos lo ven. Es inevitable, todo gira en torno a él. Es como si el universo también lo hiciera. Como si el centro de la tierra siguiese siendo él: mi amado Nicholas Donovan. ¡Maldita sea! ¡Cómo es posible que esté más guapo aún que como lo recuerdo! Vestido de traje negro, camisa blanca y corbata negra. Peinado hacia atrás y con esa barba que ahora luce que le queda sensacional. No me ha visto y me recreo unos segundos en ese rostro tan perfecto que tanto he echado de menos durante más de un año. Está hablando con un conocido director de cine y su esposa y parece que le hace gracia lo que le dicen por cómo sonrío.

Me quiero morir. No sé cómo he podido vivir tanto tiempo sin contemplarlo de cerca. No sé cómo he podido respirar sin tenerlo a mi lado. Parece que la vida le ha tratado bien y parece que el haberme ido de su lado ha ayudado a que Nicholas Donovan por fin se haya convertido en el hombre que yo siempre he visto que vivía dentro de él.

Estoy orgullosa de él.

¿Lo estoy?

Sí, claro que lo estoy. Lo he odiado durante mucho tiempo por culparle de todos mis males, pero lo cierto es que yo sé bien por todo lo que Nick ha tenido que pasar hasta convertirse en quién es hoy en día. Un pintor de éxito y, a juzgar por lo que he leído de él en la prensa durante estos días, un referente del feminismo actual. ¿Quién lo iba a decir? Ojalá haya tenido yo que ver algo en eso.

Los camareros comienzan a entrar y a servir bandejas y uno de ellos se

acerca hasta Nick. Lo veo saboreando un trozo de “Empanada Sally” y su cara de placer al hacerlo me hace sonreír.

Será mejor que me fume el maldito cigarrillo ya antes de que Fabio se ponga de los nervios al ver que yo no me estoy encargando de la sala.

Llego a la terraza justo cuando veo que Nick le pregunta algo al camarero y parece que se asombra al escuchar lo que éste le contesta.

En la terraza estoy sola. Menos mal. Gracias a ello puedo soltar un pequeño grito de dolor. Sí, duele verlo después de tanto tiempo y darme cuenta de que no ha mermado en nada todo lo que siento por él.

Me enciendo el endemoniado cigarrillo y tras dos o tres caladas lo tiro al suelo y lo pisoteo. ¡Quiero volver a verlo! Pero... Paolo...

—¿Estás bien? —Doy un grito al escuchar una voz masculina tras de mí. Pero es solo uno de los camareros. Lleva una bandeja de copas de vino de toda clase.

—Sí, sí, dame una. —Le pido de mala manera y siento su mirada incrédula cuando ve que me bebo lo que hay en la copa de un solo trago. —Ahora estoy mejor.

—Fabio está preguntando por ti.

—Iré a hacerme cargo de la cocina, que se encargue él de la sala. —Digo y vuelvo a cruzar la sala con la mirada fija en el suelo y tratando de obviar la presencia imponente de Nick en este lugar. Es increíble como mi cuerpo es capaz de notar que él y yo estamos respirando el mismo aire en estos instantes.

Llego a la cocina casi sin aliento y Fabio parece que se alegra de verme.

—¡Al fin vuelves! Los camareros están sirviendo ya el vino blanco y los entrantes.

—Fabio, ¿puedes encargarte tú de la sala? Yo me haré cargo de la cocina. —Pido o más bien suplico.

—Sally, yo no sé el orden de las cosas. Por favor, relájate, lo harás super bien. —Suspiro y miro al cielo.

—Está bien. Puedo hacerlo. Sí, lo haré.

Nick

“Es Empanada Sally”... sí, lo he oído perfectamente. También he sentido la electricidad recorrer mi cuerpo de pies a cabeza en cuanto he puesto un pie en este sitio. ¡Está aquí! Lo lamento por el tipo que me estaba hablando, que parece importante y todo eso, pero tengo que encontrarla.

¡Sally está aquí! Comienzo a pasear de un lado a otro por el salón buscando su rostro. El corazón se me va a salir por la garganta. Tengo la boca seca y unas inmensas ganas de llorar.

No me iré de aquí sin verla.

—¡Eh! ¡Al fin te encuentro! —Me intercepta Chris. Mierda, ahora no. Espero que no se dé cuenta a quién estoy buscando o me matará por hacerle esto a Maddie. Pero es Sally de quien estamos hablando. Mi Sally.

—Ahora vengo, tengo que... tengo que ir al baño. —Le digo y me la sacudo de encima como puedo.

Sigo dando vueltas de un lado para otro de la sala hasta que... Oh. Dios. Mío. Ahí está. No me ve. No. No. No. Es la cosa más bonita que he visto en mi vida y está aquí. Cuando sus ojos se sienten atraídos por los míos como un imán decido esconderme tras una columna para poder coger aire antes de enfrentarme a ella.

¿Qué debería decirle?

Que la quiero, con toda mi alma. Que he pasado cada día desde que ella se fue imaginándome el momento en el que me la volviera a encontrar.

Pero seamos sensatos, Nick, si ella quisiera escuchar eso de mí se habría puesto en contacto conmigo alguna vez.

Está bien, respira. Respira y trata de relajarte. Salgo de detrás de la columna tras haber inspirado con fuerza tres veces y, no la veo. ¡Mierda, dónde está!

Me relajo al volver a verla en una esquina del salón, dirigiendo el goteo de camareros que entran ofreciendo aperitivos y bebida. ¿Cómo puede estar tan bonita? Toda una mujer. ¿Llevas aquí todo este tiempo, Sally? Italia... ni

siquiera se me pasó por la mente.

No sé cuánto tiempo paso observándola. Alguien me habla, creo, pero no quiero perderme ni un segundo de ella, así que ignoro todo movimiento que no provenga de Sally. Mis pies se permiten acortar un poco la distancia entre los dos. Tengo que hablar con ella, pero estoy alargándolo todo lo que pueda, por si, al verme, vuelve a salir corriendo de mí.

En mi avance, piso sin querer a una mujer que lanza un grito descomunal. Motivo por el cual los ojos de Sally se desvían hacia mí.

Su mirada choca con la mía y veo cómo abre los ojos al verme. No puedo moverme. No puedo respirar. Dios, si existes, mátame ahora mismo si no voy a volver a poder besar a esta mujer nunca más. Mátame justo ahora. Mientras la veo tan preciosa. Tan poderosa. Tan amada como siempre. Mi Sally.

Tengo que parpadear varias veces cuando veo que sus labios esbozan una tímida sonrisa en mi dirección. Quiero sonreírle de vuelta, pero mucho me temo que romperé en llanto.

—¡Oye! ¡Ven de una vez! —Chris vuelve a sacarme de mi estado de shock tirando de mi brazo. Obligándome a mirarla. —Hay alguien a quien quiero presentarte. Es importante y...

—¡Ahora no, Chris! —Bramo y vuelvo a buscar a Sally. ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Dónde está!

—¿Qué te pasa? ¿A quién buscas? —Chris mira en la dirección en la que miran mis ojos, pero no hay ni rastro de Sally.

- Tengo que irme, Chris, encárgate tú de los contactos. —Le digo y trato de ir en busca de Sally, pero Chris tira de mí y me mira indignada.

—¡Qué diablos estás haciendo! No te vas a ir corriendo. Ésta es la oportunidad que buscábamos para abrirte a todos esos países europeos que todavía no exponen tu obra. ¡No pienso permitirte que lo arruines!

—No eres tú la que da las órdenes aquí, Chris. —Le advierto más que enfadado. Me está haciendo perder un preciado tiempo que no voy a volver a tener con Sally y es todo cuánto le he pedido a la vida durante estos trescientos setenta y seis días que llevo sin ella.

—¿Pero qué carajos te pasa? ¡Deja de actuar como un crío mimado! ¡No voy a estar siempre para tapar tus mierdas cada vez que te dé la neura!

—Estupendo, pues estás despedida. —Le digo y me giro de nuevo en busca de Sally.

—¡Nick, qué dices! —Vuelve a tirar de mi brazo y me giro completamente

endemoniado hacia ella.

—¡Déjame de una vez, joder! ¡Quédate haciendo tu trabajo o vete! ¡Pero déjame a mí de una maldita vez! —Grito enervado y al fin consigo intimidarla y que no me siga.

Me vuelvo loco buscando a Sally y estoy a punto de gritar su nombre a los cuatro vientos en esa abarrotada sala cuando algo me dice que sé dónde la encontraré.

Entro en el baño de señoras y escucho unos grititos ante mi irrupción, pero los ignoro. Un llanto amargo me llama desde el otro lado del habitáculo de un servicio y llamo a la puerta con el pulso tembloroso.

—¡Ocupado! —Oigo su voz temblorosa y aprieto los ojos de alivio. La encontré.

—Sally, abre, por favor. —Mi voz es casi inaudible. Pero de repente su llanto cesa. —Sé que estás ahí. Ábreme, te lo suplico. —Y ahora me tocará suplicarle por horas hasta que lo haga, pero me da igual. No me moveré de aquí hasta que me abra la condenada puerta. Sin embargo, y contra todo pronóstico, oigo el cerrojo de la puerta y tras él la puerta se abre, dejando a escasos centímetros de mí el rostro de ese ángel caído del cielo. Me mira con ojos llorosos y la pintura completamente corrida por su rostro. —Hola. —Sonrío y me encojo de hombros. No sé qué otra cosa decir. Quiero besarla hasta sanar sus heridas y las mías, pero sé que ella no quiere y no puedo obligarla.

—Nick. —Susurra.

—Lo siento, no quería arruinarte tu trabajo. No sabía que te encontraría aquí. —Digo a modo de excusa. —Solo quería pedirte per... dón por todo.

No sé qué broma del destino es esta, pero ¡que me corten los huevos si no es la mismísima Sally Morrison la que tengo frente a mí acariciando mi rostro.

—Nick. —Sus manos examinan mi barba y tengo que apretar los labios para no liberar un gemido de alivio.

—Sally. —Hago lo mismo y limpio sus lágrimas con las yemas de mis pulgares. —No llores, por favor. No más lágrimas. —Le pido.

—No son de dolor. —Me dice con dulzura y me siento un poco aliviado.

—Estás pre... ¿cómo estás? —Decido que mejor no me dejo llevar por mis impulsos antes de saborear su cercanía un poquito más. Sé que en cuanto le diga lo preciosa que está huirá de mí y de lo que puede que todavía le haga sentir, como de costumbre.

—Dilo. —Me dice acercándose tanto a mí que creo que me voy a marear. Su dulce olor me llena todos los sentidos y no puedo dejar de mirar sus labios rojos. —Di lo que ibas a decir. —Me pide y trago saliva.

—No en el baño de señoras de este selecto lugar o estoy seguro que después no podré responder de mis actos y mañana tú y yo saldremos en todos los periódicos por pervertidos y exhibicionistas. —Sally libera una de esas carcajadas que tanto he extrañado y yo trato de grabar esa imagen en mi cerebro.

—Vayamos a otro sitio. —Me pide y coge mi mano.

Su tacto en mi piel después de tanto tiempo es como si tocase el mismísimo sol: abrasador. Sally tira de mí y salimos entre risas del baño de señoras, pues todas las mujeres que pasan por nuestro lado nos miran como si estuviésemos locos.

Comenzamos a alejarnos del salón de eventos y de repente estamos Sally y yo, cogidos de la mano, en mitad del pasillo de un hotel pijo de Roma. Y creo que no estoy soñando. O puede que sí. Esto debe ser un sueño. De otro modo Sally no me estaría acorralando contra la pared y besándome como si fuese el último día de nuestras vidas. Sus gemidos de alivio se mezclan con los míos y nuestras manos recorren el cuerpo del otro. Y no es hasta que escuchamos a varios clientes del hotel alarmarse de nuestro comportamiento que al fin reaccionamos y nos separamos, casi sin aliento.

—Yo... tengo una habitación aquí, pero...

—Vamos. —Me dice y parece decidida.

Cogidos de la mano nos introducimos en el ascensor y nuestros labios vuelven a buscarse. No quiero decir nada que pueda arruinar este momento. Pero con mis manos le digo muchas cosas que muero por soltar por la boca. Acaricio su rostro, suelto su moño para acariciar su larga y preciosa melena con mis manos y la beso con todo mi ser.

El ascensor se abre y salimos de él sin despegar nuestros labios. La cojo en brazos y ella rodea mi cintura con sus piernas. Y así la llevo hasta la puerta de mi habitación. Sin separar mis labios de los de ella. Rogando al cielo para que no rompa el hechizo y que esto no sea un sueño.

La puerta de mi habitación se abre al tercer intento y tengo que soltarla para poder quitarme la ropa. Deposito a Sally sobre mi cama y me subo a ella, mientras me quito la chaqueta y sus deditos se emplean en el nudo de mi corbata. Tras ella se concentra en mi camisa y yo no puedo creer lo que mis

ojos ven. Ahora mismo soy el hombre más feliz de la tierra. No sé cuánto durará este sentimiento, pero agradezco que me dejen vivirlo al menos una vez más.

Cuando ya ha conseguido desnudarme del todo, ambos nos empleamos en su traje. Primero su chaqueta, y me quedo sin aliento al ver que bajo esta no lleva nada más. Después sus pantalones y sus braguitas de encaje negro. Sin dejar de mirar la obra de arte que tengo bajo mí me acerco a ella, beso sus labios y tomo aliento antes de preguntarle.

—¿Quieres...

—Hazlo, Nick. No quiero pensarlo más o no seré capaz. Solo hazlo y hazme olvidar todo lo que necesito olvidar. Aunque sea por unas horas. —No veo ni rastro de vacilación en su mirada y, sin mediar más palabra, me voy introduciendo lentamente en ella, en mi Sally.

—Ahhh, joder...

—Dios... Nick...

—Nena, joder, joder. Me encantas, me vuelves loco.

—Mírame. No dejes de mirarme, Nick.

—Nunca, nena. —La beso. La saboreo. Me hundo en ella.

—Ahhh, te he echado tanto de menos. —Casi me desmayo al oírlo.

—Y yo a ti, pequeña. —Vuelvo a besarla.

—Sí, ¡sí! ¡Más fuerte, Nick! —Sally clava sus uñas en mis brazos y sé que está cerca. Yo también. Después de tanto tiempo sin sexo no sé cómo estoy aguantando. Sobre todo al tenerla a ella en mis brazos. —Nick, estoy... ahhhh

—Córrete Sally, córrete conmigo. —Me impulso con fuerza en su interior y me concentro en no dejarme ir hasta que ella lo haya hecho primero. Me cuesta la misma vida, pero cuando la oigo gritar mi nombre hasta casi romperse la voz me vacío en ella gritando también el suyo.

—Esto no estaba en mis planes. —Dice tras varios minutos de silencio por parte de los dos mientras miramos al techo de la habitación.

—Supongo que la culpa es mía. —Digo y como ya sabía, mis palabras hacen que Sally al fin me mire de nuevo, preguntándose a qué demonios me refiero. —He pedido tantas veces al cielo que quería volver a sentirte que me han concedido el deseo por pesado. —Sonrío y ella lo hace también. Vuelve a mirar al techo y suspira.

—No sabía nada de lo de la ONG. Me enteré hace apenas unos días. —Me confiesa y me sorprende. ¿No sabía nada? Quizá por ello nunca se puso en

contacto conmigo durante todo este tiempo. Siempre pensó que seguía siendo el capullo Nick que un día conoció.

—Sí, tengo que agradecerte muchos cambios en mí. Quizá dañé a muchas mujeres por el camino. Pero, después de un año con ese proyecto, puedo decir que he ayudado a más mujeres de las que he herido. —Sally me vuelve a mirar y esta vez tiene la mirada empañada de lágrimas. Sin pensarlo demasiado le beso los ojos con cariño, deseando transferirme su pena a mí. Yo merezco sentirla, ella no.

—Ojalá hubieses cambiado antes. —Dice y sé que se refiere a que ya es demasiado tarde. Que esto solo ha sido un mero homenaje a lo que una vez hubo entre los dos. Está bien. Puedo aceptarlo si es lo que ella quiere, ¿no?

—Ojalá, pequeña. Ojalá te hubiera hecho reír más.

Ella me mira y por un momento parece la Sally que me miraba con ojitos enamorados, hace mucho tiempo atrás. Acerca sus labios a los míos y su mano juega con mi barba mientras me besa de nuevo. Mi polla ha vuelto a despertar ante su tacto. Pero se rompe la magia cuando su teléfono comienza a sonar desde el suelo, donde está su ropa.

—Mierda, seguro que es mi jefe. Dame un momento. —Me pide y se levanta de la cama.

La observo moverse por mi habitación, completamente desnuda, hablando con quien sea en perfecto italiano. ¡Mierda, no pensé que podría estar más sexi de lo que ya lo era antes! Sally se acerca a la ventana de la habitación, abre las cortinas y yo saco mi teléfono para immortalizar ese momento. Con Roma de noche tras su perfecto cuerpo desnudo y ella sentada en el poyete de la ventana contemplando la ciudad mientras conversa despreocupada.

Vuelvo a dejar el teléfono en su sitio y me levanto de la cama, atraído por esa diosa. Me acerco lentamente a ella. Ella me observa cuando ya estoy frente a ella. Sigue conversando por teléfono, pero su mirada se ha posado en mi sexo y en mi vientre. Con su mano comienza a dibujar los músculos de los costados de la parte baja de mi abdomen. Se pone en pie y me mira a los ojos como jamás nadie me ha mirado en la vida. “Ciao” dice y cuelga la llamada sin dejar de mirarme.

—¿Tienes que irte? —Pregunto entre dientes cuando siento su mano agarrar mi polla y masajearla de arriba abajo.

—Tenemos unos minutos más. —Me dice volviendo a reclamar mis besos. La rabia que siento dentro al saber que se me agota el tiempo con ella hace

que me vuelva implacable. Agarro con fuerza su cabello la hago girar poniéndola de espaldas a mí y apoyando sus manos contra el cristal de la ventana.

—Entonces déjame estos minutos para que no te olvides de mí. Para que Roma entera sea testigo de todo lo que solo yo puedo hacerte sentir, Sally Morrison. —Gruño entre dientes en su oído con su melena atrapada en una de mis manos y con mi otra mano sobre su sexo. —Nadie más te hará sentir así, Sally, y lo sabes. —Prometo entrando en ella de golpe desde atrás. Ella grita y me maravillo al ver que se impulsa también para chocar contra mí y hacer nuestro contacto más intenso.

Es corto pero creo que es el momento más brutal que he vivido con una mujer en toda mi vida. Nuestro sudor mezclado. El choque ensordecedor de nuestros cuerpos cuando alcanzo su punto más interno. Sus gemidos tan enloquecedores. Mis quejidos de placer. Mi nombre aullado por sus dulces labios, el suyo convertido en plegaria por los míos. Me vuelvo a vaciar en ella y me quedo en su interior todo el tiempo que puedo. No quiero alejarme nunca más de esta mujer.

—Tengo que irme. —Susurra con tristeza y es entonces cuando salgo de su cuerpo. No puedo retenerla. No puedes retener a alguien como Sally contra su voluntad. Ella es un pajarillo que vuela libre y solo puedes esperar que te conceda el honor de volar a su lado. Y, un pájaro herido como yo, solo puede volar si es con ella a mi lado.

—Está bien. —Digo abatido. —Oye, no tienes que seguir huyendo de todos, ¿sabes? No me acercaré más a ti si no quieres, pero Dave, Alice y Maya te extrañan demasiado. Yo me apartaré si es lo que quieres. —Lanzo mi oferta con un enorme esfuerzo en hacer lo correcto. Sally se gira y me mira. Sonríe. No estoy seguro qué va a decir.

—No quiero seguir huyendo, pero tampoco puedo dejar todo lo que he creado aquí, sin más. Ya no quiero huir más, Nick. —Asiento.

—Lo entiendo perfectamente. Me quedaré unos días aquí. Y si decides no volver lo entenderé. Pero si vuelves y decides que...

—Lo pensaré. —Susurra en mis labios y me besa.

—¿Qué pensarás? —No puedo evitar hacerme ilusiones.

—Si es el momento de volver o no. Es muy complicado para mí volver si tú vas a estar cerca, Nick. —Agacho la mirada.

—Ya te he dicho que no te molestaré si no quieres. Lo creas o no, te fui a

buscar al baño de señoras para pedirte perdón por todo, no porque tuviera otras intenciones.

—Lo sé. —Dice acariciando mi rostro y obligándome a mirarla de nuevo. —Pero, ¿qué pasa si soy yo la que te echa de menos demasiado?

—¿Qué quieres decir? —Mi pecho comienza a latir con fuerza de nuevo. Ella calla. Se ha asustado. —Sally, si estás pensando darme una nueva oportunidad, por favor, no te cierres.

—¿Tú quieres? —Pregunta y no me puedo creer que lo dude.

—¡Sally! ¡Llevo buscándote más de un año! ¡¿Cómo puedes dudarle siquiera?! —

—No sé. No me lo has pedido ni una sola vez desde que me has visto. — Se encoje de hombros y su rostro se entristece. —No has insistido en que te perdone, como solías hacer. Pensé que... no sé, que solo estabas recordando los viejos tiempos conmigo.

—¡Sally! ¡Oye! —Levanto su rostro para que me mire fijamente. —No habrá otra, nunca, que me haga sentir lo que tú me haces sentir. Está claro que si tú no me quieres en tu vida tendré que continuar con la mía y dejarte ir. Pero sigues siendo la única que ha entrado verdaderamente aquí. —Digo sujetando su mano y colocándola sobre mi pecho. Ella abre los ojos de par en par al reconocer la fecha de su cumpleaños tatuada en mi pecho. Sus ojos se humedecen y aprieta los labios.

—Nick...

—No llores, Sally, por favor. No quiero volver a verte llorar nunca más.

—No sé... yo, tengo cosas que aclarar en mi mente. —Dice con voz temblorosa y sé que está planteándose si volver conmigo o no.

—Tranquila, lo entiendo. Esperaré aquí unos días y, si no vuelves, entenderé que tendré que seguir sin ti. Pero al menos ya sabrás lo que eres para mí. Lo que me hiciste cambiar. Lo que siempre te querré, Sally. Y no te guardaré rencor. Siempre te estaré agradecido por todo lo que me has dado. — Beso su frente y Sally comienza a llorar. —Anda, vuelve al trabajo o te matarán.

—¿Puedo usar tu baño antes para arreglarme? No quiero que abajo me van así, toda despeinada y con el maquillaje hecho un asco.

—Claro, entra.

Entra después de sonreírme de nuevo y yo me quedo como un tonto dando vueltas por la habitación sin comprender lo que ha pasado. Lo que está

pasando. Sally está en mi habitación del hotel en Roma. Acabamos de tener sexo dos veces seguidas. Me sonrío sin cesar y está planteándose la posibilidad de perdonarme o no.

Si me llegan a decir que esto pasaría hoy esta mañana cuando me desperté, me habría enfadado de lo lindo con quien osase a reírse de mí de esa manera.

Pero es la vida misma la que se cachondea de mí a cada paso que doy. No puede ser casualidad que la haya encontrado aquí, justo aquí. Aunque, puede que el mundo no sea tan grande como nos parece a los humanos. Y... como dicen... todos los caminos llevan a Roma.

Después de diez o quince minutos rebanándome los sesos sobre qué debería hacer con Sally para ayudarla a que confíe más en que esta vez será distinto si me perdona la veo salir del baño y se me cae el alma a los pies al volver a verla tan bonita.

—¿Estoy bien? —Pregunta tímidamente.

—No podrías estar mejor ni más perfecta. —Suspiro. Ella agacha la mirada y se pone colorada. Vuelvo a ver a la Sally ingenua que un día conocí por un momento y me hace sonreír. —Te estaré esperando, por si decides regresar. —Digo de nuevo acercándome a ella y besando su frente.

—¿Vas a esperarme desnudo? —Bromea ella en referencia a mi aspecto. Ni me había dado cuenta que continúo desnudo.

—Puede. Así seguro que lo dudas menos al ver todos mis encantos. —Se ríe a carcajadas y me hace reír a mí también.

—He de irme ya. Fabio debe estar volviéndose loco. —Asiento. —Tú también deberías bajar.

—Lo haré en unos minutos. Cuando haya tapado mis encantos y me haya relajado un poco. —Sally asiente y sale de mi habitación más que sonriente. Yo me quedo unos minutos allí, sin moverme, tratando de asimilar todo lo que acabo de vivir.

Sally

Cuando llego abajo, mi teléfono comienza a sonar. Me imagino que es Fabio, pero no. Es el número de Paolo y me siento una maldita al ver su nombre en la pantalla de mi móvil.

Mierda... ¿qué acabo de hacer? Está claro que no podré olvidar a Nick nunca, y puede que él a mí tampoco, pero Paolo no merece esto. He aprendido a quererlo durante estos dos meses y él ha sido mi gran bastón. Tengo que dejarlo, pero jamás debería haberlo engañado. No a él. Él es quien menos se merece algo así. Siempre ha sido tan atento, tan paciente conmigo. Ahora mismo no puedo odiarme más de lo que lo hago.

—Hola, Paolo, ¿te sientes mejor? —Pregunto con voz temblorosa.

—Soy Cecilia, su madre. —Oigo la voz de esa mujer y me freno en seco. Parece afectada. —No quería molestarte, pero mi hijo está en el hospital.

—¿En el hospital?! ¡Qué le pasa!

—No lo sé, hija. Se ha desmayado después de gritar de dolor. Se quejaba del vientre y he llamado a la ambulancia. Le están haciendo pruebas y no me dicen nada.

—¡Voy para allá! ¡Deme unos minutos!

Voy corriendo a buscar a Fabio y le cuento que Paolo está muy grave y que no saben qué tiene. Me dice que no me preocupe y que vaya con él, que él se hará cargo de todo.

En el taxi camino al hospital, no puedo quitarme de la cabeza las últimas horas con Nick. No puedo seguir con Paolo si nunca voy a sentir algo similar por él. No se lo merece. No puedo engañarlo y engañarme de esta manera. Debería volver a Dallas con Nick. Debería volver con mi familia. Debería dejar de tener tanto miedo a lo que siento por Nick, a tanta intensidad. Ya está visto y comprobado que no podré huir eternamente de lo que siento por él y, después de ver la persona en la que se ha convertido, ya no estoy segura de querer seguir huyendo de él.

Pero tengo que hacer las cosas bien con Paolo, porque no quiero hacerle a

él todo lo que yo he padecido con Nick.

Cuando llego al hospital pregunto por él y me conducen hasta una sala de esperas, en la que veo a su madre. Me dirijo hacia la mujer preocupada y ella me abraza.

—Es apendicitis. —Me dice y me relajo un poco. —Pero por lo visto estaba en un estado muy avanzado y ha podido infectar la sangre. Le están operando de urgencias y nos dirán su estado después.

—Está bien. Esperemos juntas. —Le digo a la mujer.

Pasan las horas y yo sigo pensando en lo mismo. ¿Debería dejar a Paolo justo ahora que ha pasado esto? Él no haría algo así conmigo. Ni con nadie. Y llego a una conclusión: si Nick me ha esperado durante un año sin saber nada de mí, podrá esperarme unas semanas o unos meses más.

Mientras espero noticias de Paolo llamo a Alice para reanudar poco a poco el contacto con mi familia.

—¿Diga?

—¡Hola Alice!

—¡Sally! ¿Cómo estás? Tu hermano no está. Está en L.A. por trabajo. — Me informa.

—Bueno, quería hablar contigo.

—¡Pues nosotros también contigo! Pero esperaré a que me cuentes tú primero. ¿Qué tal te va? ¿Puedo saber dónde te metes?

—En Roma. Pero por poco tiempo.

—¡Roma! ¡Qué maravilla! ¿Y adónde vas ahora?

—No sé cuándo, pero quiero volver a Dallas. Pero no se lo digas a nadie aún. Todavía no estoy preparada y tengo que arreglar cosas aquí. Es complicado... he hecho una vida aquí y...

—¿Vas a volver?! ¡Oh, gracias al cielo! Tranquila, no diré nada. Pero todos se alegrarán, en especial... bueno, no importa. Tú arregla lo que tengas que arreglar y vente de una vez porque tu sobrina está para comérsela ahora y tienes que verla.

—Sí, me acuerdo tanto de ella. —Digo con lágrimas en los ojos. —He visto a Nick, ¿sabes? —Confieso a media voz. Alice se queda callada. — ¿Alice?

—¿Él te ha visto?

—Sí, está aquí en Roma, ¿lo sabías?

—Sí... ¿ha ido solo? —No sé muy bien a qué se refiere.

—Si te refieres a la estúpida de Christina sí, ella también está aquí.

—Ah, vale. —El hermetismo de Alice para hablarme de su hermano me hace sentir miedo.

—¿Lo decías por ella?

—Sí, sí. Nick lo ha pasado mal desde que te fuiste. Debes saberlo. Lleva meses de terapia y todo lo que ha hecho estos meses ha sido para curar sus actitudes auto destructivas. Pero él siempre te ha querido, Sally. Entiendo que creas que solo lo digo porque soy su hermana, pero Dave te diría lo mismo. No sabes lo mal que lo ha pasado y lo solo que ha estado.

—¿Nick va a terapia? Vaya...

—Sí. Y cualquier cosa que oigas o veas de él, por favor, háblalo con él o con nosotros antes de sacar conclusiones equivocadas. No creas que ha sido fácil para él. Ha necesitado de mucho trabajo para ser quien es ahora y no quiero que eche a perder todo el trabajo y todo lo que ha avanzado si vuelve a pensar que te vuelve a perder.

—Yo tampoco quiero eso...

—Si vuelves, vuelve con las cosas claras entre lo que quieres que pase entre vosotros dos. Sino, espérate a que lo sepas bien, antes de que os hagáis más daño.

—Creo que los dos hemos madurado en ese aspecto, Alice.

—Yo también lo creo. Pero sé lo que digo. Yo, cuando decidí perdonar a tu hermano, lo hice prometiéndome a mí misma que no volvería a mirar atrás ni a reprochar cosas que ya no era momento de reprochar. Porque no tendría sentido entonces que volviese a su lado. Él me quiere y me lo ha demostrado. Es un padrazo, Sally, si lo vieras... Maya lo adora, y a Nick también. Tengo mucha suerte de tenerlos tal y como son ahora en mi vida. —Las lágrimas amenazan con salir de nuevo de mis ojos al escuchar eso.

—Yo me he perdido todo su avance. El de los tres.

—Tú estabas herida y la desconfianza te cegó. No fue culpa tuya. Fuiste víctima de ellos, como yo también lo fui. Yo también quise huir, Sally, pero todo en mi vida me devolvía a los brazos de tu hermano.

—Para empezar, estabas esperando una hija de él.

—Claro, y Maya fue uno de los detonantes clave para darle otra oportunidad a David. —En el momento en el que Alice dice eso, me doy cuenta de que no he usado protección con Nick esta noche y llevo un año sin tomar la píldora anticonceptiva. ¡Joder!

—¡Tengo que dejarte, Alice! —Digo casi gritando cuando me doy cuenta de esa metedura de pata. Tengo que ir a la farmacia y hacerme con una píldora del día después.

—Espera, aún no te conté lo que quería contarte. Iba a esperar a que David y yo lo hiciéramos juntos, pero ya que has llamado y no sabemos cuándo volverás a hacerlo, quiero que sepas que tu hermano me ha pedido matrimonio, ¡y he aceptado! —Me tapo la boca ante la preciosa noticia.

—¡Alice!

—¡Sí! Y queremos que Nick y tú seáis los padrinos. Por favor, di que sí. Prometo mantener a mi hermanito a raya si no quieres que se te acerque más. —Nick y yo... padrinos...

—¡Claro que acepto! ¿Cuándo será la boda?

—Dentro de dos meses, o tres. No lo sé. Tengo que hablar con la wedding planner y ya te lo haré saber. Así que, por favor, comunícate con nosotros más seguido para darte todos los detalles de la boda.

—Lo haré. —Prometo. —Te quiero, amiga.

- Y yo a ti, hermana.

—Adiós, te llamaré pronto.

Madrina de la boda de mi hermano... ¿Quién me iba a decir a mí que David cambiaría tanto por una mujer? ¿Habrá cambiado tanto Nick por mí como parece que lo ha hecho mi hermano por Alice? Quiero pensar que sí y, por primera vez desde que Nicholas Donovan se cruzó en mi camino, estoy casi convencida de que las cosas podrían salirnos bien a Nick y a mí después de todo lo aprendido.

Pero, por ahora, voy a ir a por la píldora del día después para no precipitar los acontecimientos.

Alice

Cuando Dave me dijo esta mañana que se iba a la agencia para trabajar con esa carita tan sonriente y después de haberme hecho el amor de la manera en que me lo hizo jamás habría pensado que el día acabaría tan desastrosamente mal.

No me gusta importunarlo cuando tiene que trabajar, a pesar de que odio su trabajo, aunque cada día que pasa lo odio un poco menos.

Pero tuve que llamarlo cuando se me pinchó una rueda del coche a la salida del trabajo y me vi atrapada en mitad de una marea de coches.

Maya estaba bajo el cuidado de Nick y tenía que recogerla rápidamente porque él tenía un vuelo muy importante. Nick estará ahora mismo volando hacia Roma porque al fin van a exponer su obra allí, en la capital del arte, como él lo llama.

Llamo a David como cuatro veces para pedirle que por favor vaya él a recoger a Maya, porque yo me encuentro en apuros, pero no contesta el maldito teléfono. Y, cuando llamo a su agencia, me dicen que no ha estado allí en toda la mañana. El mundo se me cae a los pies. Una sensación muy conocida me recorre el cuerpo de pies a cabeza y me quedo paralizada, en mitad de un tráfico de narices, pensando que no puede ser. Que no me va a volver a hacer esto. No ahora con Maya en nuestras vidas.

Llamo a Nick para contarle por encima lo que sucede aguantando el llanto como puedo.

Mi hermano me dice que no me preocupe, que Madison se quedará con Maya hasta que yo pueda ir a recoger a mi hija. Nick no parece darse cuenta de mi desasosiego interno y no le diré nada sabiendo que tiene que ir a Roma y hacerse cargo de sus sueños. Mi hermano lleva pasado un calvario desde que perdió a la mujer de su vida, mi mejor amiga. Los dos la echamos de menos, pero él simplemente está destrozado por su pérdida, porque se culpa de todo, porque nunca pudo explicarle a Sally todo lo que había hecho por ella.

Al cabo de un rato viene la grúa para hacerse cargo de mi coche y yo cojo

un taxi en dirección al apartamento de Nick.

Madison me abre la puerta y creo que nota mi estado de ánimo en cuanto entro.

—Hola, entra. Estaba haciéndome una pizza para comer, ¿quieres una? — Me ofrece. Yo sonrío con tristeza.

—No, gracias Madison. ¿Dónde está Maya?

—Está dormida. Le he dado su papilla. Menos mal que Nick ha aprendido a cocinar, porque yo soy un desastre. —Se disculpa. Es una buena chica y quiere mucho a Nick. Ojalá mi hermano pudiera quererla también. Al fin sería feliz. Sin embargo, algo me dice que Nick está en el camino correcto con Madison. De lo contrario, no la dejaría quedarse en su apartamento tan seguidamente. Poco a poco y muy lentamente se está abriendo a esta chica.

—Vale, pues, si no es mucha molestia, esperaré aquí. —Digo con tristeza. No estoy preparada para volver a casa todavía y esperar a David allí. No sé cómo encararlo y necesito pensar bien cómo sacar la conversación con él.

—Sí, Nick me dijo que te quedarías aquí.

—¿Eso te dijo? —Pregunto extrañada. Yo no le he dicho nada a Nick sobre que me quedaría. ¿Cómo habrá intuido que querría quedarme?

—Sí, pasa. Siéntate. Ahora mismo debe estar volando hacia Roma. —Me dice y asiento. Me siento en el sofá y suspiro. ¿Dónde y sobre todo con quién lleva David todo el día? —Nick me dijo que la próxima vez me llevaría. ¡Sería genial, ¿no crees?! —Asiento con poca efusividad. ¿No se da cuenta de que no me apetece hablar y que no estoy de humor? —Ojalá en el futuro fuésemos como David y tú. —Eso sí que hace que le preste atención.

—Madison, Nick está tocado, no te hagas muchas esperanzas de que eso suceda. Sé que lo vuestro le hace mucho bien y que ha cambiado mucho, pero...

—Sí, ya sé que Sally sigue presente en sus pensamientos día y noche. — Me dice con tristeza y decido cerrar el pico. A veces se me olvida que Nick y yo llevamos la misma sangre y que somos casi igual de insensibles al decir las cosas. —¿Crees que no me doy cuenta? ¿Crees que no lo oigo llorar a veces? Cuando vemos algún anuncio en la televisión que le recuerde a ella, o cuando escucha alguna maldita canción que Sally le haya dedicado... ¡Pero está mejorando!

—Lo sé, lo sé. Tienes razón.

—Además, ¡mira a David! Si él ha conseguido mejorar tanto hay esperanza

para Nick.

—¡Oh, no me nombres a ese desgraciado ahora mismo! —Al fin exploto y me pongo en pie. Madison me observa sin comprender. —Me voy. Tendré que enfrentarlo tarde o temprano. —Digo y me voy en dirección a la habitación que una vez fue de Sally y que Nick solo ha permitido que pertenezca ahora a Maya.

—¡Espera! —Me grita Madison. —Quédate un poco más conmigo.

—Madison, es tarde, estoy cansada y para colmo se me ha pinchado la rueda del coche. Así que tendré que ir en taxi a casa. Y también tengo cosas que resolver con ese ca... con el padre de mi hija. —Digo intentando controlar mi ira.

—Bueno, pues déjame llevarte. Tengo mi coche justo abajo y no pensaba quedarme aquí, sin Nick. Este apartamento está lleno de cuadros de ella y... me incomoda.

—Vale, pues vámonos.

De camino, en el coche, Madison no para de hablar de lo bonita pareja que hacemos David y yo, y yo ya comienzo a perder los nervios.

—¡Cállate de una vez! —Grito y comienzo a llorar. Madison se asusta al verme así.

—Oye, cálmate, ¿qué pasa?

—Lo siento, es que... ¡joder cómo echo yo de menos a esa condenada también para poder contarle mis penas! —Pienso en voz alta y descubro que he dañado a Madison al nombrar a Sally de nuevo. —Perdona, es que... creo que David me engaña con otra.

—¡Qué! ¡Eso es una gilipollez! —Dice la chica convencida.

—Oh, no conoces a ese malnacido en absoluto. Hoy lleva todo el día desaparecido y no ha contestado a ninguna de mis llamadas. Me dijo que iba a trabajar, pero lo llamé al trabajo y allí no estaba. —Confieso con ojos llorosos. —Por cierto, hemos pasado por este supermercado ya tres veces, Madison. Si no sabes llegar a mi casa deberías haberme preguntado.

—No, no, es que... —de repente veo que su teléfono móvil empieza a sonar, pero se corta la llamada por sí sola tres segundos después. —Es por ahí, ¿verdad? —Me señala el camino correcto y yo asiento. ¿Qué pasa aquí?

Cinco minutos después estoy frente a mi casa. Todas las luces están apagadas, pero veo el coche de David en la puerta, aparcado. ¿Se habrá acostado para no tener que hacerme frente? ¡Pues está muy equivocado! Salgo

del coche y doy un portazo al salir. Pero doy un salto y grito al ver encenderse de repente todas las luces de mi casa.

—¡Qué coño...! ¡Oh, David! —Exclamo emocionada al leer lo que como un millón de lucecitas dicen a modo de letras sobre el tejado de mi casa. “Te quiero más que a mi vida, Alison Donovan, cástate conmigo” Comienzo a llorar como una tonta y entonces la puerta de mi casa se abre y veo salir al causante de mis tormentos y ahora mi mayor alegría con una expresión de lo más satisfecha. Sabe que lo ha hecho, que me ha engañado como una tonta y que he desconfiado de él cuando estaba montando todo esto para mí. Miro a Madison que sonríe desde el coche. —¡Tú! ¡Lo sabías!

—Nick me pidió el favor que le cubriera, porque él no podría distraerte al estar de viaje. —Vuelvo a mirar a David que está un poco más cerca de mí. Sin pensarlo, corro hasta él y me tiro a sus brazos. Lo abrazo con todas mis fuerzas.

—Eres un castigo, David Morrison.

—Déjame ser tu castigo eterno. —Me dice sacando una cajita de entre sus manos. Casi me atraganto con mi propia saliva cuando lo veo arrodillarse frente a mí. —Cástate con este imbécil y sigue iluminándome la vida como lo haces.

—Me casaría contigo todos los días de mi vida. —Me arrodillo yo también y acabamos los dos por el suelo, besándonos y abrazándonos con fuerza. —Eres lo mejor que me ha pasado. A pesar de que te cortarían los huevos ahora mismo por hacérmelas pasar tan mal.

—Mis huevos y todo yo soy tuyo. Haz con ellos lo que quieras.

Nick

Llevo dos días en este hotel, volviéndome loco, rememorando cada segundo que pasé hace dos noches con Sally aquí, en esta misma habitación.

No lo he soñado. Era ella.

Cuando bajé de nuevo al evento y no la vi creí por un momento que había alucinado todo ese tiempo. Pero, al volver a mi habitación y entrar en el baño para darme una ducha y meterme en la cama a tratar de dormir, vi su pintalabios junto al espejo. Lo cogí y lo acaricié con lágrimas en los ojos. Ella ha estado aquí. Sigo estando vivo en algún lugar de su corazón. No sé si mucho o poco, no me dijo que ella también me seguía queriendo cuando yo se lo confesé. Supongo que por miedo o... porque ya no esté segura de hacerlo.

Debo ser paciente. Ha pasado mucho tiempo. Ha hecho una vida aquí y ha sufrido mucho por mi culpa.

Chris y yo acabamos discutiendo cuando volví al evento. La verdad es que he pagado con ella todas mis frustraciones y, haber visto a Sally y haberla sentido de ese modo, me ha hecho ver que hay ciertas cosas de mi vida que necesito eliminar todavía. Chris es una de ellas.

Con Madison no estoy muy seguro de qué hacer.

Esperar a Sally aquí, encerrado, se me está haciendo eterno y solo espero que sirva de algo.

Cuando la madrugada llega, decido llamar a Thomas, mi terapeuta, para explicarle mi diatriba. En Estados Unidos es aún pronto, así que no le molestaré.

—Hola Nick, ¿ya has vuelto de Roma?

—Hola Thomas, no, sigo aquí. —Le cuento con pelos y señales el milagro que se ha obrado durante mi viaje a Roma y le explico por qué sigo aquí, sin poder moverme de este hotel.

—Nick, no te hagas esto. —Me dice cuando ya he terminado mi exposición de los hechos.

—¿Que no me haga qué? ¡Sabes lo que es ella para mí! Solo estoy dándole

una oportunidad para que vuelva conmigo.

—La estás forzando a decidirse de un día para otro después de tanto tiempo y te estás forzando a ti mismo a retroceder en tu avance. —Trago saliva y me asomo por la ventana de mi habitación, la misma en la que le hice el amor a Sally hace apenas dos noches. No he parado de asomarme por si la veo aparecer entre el gentío de la calle, en dirección a mí. —Tienes que dejar que la vida tome su propio camino. Si ella quiere volver contigo, sabe exactamente dónde encontrarte, Nick. Eras tú el que no sabía dónde encontrarla.

—Ahora mismo podría hacerlo si fuera a su trabajo. Sé el nombre de la empresa para la que está trabajando y sé que vive aquí, en Roma.

—Pero no deberías hacerlo. Ella también necesita recomponerse. Sally no ha tenido tratamiento, tú sí. Ella está mucho más perdida que tú ahora mismo y supongo que algo asustada y abrumada por vuestro encuentro. Vuelve, Nick. Deja que sea ella la que llame algún día a tu puerta si de verdad quiere hacerlo. Tú estarías mucho más tranquilo si la ves volver por su propio pie. Nunca estarás bien contigo mismo si sientes que has forzado sus decisiones, una vez más.

—Pero... no puedo vivir sin ella. —Comienzo a llorar como un niño y me pellizco la base de la nariz.

—Claro que puedes. Llevas haciéndolo todo un año. Madison te estaba ayudando y no puedes hacerle esto a ella también. No te lo perdonarás. Sabes que si vuelves ahora a Dallas de la mano de Sally y Madison y ella se encuentran la una a la otra cara a cara todo explotará de nuevo y volverás a la línea de partida. —Lloro más amargamente. Es cierto. Ese parlanchín tiene razón.

—Está bien. Volveré. —Consiento finalmente.

Cuando pongo de nuevo el pie en Dallas, dejando de nuevo tanta distancia entre ella y yo, me siento morir. Pero es lo correcto. Thomas tenía razón al decir que no debo forzar las circunstancias. Que ella sabe dónde encontrarme y podrá hacerlo cuándo y cómo quiera.

David me está esperando a la salida del aeropuerto, con un letrero ridículo con mi nombre y una sonrisa de bobo que sé bien que significa que su plan de proponerle matrimonio a mi hermana ha salido a la perfección. Me alegro por

él, pero lo envidio como nunca he envidiado a nadie en mi miserable vida.

Me burlo de él de camino a su coche y cuando ya estoy sentado en el asiento del copiloto decido mandarle un mensaje a Madison para avisarle de que ya estoy de vuelta. Me he negado a responder sus llamadas, diciéndole que estaba ocupado, pero me he mantenido en contacto con ella a través de mensajes todos estos días.

Ella me propone venir a mi apartamento a verme esta noche, pero yo le digo que necesito descansar, que otro día nos vemos.

No estoy listo para verla y hierla de la forma en la que lo voy a hacer irremediamente.

Además, necesito solo unos días más para mí y para Sally. Le he dejado una nota en la recepción del hotel por si viniera a por mí. En ella solo le puse “Te sigo esperando” y mi número de teléfono. Pues el suyo nuevo no lo tengo y al parecer David tampoco.

Tres horas después estoy borracho como una cuba, sentado en el suelo de la habitación que un día fue de Sally y ahora solo permito que sea de Maya cuando se queda conmigo, mirando todos esos cuadros que un día plasmé del amor de mi vida, llorando como un tonto.

Me quedo dormido así, gracias a la cantidad de alcohol que he ingerido, cuando un aporreo me despierta. Me levanto del suelo con dificultad y me dirijo a la puerta de mi apartamento tambaleándome. Antes de llegar me caigo al suelo. Mierda.

—¡Abre Nick! ¡Sé que estás ahí! —Una dulce voz me llama. Creo... Abro la puerta y la veo, con sus ojos llenos de preocupación.

—Hola, Maddie. —Saludo con una sonrisa absurda.

—Has bebido...

—Un poco. —Confieso encogiéndome de hombros. Madison entra en mi apartamento y comienza a buscar algo. —Si buscas alcohol ya me lo he acabado todo. —Ella se gira hacia mí encolerizada.

—¡Por qué, Nick! ¡Habías avanzado tanto y ahora esto! —Me regaña y agacho la cabeza. —¿Qué te está pasando?

—La he visto. En Roma. —Digo y otra vez lloro como un gilipollas. Así me llamaría ella...

—Mierda. —Dice Madison comprendiendo lo que me pasa en el acto.

Me preparo para una bofetada o algo así por su parte, porque debe saber que he roto mi promesa de no estar con otra mujer mientras siguiera existiendo

esta especie de “relación” entre los dos. Pero nada sucede. La miro y veo el dolor en sus ojos.

—Lo siento mucho. Te he decepcionado a ti también.

—No pasa nada. —Dice, pero no lo siente. Intenta sonreírme, aunque solo refleja tristeza en su rostro. —Ven, necesitas una ducha. Estás muy borracho. —Madison tira de mí y me dejo llevar por ella hasta el baño que una vez compartí con Sally. Acciona la ducha spá y me ayuda a quitarme la ropa, porque yo casi no me puedo mantener en pie. —Ven, entra. —Dice intentando no fijarse en mi cuerpo desnudo y marcado también por la única mujer que he conseguido amar. Entro en la ducha y, en cuanto el agua fría comienza a caer sobre mí, el frío en mi interior comienza a apoderarse también de mí y comienzo a llorar de nuevo, sin poder evitarlo. Madison, al verme así, entra en la ducha conmigo, vestida y todo, y me abraza con fuerza para que lllore en su hombro.

—Lo siento. Lo siento. Soy un desastre. Lo siento.

—No digas eso más. No lo eres. —Me sujeta el rostro para que la mire y me esfuerzo por dejar de llorar. —Eres maravilloso. No he visto a nadie amar de la forma en la que tú lo haces. No he visto a nadie más entregado al amor en mi vida. Aunque me duela tanto que ese amor no sea para mí, no puedo más que adorarte por ese corazón tan gigante que tienes. —Sus palabras me alivian un poco y decido besarla para agradecerle que siempre esté ahí, para mí. Un beso desgarrado y lleno de dolor. Un beso que uso para tratar de eliminar de nuevo un poquito de toda la tristeza que siento por dentro y que me tiene completamente agotado.

Madison me besa con pasión y comienza a desvestirse. Debería pararla y decirle que lo que voy a hacer va a ser usándola como terapia y que nada cambiará lo que por desgracia sigo sintiendo. Pero, mucho me temo que eso ella ya lo sabe. Que es consciente de todo, porque nunca le he ocultado nada. Así que me dejo llevar y le agradezco con mi cuerpo todo lo que ha hecho por mí. Aunque cuando esté sobrio no pueda volver a hacer algo así con ella. Aunque sepa que no me voy a correr.

Pero ella lo hace y sus gemidos de placer me alegran un poco. Se lo debía. Y, si Sally no va a volver, tendré que aprender a querer un poco a esta mujer.

Sally

Han pasado tres días desde que lo vi. Sigo esperando noticias positivas sobre Paolo en el hospital, porque no puedo irme sin más sin saber que él estará bien. Ha sufrido una fuerte infección interna y continúa ingresado. Me siento tan culpable que no sé cómo podré mirarlo a la cara cuando todo esto termine. No sé cómo explicarle que he vuelto a caer en las garras de la persona de la que llevo tanto tiempo huyendo y tratando de olvidar con todas mis fuerzas.

Tengo la pastilla del día después en mis manos. La compré ayer y no he sido ni siquiera capaz de ingerirla. Me planteo la estúpida posibilidad de seguir mi vida aquí, junto a Paolo, y tener un hijo de Nick que haga que siempre lo tenga conmigo, de alguna manera. Tengo mucho miedo a volver y a no saber encajarlo de nuevo en mi vida. Lo he odiado mucho tiempo y ahora... estoy hecha un verdadero lío.

Una enfermera me anuncia que puedo entrar a verlo y me levanto. Guardo la pastilla de nuevo en mi bolso y me aliso la ropa antes de entrar en la habitación.

La imagen de Paolo tan débil, tan pálido, hace que me recorra un escalofrío al verlo así.

—Hola. —Digo con timidez.

—Ciao bella. —Me saluda como siempre y hace que dos lágrimas me resbalen por el rostro. La culpabilidad me devora.

—¿Cómo te sientes?

—Débil. —Responde. —Acércate, no es contagioso. —Me dice y me obligo a acercarme a él. Lo hago con la mirada fija en el suelo. —¿Cómo fue el evento? ¿Me echaste mucho de menos? —No soy capaz de mirarlo y mis piernas empiezan a temblar. Para disimular me siento en una silla, junto a él. —Eh, ¿qué pasa?

—Nada, todo salió bien. Ahora tienes que recuperarte y volver a casa. — Necesito verlo sano para poder decirle todo lo que pasó esa noche.

—Si me besas me curaré antes. —Sus palabras me duelen, pero le dedico una sonrisa y beso sus labios. Casi me resulta una despedida. Una dolorosa despedida de una de las personas que más me ha aportado en la vida.

—Te quiero. —Le digo por primera vez en mi vida y entre lágrimas. Paolo abre los ojos sorprendido. Pero es verdad, lo quiero. No cómo quiero a Nick, jamás lo querré así. Pero es una de las mejores personas que he conocido en mi vida y, me ha dado tanto...

—Yo también te quiero, mi bambina bella. —Paolo me acaricia el rostro y no puedo dejar de llorar. Me mira con preocupación. Sé que sabe que algo me sucede. Me conoce bien. A pesar del poco tiempo que llevamos juntos me he abierto tanto a él que sabe perfectamente cómo me siento en cada momento.

—Vas a ponerte bien. —Digo porque necesito creerlo. Va a ponerse bien cuando le haga el daño que voy a hacerle cuando sepa lo que he hecho.

—Ve a casa a descansar, Sally. —Me pide con amabilidad y luego besa mi mano. —Estoy bien, bajo control. Pero tú no lo estás.

Asiento y me despido de él con otro beso.

Las calles de Roma por la noche son la cosa más bonita que he visto en mi vida. Voy mirando a todos lados y guardando en mi retina todo lo que veo mientras me dirijo al hotel donde Nick me está esperando desde hace tres días. No he podido moverme del hospital hasta saber que Paolo está bien. Pero tampoco puedo estar más tiempo alejada de él sabiendo que está tan cerca.

Voy a pedirle que me espere un poco más. Voy a pedirle que vuelva a Dallas y me dé un tiempo. No voy a hablarle de Paolo aún. No podría explicarle en apenas unas horas los motivos por los que me abrí a una persona tan maravillosa como él sin amarlo. Seguro que Nick va a pensar que mis sentimientos por Paolo son otros y no. No he amado a nadie, solo a él, y no lo haré jamás. Pero quiero verlo. Quiero volver a sentirlo. Suplicarle que me vuelva a hacer el amor, porque lo necesito. Y necesito decirle que yo también lo amo. Por mucho miedo que me dé pronunciar de nuevo esas palabras, ya no soy una niña.

Llego al hotel y suspiro. Miro hacia la ventana en la que Nick y yo tuvimos sexo hace tres días y veo que las luces están apagadas. Aprieto los puños y entro.

En la recepción una chica muy mona me sonrío.

—Hola, vengo a ver a Nicholas Donovan, de la habitación... mierda, no me acuerdo.

—El Señor Donovan se ha marchado esta mañana. —Me dice sabiendo bien de quién hablo. No es un hombre difícil de olvidar, ya lo sé. Aprieto la mandíbula. ¿He llegado demasiado tarde? ¿Se ha ido sin mí? Quizá se haya arrepentido de todo tras ver que sigo siendo un blanco fácil para él. —¿Es usted Sally Morrison? —El oír mi nombre me devuelve de un segundo a otras esperanzas. ¡Sally, deja de ser tan desconfiada! Como Alice dijo, si vas a darle una oportunidad a Nick, no puedes desconfiar de todo.

—Sí, soy yo. —Digo esta vez sonriente.

—Ha dejado esto para usted. —Me dice tendiéndome un papelito. Lo abro y sonrío al ver sus palabras: **“Te sigo esperando”** seguidas de un número de teléfono y de un dibujo hecho a bolígrafo, con rapidez, pero más que perfecto en el que salgo yo desnuda, asomada a la ventana de su habitación con el Coliseo de fondo.

—Muchas gracias. —Digo más sonriente de lo que nunca lo he estado y vuelvo a salir del hotel.

En la calle beso el trozo de papel y lo guardo en mi monedero, como una reliquia. Aunque he memorizado el número de teléfono de tanto mirarlo. Vuelvo a casa y me acuesto en la cama con un nuevo sentimiento en mi interior.

Todos los caminos llevan a Roma, pero no es mi caso. Para mí, todos los caminos llevan a Nick. Sonrío mirando al techo y me imagino que él está junto a mí, en esta cama, abrazándome desde la espalda y regalándome el oído de preciosas palabras de amor.

Dios mío, ¿cómo puedo haber vivido tanto tiempo sin él si lo quiero tantísimo? Nick también me quiere más de lo que una persona como Nick está acostumbrado a querer. Lo sé por todo lo que ha hecho con su vida desde que me fui. La ONG, la terapia... quizá yo también debería ir a una de esas terapias. Si voy a volver a su lado debo hacerlo bien, sintiéndome fuerte y preparada para afrontar con él todo lo que se nos venga encima.

Creo que es la primera vez en un año que consigo dormir sin pesadillas y a la mañana siguiente me levanto más sonriente.

Cuando llego al hospital, a la habitación de Paolo, me alegro todavía más al verlo sentado, con mucho mejor aspecto y comiendo con ganas.

—¡Eh! ¡Qué buen aspecto tienes! —Digo feliz.

—Mmmm, tú también. Tienes cara de haber descansado bien. —Me dice evaluándome.

—Sí, he dormido bien. —Sonríe y me acerco para darle un beso en la punta de la nariz. —¿Cuándo te dan el alta?

—Pronto. —Me dice muy serio.

—¿Pasa algo? —Le pregunto preocupada.

—He hablado con Fabio. —Me dice y aguardo a lo que tenga que decirme. —Dice que llevas días sin ir a trabajar y no va a seguir contando contigo. —Agacho la cabeza. —Dice que te perdió de vista durante casi toda la celebración del evento ese...

—Ya, bueno, quizá no sea tan buena idea que trabajemos juntos, Paolo. Y Fabio es tu amigo de la infancia. Mejor no mezclemos cosas. —Le digo sujetando su mano.

—¿Dónde estuviste? —Me pregunta y me deja sin habla. —Durante la mayoría del evento en el “Hotel Lombardi”, ¿dónde estuviste, Sally? —No puedo mentirle. Pero tampoco decirle la verdad. ¿Qué hago? —Dímelo, por favor. —Suplica y agacho la cabeza.

—Estaba allí. —Digo sin pronunciar su nombre o me pondré más nerviosa. —No sabía que estaría allí, pero lo vi. Intenté esconderme para que él no me viera y, bueno, al final me vio. Me puse muy nerviosa y me escondí en los baños, pero me encontró. Me escuchó llorar y... Paolo lo siento, no quería contártelo estando todavía en el hospital. —Me pongo a llorar y le cojo de las manos suplicando su perdón.

—¿Qué te dijo? —Su pregunta me confunde. Debería estar preguntándome qué hice con él.

—¿Que qué me dijo? —Miro hacia todos lados intentando recordar sus palabras. —Me pidió perdón y... me dijo que... que...

—Dilo Sally. —Suspiro y lo miro a los ojos.

—Que seguiré esperándome. —Trago saliva.

—¿Y crees que lo dijo de verdad esta vez? ¿O puede estar otra vez jugando contigo? —Sacudo la cabeza y saco un mi móvil del bolso.

—No lo creo, Paolo. Mira. —Le enseño las noticias sobre la ONG de Nick que he capturado en la pantalla de mi móvil. —El Nick que yo dejé atrás estaba perdido y era hiriente con todos, hasta consigo mismo. No aceptaba un no por respuesta y siempre tenía que salirse con la suya. Pero esta vez no me presionó. No me obligó a... a hacer lo que hice. —Veo la mueca de dolor de Paolo al comprender mi confesión.

—Bien, debería bastar para poder confiar en él. —Dice girando la vista

para no tener que mirarme y tumbándose de nuevo en la camilla.

—¿A qué te refieres?

—A que deberías volver con él, está claro. —Su mirada está fija en el techo de la habitación y yo me remuevo incómoda en la silla.

—Yo no lo tengo tan claro. —Me mira con tristeza. —Tú eres la clase de hombre que siempre he querido en mi vida, Paolo.

—Pero no es mi nombre el que pronuncias cada noche cuando duermes, en sueños. —Su confesión me deja de piedra. ¿Lleva escuchándome llamar a Nick en sueños todo este tiempo?

—Yo...

—¿Cuándo descubriste que Nick había cambiado? ¿Hace dos semanas? — Me pregunta y me vuelve a dejar sin palabras.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque llevas dos semanas rehuendo de tener sexo conmigo y pones excusas de lo más estúpidas, Sally. —Intento tragar la bola que tengo hecha en la garganta. —No te culpo, lo has intentado, pero no has podido ganar la batalla contra el amor, Sally. —Las lágrimas salen de mis ojos y no puedo evitar la culpabilidad que siento en estos momentos. —Solo espero que os permitáis esta vez ser felices de verdad.

—No sé si estoy preparada para volver con él.

—Tampoco yo estoy preparado para dejarte ir para siempre. —Me confiesa visiblemente emocionado y me duele el alma al oírlo hablar así. — Me has hecho tan feliz estos meses...

—Me quedaré contigo. —Le prometo sin pensar. Le debo a alguien como Paolo un último intento. —Pero no te prometo ser la novia que mereces.

—Las puertas de mi casa están abiertas para ti, Sally. Ya sea si decides entrar o salir. Pero elige libremente y sopesando todas tus opciones. No quiero que te arrepientas.

—Lo pensaré.

Han pasado tres días desde que le dieron el alta a Paolo. Volver a casa con él me tiene más tranquila y más nerviosa a la vez. No me aclaro con lo que siento.

Me gusta verlo alegre y sano. Aún debe recuperar peso y guardar reposo,

pero va por el buen camino.

No hemos vuelto a hablar de Nick. Es un tema que siempre está en el aire entre los dos, pero que tratamos de ignorar durante el tiempo que dure esta extraña paz que ambos sentimos al volver a estar juntos.

Pienso que, si superamos esto, nuestra relación podría hacerse lo suficientemente sólida para no seguir echando de menos a Nick. Al fin y al cabo, Nick ha demostrado que está bien sin mí. Que ha encontrado su camino y que no soy para nada indispensable para él.

Después de pasar la mañana jugando a las damas con Paolo y refunfuñando porque siempre pierdo, decido que voy a ir a hacer la compra, porque tenemos la nevera vacía.

Me despido con un beso y salgo a la calle. Al abrir mi bolso en busca de mi monedero me encuentro con la píldora del día después que nunca me tomé y automáticamente me toco el estómago. ¿Estaré...? Nah...

Sigo andando sin rumbo fijo, un poco atolondrada por las cosas que estoy pensando. Y, cuando levanto la vista, me encuentro con una enorme galería con un cartel gigante en el que puede leerse: “Florecer: la increíble obra de Nicholas Donovan”. Y, bajo las letras, un poster con un cuadro que me deja sin palabras. Es mi rostro, y la mano de Nick tratando de alcanzarlo. Reconozco su mano. Reconocería cualquier fragmento de su piel.

Entro en la galería y pago diez euros por un tiquet que me permite visitar la exposición por dos horas.

No me puedo creer lo que veo allí. Nick nunca me dejó ver esos cuadros. Es como si fuese una composición de mi vida desde el momento en el que murieron mis padres hasta... no sé.

La primera parte de la exposición se llama “Heridas de vida y muerte”. Hay un cuadro de mí, llorando en la que fue mi habitación en la casa de mis padres la noche en que murieron. Debió hacerme una foto cuando lo vi asomarse por la puerta de mi habitación y después desapareció.

Después hay otro cuadro mío, haciendo de comer, con el pelo recogido en un descuidado moño, una camiseta ancha como las que usaba de David y metiéndome el dedo en la boca para probar la comida que estaba preparando. Me hace sonreír al recordar esos días tan raros y emocionantes cuando apenas me acababa de mudar a vivir con él.

En el siguiente cuadro reconozco una foto que hice yo una vez. En él sale mi hermano y Nick riéndose a carcajadas sobre, si no recuerdo mal, una

noticia que salió en la televisión sobre un pobre chico que quiso sorprender a su novia pidiéndole matrimonio desnudo, en mitad del Central Park de Nueva York, embadurnado en una crema dorada, que al parecer era tóxica y le provocó enormes ampollas por todo el cuerpo. Esos dos idiotas se reían de una forma insensible sobre esa ridícula muestra de amor, pero muestra de amor, al fin y al cabo, y yo les fotografié para que vieran lo crueles que se veían. Pero al ver la foto, su risa se descontroló del todo.

El siguiente cuadro es un bellissimo retrato de Mike, el hermano gemelo de Nick. Mi hermoso cuñado... el mundo no habría podido resistir tanta belleza con dos monumentos idénticos.

También hay un cuadro de la madre de Nick, vestida de riguroso negro y llorando amargamente la muerte de su hijo del alma. Me entristece su pena y me pregunto si Nick y ella habrán conseguido limar un poco sus asperezas.

Un cuadro de un chico abatido mirando la Torre Eiffel de noche me hace recordar el momento en el que escuché el mensaje de Claire, cuando ella y Nick estuvieron en París.

La segunda parte de la exposición se llama “Lecciones de vida y muerte” y comienza con un cuadro en el que salgo yo, dormida, con mi pequeña del alma en los brazos, también dormida. ¡Maya! Me limpio las lágrimas y veo el siguiente cuadro. David destrozado de dolor en la sala de esperas de ese hospital en el que estaba Alice. El siguiente cuadro está basado en una foto preciosa que hice yo también de Nick dándole de comer a Maya. El último cuadro de esta sección es uno en el que multitud de rostros de mujeres parecen que te miran con el dolor en su mirada.

La última parte de la exposición se titula “Floreecer y vivir” y comienza con el cuadro de la que fue mi habitación en el apartamento de Nick vacía por completo. Le siguen numerosos cuadros de una niña preciosa que creo que es Maya, pero no puede ser que esté tan mayor. Borro mis lágrimas hasta llegar al último cuadro, que se titula “Te sigo esperando” en el que veo a Nick observándose en el espejo y, en su reflejo, a sus espaldas, un montón de fechas escritas. No puedo pararme a leerlas. Simplemente me quedo absorta en ese bello rostro, que ahora luce barbas y que parece tan sereno, tan emotivo, tan maduro...

No sé cuánto tiempo llevo observándolo hasta que una mujer me indica que tengo que abandonar la sala y salgo de allí a toda velocidad.

Tengo que hablar con Paolo.

Esa exposición me ha abierto los ojos y tengo que volver a recuperar mi vida como sea.

Voy a recuperarlos a todos. Paolo deberá entenderlo. Y me dolerá su sufrimiento por dejarlo, pero se merece la verdad y yo también.

Nick

Es la segunda vez que intento tener sexo con Madison y es todavía más desastre que la primera, porque mi erección me ha abandonado una vez tras otra durante las dos jodidas horas que llevo intentándolo. Pero ella me mira como si estuviera satisfecha desde el otro lado de mi cama.

Hace seis días que vi a Sally y no he tenido noticias de ella. Ni me ha llamado y no apareció por el hotel.

Thomas dice que tengo que dejarla ir de una vez de mis pensamientos. Pero es demasiado fácil decirlo.

—¿Me vas a llevar a Chicago? —Me pregunta Madison. Lo dice por la exposición que van a poner mía allí.

—No. —Digo con sequedad, pero al ver sus ojitos tristes le aclaro. —No voy a ir yo tampoco. Y tampoco quiero que la veas a ella por todos lados. Vas a acabar odiándome.

—¿Sigues pintándola? —Pregunta entre lágrimas.

—No voy a dejar de hacerlo, Maddie. —Respondo a la defensiva y me levanto de la cama para ponerme la ropa. No me siento cómodo hablando desnudo con ella de Sally.

—No puedes decirme eso sin pensar que no va a dolerme, Nick. —Me pongo la ropa interior y me giro a mirarla. No me gusta verla dolida y pensé que había sido suficientemente claro con ella estos días, pero parece ser que no ha sido así.

—Maddie, cuando volví de Roma y hablamos, te dije que no podía seguir fingiendo que puedo tener una relación normal contigo cuando está claro que no es así. Y tú accediste a darme tiempo.

—¡Acabamos de tener sexo, Nick! ¿Para eso sí estás preparado, pero para darme el lugar que me corresponde no? —Se defiende y agacho la mirada.

—Te dije que no te pusieras su ropa. ¡Te dije que no entraras en ese cuarto!

—La mantienes viva en tu imaginación y la mitificas, como si Sally fuese

una diosa o algo así, y lo que realmente pasa es que te niegas a admitir que ha hecho su vida con otro y te ha olvidado.

—¡Para de decir esas cosas, maldita sea! ¡Deja de imaginar lo que estará o no haciendo Sally por ahí! ¡Tengo claro que no está aquí, conmigo, y me sigue doliendo, aunque no quieras escucharlo! ¡Y, para empezar, no he sido yo quién ha sacado a Sally a relucir esta vez! ¡Has sido tú vistiéndote con su ropa! ¡Sabías muy bien que hacías y cómo convencerme para que te tocara! —Grito encolerizado y me giro para no ponerme a romper todo. Los muebles nuevos que tengo en mi habitación me han costado una pasta y decido controlarme. — Voy a darme una ducha. —Le digo y me meto en el baño, echando el pestillo tras de mí para evitar que me siga al baño.

Pero antes de entrar en la ducha, echo un vistazo en la habitación de al lado. Su habitación. Siempre lo será, aunque esté llena de cosas de Maya.

En una cajonera aún guardo algunas prendas que Sally se dejó cuando se fue y que sin duda Madison ha usado en mi contra para confundirme y hacerme querer revivir algo parecido a lo que Sally me hacía sentir. Huelo su ropa interior y vuelvo a colocarlo todo en su sitio.

Después me ducho y me froto todo el cuerpo con fuerza. No me gusta el olor de Madison y no es porque huela mal, es que simplemente no huele como necesito que huela.

Al salir del baño, con la toalla atada a mi cintura, me la encuentro con mi teléfono en la mano.

—¿Qué haces? —Me ve y se asusta.

—Nada, mirar la hora. ¿Te apetece ir al cine?

—Mmmm no, Maddie. La verdad es que estoy un poco confundido por lo que ha pasado entre los dos y...

—Nick, deja de darle vueltas. —Se levanta y se acerca a mí, para besarme en los labios. Yo la observo distante. —Lo siento, ¿vale? Tienes razón en enfadarte conmigo. No debería habértela recordado, pero me moría por sentirte en mi piel. —Dice abrazándome y con voz dulce. - Pero tú tienes que seguir el buen camino que habías comenzado a seguir. Si ella no vuelve te tendrás que abrir a cosas nuevas.

—Por el momento no estoy listo para abrirme a nada. Y lo que ha pasado antes entre tú y yo ha sido un error, Maddie. —Me mira con esa carita de tristeza y me siento fatal. —No estoy listo para esto, Maddie, por favor, no me fuerces.

—Pero sabes que soy paciente. Maldita sea, Nick, antes de ir a Roma estabas dispuesto a intentarlo conmigo. Y, ahora, parece que solo buscas excusas para apartarme de ti.

—Madison, yo no quiero hacerte daño. Eso es algo que no pienso permitir que suceda por mi culpa otra vez. Deberías ser lista y apartarte tú solita de mí. Porque no puedo evitar que el haberla visto haya removido todas las cosas que ha removido en mi interior.

—No voy a dejarte. —Dice con ojos llorosos. —¿Eso te haría feliz? ¿Quedarte aquí solo atrapado con sus recuerdos? ¿Y si nunca vuelve, Nick? ¿Te vas a negar toda tu vida al amor?

—Maddie, no me haría feliz que desaparecieras de mi vida. No quiero perderte ni quedarme solo y tú eres mi gran apoyo. Tampoco quiero renunciar a tus besos y caricias, ni a las cosas bonitas que me dices. Pero sería egoísta de mi parte pedirte que te quedaras a mi lado solo como terapia. Yo no puedo darte lo que tú quieres.

—Está bien. Volvamos atrás. Empecemos desde el principio. Como dos amigos que se gustan y quieren pasar tiempo juntos. Sin presiones. Sin promesas. Y, si el tiempo es justo y me da la razón, entonces puede que haya una oportunidad para lo nuestro. —Madison me muestra su mano como señal para sellar un pacto entre los dos y la miro confundido.

—Nada de presiones.

—Lo prometo.

—Y si Sally vuelve, entenderás que necesite hablar con ella y aclarar todo.

—Lo entenderé.

—Y, sobre todo, nada de ponerte más su ropa ni de tratar de recreármela para despistarme.

—Ni siquiera volveré a nombrarla. Pero tú tampoco lo harás mientras ella siga lejos.

—Trato. —Finalmente estrecho su mano y dejamos lo nuestro en una simple amistad. Aunque, no me engaña, esto es mucho más que una amistad. Pero, con lo que me cuesta todavía abrirme a otras personas y lo lejos que ha llegado Madison conmigo, hace de ella la mejor de mis opciones para no acabar mis días en soledad, loco de remate.

Sally

“Enviar” pulso la tecla y envió mi mensaje en el que versa **“Feliz cumpleaños. Te sigo amando, con locura, espérame un poco más, por favor.”** Y espero lo que me resulta una eternidad. Pero no encuentro contestación. Sé que lo ha leído por el doble tic azul que aparece junto a mi mensaje, pero no ha dicho nada aún. Esperaré. Seguramente esté en una gala o en una reunión importante. Nicholas Donovan es un hombre mundialmente reconocido ahora. Puede que esté pensando qué debe responderme. Cuando lo vi, me sorprendió encontrarme a un Nick extremadamente cauto en sus contestaciones. Algo a lo que no estoy acostumbrada de él. Pero esta vez no voy a pensar mal si no me contesta rápidamente. Hemos esperado mucho para encontrarnos emocionalmente lo suficiente maduros para afrontar la magnitud de nuestras emociones y nuestra compleja relación.

Aún no le he dicho a Paolo que me voy y tengo mucho miedo a hacerlo, porque sé que si me pide que no me vaya no podré dejarlo. Odio tener que hacerle daño a él por el camino para cumplir mis sueños junto a Nick.

No soy tan fuerte como para irme sin mirar atrás y dejar a ese maravilloso ser con el corazón partido. Él también ha sufrido mucho en la vida y no quiero ser la causa de un nuevo dolor.

Pero tengo que hacerlo. Él ya lo intuye. Sabe lo que pasó entre Nick y yo cuando él estaba enfermo en casa. Y no me lo ha reprochado ni una sola vez. Solo ha hecho como si ese día nunca hubiese existido. Eso no me ayuda nada a la hora de sacar de nuevo la conversación. Pero lo que he visto en la exposición de Nick me ha hecho ver que jamás podré dejar toda mi vida atrás sin más. Y, puede que simplemente sea masoquista y necesite volver a caer de nuevo en ese círculo vicioso de sus besos, su cuerpo y su piel. No lo sé. Pero ya no logro quitármelo de la cabeza ni un instante.

No hago más que recrear esos momentos en la habitación de ese hotel. Y

trato de recordar cada milímetro de su cuerpo, de su rostro, la forma en la que me miraba, me besaba y me hacía el amor.

Jamás me he sentido tan viva como entre sus brazos y ahora lo sé. Ahora que he vivido aventuras y otros romances lejos de Nick, sé que simplemente, él y yo estamos hechos el uno para el otro.

Sigo mirando la pantalla apagada de mi móvil por si se enciende con su mensaje, cuando Paolo entra en la habitación y me ve sentada en la cama.

—¿Qué haces?

—Nada, escribí a mi hermano y espero su respuesta. —Miento.

—Ah... ¿has hablado más con él?

—He hablado con Alice. —Digo sonriente. —Se van a casar, ¿sabes? —

Paolo abre los ojos.

—¡Qué bien! Iremos a la boda, ¿no? —La respiración se me corta.

—Bueno, me ha pedido que sea la madrina y...

- ¿Y...?

—Y Nick parece ser que será el padrino.

—Ah. —No puede disimular su desilusión al oír eso. Para mí es motivo de alegría, pero entiendo que para Paolo es algo que teme. —Entonces mejor que vayas tú sola. —Dice y se sienta junto a mí, en la cama. Fija su mirada en un punto incierto de la habitación y se masajea las manos. Está tenso.

—Si quieres venir se lo diré a David. Pero es que...

—No saben de mi existencia.

—No, no he hablado mucho con ellos. Lo siento. —Me disculpo.

—Y supongo que Nick tampoco. —Me mira y me hace sentir culpable. Pero no puedo decirle, “No, Paolo, no le hablé de ti para que no fuera un impedimento para que me hiciera el amor”. —Ya veo. —Dice pareciendo adivinar mis pensamientos.

—Paolo, es mejor que, bueno, yo me he equivocado. No merezco otra oportunidad por tu parte.

—¿No mereces o no la quieres?

—La verdad, estoy muy confundida.

—No Sally, estás muy asustada. Y no es así cómo se resuelven los problemas importantes de la vida. Tienes que ser valiente. Mírame a los ojos y dime qué narices quieres hacer. Porque no quiero que tu miedo nos hunda a ambos en el camino. —Trago saliva.

—Yo... quiero...

—¡Dilo de una vez!

—Lo quiero, Paolo, con todo mi ser. —Estallo en llanto y me cubro la cara con las manos. —Perdóname, por favor, te lo suplico, no puedo hacerte esto a ti, a ti no. Pero... pero...

—Sally, mírame. —Me quita las manos de la cara y me obliga a mirarlo. —Tranquilízate. —Me pide cuando comienzo a hipar a causa del llanto. —Ya, ya. —Me abraza y me consuela en su hombro.

—Esto debería ser al revés. Yo debería consolarte a ti.

—Siempre supe que lo amabas. No me has descubierto nada que no supiera. Simplemente pensé que tendríamos más tiempo para desintoxicarte de su amor. Pero está claro que ese hombre es el que más está sufriendo por ti. Mucho más que yo. Si en un año no ha conseguido superarte será porque no podrá, Sally. He hablado con tu hermano. —Me confiesa y lo miro más que sorprendida. —Sí, sé que no debería haberlo hecho a tus espaldas, pero quería saber qué era lo que mejor podía hacer por ti. Y David te conoce como nadie. Recuerda que fui yo quien encontró su teléfono en internet para que te pusieras en contacto con él. —Asiento. —David me ha dicho lo que ese hombre ha sufrido desde que te fuiste. Créeme, no me hace ninguna ilusión contarte esto ni darte motivos para dejarme, pero creo que Nick de verdad te quiere, Sally. Te quiere como pocos hombres son capaces de querer. —No puedo creer lo que oigo. —Yo desearía que tú no le correspondieras y que lo que sientes por mí fuera lo suficientemente fuerte para que pudieras ser feliz a mi lado, pero...

—Puede ser. Yo te quiero mucho, Paolo.

—Mira lo que haces. Eres capaz de sacrificar tu felicidad por la mía. Pero lo que estás haciendo es privarnos a ambos de la felicidad si te quedas, Sally. ¿De verdad crees que puedo ser feliz viéndote sufrir por él de esta manera?

—No he sufrido estos dos meses y medio que llevamos juntos.

—Puede que no conscientemente, pero por las noches llorabas y pronunciabas su nombre incesantemente. Sally, acaba con esto aquí y ahora y lucha por lo que de verdad quieres. —Vuelvo a tragar saliva.

—Tengo mucho miedo.

—Eso es porque lo quieres mucho. Tenemos miedo a perder lo que más queremos. Eso siempre va a ser así, tendrás que aprender a vivir con ello. Lamentablemente la felicidad tiene ese precio que pagar, el miedo a perderla, el miedo eterno.

—Te voy a echar mucho de menos. —Confieso llorando de nuevo.

—Tendrás que llamarme a menudo y venir a visitarme alguna vez. Ven aquí. —Paolo me abraza y yo me dejo fundir por su abrazo. Ojalá la vida le ponga a la persona correcta en su camino. Ojalá la vida me permita seguir poseyendo el tesoro de su amistad. —Bueno, vamos a sacarte tu billete de vuelta a Dallas. —Dice y se separa de mí al fin.

—Sí. —Asiento bastante más relajada. No podré agradecerle nunca lo fácil que me lo ha hecho siempre todo este hombre.

—Hola Dave. —Saludo a mi hermano cuando me contesta la llamada.

—¡Sally! ¡Joder, qué alegría oírte! Me contó la bocona de Alice que ya te dio la noticia.

—¡Sí! ¡Vas a casarte, hermanito! ¡No me lo puedo creer!

—¿Vas a ser la madrina? Dime que vendrás.

—Lo siento, Dave, he perdido el pasaporte y me están poniendo muchos problemas desde el consulado para hacerme uno nuevo. Debí perderlo cuando dejé a... cuando me mudé.

—¿Ya no estás con ese chico?

—Eh, no. Oye, ¿sabes algo de Nick? Le escribí, pero no me ha contestado.

—¡Eso es imposible! Nick te contestaría.

—Quizá me escribió mal su número de teléfono. ¿Puedes dármelo de nuevo?

—Sí, claro. —Mi hermano me dicta el número de Nick y mi desilusión al ver que no me equivoqué de número es más que evidente.

—Gracias, Dave.

—Por favor, intenta llegar a la boda. Todavía tienes casi un mes para hacer el dichoso pasaporte.

—Haré lo que pueda, de verdad, pero por lo visto he estado aquí de forma ilegal durante un tiempo y yo no lo sabía. Me están mareando muchísimo con tanto papeleo. Me parece que va a ser complicado, Dave.

—Pero, ¿piensas volver de todos modos, aunque no llegues a la boda? ¿Quién me llevará al altar si no?

—Lo importante es que Alice y tú seréis felices para siempre. —Digo con tristeza. —No te preocupes por lo demás, por favor, Dave. Cumple tus sueños

y cuida a tu nueva familia.

—Sally, tú eres mi familia y serás mi familia hasta que te mueras.

—¡Oye! ¡Yo soy la menor, tú te morirás antes! —Digo emocionada por sus palabras.

—¡De eso nada! ¡Bicho malo nunca muere! —Me río a carcajadas.

—Tengo ganas de verte, enana.

—Y yo, malandro.

—Por favor, vuelve alguna vez. Maya se muere por verte también.

—No puedo prometerte nada.

—Al menos, sigue llamándonos de vez en cuando.

—Eso sí puedo prometértelo. Te quiero hermano. Hablamos pronto.

Me ha costado una barbaridad mantener esta conversación con mi hermano sin decirle la verdad. Me ha desinflado el ánimo el saber que Nick no me ha contestado porque no ha querido. Pero eso no evitará que vaya y le plante cara. No he hecho todo esto para nada. Y Nick tendrá que decirme a qué se refería exactamente con eso de “Te sigo esperando”.

Hace quince días que le escribí ese mensaje a Nick, diez desde que hablé con David y me confirmó su número de teléfono. He hablado todo este tiempo con Alice a escondidas de mi hermano y hemos planeado todo al detalle.

Me hospedo en un hotel en Roma mientras espero mi momento.

Ya tengo todo preparado y guardado. Solo necesito una señal y podré irme de aquí en busca de mi pasado para enfrentarlo.

Pero necesito saber si todo esto tiene sentido.

No quiero volverme loca sin saber por qué no me ha contestado. Y no puedo evitar que a veces los miedos me consuman.

Esta noche, hago algo de lo que no estoy nada convencida. Cojo mi teléfono y marco su número. Si hablo con él puede que me explique mejor qué ha pasado para que no me haya contestado.

Me quedo mirando su número en la pantalla un buen rato hasta que al fin marco. Pero la llamada me sale denegada. Miro extrañada mi teléfono y vuelvo a marcar. ¡Nada! ¡Denegada! ¡¿Me ha bloqueado?! ¡Joder! ¡Maldito

seas, Nick! ¡Cómo puedes hacerme otra vez lo mismo! Estoy a punto de estrellar el teléfono contra el suelo cuando decido respirar hondo y llamar a Alice. No te precipites Sally.

—¡Hola!

—Eh, hola. Oye, Alice, no quiero molestarte con mis estupideces. Sé que estás a días de tu boda y estarás nerviosa.

—¡Sí, y tú todavía no estás por aquí!

—Ya hemos hablado de eso. Oye, dime una cosa. ¿Qué pasa con Nick?

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Sabes que lo vi, no te hagas la tonta.

—Ya lo sé, me lo habéis contado los dos. Y él me ha dicho que has decidido no darle otra oportunidad. Lo siento por los dos, no sabes la pareja tan bonita que hacéis...

—¡Yo no he decidido eso! —Grito. —¡Lo ha decidido él! ¡Me dio su número de teléfono y no contestó mi mensaje! ¡Y ahora, trato de llamarlo y me dice que mi número está denegado!

—¿Qué? No entiendo lo que dices. Hablé con Nick hace días y me dijo que seguía esperando que algún día le llamasas o aparecieses. Él no te ha olvidado, Sally...

—Es evidente que sí. —Gruño frustrada. —Está con otra, ¿verdad?

—Oye, no me metas a mí en eso.

—Dímelo, por favor.

—Sally, yo lo único que sé de verdad es que Nick te quiere, que te estuvo esperando en ese hotel durante dos días sin salir de la habitación y que su terapeuta le aconsejó que se volviera. Que no te esperara más. Que si tú alguna vez querías volver, sabrías dónde encontrarlo. No sé nada más de lo que hace o deja de hacer en la privacidad de sus noches, pero te aseguro que haga lo que haga, tú sigues presente en todos sus pensamientos.

—Está bien, tengo que relajarme. Supongo que habrá sido consejo de su terapeuta. Supongo que le habrá dicho que lo más beneficioso para los dos es que hablemos todo cara a cara.

—Suena bastante sensato, cuñada. Tranquila, pronto tendrás tus respuestas. Nosotras seguimos con nuestro plan adelante, ¿vale?

—Vale. Sí, tranquila. El plan sigue en pie.

Nick

Hoy me toca hacer de canguro de mi sobrina y lo haré con mucho gusto. David y Alice están como locos con los últimos preparativos de la boda y necesitan salir para ultimar detalles.

Les he preguntado mil veces si saben si Sally asistirá al evento y parece ser que Sally se ha encontrado una excusa más que buena con eso de que ha perdido el pasaporte y no sé qué más.

Me encantaría llamarla y gritarle de todo. No puede hacerles eso a nuestros hermanos y a nuestra sobrina solo porque no pueda dejar de odiarme a mí.

Ya le prometí que no la acosaría si volviera y, aunque no estoy seguro de poder cumplirlo, al menos estoy convencido de que lo intentaría con todas mis fuerzas.

Madison quiere venir conmigo a cuidar a Maya, pero yo le pido que mejor me espere en mi apartamento. No quiero meterla tanto en mi familia. Y me arrepiento de haberlo hecho otras veces. Ella dice que adora a esa niña y es por lo que quiere acompañarme y, puede que sea verdad. Pero también sé que busca cualquier excusa para pasar más tiempo conmigo porque tiene miedo de mi reciente distanciamiento con ella. Como si pudiera salir corriendo a los brazos de Sally fácilmente. Tendría que comprarme un billete de avión a Roma, vagar por las calles y preguntar a todo bicho viviente por ella y encontrarla. Y, aunque muchas veces siento la tentación de hacerlo, mi terapeuta ha conseguido convencerme de que no lo haga, al menos la mayor parte del tiempo estoy convencido.

David está dándole el baño a Maya antes de salir y yo estoy preparándole la papilla en la cocina de casa de mi hermana cuando Alice aparece, toda arreglada, y comienza a mirarme de esa manera que mi madre solía hacerlo cuando hacía algo mal de niño.

—¿Qué? —Le pregunto.

—¿Por qué no le has contestado? —Dice en voz baja, como si quisiera que

nadie más nos oyera.

—¿A quién?

—¡No te hagas!

—Alice, no sé de qué estás hablando.

—¡Le has bloqueado el teléfono! ¿No querías que volviera y poder hablar con ella? No te entiendo, de verdad. Normal que la volvieras tan loca que se haya tenido que marchar a Roma. —Mis alarmas se encienden y la miro asustado.

—¿Cómo dices?

—Te escribió un mensaje, hace semanas, y no le has contestado. Te ha llamado y le deniegan las llamadas. —No puede ser que esté hablando de ella.

—Por favor, dime de qué cojones estás hablando, Alice.

—¡Sally, joder! —Me quedo planchado.

—Yo no he recibido ningún mensaje de ella y desde luego no he bloqueado su número, porque no lo tengo. Os habéis negado a dármelo una y otra vez Dave y tú diciéndome que las dos únicas llamadas que habéis recibido de ella han sido con número oculto. ¿Quién te ha dicho esa estupidez?

—¡La bruja Lola! ¿Quién crees?

—¿Has hablado con ella? ¿Cuándo? —Suelto todo lo que tengo en las manos y cojo a mi hermana de los hombros. —¿Qué te ha dicho? ¿Por qué no me habéis dicho nada?

—Dave te dijo que habló con ella, ¿no?

—Me dijo que llamó una vez y que le dijo que no podría venir a la boda por la estupidez esa que se ha inventado del pasaporte. Pero, según él, no habéis hablado más con ella ni sabéis nada de ella. ¡Dime cuándo te ha dicho eso! ¡Qué te ha dicho!

—Solo eso. Nada más. —Alice parece nerviosa y se separa de mí cuando la zarandeo de nuevo. —Pues alguien ha sido el que ha borrado su mensaje para que no lo vieras y ha bloqueado su número. Pregúntate a quién le dejas coger tu teléfono.

—Dime que no te estás inventando esto para que deje a Madison, por lo que más quieras. —Le suplico a mi hermana.

—Nick, sabes que yo te he apoyado siempre en todo lo que respecta a tu felicidad y Madison no me cae mal. Siempre me pareció algo positivo para ti, pero espero que no esté fomentando el resentimiento entre tú y Sally, porque si por algún milagroso regalo del cielo ella volviera a nuestras vidas de nuevo,

no quiero que tú y tu odio por la hermana de mi futuro marido lo estropeen todo. Porque no voy a posicionarme por Madison, que es una completa desconocida, sino lo haré por ella, porque es como mi hermana y comprendo su sufrimiento más que nadie en este mundo.

—¿De qué estás hablando? ¡Yo no odio a Sally, yo la amo con todo mi ser! ¡Dime cuándo has hablado con ella, qué te ha dicho! —Mi hermana mira a todos lados visiblemente nerviosa.

—Hablabamos de esto en otro momento.

—¿Dave no lo sabe? ¿No sabe que has hablado con Sally? ¡Joder, Alice, desde cuándo sabes de ella y no has dicho nada!

—¡Solo me llamó el otro día a escondidas de su hermano porque necesitaba saber por qué no le habías contestado, nada más! ¡Sabes que te contaría si supiera algo importante! ¡Ahora, baja la voz! ¡No quiero que todo esto estropee la boda! David está también preocupado por ella.

—Vale, pero, por favor, intenta... intenta recordar. ¿Te dijo algo más de mí? —Mi hermana traga saliva. —Dímelo, por lo que más quieras.

—Me preguntó si había alguien más en tu vida.

—¡Oh, joder, dime que no le hablaste de Madison!

—¿Por qué? ¿Piensas esconderla si Sally vuelve? —Me pregunta con los brazos en jarra.

—Por supuesto que no. Pero me gustaría ser yo quien le explicara todo.

—No le he dicho nada de ella. —Suspiro.

—Bien, bien, gracias. Hablaré con Madison. Tenlo por seguro.

Después de cuidar de mi sobrina durante un par de horas vuelvo a mi apartamento con un sentimiento de rabia e ira irrefrenables. Pero, cuando aparco el coche, decido llamar a mi terapeuta antes de descargar con Madison toda mi rabia.

Thomas me dice que me estoy precipitando. Que Sally puede habérselo inventado y puede que no me haya llamado ni mandado ningún mensaje. También dice que puede que lo haya hecho al número equivocado. Ruego al cielo porque sea alguna de esas dos opciones la verdadera y no me la haya jugado Madison de esta manera.

Un poco menos tenso salgo del coche y subo al ascensor. Cuando abro la puerta de mi apartamento me encuentro a Madison y a su tía Christina, de quien no sabía nada desde que la despedí, en el salón de mi casa, comiendo helado de una tarrina gigante de helado y riéndose mientras ven una película

de esas estúpidas de risa que tanto le gustan a Madison.

—¡Hola! —Me saluda Madison con efusividad, pero su gesto cambia al ver mi cara. Refunfuño algo parecido a un saludo y me voy directo a la nevera a sacar una cerveza. Me la bebo de un trago y después saco otra. —Eh, ¿ha estado difícil Maya? —Pregunta Madison rodeando mi cintura con sus manos y yo la fulmino con la mirada.

—Mi sobrina no tiene nada de difícil.

—Hola. —Me saluda Chris y se ve bastante incómoda.

—Hola Chris. Oye, me alegro de verte, de veras, pero necesito hablar con tu sobrina a solas. —Le pido y ambas se miran con cara de susto.

—Claro, ya vendré a verte en otra ocasión.

—Sí, en otra ocasión. —Acompaño a Chris hasta la puerta de casa, le doy un beso en la mejilla y le cierro la puerta en las narices antes de dejarle decirme nada más. Cuando me giro veo la cara de inocente de Madison mirándome bastante preocupada.

—¿Qué pasa, Nick?

—Te lo preguntaré sin rodeos. ¿Has borrado algún mensaje de Sally de mi teléfono? —Ella se hace la ofendida. —Habla y dime la puta verdad. —Le señalo con el dedo.

—Fue sin querer. Lo leí sin querer cuando quise mirar una cosa y pulsé...

—¡No me toques los cojones, Madison, si fuera sin querer me lo habrías dicho! —Le grito como nunca en mi vida he gritado a alguien a escasos centímetros de su rostro. —¡Qué coño decía! —Ella da un grito y retrocede dos pasos. —¡Te he preguntado que qué cojones decía el puto mensaje! —Madison comienza a llorar y se encoge, como protegiéndose de un posible golpe por mi parte. En ese momento, al verla así, me doy cuenta de que no estoy sereno en absoluto. Y no puedo perder los papeles así. —¡Joder! —Tiro la lata de cerveza que tengo en las manos medio llena contra la pared y me siento en el suelo, derrotado.

—Nick... perdóname. No quiero que te haga más daño. Quise protegerte.

—Madison se sienta en el suelo, junto a mí y me abraza. Yo no la detengo. No sé qué hacer, estoy verdaderamente perdido.

—Me estoy volviendo loco. No puedo más. —Me tapo la cara con las manos y froto mi rostro con fuerza. —No sé qué demonios hacer más para encauzar mi vida, y siempre se me tuerce todo.

—No digas eso. Oye, no dijo nada del otro mundo. Solo te preguntaba

cómo estabas. No pensé que iniciar una conversación con ella tan fría y distante te beneficiara, Nick. Como Thomas dijo, si quiere encontrarte lo puede hacer. Pero en persona, no preguntando cómo estás después de tanto tiempo. —Miro a Madison y sopeso lo que dice.

—Puede... pero no debes tomar decisiones por mí que no te competen, Madison.

—Lo sé, lo siento. —Vuelve a abrazarme.

—¿Has bloqueado su número de mi teléfono?

—¡Qué! ¡No! Eso no es cierto. Yo no he hecho eso. Solo borré ese mensaje, nada más. —Promete y la observo para tratar de averiguar si dice la verdad.

—¿Lo prometes?

—Te lo juro, Nick. —Suspiro.

—De todos modos, no va a volver. —Divago en voz alta. —Le ha contado a Dave una excusa estúpida sobre que ha perdido el pasaporte o algo así.

—¿Iba a venir? —Madison parece horrorizada. Es verdad, no se lo conté.

—David quería que fuese la madrina de la boda.

—¡No es verdad! ¡Dime que Alice y David no pensaban hacerme eso! —Grita horrorizada. Jamás la he visto perder los papeles así.

—¿Hacerte eso?

—¡Vamos a ir a la boda, juntos, ellos saben lo que hay entre tú y yo y pensaban que Sally y tú fueseis los padrinos para dejarme a mí en evidencia delante de todos! ¡¿Hasta cuándo voy a tener que sufrir tantas humillaciones por culpa de Sally?! —

—Maddie, Sally es la hermana de Dave, y la mejor amiga de Alice. David no tiene más familia en el mundo que Sally, mi hermana y su hija. ¡Por supuesto que quiere ver a su hermana ahí! Y yo no he tenido que ver en eso, te lo juro.

—¡Pues no va a venir, Nick! ¡Ya lo ves! ¡Su única familia se casa y ella no va a asistir porque ya no sois nada en su vida! —Madison puede ser realmente cruel cuando se lo propone. —No quiere verte, ni a su hermano, ni a su sobrina, ni a su maravillosa mejor amiga. **NO LE IMPORTÁIS UNA MIERDA.** Está viviendo su maravillosa nueva vida lejos de todos vosotros y no es verdad que te haya llamado, como está intentando hacer creer. Ahora, si me disculpas, me voy. —Madison se levanta y se va cargada de rabia hacia la puerta. Yo me levanto corriendo y me pongo frente a ella.

—Eh, no te vayas. No me dejes solo, por favor. —Me mira de arriba abajo.

—No estás solo. —Dice con lágrimas en los ojos. —Tienes a tu maravillosa hermana y tu maravilloso cuñado que intentan resolverte la vida, por lo que veo. La que sobro soy yo.

—No. Ellos tienen su propia familia ahora y yo... solo te tengo a ti.

—Demuéstrame. —Me pide y doy un paso atrás. —Demuéstrame que te importo, aunque sea una milésima parte de lo que te importa esa mujer.

—Maddie, yo no... yo... —no puedo acostarme con ella otra vez en el estado en el que estoy. Desde que volví a ver a Sally mi cabeza se ha llenado de dudas y de ilusas ilusiones y no quiero tener que forzarme a tener sexo con ella otra vez. —Dame tiempo, por favor.

—¡No me folles, maldita sea, pero duerme conmigo! ¡Abrazame, bésame, dime que no soy estúpida por seguir aquí, a tu lado, esperando y esperando a que llegue el día en que me veas como una mujer y no como una terapia!

—Lo siento, lo siento. —La abrazo con fuerza y le acaricio el pelo. —Eres importante para mí. Eres muy importante para mí. Si no estuvieras a mi lado estaría perdido. Habría hecho alguna idiotez. —Levanto su barbilla y la beso con dulzura. —Vas a venir a la boda conmigo y voy a demostrar a todo el mundo cuál es tu lugar en mi vida, y a ti también. —Madison llora y me abraza.

Esa noche duermo con ella en mi cama. Algo que no he hecho nunca con otra mujer que no fuera Sally. Las pocas veces que Madison se ha quedado a dormir en mi apartamento, ella se ha quedado en mi cama y yo en el sofá.

Pero quizá sea hora ya de dejar atrás lo que no puede ser ni será jamás. Ella no volverá.

Sally

Cuando mi avión aterriza en Dallas estoy a punto de sufrir un ataque de ansiedad. Pero me obligo a ponerme en pie, coger mi maleta y salir del avión mostrando entereza.

En el hall de llegadas, miro a todos lados. No veo ni rastro de la persona a la que busco. Salgo a la calle y rebusco entre mis bolsillos mi teléfono móvil para llamar, cuando escucho mi nombre.

—¡Sally! —Levanto la mirada y me encuentro a Alice, corriendo hacia mí. Tiro todos mis bártulos al suelo y la abrazo con fuerza.

—¡Alice, Alice!

—¡Oh, Sally, has vuelto! ¡Por fin! Vamos, coge tu equipaje.

Por el camino, en su coche, Alice va recordándome cada paso del plan acordado una y otra vez y de vez en cuando me mira con lágrimas en los ojos y una sonrisa radiante como si no creyese lo que ve.

Me lleva hasta mi ático y me sorprendo al ver que lo ha limpiado todo y ha llenado la nevera de comida para que yo me sienta de lo más cómoda.

—No tenías que haberte molestado. —Le digo mientras me abro una lata de refresco y le tiendo otra a ella. La observo con alegría y un montón de recuerdos del instituto junto a ella acuden a mi mente.

—Quiero que te sientas otra vez como en casa. —Me dice.

—No huiré más. Lo prometo.

—Por favor, no arruines la sorpresa. Sé que David se pondrá pesado si lo llamas, pero no quiero que te vea hasta el momento justo en el que tengas que llevarlo al altar.

—Tranquila, no lo haré. —Digo sonriente. —Me muero por ver su cara cuando me vea.

—¡Oh, sí, habrá muchas caras dignas de ver!

—¿Nick tampoco lo sabe? —Pregunto, aunque sé la respuesta. Yo misma lo pedí así.

—No, ni Madison tampoco.

—¿Madison? —En seguida recuerdo ese nombre. La sobrina de Christina. Alice me mira como si viera un fantasma y sé que se le ha escapado.

—¡No es nadie! —Dice nerviosa y yo me tengo que sentar para no marearme con la noticia.

—Tranquila, no voy a huir, te lo he prometido. —Le digo con tristeza. —Yo también intenté rehacer mi vida con Paolo. No puedo culpar a Nick de hacerlo con la suya. Pero necesito hablar con él.

—Está con ella porque tiene miedo a la soledad, Sally. —Me dice poniendo su mano en mi hombro. Está con ella... Nick está con ella... El amor de mi vida, está con... —Y estoy segura de que fue ella quien borró tu mensaje y bloqueó tu número de su teléfono para que no supiera nada de ti.

—Yo jamás le habría escrito si hubiera sabido de ella. —Mis palabras suenan llenas de amargura.

—Nick siempre le dejó claro que la única mujer de su vida eres tú. Y que no podría darle lo que ella quiere. Nick ha sido sincero con ella, Sally. Pero esa chica se empeña en creer que alguna vez ocupará tu puesto.

—Supongo que porque tendrá evidencias de que puede hacerlo.

—Si vieras a Nick no pensarías eso. Desde que estuvo contigo en ese hotel de Roma ha vuelto a llorarte como al principio.

—Ya hace más de un mes de eso...

—No exagero, Sally, lo verás con tus propios ojos.

—Sí, lo veré. —Digo con convicción.

Sé que he prometido mantener mi vuelta en secreto a Alice, pero no he podido evitar que mis pies me trajesen hasta aquí: el apartamento de Nick.

Necesito ver con mis propios ojos que Nick me ha olvidado y me ha reemplazado por otra. Necesito escuchar de sus propios labios que... ha dejado de esperarme. Esta vez no me voy a dejar dominar por el miedo a escuchar algo que no desee oír, algo que sin duda me destrozará. Pero, después de todo lo que Nick y yo hemos vivido, las cosas deben resolverse finalmente como adultos y mediante el diálogo.

Aún conservo las llaves y abro la puerta del edificio con ellas. Me meto en el ascensor y me miro en el espejo todo el tiempo, sin decidirme si dejar mi pelo suelto o recogido. Al final lo dejo suelto.

Mañana es la boda de mi hermano. Y no quiero arruinarle la sorpresa a Alice con David. Mi hermano no sabrá que estoy aquí hasta mañana. Pero Nick y yo tenemos cosas que aclarar y no quiero que en la boda de David y Alice haya tensiones ni malas caras. Si está con Madison y quiere seguir con ella, no tengo más opción que aguantarme. Aunque me muera desangrada por dentro. Pero, si por el contrario, decide que quiere estar conmigo, tendremos que hablarlo. Los tres.

Así que espero que esté esa dichosa mujer con él. Cuando llego a la puerta del apartamento de Nick, con el pelo suelto, finalmente, decido llamar y no hacer uso de las llaves para no hacerlo más incómodo.

Llamo al timbre y me quedo clavada mirando a la puerta mientras espero. “¡Ya voy yo!” Oigo la voz de esa chica y justo después se abre la puerta. Su cara al verme no tiene precio. Después mira asustada hacia el interior del apartamento y parece aliviada de que Nick no esté y no me haya visto.

—¡Qué cojones haces tú aquí! —Me pregunta llena de rabia. Yo intento ignorar el hecho de que lleva puesta una de las camisetas de Nick y me aclaro la garganta.

—Hola, Madison. He venido a hablar contigo y con Nick.

—¡Pues Nick no quiere verte, así que vete! —Intenta cerrarme la puerta en las narices, pero lo impido como puedo con mi mano.

—Preferiría que eso me lo dijese él. —Le amenazo.

—¡Oye, no puedes venir aquí, a nuestra casa, y echar por la borda todo en lo que llevamos trabajado Nick y yo durante meses solo porque de repente te hayas acordado de que dejaste a un hombre tirado hace más de un año! —Me amenaza.

—No lo dejé tirado. Necesitaba purgarme. Y esta no es vuestra casa. ¡Déjame hablar con Nick!

—¿¿Qué parte de “no quiere verte” no has entendido?! ¡Vete de una vez o llamaré a la policía!

—¿Maddie? ¿Quién es? —Oigo la voz de Nick desde el interior de la casa sintiendo temblar todo mi cuerpo y, cuando voy a gritar mi nombre, la tipa me taponaba la boca con la mano.

—¡Nadie! ¡Se han equivocado! —Grita ella y yo la fulmino con la mirada.

—Oye, vete, por lo que más quieras. No puedes aparecer así. No puedes hacerme esto. No puedes hacerle esto a Nick. —Sus ojos se llenan de lágrimas y casi consigue darme lástima.

—Mañana lo veré, quieras o no, y tendré la conversación con Nick que necesito tener. Así que tienes hasta mañana para intentar convencer a tu amado Nick de que no siente nada por mí. —Le digo y me giro en dirección al ascensor de nuevo. No voy a montar un numerito, estoy demasiado nerviosa para poder decir las cosas que necesito decir sin desmayarme. Si esa tipa me lo va a poner difícil, tendré que buscar mi momento y emplear mis armas en otra ocasión.

—¡No va a volver contigo! —Me dice cuando el ascensor se abre frente a mis narices.

—¿Seguro? —Le amenazo. Ella abre la boca y luego la cierra. —Aprovecha tu tiempo. Se te está acabando. —Digo y entro en el ascensor.

¡La odio! ¡Siempre supe que andaba tras de Nick cuando él y yo estábamos juntos y él siempre se reía de mí cuando se lo decía! ¡Espero que no se haya podido correr con esa lagarta! ¡Espero que no se le haya ni empalmado! ¡Tengo ganas de asesinarlos a los dos! Aunque, primero recuperaré a mi novio y después lo estrangularé por iluso. ¡¿Cómo puede haber acabado con esa estúpida?! ¡Si nos reíamos de ella! Grrrrr.

Nick

—Madison, ¿quién era?

—Ya te he dicho que se han equivocado. —Dice sorbiéndose la nariz y más que nerviosa. Oh no...

—¡Madison, quién cojones era!

—¡No era nadie, joder! —Llora. No, no, no, no. Madison no lloraría por nadie en especial.

—¡MADISON, DIME DE UNA PUTA VEZ QUIÉN ERA!

—¡ERA ESA ZORRA, MALDITA SEA! —¿Qué? No, no, no, no, no puedo permitir que se vaya. Madison estalla en llanto y yo voy corriendo hasta la puerta, pero ella se tira al suelo y se enrosca en mis pies para impedirlo. — ¡No, no te vayas! ¡No me dejes! ¡Te lo suplico!

—¡¡Suéltame!! —Intento escabullirme de ella. Me va a dar un ataque.

—¡La verás mañana, mañana irá a la jodida boda, ¿vale?! ¡Pero déjame hablar contigo antes de que la veas! —La miro y no sé si creerla o no.

—Voy a salir a buscarla, Maddie. —Le digo, pero Madison se levanta rápidamente, echa la llave de la puerta de la casa y se guarda la llave dentro de sus bragas. —¡Dame la puta llave! —Le ordeno. —¡Qué le has dicho para alejarla otra vez de mí!

—¡Yo no he hecho nada! ¡Ni siquiera sabes qué quería decirte! ¡¿Y si solo ha venido para decirte que seáis amigos?!

—¡Pues no lo sé! ¡Porque no le has dejado decírmelo! —Digo exasperado.

—Bueno pues mañana lo sabrás. Pero primero tendrás que aclararme a mí en qué punto estoy yo, Nick. —Me dice con ojos llorosos. —Dímelo de una vez y hazme saber si tengo que salir de tu vida para siempre o quedarme. ¿O vas a correr tras ella dejándome aquí como una estúpida sin saber qué esperar de ti? —Lleno de aire los pulmones. Tiene razón. Tengo que hacer las cosas bien de una puta vez. Mi terapeuta me mataría si saliese corriendo tras Sally sin dar los pasos previos oportunos.

Tampoco sé cuáles son las verdaderas intenciones de Sally para venir a

verme el puto día antes de la boda de nuestros hermanos. Si quisiera verme habría venido al hotel en Roma, o habría vuelto antes. Y desde luego no habría salido corriendo de casa solo porque Madison le dijera que no es bienvenida. Quizá solo quería que no fuese tan duro para los dos encontrarnos allí, en la ceremonia. Quizá solo quiere que pactemos comportarnos como seres humanos civilizados durante la celebración. Quizá buscaba otro motivo para odiarme y Madison acaba de dárselo. Quizá se vuelva a Roma en cuanto termine la boda. Quizá ya no me quiere una mierda.

—Está bien, hablemos. Mi intención no es... dejarte. —Maldita sea me cuesta un mundo decir esto, pero no puedo quedarme solo si Sally no va a quedarse. Y sé que eso es lo más probable. —No así, sin más. ¡Pero tienes que dejar de interferir en mi vida! —Digo al fin.

—¡Es mi maldita vida también! ¡Tengo derecho a defender lo que tanto trabajo me ha costado conseguir! Y, ¿qué quieres decir con que no vas a dejarme así, sin más? ¿Significa que tengo que quedarme de brazos cruzados a ver qué piensa hacer la dichosa Sally? ¿Significa que soy tu maldito segundo plato, Nick? —Suspiro. Tiene razón.

—Maddie —me masajeo la frente y trato de pensar con claridad mis opciones —siempre te fui sincero con respecto a mis sentimientos por Sally. Siempre supiste que me mantenía esperándola. Pero, me temo que ella no ha venido a volver conmigo. Conociendo a Sally, te lo habría puesto mucho más difícil. No se habría marchado, sin más. Me imagino que habrá venido por la boda, porque ella y yo somos los padrinos de tal evento. —Digo resignado. No se me ocurre otro motivo. Llevo esperándola semanas y ni se ha dignado a llamarme ni nada por el estilo. Y estoy empezando a pensar que lo del mensaje y sus llamadas es una enorme mentira que Sally ofreció a mi hermana como excusa, porque, al fin y al cabo, habrá decidido asistir a la boda de su hermano y única familia, sabiendo que tendrá que enfrentarme. La conozco. Solo ha venido a disculparse conmigo y a relajar tensiones. Suspiro. —Maddie, mañana es la boda, no quiero numeritos ni historias por tu parte. —Le advierto.

—¿Piensas llevarme sabiendo que estará ella?

—¡Claro! ¡No pienso esconderte! Ya no soy así. Eres la persona que más me ha apoyado con toda esta locura. No podría hacerte eso. No el día antes de la boda. —Le aclaro con sinceridad. Le estoy demasiado agradecido a Madison por todo lo que ha hecho por mí como para hacerle algo así de

horrible. —Pero tienes que saber que será un momento muy duro para mí, sabiendo que ella estará allí también.

—¿Y qué pasará si te pide que vuelvas con ella? —Mi mente se colapsa ante la pregunta. ¿Podría suceder algo así? ¿Puede existir tal posibilidad?

—No lo sé. —Respondo con sinceridad.

—¿No lo sabes?

—No, Maddie, no lo sé. No me imaginaba jamás que Sally vendría llamando a mi puerta. Tampoco me imagino a Sally pidiéndome que vuelva a su lado. Ya tuvo la opción, cuando la vi en Roma, y lo que hizo fue huir de mí. Y mucho menos lo hará cuando sepa de ti. Cosa que ya es un hecho. No la conoces, me odiará por siempre al saber de lo nuestro. Y, si no me da opción a explicarle lo nuestro, mucho me temo que volverá a huir de mí y que ya no tendré nada que hacer. Pero sabes que siempre te he dicho que seguía esperándola. Aunque ya estoy cansado de engañarme. De imaginar que un día volverá y...

—¿Y si no lo hace? ¿Y si no huye de ti esta vez aun sabiendo que estás rehaciendo tu vida conmigo? —Bufo.

—¿A esto llamas tú rehacer mi vida? Mírame bien, Maddie. Mira cómo estoy. Esto es lo máximo que puedo ofrecerte y es una soberana mierda. Ni siquiera soy capaz de darte algo sólido. Ni siquiera soy capaz de darte amor. No sabes cómo me encantaría darte lo que te mereces. Quisiera decirte que un día la olvidaré, pero no puedo estar seguro de que eso suceda. ¿Quieres tú esto para ti? —Madison llora y se tapa el rostro. —Contesta.

—Yo te quiero. —Sus palabras de amor me hieren, porque no puedo responder con el mismo sentimiento. Porque lo único que quiero en este maldito mundo es volver a besar a Sally.

—Me quieres... a pesar de todo lo maldito que estoy. Pero no quieres que Sally se acerque a mí. ¿Sabes lo que es querer a alguien de verdad, Madison? Querer a alguien de verdad significa desearle la felicidad por encima de la tuya propia. Querer a alguien de verdad significa sacrificarlo todo por esa persona. Querer a alguien de verdad significa venerar su libertad como individuo. Su libertad a quererte o a no quererte. A corresponderte o a no hacerlo. Yo no voy a pedirle a Sally que haga nada más por mí, porque agoté mi cupo de peticiones con ella hace mucho tiempo. Pero, si ella me pide algo que yo pueda darle, lo daré sin dudarlo, Madison. Ya sea que me quede a su lado o que la aparte de mi vida para siempre. Y has de saberlo, porque no te

quiero ocultar nada.

—No quiero perderte. —Su llanto se hace más desesperado.

—Nadie dice que lo harás. —La abrazo y dejo que lllore en mi hombro. — Voy a llevarte a esa boda, Maddie, serás mi acompañante, mi pareja. Pero necesito hablar con ella, Maddie. No podré empezar una relación de verdad contigo hasta que no lo haga. No podré avanzar sin encarar ese pasado que no me deja respirar. —Digo esforzándome en convencerla y convencerme.

Yo sé bien que Sally ahora mismo puede que esté tomando un avión de vuelta a Roma tras saber que Madison y yo estamos juntos y prácticamente conviviendo. Me imagino que me estará odiando más que nunca. Sobre todo, porque recuerdo sus celos por Maddie cuando ella y yo estábamos juntos. Y, conociéndola, no me dejará jamás explicarle que simplemente estoy con Madison porque me aterra estar solo desde que siento este dolor tan insoportable en el pecho, desde que comenzaron mis crisis de ansiedad, desde que comencé a ser consciente de todo lo que mis malas acciones habían causado en mi vida y en la vida de los demás. Ella no sabe que estoy con Maddie porque necesito de su apoyo para seguir adelante y porque creí que Sally no volvería a mi vida nunca más.

Mi cuerpo me pide a gritos que corra tras ella, que corra tras mi Sally. Pero me prometí una vez no volver a herir a una mujer más conscientemente, y Maddie no será una excepción. Ella ha estado junto a mí a las duras y a las más duras todavía. Jamás le he puesto las cosas mínimamente fáciles. Madison ha recogido mis pedazos en numerosas ocasiones del suelo y los ha recompuesto como ha podido. Entiendo que esté aterrada ante la noticia de que Sally ha vuelto, yo también lo estoy, pero me pongo en su piel y comprendo cómo me sentiría yo si tuviese tanto miedo a perder al amor de mi vida como lo tiene ella en estos instantes, pues es lo mismo que he sufrido yo todo este tiempo a su lado. Ella es ahora quien necesita de mí y no puedo negarle mi ayuda.

—Nick, pero me estás diciendo que, si ella te pide que vuelvas, tú... No me dejes. No te vayas con ella, así como así. Como si no hubieras sufrido tanto por su culpa. Como si no hubieses estado a punto de morir de pena tantas veces. Ella no te merece, Nick.

—Maddie, deja de decir eso, por favor. —Aprieto los ojos y me niego a escuchar los motivos por los que debería negarme a volver con Sally. — Recuerda por favor que tú y yo aún no tenemos nada claro entre nosotros. —

Yo sé que no tengo la fortaleza para decirle que no a esa mujer. Yo sé que haría todo lo que me pidiera en este mundo. Pero también sé que Madison es la única persona que podría hacerme vacilar. Por lo muchísimo que le debo.

—Sé que te duele oír la verdad. Pero alguien tiene que decírtela. —Sus ojos llorosos me miran y se me clavan.

—No quiero escucharla más, por favor, Maddie. —Ella cierra la boca rápidamente.

—Bésame, Nick. —Sus labios se ciernen sobre los míos y gime aliviada al ver que le respondo.

Sin embargo, mi mente está ahora mismo en otro sitio. Vaga por las calles de Dallas, como alma en pena, persiguiendo el rastro del perfume de Sally que va dejando a su paso. Casi puedo olerlo. Casi puedo tocarla en mi mente.

Me mareo ante la idea de volver a verla mañana. Pero prefiero no pensarlo mucho o me dará un ataque al corazón. Ella está aquí por la boda, Nick, no por ti. Deberás controlarte. Deberás esperar y ver si quiere hablar contigo. No puedes forzar las circunstancias. Recuerda lo que te dijo Thomas. No la obligues a hacer algo que no quiera hacer. No precipites los actos.

Por la noche no consigo pegar ojo. Madison me ha suplicado que la deje dormir conmigo, en mi cama de nuevo. No he podido negarme. Está muy nerviosa y asustada. No sabe lo que le deparará la vida mañana ni yo tampoco.

Me imagino el reencuentro con Sally una y otra vez. No paro de recrearlo en mi mente. Comienzo por imaginarme a Sally vestida con un precioso vestido de flores y su melena suelta. Con esos ojos negros mirándome intensamente. Me acerco a ella, ella sonrío, beso su mano y le digo lo escandalosamente preciosa que está. Ella sonrío con más fuerza y acabamos besándonos desesperadamente bajo la mirada atónita de los invitados. Sonrío. Me gusta esa versión. El único fleco suelto es Maddie, que vendrá conmigo al evento y montará en cólera al ver tal escenita.

Entonces me la imagino a Madison gritándole de todo a Sally, contándole lo mal que lo he pasado según Maddie por culpa de Sally. Sally llorando, yo tratando de defenderla explicando que la culpa de todo este desmadre solo ha sido mía, mi hermana gritando y llorando porque le hemos arruinado la boda, Dave intentando darme una paliza por lo mismo y por hacer que Sally lllore otra vez, ahora que por fin ha vuelto...

¡Joder, será mejor que pare de imaginar! Si sigo, seguramente puede que hasta alguien muera. Mi mente desde luego es una puta mierda a la hora de

elaborar algo bonito y dulce.

A las tres de la madrugada, harto de montar escenas dignas de una película de Tarantino en mi cabeza, me levanto, me tomo uno de los ansiolíticos que mi terapeuta me recetó para noches como esta y me tiendo sobre el sofá, en el salón, con el mando en la mano, cambiando de un canal a otro hasta que consigo quedarme dormido.

No sé con qué sueño. No lo consigo recordar cuando a la mañana siguiente me despierto. Pero no ha debido ser algo tan malo porque me despierto bastante más sereno de lo que me esperaba que iba a estar.

En mi habitación Madison todavía duerme. Debe estar agotada mentalmente. Le doy un beso en la frente y en mi mente formulo un deseo: “nos deseo lo mejor, a ambos. Creo que ya nos toca, Maddie”.

Sobre mi mesita de noche, un parpadeo en mi teléfono me llama la atención. He recibido un mensaje y me pongo de los nervios cuando tomo el móvil en mis manos y lo desbloqueo para saber de quién es.

Es de Alice.

“Supongo que ya lo sabes, hermano. Ella ha vuelto. Por favor, intenta controlarte y hacerlo lo más natural posible. David todavía no lo sabe, Sally es mi regalo de bodas para él. Así que manténlo en silencio, te lo suplico. Y, sobre todo, trata de disfrutar de la ceremonia. Tendréis tiempo de hablar, si ella decide quedarse.”

Descargo un fuerte y sonoro suspiro y le contesto a mi hermanita.

“No tienes de qué preocuparte. Iré a ayudar a Dave en sus arreglos finales y te llevaré al altar de mi mano para que puedas cumplir tus sueños, pequeña. Sally no es ni será nunca un problema para mí. Decida lo que decida, ella siempre será de la familia y la trataré como tal. Nos vemos camino al altar, preciosa.”

Pulso la tecla “Enviar” y me meto en la ducha.

Hoy es el gran día.

Hoy la tendré al fin de vuelta de alguna forma a mi vida. Al menos, durante unas horas.

Solo el tiempo dirá de qué forma la tendré.

David

—No puedo creer lo que estoy a punto de hacer, tío. —Le digo con voz temblorosa a mi cuñado Nick, que ya está vestido con su smoking negro, su pelo engominado hacia atrás y un aire de señor importante insoportable. Al menos, ha decidido quitarse hoy la barba que lucía últimamente. ¡Hasta eso le sienta bien al cabrón! Pero hoy es mi día y soy yo quien debe destacar.

—Lo harás bien. Solo tenías que aprenderte una estúpida frase, podrás recordarla. —Me guiña mientras me ayuda a hacerme el lazo de la pajarita y me dan ganas de mandarlo a la mierda.

—Alice debe estar preciosa. ¡No entiendo por qué ha tenido que irse a casa de no sé quién para arreglarse! ¡Es una estupidez! Si hubiera dormido aquí, le habría echado un polvo mañanero desestresante que nos habría venido muy bien, la verdad. —Nick gruñe. Supongo que nunca se acostumbrará a que hable de sexo con él sobre su hermana.

—En este estado de nervios ni siquiera habrías sabido dónde meterla, así que cállate.

—Sé perfectamente cómo le gusta...

—¡Ya cállate, maldito cabrón! ¡O te haré el lazo de pajarita más ridículo que hayas visto en la vida!

—No me jodas, ya bastante voy a desmerecer llevando a esa vieja bocona compañera de Alice del trabajo como madrina de bodas. —Resoplo y Nick me mira con los ojos como platos. —Tranquilo cuñado, el baile entre los padrinos solo dura unos cinco minutos. —Me burlo de él para relajar mis nervios. Nick me observa horrorizado.

—¿Baile de los padrinos?

—Sí, yo tampoco tenía ni puta idea. Pero Alice me ha dado un cursillo intensivo sobre bodas durante estos últimos meses. Al parecer, y si no recuerdo mal, después del sí quiero iremos al salón de celebraciones. El baile lo abriremos tu hermana y yo, después los padrinos se nos unen y por último el resto de invitados.

—Mierda, necesito un trago. —Farfulla Nick tirándose del cuello de la camisa.

—No te preocupes, no creo que seas su tipo. —Bromeo palmeando la espalda de mi cuñado que me fulmina con la mirada. —A March le gustan los hombres al menos veinte años mayores que tú.

—Ya... March...

—Por cierto, debería estar ya al llegar para que vayamos juntos en el coche hacia la finca. —Digo haciendo movimientos absurdos para tratar de calmar mis nervios. Doy saltitos y sacudo mis manos con los ojos cerrados. Después contoneo la cabeza de un lado a otro. Al abrir los ojos veo a Nick contemplándome con preocupación.

—Parece que vas a salir a jugar un partido de fútbol. —Se burla.

—¡Vete ya! Tienes que traerme a Alice al jodido altar. —Nick suspira con fuerza.

—Nos vemos en el altar, cariño. —Besa mi mejilla y me da un apretón de nalgas. Yo le golpeo para que se marche.

Veinte minutos después sigo esperando, mientras me observo en el espejo, a la dichosa cotorra que tiene que venir a cumplir una simple función: llevarme hasta el altar.

Me hubiera gustado tanto que Sally estuviera aquí para hacerlo... pero supongo que ella está mucho más feliz dónde y con quién quiera que esté. No me he tragado ni por un momento su excusa sobre el pasaporte y todo el papeleo. Sé que simplemente no se atreve a volver. Tiene miedo de no encontrarse con el ex novio y con el hermano que desea encontrarse. No sabe nada de todo lo que Nick y yo hemos luchado por cambiar y no he querido abrumarla con toda esa información las escasas dos veces que hemos hablado por teléfono. No quiero que se aleje más.

Poco a poco irá encontrándose más fuerte para un acercamiento real. Como dice Thomas, el terapeuta de Nick y mío, ella necesita colocar las cosas bien en su mente antes de dar cualquier paso en falso. Dice que es mucho más positivo para ella que vaya poco a poco, sabiendo bien lo que hace, a encontrarse de nuevo y de golpe con una realidad tan distinta a la que había cuando ella se marchó.

Thomas dice que Sally nunca llegó a superar del todo lo de nuestros padres y que buscó refugio en Nick y en mí como sustitutivo de unos roles familiares que todavía necesitaba mantener, debido a su corta edad y toda la

falta de afecto que acusó en nuestro hogar familiar. ¡Y menudo apoyo fuimos Nick y yo para ella! No estábamos preparados para asumir tal responsabilidad. Ni siquiera sabíamos qué queríamos hacer de nuestra propia vida.

Pero todo eso ha cambiado ahora. Ambos lo sabemos perfectamente. Y me entristece ver a Nick, al que considero mi hermano, tan amargado por no haber sido capaz de recuperar a Sally. Pero estoy orgulloso de cómo lo ha afrontado. Está triste, sí, pero también más sereno y sensato que nunca. No ha dedicado un solo comentario negativo sobre la actitud de mi hermana por marcharse de esta manera. De hecho, sigue hablando maravillas de ella, sobre todo con Maya. A mi hija le encanta escuchar los cuentos que Nick se inventa con Sally como protagonista para dormirla por las noches.

Todos la extrañamos. Y, por lo menos yo, la extrañaré siempre. Sobre todo, en un día como hoy.

—¿Llego demasiado tarde? —Parpadeo varias veces cuando veo el reflejo de mi hermana tras de mí en el espejo. Me giro rápidamente y no puedo creer lo que veo.

—¿Sally? —Los ojos se me colman de lágrimas y creo que estoy a punto de desmayarme al ver su sonrisa y sus ojitos negros sonreírme.

—¿De verdad pensabas que iba a dejar que otra te llevara al altar? —Comienzo a llorar como un niño y la abrazo con fuerzas.

—¡No me lo puedo creer! ¡Has venido! ¡Estás aquí! —La aprieto con toda la fuerza del mundo y escucho su maravillosa risa mezclada con el llanto a causa de la emoción en mi hombro.

—¡No me perdería este día por nada del mundo, Dave!

—¡Dios mío, deja que te vea! —La suelto y comienzo a darle vueltas. ¡Joder, pobre Nick! —¡Sally has echado un buen culo, y qué tetas!

—¡Cómo me digas que estoy más gorda te mato! —Grita.

—¡¿Gorda?! ¡Estás increíble! Ese vestido azul ceñido te queda tan bien que harás que mi mujer te odie. —Digo secándome las lágrimas para verla mejor.

—Tranquilo, ha pasado por su visto bueno. Bueno, ¿nos vamos al altar?

—¡Esa bruja lo sabía! ¿Lo habéis planeado las dos? —No me puedo creer que la que ya considero mi mujer me haya engañado de esta forma. Sally sonrío y se encoje de hombros. —Estás preciosa, enana. Y tienes el pelo super largo. Joder, estás más mujer. Vas a matar al pobre Nick. —Mi hermana me

fulmina con la mirada, pero solo consigue que me muera más de amor por ella.
—No te enfades, vais a ser el segundo foco de atención esta noche. Además, ya estás aquí, ya no puedes echarte atrás. Tienes que llevarme al altar o la fiera de mi futura mujer te matará.

—Vámonos antes de que te corte la lengua y no puedas dar el sí quiero.

Salgo de mi casa de la mano de mi hermana Sally, sabiendo que voy a casarme con la mujer de mi vida y no se me ocurre algo que pudiera hacerme más feliz en este momento que esas dos mujeres, bueno, y Maya.

En el coche que he alquilado, de camino a la finca donde se celebrará el evento, atosigo a preguntas a Sally acerca de dónde ha estado todo este tiempo y qué ha hecho. Ha pasado un año y algo más de tres meses desde la última vez que la vi.

Sally me describe paisajes hermosos del norte de Italia, donde mayormente ha estado, me habla especialmente de Verona y de que allí vivió sus momentos más felices en todo su viaje y me nombra a Paolo. Sé que ese chico ha sido importante para ella y sé que ha ayudado mucho a Sally mientras ha estado allí. Paolo me llamó una vez, a escondidas de Sally, para que le aconsejase sobre cómo hacer feliz a mi hermana, pues seguía nombrando a Nick en sueños y no lograba afianzar su relación con él. Yo le dije que, si la amaba de verdad, la dejase libre para elegir. Sally es una chica lista. Mucho más lista que yo. Ha aprendido lecciones muy dolorosas sobre el amor por culpa de mis padres, de Nick y por mi culpa también. Pero tiene un corazón grande y fuerte y puede sanar con facilidad.

—¿Sabe Nick que estás aquí? —Su cara cambia. —Sé que es un tema prohibido, pero entiende que me preocupa. Me preocupáis los dos. Sois mi familia.

—Tranquilo. Puedo hablar de Nick. Estoy aprendiendo a hacerlo sin perder los nervios. —Me confiesa.

—Me alegro. —Le sonrío y le pongo la mano en la pierna para calmarla.

—No sé si Madison se lo habrá dicho. Anoche fui a buscarlo a su apartamento y... su novia me recibió con mucho cariño. —Dice de forma irónica.

—Vaya... ya sabes de Madison.

—Sí. Se le escapó a Alice cuando me recogió del aeropuerto. —Confiesa con tristeza.

—Esa bruja ha hecho un gran trabajo para que no me diera cuenta de que

venías...

—¡Soy tu regalo de bodas! —Dice Sally abriendo los brazos.

—El mejor regalo del mundo. —Confirmo. —Oye, Sally, Madison y Nick...

—Déjalo, Dave. No le allanes el terreno. Prefiero que sea el propio Nick quién me cuente lo que tenga que contarme. Si es que aún piensa que me debe alguna explicación.

—Vale, solo déjame decirte que él pensó que no volvería a verte nunca más. Casi cae de nuevo en una depresión cuando se volvió de Roma, tras vuestro encuentro y eso. —Sally agacha la cabeza conmovida. —Madison fue de gran ayuda para él para no caer.

—Entonces me alegro mucho por él. Yo solo quiero que sea feliz. —Afirma con la mirada llena de lágrimas.

Nick

Todavía no he podido verla. Quise esperar escondido para verla cuando Sally llegase a darle la sorpresa a Dave y marcharse con él hacia donde se celebrará la ceremonia, pero la histérica de mi hermana me llamó y me pidió insistentemente (aunque más bien me gritó como una rata rabiosa) que me quería ver allí, en el ático de Sally, en cinco minutos.

Ha pasado la noche con ella. De hecho, cuando llego al ático de Sally, mi hermana me confiesa que la propia Sally es la que la ha ayudado a ponerse el vestido, peinarla y maquillarla. Está realmente preciosa. Sally ha hecho una gran labor.

No puedo describir lo incómodo que me siento entrando en este lugar sin el permiso de Sally. Pero, ella sabrá que tenía que recoger a Alice aquí, ¿no?

Intento no ser muy descarado al mirar a mi alrededor, por si encuentro algo de ella. No sé: restos de lo que ha comido recientemente, zapatos usados, ropa, bragas...

—¡Nick! ¡¿Qué buscas?! —Me grita Alice, la histérica, y me saca del trance.

- ¿Yo? Nada...

—¡No pongas esa cara de lelo! ¡Concéntrate! Sally y David ya van para allá. ¿Deberíamos ir saliendo? ¿O debería hacerlo esperar un poco más? Mierda, es verdad, estoy histérica.

—Cálmate Alice. David y tú acabaréis el día como marido y mujer. —Le recuerdo. A lo que me gustaría añadir, “pero Sally y yo no”, pero no quiero ensombrecerle el ánimo. —Estás preciosa. David se va a morir cuando te vea. ¡Te han crecido las tetas desde que nació Maya! —Mi hermana me da una colleja y yo me quejo.

—¡Vámonos ya, degenerado! Necesito verlo ya o me dará un ataque de ansiedad.

—¿Ya? —Mierda, no sé si estoy preparado. ¿Y si Sally me ignora? ¿Y si

al ver a Madison entre los principales invitados se cabrea “a lo Sally”? Porque no hay nada en el mundo que me dé más miedo que Sally cabreada.

—Nick, tranquilo. —Alice me sonrío y sé que sabe lo que estoy pensando.

—No puedo. —Confieso como un niño pequeño. Alice me mira con ternura.

—Todo saldrá bien.

—¿Te ha... ella... te ha dicho algo? —Alice levanta una ceja. —Oye, sé que no debería sacarte el tema ahora, que estarás ya nerviosa de cojones con tu dichosa boda, pero entiende que llevo esperando este jodido momento mucho tiempo, Alice. Si pudieras decirme al menos alguna información acerca de lo que voy a encontrarme hoy, te lo agradecería.

—No te odia, si es lo que quieres escuchar.

—¿Y?

—¿Cómo que “Y”? ¿Qué más quieres que te diga?

—¡Pues no sé! ¡Dime qué piensa al volver a verme! ¡Qué piensa de que esté quedando con Madison! ¡Qué cojones siente por mí!

—Nick, no soy yo quién tiene que decirte eso. Si Sally quiere decirte lo que piensa y siente lo hará.

—¿Desde cuándo eres tú tan diplomática?! ¡Soy tu hermano! ¡Deberías ayudarme! —Me desespero ante la falta de información.

—Y David es mi futuro marido. Y Sally es su hermana, además de mi mejor amiga. No voy a meterme en esto Nick. David y yo así lo hemos pactado. No intercederemos por vosotros. —Resoplo. —Vamos, Nick. Lo estabas haciendo muy bien. No pierdas los nervios en el último momento. Ya solo faltan unos minutos para que encontrar la respuesta a todas esas preguntas.

—¡Pues vámonos!

—¿Por qué te has quitado la barba? Te quedaba muy bien. —Me pregunta mi hermana ya en la limusina, camino a la finca.

—¿Tú crees? No lo sé, no quería que me encontrase tan distinto. Aunque a lo mejor recordarle al viejo Nick no sea lo mejor. ¡Mierda, déjame tranquilo! ¡Parezco una tía preocupándose de cosas absurdas! —Me quejo.

—Estás más guapo así. —Dice sonriente y en el fondo aguantando las ganas de carcajearse de mí. —Aunque con la barba estás más sexi.

—Bueno, sea como sea soy irresistible. —Bromeo y los dos reímos al final. —¿Tienes miedo? —Alice me mira y suspira.

—No lo sé. No creo que el matrimonio sea muy distinto a lo que David y yo teníamos ya. No creo que haya una unión más fuerte que Maya. Pero me hace muy feliz celebrar que nuestro amor ha sobrevivido a tantos problemas y hayamos conseguido hacerlo más fuerte que nunca. —Vaya...

—Eres afortunada.

—Siempre pensé que pensarías lo contrario cuando supieses que era David mi apuesta por el amor. —Me dice tímidamente.

—Nunca habrá una mejor opción para el amor que un hombre que haya superado todos sus miedos a amar. Nadie ama más que alguien que sabe lo que es realmente perder a la persona a la que amas. Y todo eso le ha pasado a Dave. —Mi hermana me mira con ojitos tiernos y acaricia mi rostro, conmovida por mis palabras, porque sabe que es exactamente lo que yo siento.

De pronto se yergue en su asiento y mira con estupor al exterior. Yo me giro para mirar qué es lo que ha causado tal reacción y no veo nada.

—¡Mierda, Nick! ¡Hemos llegado! —Dice aterrada.

—¡Pues vamos a tu bendita boda!

Alice ríe y sé que es una risa nerviosa. Abro la puerta de la limusina y le ayudo a salir para que no se mate por culpa de ese voluptuoso vestido que lleva. Me imagino a David maldiciendo esta noche tanta tela cuando quiera quitárselo y me entra la risa floja.

Mi hermanita tiembla al cogerse a mi brazo y suspira una y otra vez con los ojos cerrados para tratar de calmarse. Yo le doy un beso en la mejilla y le susurro que todo saldrá bien en el oído. Finalmente ella sonrío y asiente, indicándome que ya está lista para entrar. Seguimos un sendero de flores que conduce a los jardines traseros de la finca, en donde está preparado el altar y David debe estar de los nervios esperando a su futura esposa. Joder, y Sally... Dios mío, no sé cómo va a ser para mí ver a Sally sobre un altar.

Alice y yo avanzamos mientras comienza a sonar la canción de “Wings” de Birdy. Se me eriza el vello al reconocer la canción. Desde que me encontré con Sally por accidente en aquél hotel de Roma, la he escuchado multitud de veces pensando en ella. Se nota que mi hermana se parece a mí, mucho más de lo que había imaginado.

La miro y le sonrío mientras avanzamos. Al atravesar una puerta de madera, el gentío se pone en pie y comienza a aplaudir a nuestro paso. Yo no puedo más que guiar mis ojos hacia la diosa que espera junto a Dave en el altar. ¡Joder, Sally! Enfundada en un ceñido, largo y elegante vestido azul

oscuro de pedrería con un escote en la espalda de vértigo, se gira al escuchar los aplausos y nuestros ojos se encuentran.

Estoy muy nervioso. ¡Mucho más que nervioso! Estoy histérico. Como Alice, que me aprieta el brazo como si la vida le fuera en ello. Vamos avanzando y acortando la distancia. No puedo dejar de mirarla. Sus negros ojos gritan tantas cosas que no soy capaz de escucharlos con claridad. ¿Me seguirá odiando? ¿Me dará una mísera oportunidad para hablar con ella de tantas cosas que necesito hablar?

Y entonces veo una preciosa sonrisa en sus labios carnosos. Es todo cuanto necesito para seguir respirando. Le sonrío también y entonces desvía la mirada hacia mi hermanita. Con el orgullo reflejado en el rostro. Y qué rostro. Está tan increíble que duele a la vista.

—Gracias hermano. —Me dice David al llegar hasta él y cederle el honor de tomar la mano de mi hermana, y eso hace que por fin deje de mirarla.

David está notablemente emocionado. Sonríe como si estuviese presenciando un milagro. Toma la mano de mi hermana y nos posicionamos los cuatro en el altar, para que la ceremonia dé comienzo.

Intento convencerme de no pasarme toda la ceremonia mirando a Sally. No quiero parecer un acosador. Pero me resulta muy difícil sabiendo que al fin la tengo tan cerca. Y, sobre todo, que no sé por cuánto tiempo la tendré.

El maestro de ceremonia comienza a soltar un emotivo (aunque también un poco cursi) discurso sobre el amor incondicional, la importancia de encontrar un compañero de vida adecuado y la familia.

Descubro a Sally mirándome y después mira hacia atrás. Sus ojos se llenan de lágrimas ante algo que ha visto y no puedo evitar mirar hacia atrás también. Cuando lo hago, una enorme fotografía de mi hermano Mike ocupando uno de los asientos principales en primera fila capta mi atención. Abro los ojos sorprendido. A su lado hay otro con la foto de mi padre y el nudo en mi garganta se hace insostenible. Tiro del cuello de mi camisa y mis ojos se encuentran con los de mi madre. ¿Mamá? Ella me mira y me sonrío. Después hace algo que me pilla completamente por sorpresa: lanzarme un beso.

Tal es la sorpresa que miro a mi hermana, por si es a ella a la que le ha dedicado el gesto, pero Alice sigue atenta a la ceremonia. Así que vuelvo a mirar a mi madre y le guiño.

Pillo a Sally sonriendo ante mi gesto y después sus ojos viajan al otro sector de invitados, en donde hay otras dos vacantes con dos grandes

fotografías. ¡Oh, ahora sé de dónde viene la enorme belleza de Sally! Su madre era realmente hermosa. En su padre apenas me fijo porque necesito volver a mirarla para comprobar que está bien.

Al mirarla, la sorprende limpiándose un par de lágrimas furtivas. Yo he conseguido aguantar las mías.

—Yo, David Morrison, te tomo a ti, Alice Donovan, como mi esposa y prometo amarte por siempre. Eres lo mejor de mi vida y prometo reír contigo, acompañarte en los momentos difíciles y crecer juntos todos los días de nuestras vidas.

—Yo, Alice Donovan, te tomo a ti, David Morrison, como mi esposo para amarte y respetarte. Y te elijo como compañero de vida, mi amigo y confidente, en las buenas y en las malas, sabiendo que soy tu complemento perfecto.

Todos reímos ante los votos elegidos por mi hermanita. Y cuando el maestro de ceremonias dice el famoso “Yo les declaro marido y mujer. Puede besar a la novia” los gritos y ovaciones se hacen ensordecedores. Sally comienza a llorar como una niña y yo sonrío al verla así. Dave le da un beso de película a mi hermana y los aplausos suben de decibelios.

Sally y yo nos miramos y acto seguido felicitamos a la feliz pareja.

Necesito encontrar el puñetero momento en el que poder hablar con ella a solas.

—¡Sally! —la llamo y cojo su mano cuando todos los invitados se están desplazando hacia dónde va a ser el festejo. Sally se gira y al verme se queda congelada. Le sonrío y finalmente ella también. —Me alegro de verte. Tengo que... quisiera...

—¡Nick! —Mierda. La voz de Madison rompe el dichoso momento. No me había parado a pensar ni siquiera que ella también estaba por aquí. Que venía a la boda por su cuenta. Sally la mira con cara de ultratumba y después me mira a mí.

—Un placer saludarte. Nos vemos en el festejo. —Me saluda Sally más fría que un témpano de hielo y se va.

—¡Cariño, estás muy guapo! —Me grita Maddie cuando llega hasta mí y sé que lo ha hecho para que Sally la oiga. Gruño y me giro hacia ella.

—No me llames cariño. —Amenazo.

—No te pongas tonto, Nick.

—Odio que me llamen cariño. —Refunfuño.

—Anda, ven, vamos juntos hacia la zona de festejo. —Madison toma mi mano y me tengo que controlar mucho en no ponerme hecho una furia por toda esta situación que se me descontrola. Siempre he llevado el control de mis relaciones con las mujeres. Hasta que llegó Sally y lo jodió todo en mi cabeza.

—Hola, Nick. —Otra voz femenina llama mi atención. Al girarme veo a mi madre con cara sonriente. Está muy guapa.

—Hola. —La saludo amablemente. Aunque no puedo evitar estar alerta. No sé cuál será su siguiente comentario.

—Me alegro mucho de verte... tan bien. —Eso sí que no me lo esperaba. Di algo cordial, Nick.

—Yo también —levanta una ceja con incredulidad —de verdad. Estás muy guapa. —Le sonrío con ganas y ella me acaricia el rostro en señal de complicidad.

—Tú también. He leído mucho sobre ti y me gustaría decirte lo muchísimo que me alegro de tu cambio. Yo...

—¿Y usted es...? —Mi madre abre los ojos ante la irrupción de Madison. Seguro que la encuentra más que maleducada. Yo aguanto una sonrisa, porque sé exactamente qué es lo que está pensando mi madre y las enormes ganas que tiene que tener de mandar a Madison a la mierda por su impertinencia. De alguien he sacado yo mi carácter...

—¡Soy su madre, jovencita! ¡Y si no te importa, quiero hablar con mi hijo a solas! —Madison pone cara de horror. Me mira pidiendo permiso para irse y yo asiento con amabilidad. Finalmente se va, sin despedirse siquiera. —¿Quién es esa impertinente? —Me pregunta mi madre cuando Madison ya no está. Aprieto los labios. No sé si reír o mandarla a callar. Pero hoy voy por primera vez a concederle el beneficio de la duda a mi madre.

—Madison. Estamos... bueno, se puede decir que estamos saliendo juntos. —Aguardo al siguiente dardo envenenado de mi madre paciente. Estoy seguro que dirá que algo así como “pobre chica”...

—¿Sabe ella que de quién realmente estás enamorado es de Sally? —Abro los ojos. ¿Y qué sabe ella de mis sentimientos verdaderos? —No me mires así, hijo, he leído cada entrevista que has dado a los medios. Sé que tu gran cambio se debe a Sally y sé que la amas. Lo supe desde que esa chica consiguió el milagro de que vinieras a verme a casa por tu cumpleaños, hace años.

—Madison sabe todo lo que siento. —Atajo. —No la he engañado jamás.

—Entonces espero que no te complique las cosas cuando te comiences a ocupar de recuperar a Sally. —Dice cuadrándose de hombros. Estoy más que sorprendido.

—Creí que pensabas que yo no era positivo para ninguna mujer...

—Eso era antes. Ahora eres mucho más de lo que cualquier mujerzuela como esa tal Madison pudiera merecer. ¡Seguro que anda tras de ti por tu dinero! —Sacudo la cabeza.

—No es así, mamá. Madison me ha ayudado a no caer en una profunda depresión tras perder a Sally.

—¿Depresión? Hijo, entiendo lo que dices, pero trata de no mandarme al infierno por lo que voy a decir. Necesitabas perderla y ver que con esa actitud que mantenías no serías nunca feliz. Tu felicidad está junto a ella y quiero que mi único hijo varón sea feliz. —Las palabras de mi madre me emocionan y carraspeo para no echarme a llorar como un crío.

—No me he rendido en ello, mamá. Nunca lo he hecho. Pero es complicado.

—Las relaciones afectivas lo son, Nick. Es complicado siempre. Incluso cuando quieres con tu alma a otra persona, a veces le haces daño sin que sea esa tu intención. —Dice mientras me acaricia el rostro. —Me entiendes ahora, ¿verdad? —Asiento. —Pero si hay amor de verdad siempre hay hueco para el perdón. No es tarde para ti, cariño, como espero que no sea tarde para mí. Te quiero más de lo que nadie nunca lo hará y estoy muy orgullosa de ti y del hombre en que te has convertido. —Mierda. Estoy llorando. Trato de aclararme la voz y ocultar mis lágrimas, pero mi madre me abraza y acabo descontrolándome en su hombro.

—Gracias mamá. Yo también te quiero. —La abrazo con fuerza y me doy cuenta en este preciso momento cuánto he necesitado esto.

—Lo haremos bien esta vez, hijo. Ya verás que sí. La vida siempre da oportunidades incluso a las almas que se han oscurecido por el peso de las circunstancias.

Sally

No puedo aguantar más el llanto. Esto está siendo demasiado para mí. Ver a Nick tan guapísimo después de tanto tiempo, su mirada y su sonrisa, la preciosa ceremonia de David y Alice, el tacto de Nick al cogerme la mano y gritar mi nombre, la irrupción de su estúpida novia y, ahora, ver a Nick desecho en llanto en el hombro de su madre.

No puedo más y decido meterme en el baño de señoras y no salir de allí hasta que me haya calmado. Me encierro en uno de los habitáculos y miro al techo mientras trato de controlarme. Ya estoy hecha un manojo de nervios y eso que todavía no he visto a Maya. Por lo visto la traerá ahora para el aperitivo una niñera que han contratado mi hermano y la que ya es oficialmente mi cuñada.

Por otro lado, mi menstruación me recuerda que sigo estando tan lejos de Nick como cuando nos encontramos en Roma. ¿En qué estaba pensando para estar dispuesta a tener un hijo suyo?

—Sí, Chris, una ceremonia muy bonita. —Oigo decir a alguien al otro lado de mi habitáculo, dentro del baño de señoras. —Los novios muy bien y Nick está guapísimo. Anoche casi no durmió de los nervios. —Dice esa voz y ríe. Es esa estúpida de Madison. Mierda, y yo aquí metida. ¿Debería salir? Con suerte ella saldrá antes que yo si espero un poco. —Y, ¿sabes una cosa? He visto a Nick entrar hoy a una joyería cuando fui a la peluquería a que me peinaran. ¡Creo que me va a pedir matrimonio! —Se me hieló la sangre al oír eso. —Sí, ¡a que es genial! Sí, sí, estamos super bien juntos y Nick dice que por fin ha encontrado lo que buscaba de una mujer a mi lado. Así que no se me ocurre para qué otra cosa habrá ido al joyero. —Me falta el aire. No, no puede ser. Esto no está pasando. Dave y Alice me han insistido mucho en que Nick no me ha olvidado. Pero... debe haberlo hecho si está viviendo con otra y... a punto de pedirle matrimonio.

Cuando dejo de oír a esa condenada bruja del infierno salgo del baño y, para mi mala suerte, me la encuentro retocándose el maquillaje frente al

espejo. Me mira y yo trato de mostrarme impasible, aunque estoy temblando como un flan.

—Tienes la pintura del ojo izquierdo corrida. —Me dice cuando estoy a punto de salir. Me giro de nuevo y la encaro.

—Gracias, eres muy amable. —Le digo con una sonrisa de mierda.

—No es nada. Me voy a la mesa, Nick se estará preguntando dónde estoy. —Sale con altanería y me deja hecha un mar de dudas. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí? ¿Por qué insisto una y otra vez en dejar que Nick me aplaste? Si me hubiera quedado con Paolo esto no pasaría.

Cuando salgo del baño me encuentro con Carol, la madre de Nick, que me besa con entusiasmo y se aferra a mi brazo tirando de mí hasta que llegamos a una mesa para tomar el aperitivo. La misma puta mesa en la que están Nick y Madison.

—Estás realmente preciosa, ¿verdad Nick? —Dice la mujer al llegar y Nick y yo nos miramos confundidos por la pregunta. Madison pone cara de horror y Nick parece evaluar lo que va a decir.

—Eh, sí, estás muy guapa, Sally. —Aunque ahora mismo lo esté odiando profundamente estoy disfrutando de lo lindo de ver la cara de Madison. Así que le sonrío y trato de vengarme por lo que acabo de oír en el baño.

—Gracias, tú también estás muy guapo. —Nick levanta las cejas sorprendido.

—Muchas gracias, yo...

—¡Mira, aquí viene Maya! —Grita Madison haciendo que mi atención se desvíe hacia la cosita que viene corriendo por su propio pie en dirección a nuestra mesa. —¡Aquí viene la niña más guapa del mundo! —No puedo odiar más a Madison, y menos cuando la veo abrirle los brazos de esa manera a mi sobrina.

¡Oh, mi niña! ¡Está enorme y tan preciosa! Maya suelta una risita cautivadora y acaba estrellándose en las piernas de Nick, dejando a Madison de lado. ¡Esa es mi niña!

—¡Tío Ní! —Grita Maya con una vocecita adorable y Nick la carga en brazos.

—¡Hola, pequeño trol! —Las lágrimas vuelven a asomar por mis ojos al ver tal perfección. Maya besuquea y babea la cara de Nick y yo los contemplo embobada. Es increíble lo que se parece a mí de pequeña, pero... joder, tiene los ojos de Nick. Bueno, de Alice, pero al fin y al cabo son los mismos.

—¡No llares trol a la niña! —Carol regaña a su hijo y éste le saca la lengua. Maya lo imita sacándole la lengua también. —¡Ay, qué condena de familia! —Se queja Carol, aunque yo solo tengo ojos para mi sobrina querida del alma.

La forma en la que Maya se relaciona con Nick es arrebatadora. Y si pensaba que no había nada en el mundo que pudiera hacer a Nicholas Donovan un hombre más sexi de lo que ya lo era, me equivocaba. Se ve simplemente cautivador con Maya en brazos.

—Mira, Maya. Ella es la tía Sally. —Le dice Nick a mi sobrina que me mira con los ojos muy abierto.

—¡Tía Lally! —Grita y hace palmitas con las manos. Yo lloro como una condenada y le sonrío.

- ¡Hola, mi amor! ¡Tenía muchas ganas de verte! —Le digo y echa sus bracitos en mi dirección.

No sé qué está pasando a mi alrededor. Supongo que Madison está echando espuma por la boca, la madre de Nick estará contemplando la escena contenta por ser parte de ella con su familia y creo que mi hermano y Alice han hecho al fin aparición en el comedor. No lo sé. Nada me importa más en este mundo ahora mismo que volver a sentir el cuerpecito de mi niña del alma.

Nick me la tiende y me anima a que la coja con una sonrisa. Yo asiento y con ojos llorosos la cojo en brazos y la abrazo con fuerza. Se me había olvidado lo bien que huele a bebé. Todavía huele a bebé. Aunque ya anda, parlotea y tiene una abundante melena oscura llena de gruesos rizos. Lloro de felicidad y mi sobrina me mira preocupada. Se toca los ojos y señala los míos.

—Pupa. Tía Lally tene pupa. —Me río a carcajadas. Escuchar su voz es la maravilla más grande del mundo.

—No bichito. Tía Sally está muy feliz. —Le doy un beso enorme en la mejilla.

—Tía Lally apa. —Miro a Nick extrañada, porque no sé qué dice la pequeña.

—Sí, pequeño trol. Tía Sally es muy guapa. —Dice él y se me llena el pecho al escucharle decir eso.

—Tú sí que eres bonita. —La abrazo de nuevo.

A nuestro alrededor el festejo continúa y los novios están tomando posición en su mesa, justo delante de nosotros. De repente, Nick alza su copa de champán y la golpea con el tenedor, para dejar claro que quiere proponer

un brindis. Maya se queda tranquilita en mis bracitos y comienza a arrasar con lo que hay en mi plato.

—Me gustaría proponer un brindis. —Comienza Nick mientras yo le voy dando cositas para comer a Maya, la mar de entretenida. —Brindo por el amor. Por las oportunidades. Brindo por la maravilla que es poder encontrar la persona con la que puedas sentir que sois solo uno. Uno solo. —Al escuchar esas palabras de Nick el recuerdo de la primera vez que me dijo que me quería acude a mi mente. Fue en un hotel, tras la inauguración de su primera exposición aquí, en Dallas, mientras me hacía el amor. Lo miro y me quedo atrapada en sus palabras. —Una persona muy sabia me dijo que el amor es complicado. Que a veces haces daño a quién más amas. Y tiene la razón. Yo puedo dar buena cuenta de ello, pues mi vida está llena meteduras de pata, de pérdida y de despedidas de mis seres más queridos. —Nick mira a su madre y le sonrío. Después sus ojos se vuelven a mí y se me corta la respiración. —Pero, también me dijo que, si el amor es de verdad, siempre hay hueco para el perdón. —Dice volviendo a mirar a mi hermano y a Alice. —Y yo quiero agradecerlos a vosotros, que sois mi familia, que siempre haya habido un hueco para vuestro perdón conmigo. Quiero agradecerlos que me hayáis demostrado que vale la pena perder si sigues luchando sin darte jamás por vencido. Porque al final consigues el mejor regalo de todos: el amor. Ya habéis demostrado ser una gran familia con un gran corazón, Alice y Dave. Solo os puedo desear que cada vez seáis más felices y que yo esté ahí para verlo. Brindo por los novios.

Un ensordecedor aplauso se escucha en toda la sala. Yo estoy bloqueada ante sus palabras. Pero, cuando Madison besa el rostro de Nick para darle la enhorabuena la pena me vuelve a consumir.

—Yo también quiero proponer un brindis. —Digo y me sorprendo hasta yo. Todos me miran expectantes. Pero yo no tengo el don de palabra que tiene Nick, sin duda. Así que me aclaro la garganta y comienzo a hablar con el corazón en la mano de lo que yo he vivido. —A veces, uno recuerda el pasado de una forma muy distinta a la realidad. Todavía me cuesta diferenciar la realidad de la ficción cuando echo la vista atrás. —Comienzo mi alegato recordando mi niñez y sonrío. Carol, la madre de Nick, coge a Maya para dejarme un poco de intimidad al verme conmovida. —Por ejemplo, recuerdo cuando mi hermano David, cuatro años mayor que yo, jugaba a marearme y a despistarme cuando yo tenía seis o siete años. Le encantaba taparme los oídos,

gritar a pleno pulmón las canciones que yo más odiaba y darme vueltas por el jardín de casa con los ojos vendados para desorientarme. Nunca entendí por qué disfrutaba tanto haciéndome rabiar. —Miro a David y me sonrío con timidez, rascándose la cabeza. —También recuerdo cuando comenzó su afición por robarme de las manos cualquier cosa que tuviera entre ellas, siempre que supiera que eran importantes para mí, y salir corriendo como alma que lleva el diablo de casa. Sólo para provocarme y que yo también saliera corriendo tras de él. Le encantaba oírme gritar. Gritarle los peores insultos, blasfemar sobre su nombre. Llegué a odiarlo en ocasiones. Aunque nunca más de diez minutos. David era mi salvador en otros muchos terrenos y, aunque se excedía en su rol como protector de su hermanita pequeña fuera de casa, siempre fue de gran ayuda que mi hermano mayor fuera el macarra más temido y respetado del colegio primero y después del instituto de San Andrés. —Todos ríen ante mi descripción de mi hermano. —Pero tú, Dave, fuiste más que mi salvador. Me libraste de la peor de las miserias que padecíamos en casa. Siempre supe que serías el padre perfecto por cómo fuiste conmigo. —Alice le da un tremendo beso a su ya marido y apoya su cabeza en el hombro de mi hermano, que está conteniendo el llanto, mientras ambos me escuchan atentamente. —Después me trajiste aquí, a Dallas, a vivir con el que considerabas tu hermano, y la vida y los años solo te han dado la razón. Nick y tú sois la descripción perfecta de la amistad. Con vosotros dos aprendí a convertirme en una mujer. —Miro un poco a Nick, que aprieta los labios ante los recuerdos. —No era el hogar perfecto, ¡desde luego que no! Estaba condenada a vivir con dos cafres. —Dave y Nick ríen ante mi descripción. —Pero, detrás de esa fachada de chicos duros e insensibles, se escondían dos personas capaces de cualquier cosa por sus seres queridos, aunque no siempre acertaban en lo que era lo mejor. Sin embargo, puedo decir que no dejaban de intentarlo, una y otra vez. Lo que nadie sabía era que sus mentes estaban empañadas por el dolor de las más injustas pérdidas y que, tras esa máscara de aparente insensibilidad, se escondían dos seres llenos de miedos al rechazo y la incompreensión social. Después llegaste tú, Alice, y le abriste los ojos a ese terco con el que te has casado. —Alice comienza a llorar con ganas. —Y no puedo estarte más agradecida de lo que lo estoy por haberle enseñado el lado bonito de las cosas a mi héroe: mi hermano David. Brindo por ello y os deseo la mayor de las felicidades. —Levanto mi copa y todo el mundo, que permanecía en un siniestro silencio, comienza a aplaudir.

Entonces comienza a sonar la canción de “Perfect” de Ed Sheeran y mi hermano y Alice comienzan el baile de apertura. El baile de los novios.

—Precioso discurso, hija. —Me dice Carol haciendo una mueca exagerada para impedir que las lágrimas salgan y arruinen su maquillaje.

—Gracias Señora Donovan.

—¡Por favor, llámame Carol! —Me grita y me asusta. Mientras tanto y de soslayo me intento enterar de la conversación que están teniendo Nick y Madison al otro lado de la mesa. Creo que están teniendo una conversación entretenida. —Mi hijo tiene muy buen gusto. —La miro sorprendida.

—Madison está bien, supongo.

—¡Ah, no, querida! ¡Lo decía por ti! La caza fortunas esa no me gusta ni un pelo. —Sonrío sin poder evitarlo.

—Pero tiene que aceptar sus decisiones. Si él es feliz con ella...

—¡Qué tontería! ¡Tú eres la que tiene que estar con Nick! —Arrugo la frente. —No me digas que ya no te gusta mi Nick...

—No es eso. Nick y yo nos hemos hecho mucho daño. Es complicado...

—Nadie dijo que el amor era fácil, señorita. —Vuelvo a mirar a Nick que parece enfrascado en una intensa conversación con Madison y suspiro.

—¡Ahora es el turno del baile de los padrinos! —Es la voz de Alice la que oigo gritar a través de un micrófono. Miro hacia la pista de baile horrorizada. Yo no tenía ni idea de esto. Nick me mira y se acerca lentamente a mí, con la mano tendida.

—Señorita Morrison, ¿me concede el honor? —Me quedo bloqueada. —¿Me harás suplicarte, Sally? —Susurra con voz grave.

—No, no, quiero decir, claro, bailemos. —Le doy la mano y siento una corriente eléctrica atravesarme todo el cuerpo mientras Nick tira de mí hasta colocarme en mitad de la pista de baile. Entonces coge mis manos y las coloca en su cuello. Las suyas abrazan mi cintura.

La canción de “Cinnamon Girl” de Lana del Rey comienza a sonar y Nick aprieta mi cuerpo contra el suyo. Comenzamos a mecernos al compás de la música mientras que su viril aroma lentamente penetra mis fosas nasales y se extiende por mi cuerpo a través de las venas. Apoyo la cabeza en su hombro por instinto. Le he echado tanto de menos...

—Eres la mujer más bella del planeta, mocosa. —Susurra en mi oído y doy un repullo. Él me aprieta con más fuerza para que no me separe. —Shhh, déjame estos míseros minutos para adorarte.

—Nick...

—Me haces tanta falta, Sally... Dime que no volverás a alejarte. —Su nariz acaricia mi cuello y me derrito por dentro. Pero mantengo el tipo como puedo y miro a mi alrededor preocupada. Si Madison ve esto va a montar un numerito. —Podré vivir mejor mi condena contigo cerca. Aunque no pueda tocarte.

—Nick, tienes novia. Creí que habías cambiado. —Digo en parte molesta y en parte aliviada.

—Ella no es mi novia. —Intento separarme esta vez, pero es imposible. Nick me tiene bien sujeta. Sin embargo, consigo separar mi cabeza lo suficiente para mirarlo a los ojos.

Esos ojos... conozco esa mirada. Oscurecida por el deseo.

—¡Cómo puedes decir eso! ¡Vivís juntos!

—No es así. —Niega con la cabeza y examina mi rostro. Yo también el suyo. Tenerlo tan cerca es una maravilla y una tortura al mismo tiempo. —Es verdad que Madison se ha convertido en alguien muy importante para mí. Ella siempre estuvo a mi lado cuando yo no encontraba la salida por ningún sitio, pero también supo desde el principio que no podría amarla.

—¿Pretendes que me trague eso?!

—Supongo que nunca lo aceptó y yo no supe pararlo a tiempo. Tenía mucho miedo a estar solo, Sally. —Continúa sin prestar atención a mi pregunta. —Se me pasaban por la cabeza ideas demasiado auto destructivas cuando estaba solo, pensando en lo que perdí. —Confiesa y se me encoge el corazón. —No te alejes. Al menos déjame este baile. —Me pide y como siempre no sé decirle que no a Nick. Vuelvo a colocar mi cabeza en su hombro y el aspira el aroma de mi cabello. —Si hubiera sabido que iba a amarte tanto y sufrir tanto por ti jamás me habría ido cuando lo hice. Jamás te habría ocultado nada. Perdóname. Te lo imploro. —Sus palabras llegan hasta lo más profundo de mi ser.

—¿Eso sentías de verdad por mí?

—No, Sally, no lo sentía, lo siento aún. Jamás amaré a otra. Jamás. —Nos quedamos quietos y volvemos a mirarnos a los ojos. —Puede que tú me hayas olvidado, pero yo a ti jamás te olvidaré. —Su mirada es sincera y conmovedora. Necesito decirle que yo también lo amo con todo mi ser.

—Yo...

—Solo permítame una última conversación, Sally. Aunque tengas claro

que ya no somos nada para ti. Déjame al menos limpiar mi conciencia contigo y explicarte por qué actué como lo hice. —No sé si quiero escuchar lo que Nick tiene que decirme. Bueno, sí que quiero. Pero sé que lo hará todo más difícil. Aun así, no podría contestarle otra cosa que “por supuesto”.

—¿Puedo recuperar a mi acompañante? —Madison se interpone entre los dos, impidiéndome contestar a su propuesta y Nick aprieta los ojos.

El Nick que yo conocí una vez habría mandado a la mierda a esa entrometida, pero se ve que está haciendo grandes esfuerzos por no perder los papeles.

Yo le muestro otra sonrisa de mierda a la tipa esa y me separo de Nick.

—Todo tuyo. —Digo, pero por dentro me siento victoriosa. Nick me ha dicho que me quiere.

Ya sé que me lo ha dicho muchas veces, como en aquel hotel de Roma, y que después de decirlo ha hecho de las suyas. En esta ocasión parece un Nick distinto, pero no lo será tanto si después de decirme que me quería en Roma, volvió a buscar a Madison tan pronto. Recuerdo que él me dijo que me esperaría todo el tiempo del mundo y solo tres días después de su promesa, cuando fui a buscarlo a ese hotel, descubrí que había vuelto a Dallas. Ahora sé que volvía a los brazos de esta tipa.

Y para más inri, ella está convencida de que le va a pedir matrimonio. ¿Nick? ¿Matrimonio? Francamente lo dudo, pero parece ser que las cosas en este lado del mundo han cambiado demasiado durante mi ausencia.

Quizá debería hacer algo para cambiarlo. O quizá simplemente debería volver a Roma y pedirle a Paolo que me perdone. Las segundas partes nunca fueron buenas, así que no digamos de las terceras.

Nick

Estoy en uno de los balcones a los que se accede desde el interior de la pista de baile, fumándome un cigarrillo y contemplando como una mole de nubes negras se acercan a mí desde el horizonte. No sé cómo me imaginaba que sería mi reencuentro con Sally, pero desde luego, éste no se le parece en absoluto a lo que yo intuía que sería.

Desde el interior de la pista de baile suena la canción de “Mutual” de Shawn Mendes y yo trato de no pensar en la puta letra de la canción.

Ni siquiera he tenido opción de hablar con ella. Madison me ha acaparado durante tres canciones seguidas y me ha obligado prácticamente a bailar con ella. Menos mal que me ha dejado bailar una canción con mi hermana al menos. Supongo que estaría tranquila al ver que Sally bailaba con todo bicho viviente mientras tanto, sonriente y visiblemente feliz. Para mí no ha sido nada agradable y, a cada minuto que pasa, tengo más claro que Sally no ha regresado por mí ni tiene intención alguna de hablar conmigo, a pesar de que se lo pedí. Pero ya no pienso rogarle más. Ya me he arrastrado lo suficiente.

Un golpe suena tras de mí, pero ni me giro a mirar qué sucede. Me quedo contemplando las nubes negras como si quisieran decirme algo. Como si fueran la concentración de todos mis sentimientos en estos momentos. Mientras continúo fumando.

—¡No puedes hacerme esto! —Me giro al escuchar su voz, que suena más pastosa que de costumbre. Me sorprendo al encontrarme con Sally de frente, que ha cerrado la puerta del balcón en el que nos encontramos y me mira con la mirada vidriosa y bastante enfadada. —¡No puedes decirme que me quieres y que nunca me olvidarás cuando está claro que has pasado página de lo nuestro y estás a punto de dar el paso más importante de tu vida con otra! — Tiro el cigarrillo y me quedo con cara de idiota. ¿El paso más importante? ¿A qué se refiere? Yo no tengo nada claro de lo que hay entre Madison y yo.

Sally parece bastante achispada por el alcohol y es triste que haya tenido que emborracharse para finalmente acercarse a mí.

—Te he dicho simplemente la verdad. Pensé que merecías saberlo. —Me defiendo. —Hace tiempo que decidí ir con la verdad por delante, Sally, y tú tenías que saber lo que aún siento por ti. —Sally se acerca hasta mí con la mandíbula apretada.

—¿Y qué cambia lo que sientas o no por mí? Tú ya has encontrado a la persona con la que pretendes hacer tu vida, con la que harás una familia. ¡No es justo para ella ni para mí, Nick! ¡¿Es que nunca vas a cambiar?! —Estoy alucinando.

—Sally, no tengo ni idea de qué estás hablando. Yo no estoy en circunstancias de plantearme ninguna familia con nadie. Ni siquiera he superado que me dejaras y no haya sabido de ti en todo este tiempo. —Contesto a la defensiva, acercándome un poco más a ella. Su rostro comienza a bañarse por unas lágrimas que sé que no quiere derramar por mí. Me siento tentado a limpiarlas, aunque eso sería traspasar los límites que no parece estar dispuesta a dejarme traspasar. —Además, con Madison siempre he sido sincero con respecto a lo que podía ofrecerle y lo que no.

—¡No te hagas el estúpido! ¡Vas a pedirle matrimonio a esa tipa que siempre estuvo intentando interponerse entre los dos!

—¿Qué...?

—¡No has contestado al mensaje que te envié y bloqueaste mi teléfono para que no pudiera llamarte! —Grita y ya no esconde su llanto. Se limpia las lágrimas con rabia. —¿Y ahora sí quieres hablar conmigo de sentimientos? Cuando la traes a ella a la boda y no dejas de presumir delante de todos de lo mucho que os queréis.

—Sally, déjame que te explique.

—¡Para qué! Estoy harta de que me confundas, que juegues con mis sentimientos y después me dejes tirada siempre a mí. ¿Para qué me dejaste esa nota en el hotel si no tenías intención alguna de responder a mis mensajes ni llamadas?

—¡Yo no recibí tu maldito mensaje! —Grito enfurecido. Está claro que no ha venido a dejarme hablar sino a recriminarme. —Madison me confesó que lo vio ella y lo borró para no hacerme más daño. Y me ha prometido que no bloqueó tu teléfono, así que supongo que no existieron ninguna de esas llamadas, Sally. Deja de culparme a mí de todo. ¡Claro que quería hablar contigo y arreglar lo que hice! ¡Pero, sinceramente, después de más de un año de ausencia por tu parte un maldito mensaje preguntándome cómo estoy

tampoco era lo que esperaba ver! —Comienzo a sentir otra vez ese nudo en el estómago que siempre me anuncia que estoy a punto de romper a llorar de desesperación. Sally frunce el ceño.

—¿Eso te dijo que puse en mi mensaje? ¡Ja! ¡Será zorra! —Exclama extendiendo los brazos. Yo siento una asquerosa sensación en mi interior. ¿Habrá sido capaz Madison de engañarme de esta manera? ¿Sabiendo cómo sabe lo que ese mensaje significaría para mí? —Desde luego eres un ingenuo si te creíste esa gilipollez, Nick. —Sally sacude la cabeza y se gira, intentando salir y poner fin así a nuestra conversación.

—¡Ah, no! ¡Ni se te ocurra huir esta vez! —Le amenazo cogiéndola del brazo. Sally me mira y veo la tristeza en sus ojos. —¿Qué ponía tu mensaje, Sally? —Pregunto muy nervioso.

—¿Para qué quieres que te lo diga? Ya has decidido creerla a ella.

—Sally, entiende que te esperé en ese hotel durante días y no viniste. Que esperé durante semanas que me llamaras o me escribieras y lo hiciste semanas después. Cuando yo ya estaba volviendo a salir de un momento horrible al sentir que te había perdido de nuevo. Madison ha sido mi amiga, eso es lo que principalmente ha sido. Y se ha encargado de levantarme cada vez que me derrumbaba al pensar en ti.

—¡Para! —Vuelve a enfurecer. —¡No me digas que me esperaste durante días en ese hotel, porque fui solo tres días después de nuestro encuentro y ya no estabas! —¿En serio fue el mismo día que me volví? Mierda. —¡Y si no fui antes fue porque Paolo enfermó y no pude dejarle así! —Llora con fuerza. ¿Paolo? ¿Quién cojones es Paolo? Joder. —¡Y por si realmente te interesa saber qué escribí en ese maldito mensaje que te envié, aquí tienes! —Sally saca su móvil con el pulso tembloroso de su pequeño bolso, teclea algo en él y me muestra la pantalla.

“Feliz cumpleaños. Te sigo amando, con locura, espérame un poco más, por favor.”

El pulso se me congela. Los pulmones se me bloquean. Creo que estoy a punto de caerme de bruces. No puede ser... Madison no me ha hecho eso... ella era mi salvadora, no mi verdugo.

—Mierda Sally, no puede ser verdad —sueno atemorizado, y así estoy, mientras contemplo sus oscuros ojos brillosos llenos de tristeza —pensé que

ya no sentías nada por mí.

—¡Pues ya ves que no miento cuando digo que te escribí y te llamé! ¡Y mira todas las llamadas perdidas! ¡dieciocho llamadas perdidas, Nick! —Sally se limpia los ojos y yo la observo sintiéndome ridículo. —Y, después de haber dejado destrozado a Paolo para venir a buscarte y luchar por lo nuestro de una vez por todas, ahora vengo y me encuentro que vas a pedirle matrimonio a esa zorra. —Sacudo la cabeza.

—¿Qué demonios dices de pedir matrimonio, Sally? Vale, confieso que he confiado en la persona equivocada, pero ¡joder, estaba solo! Tu hermano y Alice estaban ocupados con su familia, ¡y no les culpo! Pero yo necesitaba apoyarme en alguien y Madison simplemente estaba ahí. ¡Y quién cojones es el tal Paolo ese!

—Yo... lo escuché de Madison antes en el baño... ella... ella dijo que... —Sally titubea sin cesar —oí como le dijo a Christina por teléfono que te había visto ir a una joyería esta misma mañana, y dedujo que era porque ibas a pedirle matrimonio. Ella le contaba lo bien que estáis juntos. Decía que...

—¡Sally, es mentira! —Le prometo sujetando sus hombros. Ella me mira y después mira mis labios. A mí también me pone nerviosa tenerla tan cerca al fin. —No estamos bien para nada, ni siquiera sé si estamos juntos. Ella viene a casa cuando me siento mal, cuando no soporto la soledad, pero, joder, Sally, créeme cuando te digo que siempre le dije que te seguía esperando a ti. —Sally pestañea y procesa mis palabras.

—Entonces, ¿no es verdad que fueras a una joyería hoy? —Sonrío.

—Sí que fui. Pero no para eso. —Ella ladea la cabeza y me observa con curiosidad. —Sabía que hoy te vería de nuevo y quería darte algo que me gustaría que tuvieras. —Le voy narrando mientras me quito la corbata y desabrocho los dos primeros botones de mi camisa. Saco el colgante que tengo en el cuello y sus ojos se abren como platos al reconocer la joya que pende de él. —Este anillo de compromiso que te di en su momento ha sido lo único que me ha hecho mantener la fe durante todo este tiempo. —Confieso observándolo brillar ahora en mis manos. —Cuando vi que tú lo llevabas al cuello, pero a pesar de ello, te negabas a darme una oportunidad, comprendí que realmente me seguías amando, pero que simplemente me temías. —Ahora la miro a ella que está en shock. —Tenías miedo porque tu amor por mí te hacía vulnerable ante mí: un hombre perdido y acostumbrado a dañar a todo el mundo a su alrededor. Y ahora quiero devolvértelo para que recuerdes que así

mismo me siento yo desde que te fuiste. —Cojo su mano y dejo la joya en la palma de su mano. Sally lo mira y su mano tiembla. Lo sujeta en sus dedos y descubre que en su interior hay unas palabras que he mandado grabar. “Siempre seré tuyo. Perdóname.” Sus ojos chocan con los míos y le ofrezco una tímida sonrisa. —Sé que a lo mejor es demasiado tarde para todo esto, Sally, pero te prometo que, si me dieras una mísera oportunidad yo haría hasta lo imposible por hacerte la mujer más feliz del mun...

Sally salta a mis brazos y me coge por sorpresa. Enreda sus brazos en mi cuello y sus labios en los míos. Lanzo un grito medio de sorpresa medio de alegría infinita por sentirla de nuevo y le aprieto con fuerza contra mí.

—Sí, Nick, quiero intentarlo contigo. —Por favor, que no sea esto un sueño. Aprieto a Sally con todas mis fuerzas contra mí y me niego a soltarla ni a abrir mis ojos. —Te confieso que sigo teniendo miedo. Estoy muerta de miedo, Nick, pero no quiero vivir sin ti nunca más.

—Mi amor, dime que es cierto, que no estoy alucinando. —Me separo un poco de ella y me aferro a su rostro para mirar sus increíbles ojos negros.

—Estoy aquí, me quedo aquí, contigo. —Dice con una preciosa sonrisa y apoya su frente en la mía.

—Esta vez no te arrepentirás. Te lo juro por lo más sagrado, Sally. —Beso la punta de su nariz y con todo el dolor del mundo me separo de ella. —Pero déjame pedirte una última concesión.

—¿Cuál? —Pregunta ella confundida.

—Déjame hablar con Madison antes de volver a besarte y a no despegarme jamás de ti. Tengo que hacer las cosas bien, mocosa. —Ella asiente conforme.

—Es lo justo. —Asiento yo también y le doy un beso en la frente.

—Espérame por aquí, ni se te ocurra desaparecer, ¿me oyes? —Ella niega con la cabeza, sonriente. —Dame tu bolso y así sabré que esperarás. —Pido y ella se ríe, pero me lo da sin titubear. —Bien, ahora vengo.

Abro el balcón más que ilusionado y ansioso por encontrarme con Madison, pero no me hace falta buscarla mucho. Me la encuentro plantada a pocos metros de mí, observando como Sally y yo salimos del pequeño espacio que estaba cerrado hasta que yo lo he abierto. Noto como su respiración se acelera por el subir y bajar de su pecho y comienza a aproximarse a mí.

—Te espero en la pista de baile. —Me susurra Sally y yo le contesto con una sonrisa. Cuando vuelvo la cara Madison ya está frente a mí.

—¡Qué cojones hacías ahí con ella! ¡Y qué te estaba diciendo!

—Tenemos que hablar. —Le digo muy serio.

—¿Hablar? ¿De qué? —Su tono de voz es demasiado elevado y yo no quiero dar el espectáculo en la boda de Dave y Alice. Así que le cojo del brazo y la guío hasta afuera atravesando el gentío que baila en la pista de baile. —¿Adónde vamos? ¿Qué pasa, Nick? —Pregunta alterada.

—Vamos a un lugar más privado.

Una vez llegamos al jardín en el que se celebró la ceremonia la suelto y me pongo de frente a ella. Madison me mira aterrada. Supongo que se teme lo que viene ahora.

—Suéltalo de una vez. Vas a correr a sus brazos después de haberte dejado todo este tiempo solo y martirizado. —Me reta casi gritando. —Ni siquiera ha venido por ti, pero le ha dado rabia ver que estabas haciendo tu vida con otra y ahora quiere volver a usarte para luego dejarte...

—¡Basta! —Mi grito me sorprende hasta a mí. —¡Vuelve a decirme qué decía Sally en el mensaje que borraste, Madison! —Ella parpadea ante mi petición, sorprendida por completo.

—Ya te lo dije... yo... preguntaba cómo estabas y...

—¿Y?! ¿Qué más decía! —Gesticulo con mis manos al aire, enfurecido.

—Yo... no sé, ¡no lo recuerdo, Nick! ¿A qué viene esto?! —Pregunta mirando hacia todos lados, como si estuviese buscando una escapatoria. Pero no pienso dejarla escapar. Voy a sacar la verdad de todo esto, como sea.

—¿No lo recuerdas, pero recuerdas que me preguntaba cómo estaba?

—¡Ya te lo he dicho! Es lo único que me acuerdo. ¡Y ya te dije por qué lo borré! No necesitabas que jugara más contigo si no pensaba volver.

—¡Madison, Sally me escribió que aún me amaba y que pensaba volver! ¡Me pidió que la esperara! —Abre los ojos sorprendida y da dos pasos hacia atrás.

—Eso es mentira. Yo no te habría ocultado eso. ¡Se lo está inventando porque ahora se da cuenta de lo que ha perdido! ¡Porque no soporta verte feliz conmigo!

—¡MALDITA SEA, MIRA EL PUTO MENSAJE! —Grito sacando el teléfono de Sally de su bolso y mostrándoselo. Madison palidece y traga saliva. —Y SUS MALDITAS DIECIOCHO LLAMADAS A MI TELÉFONO. ¡BLOQUEASTE SUS LLAMADAS, MALDITA LOCA DEL DEMONIO! — Cuando veo que Madison no responde nada cierro los ojos y los aprieto. Y

trato de concentrarme en serenar mi respiración. Cualquier cosa que me calme un poco y me impida perder los nervios del todo. —¿Por qué? —Digo ahora en un susurro con los ojos aún cerrados. —Sabías lo que significaba para mí y me lo ocultaste. ¡Me engañaste, joder! —Abro los ojos y veo a Madison echa un mar de lágrimas sin saber qué responder. —¿De verdad pensabas que no me iba a dar cuenta nunca? —De repente el cielo ruge y comienza a llover con fuerza. Sin embargo, yo no me muevo. Necesito zanjar esto.

—Pensaba que te enterarías cuando ya me quisieras a mí y no a ella. — Responde entre lágrimas y tapándose el rostro.

—Madison, ¡cómo tengo que decirte que siempre la querré a ella! —Su llanto se vuelve más agónico. Aunque no siento nada de pena por ella. Siento lástima, sí, pero por todo el tiempo perdido con la única mujer que he amado.

—¡Ella se fue! ¡Te dejó! ¡Ni siquiera te llamó una sola vez durante un año! ¡Fue cruel contigo, Nick! ¡¿Cómo no lo ves?!

—No, Madison, te equivocas. El cruel fui yo. Le oculté cosas que ella debía saber antes que nadie. Le hice daño y también le abandoné durante meses después de incluso haberle pedido matrimonio. ¡Porque me aterraba que fuera ella quien se fuera! ¡Porque sabía que lo haría cuando supiese todo lo que he hecho! Ella hizo exactamente lo que cualquier ser humano lastimado hubiera hecho. No puedo culparla por querer intentar olvidarme. Y sí, sufrí, mucho. ¡Maldita sea, sufrí un calvario! Pero lo merecía. Y también lo necesitaba para poder purgarme y tener los motivos suficientes para cambiar todo lo que debía cambiar de mí. ¡Ella no me hundió, me salvó! Simplemente que la pena y la tristeza por haber perdido a la única persona que he amado más que a mi propia vida me impedía seguir adelante. Pero ahora Sally ha vuelto. ¡Y, joder, no sé qué milagro se ha obrado para que después de todo haya decidido darme una oportunidad! Pero la voy a aprovechar, Madison. Porque la amo a ella. Más que a nada. Más que a todo.

—Tu felicidad por la mía. —Dice con la cabeza gacha.

—No, Madison, SU felicidad por la tuya. La mía no me importa. Pero he decidido dedicar cada aliento que me quede en esta vida a hacer feliz a la mujer de mis sueños.

—Yo solo espero que no te arrepientas de esto, Nick.

—Jamás me arrepentiré de nada que tenga que ver con estar presente en la vida de Sally, sea de la forma que sea.

—Pues me voy entonces. Adiós, Nick. —Madison se da la vuelta y la

lluvia comienza a ser cada vez más fuerte. Mis malditos nuevos remordimientos adquiridos no me dejan verla irse así: triste, abatida y sola. Y digo algo de lo que sé que me voy a arrepentir.

—Deja que te lleve, Madison. —Digo cogiendo su mano. Sin embargo, ella aparta su mano de la mía.

—No, Nick. Ahora soy yo la que necesita alejarse de ti. —Trago saliva. —Voy ahora mismo a tu apartamento y recogeré mis cosas para no volver nunca más. No te preocupes, iré en taxi. —Vuelve a darse la vuelta y yo la observo ir bajo la lluvia con algo de culpabilidad. A pesar de que me engañase y me la jugase de esa manera, esa mujer ha sido mi bastón en muchas ocasiones.

—Te quiero. —Una voz me llama cual canto de sirena y me giro para seguirla. Bajo la lluvia, tras el tronco de un árbol, mi preciosa mocosa me sonrío empapada bajo la espesa lluvia. —Gracias. —Dice emocionada.

—¿Por qué? —Pregunto confundido y me acerco a ella.

—Por lo que has dicho. —Contesta tirándose a mis brazos y besándome con fuerza.

—¿Me has espiado, mocosa? —Mi voz suena carente de reproche. Me resulta divertida la situación.

—No quería hacerlo...

—¡No me pongas esa cara de inocente! Sabías muy bien lo que hacías. — La beso ahora yo alucinado por la sensación tan increíble de tenerla de nuevo en mis brazos. Ella se encoge de hombros haciéndose la que no sabe de qué hablo.

—Solo quería estar segura de que te las podías manejar solo y no necesitabas mi ayuda. —La levanto del suelo y besuqueo su cuello.

—Para eso no. Pero necesito tu ayuda en otra cosa, pequeña. —Susurro en su oído y aprieto mi erección contra ella. Sally se ríe y su risa hace que vuelva a revivir de golpe.

He pasado un año y tres meses en la más completa oscuridad. He sentido que volvía a morir cada mañana que me despertaba y no la tenía ahí, a mi lado. Pero ahora mismo, no soy capaz de recordar nada de esa pena. Ahora mismo soy el jodido cabrón más feliz de la tierra.

Sally

Entramos los dos empapados en el coche de Nick, que al parecer él mismo se encargó de traer hasta la finca para poder volver a casa en él cuando la boda hubiese terminado. No lo ha hecho, pero ambos necesitábamos marcharnos de allí ya y culminar un reencuentro tan necesitado por los dos. Estoy segura de que mi hermano y Alice lo entenderás.

Nick me sonrío de una forma cautivadora cuando arranca el coche y entrelaza nuestras manos antes de posarlas en la palanca de cambios para iniciar la marcha. Yo observo nuestras manos unidas y me sobrecojo por las intensísimas emociones que estoy sintiendo ahora mismo.

Siempre tengo la errónea sensación de que lo tengo todo perdido con este hombre cuando algún problema nos saluda, pero siempre me equivoco. Si echo la vista atrás, Nick ha hecho enormes progresos como hombre y, puede que no fuera la mejor opción cuando lo conocí para entregarle mi amor, pero ahora no puedo sentirme más orgullosa de él y de mi corazón, por haberlo escogido a él.

Durante parte del camino no nos decimos nada. Solo nos recreamos en respirar el mismo aire del pequeño habitáculo de su coche. Yo apoyo mi cabeza en su hombro y no puedo parar de sonreír. Él me besa el pelo de vez en cuando y acaricia mi mano, que no se despega de la suya.

Sin embargo, un cambio de sentido inesperado hace que me incorpore en mi posición y comience a mirar a todos lados.

—¿Adónde vamos? Mi ático está para allá.

—Vamos a otro lado. —Dice conteniendo una sonrisa. Yo miro hacia todos lados desconcertada.

—Pero... Nick, estamos empapados, no tengo ropa limpia conmigo y tú tampoco.

—No te preocupes por nada.

—¿Vamos a un hotel? —Pregunto nerviosa. Él sonrío y sacude la cabeza.
—Nick, dime adónde vamos. —Pongo pucheros. Él me mira un segundo y me

besa la punta de la nariz. Pero no dice nada. —¡Nick! ¡Dime por favor que no vas a asesinarme en mitad de un monte! —Su carcajada me hace tan feliz que hasta creo que me daría igual que lo hiciera. Sonríe y lo miro. —¿Una pista?

—Hoy fui a la joyería. —Dice simplemente.

—Sí, ya lo sé. Y tengo de vuelta mi anillo. —Le recuerdo enseñándoselo, pues me lo he colgado al cuello de nuevo. Nick lo mira y suspira lleno de felicidad. —¿¿¿Y???

—Y también fui a otro sitio antes de ir a ver al pesado de tu hermano y ayudarlo a vestirse para la boda. A un sitio al que he acudido mucho desde que volví de Roma.

—¡Nick, no me estás aclarando una mierda! —Me quejo.

—Desde que te fuiste he pensado mucho en lo que haría si volviera a tener una oportunidad contigo, Sally. —Esta vez no me mira, porque ha entrado en un sendero bastante poco iluminado y la lluvia sigue siendo fuerte. —Me imaginaba una vida contigo. Contigo como mi mujer. —Se calla tras decir esto y mi respiración se detiene. Me mira de soslayo y creo que se asusta al ver que he perdido el color en el rostro. No sé si eso sería ir demasiado deprisa. Pero es lo que siempre he deseado. Nick y yo juntos, para siempre. —Sé que tienes miedo, mocosa. Créeme, yo también.

—Si no estás seguro, no sé por qué dices...

—¡Sally, no he estado más seguro de nada en toda mi vida! Pero no quiero defraudarte. —Ahora la que queda en silencio soy yo. La verdad, no podría soportar otra herida de su parte. De repente Nick para el coche y apaga el motor. Se gira, sujeta mi rostro imposibilitándome mirar a mi alrededor y me besa con dulzura. —Ya hemos llegado. Tranquila, Sally. No voy a defraudarte. No tengas miedo. Déjame que sea solo yo el que cargue con esos sentimientos negativos. Quiero que tú solo seas feliz.

—Yo tampoco quiero que tengas miedo. —Sacudo la cabeza. —También quiero que seas feliz.

—Mocosa, no podría serlo más. Bueno, sí. Si accedieras a casarte conmigo. —Vuelvo a tragar saliva. —¿Qué pasa? ¿Es demasiado pedir? Si quieres ir despacio y esperar unos años esperaré lo que haga falta, Sally. Solo espero que no sea demasiado para poder tener hijos contigo. —Sonríe y yo libero una risa.

—No es eso. Es que...

—Dime. ¿Qué es?

—Nick, he pasado tanto tiempo huyendo de lo que viví aquí que me hizo tanto daño... Y, no te ofendas, pero no podría vivir contigo en tu apartamento. Ese sitio está lleno de recuerdos bonitos, pero algunos muy dolorosos. Esas paredes están llenas de resentimiento. Tampoco podría vivir contigo en mi ático, en el que construimos una relación que yo consideraba sólida, donde una vez me pediste matrimonio y después desapareciste. Pasé meses llorándote allí y... ¿por qué sonríes?

—Porque hasta en eso pensamos igual. ¡Quiero enseñarte algo! —Nick sale de su coche y yo me quedo pensativa.

Entonces miro al frente y veo una enorme casa. ¡Qué digo casa! ¡Una jodida mansión! Veo a Nick introduciendo un código en una pantalla y la verja de hierro que hay frente a nosotros se abre lentamente. Después vuelve a sentarse en el coche y tras dedicarme una sonrisa de autosuficiencia arranca y nos introduce a ambos en el enorme jardín delantero de esa gigantesca mole blanca. Yo estoy sin palabras. Y no es hasta que Nick para frente a la puerta principal, sale de nuevo del coche y abre mi puerta, que consigo decir algo.

—¿Qué...? ¿Tú...?

—Señorita Morrison, salga de una vez. —Le doy la mano y miro embobada a mi alrededor. ¡Esto es una barbaridad! —¿Te gusta? —Asiento ensimismada. —¿Vivirías aquí? —Miro a Nick espantada.

—¡Yo no podría permitirme algo así!

—Ah, pero yo sí. Y tú pronto podrás.

—¿Cómo? ¿Has... tú...?

—Si la pregunta es si la he comprado la respuesta es sí. —¡Joder! Nick abre la puerta de la casa con una sonrisa enorme.

—¡Dios mío! —En ese momento Nick me coge en brazos y grito.

—Vamos a estrenarla, nena. —Dice y me muero de amor al ver ese maravilloso rostro. —Tú decides, ¿dónde echamos el primer polvo de reconciliación? ¿La cocina? ¿El salón? ¿Mi estudio de pintura? ¿El baño? ¿La piscina? ¿El jacuzzi?

—¿Piscina? —Pregunto emocionada. Siempre soñé tener una casa con piscina.

—¿Allí? Nena, todavía llueve mucho y no quiero que te me resfríes. ¿Qué tal el jacuzzi? Puedo poner el agua caliente. —Yo sigo con la boca abierta. —No se hable más, en el jacuzzi. —Dice y me lleva en brazos atravesando un salón de lo más magistral.

Yo miro lo que puedo de mi alrededor, pero casi no me permite ver nada. Me baja al suelo cuando llegamos a una enorme cristalera frente que parece dar a un jardín trasero. Pero yo me giro para contemplar lo que puedo de ese enorme salón iluminado por una tenue luz y lleno de cuadros en los que salgo yo.

—¡Nick, madre mía!

—¿Ya los han traído? ¡Qué rápidos! —Empiezo a deambular por el salón mientras él se pelea con la cerradura de la cristalera. Veo una televisión enorme, muebles blancos, sofás de cuero marrón, un cuadro de Maya, otro de Mike y una docena de cuadros donde salgo yo. Nick me coge de la mano para guiarme hasta él de nuevo. —Ven aquí, no te despistes. —Me besa y acaricia mis brazos.

—¿Has comprado esto para los dos? —Sigo sin creérmelo.

—Bueno, no sabía si te recuperarías hoy o dentro de veinte años. Pero siempre guardé la esperanza en algún rinconcito de compartir este espacio contigo. —Susurra mientras besuquea mi cuello y desabrocha la cremallera trasera de mi vestido. Siento mi piel arder. —Pero si no te gusta la venderemos y compraremos otra. —Sus ojos se oscurecen mientras hace descender mi vestido al suelo y ve que no llevo sujetador. Gruñe. Estoy inmovilizada en bragas y tacones en medio del salón de una lujosa mansión con Nicholas Donovan. —¿Qué dices? ¿Te gusta?

—Pues te lo diré cuando te quites la ropa y probemos qué tal va el jacuzzi. —Al fin reacciono y poso mis dedos en su pecho, trazando circulitos sobre él. Su intensa mirada me atrapa y comienza a quitarse la ropa con impaciencia.

—Me parece justo. —Cuando está completamente desnudo nos lanzamos a devorarnos y poco a poco encaminándonos hacia la parte trasera de esa mole, en el que apenas consigo discernir un enorme jardín, una piscina y un jacuzzi justo antes de llegar a la piscina. Nick se separa de mí un segundo para accionar el jacuzzi y vuelve a ponerse frente a mí mientras se va llenando.

—Estoy abrumada. —Confieso.

—Cuando volví de Roma supe que los milagros existían. Jamás pensé que te encontraría allí, Sally. Y decidí estar preparado para cuando otro milagro llegase. Busqué y busqué casas, esperando dar con alguna que fuera un poco merecedora de tanta belleza. Tenía la esperanza de que me llamaras y me dijeras que ibas a volver. Así que vi esta y me enamoré enseguida, como de ti. Di una señal hace semanas y, esta mañana, al saber que volvería a verte, fui a

la agencia para pagar todo lo demás. Lo pagué en el acto con la condición de que, al venir esta misma noche, la casa estuviese lista para ser habitada. No sabía si vendrías esta noche o no, pero existía la posibilidad.

—Llevaba esperando a que me lo pidieras desde que te vi llegar al altar.
—Beso sus labios mientras me quito las braguitas y los tacones.

Completamente desnuda empujo su duro pecho con mis manos y le obligo a introducirse en el jacuzzi. El agua caliente se agradece, aunque mi cuerpo esté hirviendo por dentro, pero la fría lluvia no cesa de caer sobre nosotros y el contraste es mágico y perfecto. Sin separar nuestros labios nos sumergimos en el jacuzzi y encuentro mi lugar perfecto sobre el cuerpo de Nick. Sus manos dibujan mi piel y las mías toquetean su rostro mientras nos besamos, como si no se pudieran creer que al fin estuviera él frente a mí.

—No sabes cuánto te quiero, Sally Morrison.

—Puede que no lo sepa. Pero tienes todo el tiempo del mundo para demostrármelo, Nicholas Donovan. Quiero que seamos uno. —Susurro en sus labios mientras aferro su duro miembro con mi mano y lo introduzco en mí poco a poco.

Ambos gemimos con fuerza. Siento como Nick me colma y quiero gritar y llorar de alivio. ¡Cómo he podido vivir tanto tiempo sin esta sensación! Nick se aferra a mi melena y me besa con fuerza mientras ambos nos movemos para hacer nuestra unión más intensa y en sincronía perfecta.

Besa mi cuello, aprieta mis nalgas cada vez que se introduce en mí, me susurra que me desea, que solo existiré yo para él y echamos nuestro primer polvo de reconciliación. Bueno, hacemos el amor como nunca lo hemos hecho. Con la sensación de felicidad plena explotando en nuestro pecho.

La noche es intensa y volvemos a tener sexo en su habitación. Aunque esta vez es un sexo mucho más fiero y salvaje. Necesitamos acabar con la sensación de sed eterna del uno por el otro. Nuestro amor es así, a veces tierno, pero todavía somos nosotros.

Nick me tumba boca abajo sobre el enorme colchón de nuestra preciosa nueva habitación, tira de mi pelo con fuerza para levantarme la cabeza y dedicarme las palabras más eróticas al oído a la vez que se hunde en mí desde atrás y con contundencia. Mis músculos se tensan de placer. Creo que voy a morir si sigue así.

—Voy a correrme en ti hasta que no me quede ni una gota, mocosa. Hasta que me pidas que pare porque ya no puedas más.

—¡Ahh! No voy a pedirte nunca que pares. Ni lo sueñes.

Pero largos minutos después, acabo pidiéndole clemencia, tras mi cuarto o quinto orgasmo. He perdido la cuenta de ellos. Su sonrisa victoriosa no tiene precio, aunque sé que él también está agotado y sudoroso. Al fin llega a su deseado e intenso orgasmo y se tira sobre el colchón, junto a mí.

—Ni siquiera te he enseñado la casa. —Dice sin aliento y me mira. —¿Por qué me miras así, mocosa? ¿No has tenido suficiente? No me hagas volver a empezar porque hace nada me estabas pidiendo piedad.

—Estoy simplemente contemplándote. No puedo creer que estemos aquí, hablando de un futuro juntos. —Nick se apoya sobre una mano y se gira un poco para mirarme de frente.

—Mírame todo lo que quieras, pero tendrás toda la vida para hacerlo. —Toco su rostro, que ya está áspero por la barba que empieza a salir.

—Me gustas con barba. —Confieso y alza sus cejas. —Cuando te vi en Roma casi me caigo de bruces al verte tan sexi.

—Pues no se hable más. Me la dejaré. —Me besa. —Sally, ¿puedo preguntarte algo?

—¡Claro! Lo que quieras.

—Promete que no te enfadarás.

—¡Así no empiezas bien!

—Está bien, bueno, solo quiero saber. ¿Quién es ese Paolo? —Mi corazón se arruga un poco al oír ese nombre. Aunque nunca lo amé como hombre, siempre lo quise con locura como persona.

—Salimos juntos en Roma. —Confieso y veo en la cara de Nick un intenso dolor.

—Ya... ¿lo amabas?

—No como te amo a ti. —Sonrío, pero creo que mi respuesta no lo reconforta en absoluto.

—¿Habéis... tú y él...? —Agarro su cuello para besarlo y hacerlo callar. No me apetece hablar de eso con él.

—Deja el pasado atrás. Ahora estamos solos tú y yo.

—Lo sé, lo sé, solo quería saber si... yo no pienso ocultarte nada, Sally.

—Nick, solo pasó tres o cuatro veces, quizá cinco. —Nick aprieta los ojos y sé que mis palabras le hacen daño. —Mírame, Nick. —Niega con la cabeza. Está regodeándose otra vez en ese dolor.

—Lo siento, yo... entiendo lo que me dices, pero yo sí creo que lo amaste

si no intentaste volver a mí después de estar con él. Y no te culpo. Seguramente ese tipo te merezca más que yo.

—Nick... mírame.

—Y Sally, te quiero tanto que si me dices que serías más feliz con él yo te apoyaría para que fueras a buscarlo. Espero que no fuera él quién te dejara o le partiré las piernas, porque...

—¡Nick, mírame! —Al fin abre los ojos y se queda boquiabierto ante lo que ve. Le muestro mi dedo con la sortija que una vez me regaló puesta. — Quiero casarme contigo. Solo he amado a una persona en toda mi vida y siempre la amaré. —Sus ojos se llenan de lágrimas y al fin acaba sonriendo de nuevo.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por aceptar ser mi esposa.

—No me des las gracias. No hay nada que me pudiera hacer más feliz. Es un privilegio ser la mujer de un hombre como Nicholas Donovan.

EPÍLOGO

Alice

—¡Mi hermano me va a matar, Dave! ¡Dentro de dos días es su boda! Uff, uff, uff.

—¡Nena, tú respira y no te pongas a pensar en tonterías ahora! ¡Joder, menuda mierda de tráfico! ¡Ni se te ocurra dar a luz otra vez en el coche, ¿me oyes?!

—¡No puedo prometerte nada! ¡Sandra tiene muchas ganas de venir al mundo! Ufff, ufff, ufff.

—¡Te he dicho que no quiero ponerle a mi hija el nombre de mi madre, nena!

—¡Ahhhh! ¡Dave, date prisa, joder!

—¡Joder, está bien, llámala como quieras, pero espérate a que lleguemos al puto hospital!

Consigo aguantar hasta llegar al hospital, pero mi marido sigue tan nervioso o más cuando llegamos y me meten en una camilla para introducirme en el hospital. Supongo que porque ahora no recae todo el peso de la responsabilidad de calmarme en él. Ahora los médicos son los que me tranquilizan diciéndome que todo marcha bien. Que estoy dilatando perfectamente y que pronto tendré a mi pequeña en mis brazos.

—¡Alice! —Oigo la voz de Nick mientras me llevan al corazón del hospital. Agarra mi mano cuando me alcanza y me la aprieta con fuerza.

—¿Dónde está Maya? Ufff, ufff.

—Está con Sally. Las he dejado a las dos en el parque. Vendrán cuando Gollum 2 haya nacido.

—¡Nick, no llames así a mis hijas! ¡Ahhh, joder, esto duele! —Me retuerzo tras otra contracción.

—Solo puede pasar el marido. —Dice un enfermero cuando llegamos a la sala de parto. Nick besa mi mano y sonrío.

—Os espero por aquí. Todo saldrá bien. —Asiento. Dave está hablando muy rápido y muy nervioso con un enfermero que le indica que tiene que

ponerse un mono y una mascarilla antes de entrar a paritorio. Mientras tanto a mí me introducen en la sala y los dolores se hacen más y más intensos y frecuentes.

—¡Ya está lista! —Grita una enfermera cuando apenas acaban de colocar bien mi camilla y de abrirme las piernas. —Empuje cuando sienta dolor. —Me dice mirándome desde mi entrepierna. Yo miro a todos lados.

—¿Dónde está mi marido?

—Ahora viene.

—Ahhhh

—¡Empuje! —Hago lo que me dice porque mi cuerpo lo necesita.

—¡Mi amor, estoy aquí! —David me agarra de la mano y al fin me relajo lo suficiente para concentrarme en lo que estoy. Otro latigazo de dolor me sacude y empujo con todas mis fuerzas.

—¡Así, lo está haciendo genial! ¡Vamos, ya está la cabeza fuera! ¡Un último empujón!

—Ahhhh. —Grito y siento como mi pequeña sale de mí para salir al mundo por primera vez.

—¡Oh, nena, mira que cosa más bonita! —Dice mi marido cogiendo a nuestra hija en brazos y depositándola en los míos. La besa y me besa la frente.

—Es perfecta. —Digo con ojos llorosos cuando la veo. —Davinia Morrison. —Pronuncio su nombre por primera vez en mi vida.

—¿Davinia? —Pregunta mi marido sorprendido.

—Sí, como su papá, pero en mujer. —Sonrío y beso a mi marido con fuerza.

David

Davinia... ¡me encanta! Estoy llorando como un tonto con mi hija en las manos cuando Nick, mi hermana y mi pequeña Maya entran en la habitación. Les hago un gesto para que guarden silencio, pues mi mujer está completamente agotada.

—¿Así que tú eres el bichejo que ha arruinado mi boda? —Le dice Nick a mi Davinia y le besa la frente. —Por ser tú te lo perdono.

—¡Es preciosa! —Grita mi hermana conmovida con Maya en brazos. —¡Mira, Maya, tu hermanita Davinia! —Mi pequeña Maya tiene los ojitos tapados con sus manos. Sé lo que siente, yo sentí lo mismo cuando nació Sally.

—Toma, tío Nick. —Le doy a mi cuñado a la pequeña Davinia y me acerco a mi Maya del alma. —Ven aquí, pequeñaja. Tú siempre serás la niña de papá. —Maya se destapa los ojitos y me mira preocupada.

—No quedo Davinia. —Me dice con un gesto bastante cómico de enfado. Sally le besa el moflete y me la entrega.

—Davinia te va a querer a ti más que a nadie, ¿sabes por qué?

—No papi.

—Porque vas a ser su heroína, Maya. —Dice mi hermana. —Vas a ser su hermana mayor y siempre la protegerás. Como hacía tu papi conmigo cuando éramos niños.

—Maya sonrío y me abraza con fuerza.

—Mi amor, tenemos que llamar para aplazar la boda. —Comenta Nick a mi hermana besando su sien.

—Lo siento, chicos. Davinia se adelantó. —Mi mujer habla desde la cama. Se ha despertado y yo acudo a ella con mi pequeña Maya en brazos.

—No pasa nada, Alice. —Nick se muestra comprensivo, aunque sé que debe estar maldiciéndonos. ¡Ja! —La celebraremos dentro de tres meses, cuando tú ya estés bien.

—Nick, no podemos celebrar la boda aún. Tendremos que esperar un tiempo. —Dice mi hermana y todos nos giramos a mirarla extrañados.

—¿¿Más?! ¿Cuánto más? —Nick no parece muy conforme.

—Pues... ¿podemos esperar un año? —Sally parece nerviosa. ¿Qué

diablos le pasa? Ha vuelto a hacerse cargo de su empresa de catering y está ganando una pasta. ¡Y no digamos de Nick!

—¿Un puto año, Sally?!

—Eh, cuñado, cuidado con tu boca delante de Maya. —Le regaño. Nick parece que va a echar espuma por la boca y yo corro a coger a la pequeña Davinia de sus brazos.

—¡Nena, ¿qué pasa ahora?!

—Es que... no sé cómo decírtelo. Pero Mike...

—¿Mike? ¡¿Quién es el puto Mike ahora?!

 —Mi hermana agacha la cabeza avergonzada y nos quedamos todos blancos como la pared. No puede ser...

—Nuestro hijo. —Susurra. Tomo asiento en el primer lugar que encuentro para no caerme de culo. Nick se queda sin habla. Creo que está en estado de shock. —Lo averigüé ayer, estoy embarazada de un mes y medio.

—¡Estás embarazada! —Alice es la primera que rompe el sepulcral silencio. Mi hermana la mira y le sonrío. Nick sigue pareciendo un fantasma. Finalmente me levanto y palmeo su espalda para intentar sacar alguna reacción de él, ya que mi hermana sigue esperando a que diga algo su futuro marido.

—¡Enhorabuena, picha brava! —Nick me mira y vuelve a mirar a Sally.

—¿Estás... hablando en serio? —Joder, ¿le ha sentado mal? Mierda, pobre Sally. Esto va a ser un desastre.

—Lo siento... yo... no lo planeé, Nick. Ya te dije que no estaba tomando la píldora desde hace tiempo y... no hemos tenido cuidado. Ya sabes que...

—¡Mocosa, vamos a ser padres! —Suspiro aliviado cuando lo veo acercarse a mi hermana y levantarla en volandas mientras la besuquea en el aire. Sally se ve tan aliviada como yo. —¿Mike? —Pregunta emocionado.

—Sí, sé que es un Mike. Y quiero esperar a que salga al mundo para caber en mi precioso vestido de novia otra vez. —Pone cara de preocupación.

—Lo que quieras, mi amor. Vas a ser la madre de mi hijo, ya nada podrá unirnos más que eso. —Sally sonrío y la verdad es que todos nos sentimos de lo más contentos por la noticia.

Nick

—¡No me pida que me calme! ¡¿Por qué cojones no puedo estar con ella mientras nace mi hijo, maldita sea?! —Le grito al médico.

Estoy aterrado. Sally todavía no ha llegado a su octavo mes de embarazo y hoy se despertó con dolores muy fuertes y con una enorme mancha roja en su ropa interior. No sabía que deseaba tanto ese hijo hasta que ella me dio la noticia de que existía, pero, desde que sé de él, no paro de imaginar una vida con Sally y con mi hijo Mike.

—Señor, ya le he dicho que es por protocolo. Su mujer ha roto aguas y tiene el líquido teñido. Pero no dilata lo suficientemente rápido y tenemos que practicar una cesárea para evitar que el bebé sufra daños.

—Mierda. Maldita sea. —Me paso la mano por el pelo. —Déjeme verla aunque sea unos minutos. —Suplico.

—Está bien. Un minuto. Mientras preparamos la sala. —El médico accede al fin y abre la puerta para que pueda entrar a ver a mi mujer, porque, aunque esa maldita me haga la vida imposible para casarme con ella, no es otra cosa que eso: mi mujer.

Me quedo muerto cuando la veo en la camilla, tan pálida y sudando.

—¡Mi amor! —Me acerco a ella y beso todo su rostro. —Tranquila, todo saldrá bien.

—¿Seguro? —Pregunta igual de asustada que yo. —¿Y si no va bien?

—Sally, estoy seguro de que saldrá bien. Pero sea como sea estaré a tu lado y juntos haremos frente a lo que sea. —Beso sus ojos para que no lllore. No puedo verla así. —Tengo que salir, pequeña. No me dejan estar a tu lado. Pero en cuanto despiertes, seré el primer rostro que veas. —Beso su mano y ella asiente. —Te quiero. Más que a nada. No te preocupes por nada.

—Te quiero, Nick.

Dos horas después estoy frente a la sala de maternidad, mirando a través del cristal a todos los recién nacidos. Bueno, hasta que la enfermera deposita a

un precioso niño en su cunita y, ya no tengo ojos para nada más.

Sé que es él, Michael Donovan, no me hace falta leer su nombre en la etiqueta que le han puesto en el pie. Y no tengo que preguntar cómo está. Se ve perfectamente que mi hijo es un niño de lo más sano. Se me llenan los ojos de lágrimas y respiro al fin tranquilo.

—Ya estás aquí, bichito. Se nota que eres un Donovan, ya dándole problemas a tu mamá desde el primer día de vida. —Digo acariciando el cristal. Una enfermera, la misma que ha dejado a mi hijo ahí, me ve y me pregunta si quiero entrar. Voy sin pensármelo y cargo a mi hijo en brazos sin siquiera esperar a que me den permiso. —Hola pequeño. —Beso su cabecita. —Soy yo, Mike, soy papá. —Lo coloco sobre mi hombro y cierro los ojos mientras disfruto de su olor y del calor de su piel sobre la mía.

—La señorita Sally Morrison ha despertado y pregunta por vosotros dos. —Me dice la enfermera.

—¿Vamos a conocer a mamá, Mike?

Sally tiene muchísima mejor cara cuando la veo en su camilla sentada. En cuanto me ve llegar con Mike extiende los brazos hacia nuestro hijo y yo lo coloco sobre su regazo. Inmediatamente comienza a decirle carantoñas y a acariciarlo, mientras le coloca uno de sus pechos en la boca a nuestro hijo. Es una imagen mágica ver a mi hijo alimentarse directamente del cuerpo de mi mujer y decido immortalizar el momento. Esto se merece una colección entera de cuadros.

—Eres igualito a papá. —Le dice Sally. Sonrío victorioso. Eso de que tu hijo se parezca a ti es fantástico. Te hace sentir importante. Te hace sentir bien contigo mismo. No hay nada más perfecto que un hijo propio.

—Eres afortunada. Vas a vivir rodeada de belleza. Y verás cuando tengamos a la niña. —Sally me mira con el ceño fruncido. —No me mires así. No pienso dejar a Mike solo.

—Ya hablaremos de eso en casa, papi.

—Mmmm, me encanta que me hables así. —Digo y le beso.

Sally

Tres años han pasado desde que programamos Nick y yo nuestra boda por primera vez. Pero siempre ha pasado algo que impedía que tal evento se celebrara. Esta vez parece que nada lo detendrá.

La primera fecha fue el nacimiento de mi sobrina Davinia. Después mi embarazo de Mike lo retrasó y, cuando íbamos a celebrar la boda al fin tras el nacimiento de Mike, descubrí que estaba esperando a Lilly, mi pequeña del alma.

Nick fue esta vez el que propuso esperar a que nuestra hija hubiera nacido para casarnos. Porque ha programado una luna de miel en familia a las Bahamas con Alice, Dave y los niños y quería que nuestra hija también la disfrutara.

Mi hermano y Alice nunca se fueron de luna de miel tras casarse, porque Alice descubrió que estaba embarazada de Davinia poco después de la boda y su embarazo fue catalogado de alto riesgo tras lo padecido en el parto de Maya.

Ahora Maya tiene casi cinco añitos. Davinia tiene tres, mi pequeño Mike tiene dos añitos y Lilly cumplirá su primer añito durante nuestra luna de miel. Como Nick y mi hermano dicen, vamos a montar una guardería.

Alice me está haciendo los últimos retoques mientras yo por fin me contemplo con mi vestido de novia frente al espejo. He esperado demasiado para poder casarme con Nick. Pero desde que volvimos hemos vivido como si lo estuviéramos. Ha logrado ser todo lo que espero de un hombre y mucho más. Mike, nuestro hijo primogénito, fue lo que más le impulsó a ser el maravilloso hombre que hoy es. Es un padre ejemplar y sus sobrinas también lo adoran. Pero Lilly fue ya la gota que colmó el vaso de la perfección. Nick está obsesionado con nuestra hija, que se parece mucho a los dos. Es una mezcla perfecta de Nick y de mí. Aunque en el carácter es más como yo. Mi hijo, sin embargo, es idéntico a su padre en todos los sentidos.

Cuando Dave llega para llevarme del brazo al altar le beso emocionada. Nuestra boda no será tan majestuosa como la de él con Alice, de hecho, la celebraremos en nuestra casa y solo con nuestros invitados más allegados. Yo

he invitado a mis trabajadores de mi empresa de catering Sally's y Nick a su nuevo representante, Joseph y su familia. También a su madre, con la que ahora mantiene una buena relación. Y también a algunos pintores con los que ha entablado amistad a lo largo de estos años.

La canción de "A thousand years" suena cuando Dave y yo comenzamos a andar hacia el altar y cuando mis ojos conectan con los de Nick ya no veo nada más.

Su sonrisa es cautivadora. Amo verlo así, con esa barba de una semana que le queda tan increíblemente bien. Es mi persona favorita. El padre de mis hijos. Mi alma gemela.

Sigo teniendo miedo. Es un sentimiento con el que he tenido que aprender a vivir. Como una vez me dijo Paolo, siempre que quieres a algo o a alguien con todo tu ser vives con el miedo a perderlo. Y yo viviré siempre con ese miedo. Pero cada día me despertaré a su lado y se desvanecerá por unas horas.

—Estás increíble, mocosa. —Dice besando mi mano al llegar al altar.

—Al fin nos vemos aquí, llevo demasiado tiempo esperando casarme con mi gilipollas favorito. —Nick me dedica una sonrisa arrebatadora y entrelaza sus dedos con los míos mientras escuchamos al maestro de ceremonia comenzar.

En breve lo diré, él también lo dirá. ¡Sí quiero! ¡Siempre lo querré! ¡Siempre lo quise! Solo a él.

FIN